GOETHE

POR
MI RAZA
HABLARÁ
EL
ESPIRITU

THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
833G55
Of.5b

FAUSTO

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
URBANA

"Si el libro de FAUSTO, *desde el principio hasta el fin, no hace referencia a un estado sublime, épico; si no obliga al lector a remontarse por cima de sí mismo, excuso decirlo. Creo sinceramente que una inteligencia despejada, un entendimiento recto y lúcido tendrán que trabajar no poco para hacerse dueños de todos los secretos que he involucrado en mi poema."*—GOETHE.

(*De una carta de Goethe a Zelter.*)

—

"El FAUSTO *es un tema inconmensurable, y vanos serán todos los esfuerzos que haga el ingenio para penetrarlo del todo."*—GOETHE.

(*Conversaciones de Goethe con Eckermann,* 3 de enero de 1830.)

GOETHE

Fausto

Traducido por J. Roviralta Borrell

THE LIBRARY OF THE
JUN 23 1924
UNIVERSITY OF ILLINOIS

Universidad Nacional
de México
1924

23 June 1924 J. University of Mexico.

833G55
Of.Sb

18 Sept. '24 Smith

DEDICATORIA

De nuevo os acercáis, vagas formas que allá en los días de mi juventud os mostrasteis ya a mi turbada vista. (1) ¿Intentaré yo reteneros esta vez? ¿Siento mi corazón inclinado todavía a aquellas ilusiones? Estáis pugnando por acercaros a mí. En buena hora: podéis disponer, tal como del seno de los vapores y de la niebla os alzáis en torno mío. Siéntese mi pecho estremecido como en mis juveniles años por los mágicos efluvios que en vuestro desfile os envuelven.

Aportáis con vosotras las imágenes de placenteros días; álzanse muchas sombras amadas, y semejantes a una añeja leyenda medio olvidada, resurgen con ellas el primer amor y la primera amistad; renuévase el dolor, y el lamento vuelve a seguir el laberíntico y extraviado curso de la vida, nombrando los seres queridos que, burlados en horas risueñas por la fortuna, desaparecieron antes que yo.

No oyen ya los siguientes cantos las almas para quienes yo entoné los primeros; cual polvo se ha esparcido la multitud cariñosa, y se han ido perdiendo ¡ay! los primeros ecos. Resuenan mis acentos para una muchedumbre

(1) Alusión a los distintos personajes de la primera parte de la Tragedia. Esta *Dedicatoria* la escribió el autor en 1797, veinticuatro años después de haber empezado a escribir el *Fausto*, de suerte que tal vez figuraría mejor al principio de la Segunda parte.

550995

desconocida, cuyo aplauso mismo llena de inquietud mi corazón, y aquellos que en otro tiempo se deleitaban en mi canto, si alientan aún, vagan por el mundo errantes y dispersos.

Apodérase de mí un anhelo insólito largo tiempo ha, por esa plácida y augusta región de los espíritus; fluctúa ahora en vagos sonidos el murmurio de mi canto, parecido a las modulaciones del arpa eólica. Un estremecimiento invade mi sér; las lágrimas suceden a las lágrimas; el yerto corazón siéntese blando y tierno; lo que poseo, lo percibo como en lontananza, y lo que desapareció truécase para mí en palpitante realidad.

Preludio en el Teatro

PRELUDIO EN EL TEATRO (1)

El Director, el Poeta Dramatico y el Gracioso

EL DIRECTOR

Vosotros dos, que tantas veces me habéis favorecido en afanes y apuros, decidme: ¿qué esperáis de nuestra empresa en tierras alemanas? Bien quisiera yo complacer a la multitud, antes que todo, porque vive y hace vivir. Armados están postes y tablas, y todo el mundo se promete una fiesta. Los espectadores están ya ahí, tranquilamente sentados, con la curiosidad pintada en el rostro y con muchas ganas de embobarse. Yo sé la manera de atraer el espíritu del público, y no obstante, jamás me he visto tan perplejo. Verdad es que ellos no están habituados a obras primorosas, pero han leído atrozmente. ¿Cómo haremos para que todo sea nuevo y original, y sin carecer de interés, al par sea ameno? Porque, a decir verdad, me gusta ver cómo el gentío, cual impetuoso torrente, se atropella para llegar a nuestra barraca, y con dolores violentamente repetidos, se estruja al pasar por la angosta puerta de salvación; (2)

---

(1) La idea de este *Preludio* fué sugerida a Goethe por la lectura del prólogo del bellísimo drama *Zakuntalá* del célebre poeta indo *Kálidása*.

(2) El autor compara en broma la puerta del teatro de tablas con el estrecho paso de salvación de que habla el Evangelio. (*San Mateo*, VII, 13.)

cuando en pleno día, desde antes de las cuatro, anda a empellones y forcejeando hasta que consigue ganar la taquilla, y lo mismo que en tiempo de hambre para obtener pan a la puerta de la tahona, casi se desnuca para lograr un billete. Un milagro tal, sólo el poeta puede obrarlo en un público tan heterogéneo. ¡Oh! Hazlo hoy, amigo mío.

EL POETA

¡Ah! No me hables de esa abigarrada turba, a cuyo aspecto huye de nosotros la inspiración. Aparta de mi vista la ondeante multitud, que a despecho nuestro nos arrastra al remolino. No; llévame a aquel apacible rincón del cielo, donde sólo para el poeta florecen los goces puros y donde el amor y la amistad con mano divina hacen brotar y mantienen la abundancia en nuestro corazón. ¡Ah! Lo que surge allí del fondo de nuestro pecho, lo que el labio balbucea tímido para sí, ora con mala fortuna, ora acaso con acierto, desaparece tragado por la fuerza del impetuoso momento. A menudo no aparece la obra en su forma cabal sino con el transcurso de los años. Lo que deslumbra vive un solo instante; lo que es bueno de veras, permanece intacto para la posteridad.

EL GRACIOSO

¡Así no oyese hablar siquiera de la posteridad! Suponed que yo quisiese ocuparme de ella: ¿quién divertiría entonces a los coetáneos? También quieren ellos divertirse, y es menester que se diviertan. Además, la presencia de un gallardo mozo, creo yo, es siempre algo. Aquel que sabe comunicarse con agrado, no se inquietará por el capricho del público; desea para sí una numerosa concurrencia a fin de impresionarla con mayor seguridad. Tened, pues, valor y mostraos ejemplar. Dejad que se oiga la fantasía con todos sus coros, razón, inteligencia, sentimiento y pasión; mas, advertidlo bien: no olvidéis la locura.

EL DIRECTOR

Pero, ante todo, procurad que haya mucha acción. Se viene aquí para mirar, y lo que se quiere en primer término es ver. Haced desfilar muchas cosas ante los ojos, de suerte que el público se quede embobado mirando con la boca abierta, y al punto habéis sacado provecho en grande; sois un hombre muy bienquisto. A la masa no podéis dominarla sino por medio de la masa. Cada cual escoge al fin algo para sí. Quien aporta mucho, aportará un poco a varios, y todos salen satisfechos del teatro. Si dais una pieza, dadla desde luego en piezas. Semejante guiso debe saliros bien; tan fácilmente es servido como imaginado. ¿De qué sirve presentar un todo? Así como así, el público os lo desmenuzará al punto.

EL POETA

No sabéis cuán mezquino es un oficio tal. ¡Cuán poco sienta ello al verdadero artista! La chapucería de esos pulcros señores, bien lo veo, es ya proverbial entre vosotros.

EL DIRECTOR

Un reproche tal no me causa mella alguna. El hombre que se propone trabajar bien, debe contar con los mejores utensilios. Haceos cargo de que tenéis madera tierna que cortar, y mirad sólo para quién escribís. Si al uno le incita el tedio, llega el otro ahito de una comida opípara, y lo peor de todo es que muchos acaban de leer los periódicos. (1) Corren hacia aquí distraídos, como si fuesen a una mascarada, y la curiosidad es lo único que presta alas a sus pasos. Las damas se exhiben poniendo el mayor esmero en su persona y atavío, y desempeñan de balde su papel. (2) ¿Qué soñáis en vuestras poéticas alturas? ¿Por qué os

(1) En sus *Máximas en prosa*, dice Goethe: "La lectura de los periódicos es el peor mal de nuestro siglo."

(2) Esto es, proporcionan con sus atractivos un nuevo espectáculo a los curiosos.

regocija un lleno? Mirad de cerca a los espectadores. La mitad de ellos están fríos; la otra mitad son unos zopencos; éste, después del espectáculo, espera una partida de naipes; el otro, una noche de libertinaje en brazos de una mozuela. ¿Por qué importunáis así, pobres insensatos, para tal fin a las apacibles Musas? Os lo repito: dad más y siempre más, y de esta suerte nunca dejaréis de lograr vuestro objeto. No busquéis sino aturdir a la gente; el contentarla es cosa difícil..... Pero ¿qué sentís: entusiasmo o dolor?

EL POETA

Anda a buscarte otro criado. ¡No faltaba más que, por complacerte a tí, el poeta olvidara impíamente el más sublime derecho, el derecho humano que le concedió la Naturaleza! ¿Cómo mueve todos los corazones? ¿Por qué medios domina todos los elementos? ¿No es por la armonía que brota de su pecho y reconstruye el universo en su corazón? Cuando la Naturaleza, retorciéndolo con indiferencia, sujeta al huso el hilo sin fin; cuando la inarmónica multitud de seres deja oír una ingrata mescolanza de sonidos, ¿quién divide el curso de esta siempre uniforme sucesión, vivificándola para que se mueva de un modo rítmico? ¿Quién llama lo particular a la consagración universal donde vibra en magníficos acordes? ¿Quién hace desatarse furiosa la tormenta de las pasiones? ¿Quién hace brillar los arreboles vespertinos en el alma austera? ¿Quién esparce todas las bellas flores primaverales por las sendas de la mujer amada? ¿Quién teje con insignificantes hojas verdes las honoríficas coronas para todo linaje de méritos? ¿Quién sostiene el Olimpo y reúne los dioses? El poder del hombre revelado en el Poeta.

EL GRACIOSO

Utilizadlos, pues, esos bellos poderes, y llevad adelante los asuntos poéticos como se lleva una intriga amorosa. Acércase uno por casualidad, siente algún interés, se detiene,

y poco a poco queda cogido en el lazo. Aumenta el placer, luego vienen las contrariedades; está uno embelesado; en esto, aparece el dolor, y antes que uno se dé cuenta de ello, cátate hecha una novela. Demos también nosotros un espectáculo parecido. Meted la mano en plena vida humana. Todos la viven, pero pocos la conocen, y dondequiera que la cojáis, allí ofrece interés. En pintarrajeados cuadros, escasa luz, mucho error y una chispita de verdad. Así se confecciona la mejor bebida que a todo el mundo conforta y edifica. Entonces se congrega la nata y flor de la juventud ante vuestra pieza y presta oído a la exposición; entonces cada alma sensible chupa de vuestra obra para sí melancólico sustento; entonces se aviva ora este, ora aquel afecto del ánimo, y cada cual ve reproducido lo que lleva en el corazón. Además, están ellos dispuestos lo mismo a llorar que a reír, aplauden los vuelos del poeta y gozan en la ilusión. Al hombre maduro nada hay que le satisfaga; aquel que está en camino de serlo, será siempre agradecido.

EL POETA

Devuélveme, pues, también aquellos tiempos en que yo mismo estaba en flor, en que un copioso manantial de cantos nacía de nuevo sin cesar, en que las nieblas me velaban el mundo, en que el capullo me prometía aún maravillas, y cogía yo a miles las flores que con profusión llenaban todos los valles. Nada tenía entonces, y sin embargo, tenía lo suficiente: afán de verdad y placer en la ilusión. Tórname aquellos indómitos impulsos, aquella íntima felicidad llena de dolor, la fuerza del odio, la potencia del amor; devuélveme la juventud!

EL GRACIOSO

Por de contado, amigo mío, buena falta te hará la juventud si te acosan los enemigos en la pelea; si hechiceras jóvenes se cuelgan apasionadas a tu cuello; si en lontananza la corona de veloz carrera te aguarda desde la meta

difícil de alcanzar, si tras la violenta danza vertiginosa se pasan las noches en comilonas y empinando el codo. Pero pulsar con brío y donaire las cuerdas de la lira familiar, dirigirse vagando con dulce extravío hacia el ideal que uno mismo se trazara: he aquí, viejos señores, vuestra tarea y no por eso os respetamos menos. La vejez no nos vuelve infantiles, como dicen, sino que nos encuentra todavía cual verdaderos niños.

EL DIRECTOR

Basta ya de pláticas; mostradme también hechos al fin. Mientras os deshacéis en recíprocos cumplidos, puede hacerse algo de provecho. ¿De qué sirve tanto hablar de inspiración? A los hombres irresolutos nunca les llega. Si de poetas os preciáis, comandad entonces la Poesía. Bien sabéis lo que nos hace falta: queremos saborear bebidas fuertes; disponeos ahora mismo a preparármelas. Lo que no se hace hoy, queda por hacer mañana, y no hay que perder en vacilaciones un solo día. Coja la resolución a lo posible por los cabellos con osadía y sin demora alguna y luego no lo suelte y siga obrando, porque así debe hacerlo. Ya sabéis que en nuestros teatros alemanes cada cual ensaya lo que le place; por lo tanto, no me escatiméis en este día ni decoraciones ni tramoya. Utilizad el grande y el pequeño luminar del cielo; (1) podéis prodigar las estrellas. Agua, fuego, escarpadas rocas, animales, aves, nada de esto falta. Así, pues, recorred a grandes pasos en la angosta casa de tablas todo el círculo de la creación, y con prudente rapidez idos, desde el cielo, pasando por la tierra, a lo profundo del infierno.

(1) El sol y la luna.

Prólogo
en el
Cielo

PROLOGO EN EL CIELO (1)

El Señor, las Milicias Celestes *y luego* Mefistofeles

Los tres Arcangeles *se adelantan.*

RAFAEL

El Sol, según antigua usanza, deja oír su canto en competencia con sus hermanas las esferas, (2) y con la rapidez del rayo sigue su prescrito curso hasta el fin. Su vista infunde fortaleza a los ángeles, aunque ninguno pueda profundizarlo. Las obras sublimes hasta lo incomprensible son espléndidas como en el primer día.

GABRIEL

Y rápida, con inconcebible rapidez, gira en derredor la magnificencia de la Tierra, alternando los esplendores paradisíacos con la noche profunda llena de espantos. (3) Salta espumante el mar en anchas oleadas al batir los profundos cimientos de las rocas; y rocas y mar son arrastrados en el raudo curso eterno de las esferas.

---

(1) Al escribir este *Prólogo*, el autor se inspiró en el *Libro de Job*, que Düntzer denomina "Fausto oriental invertido."

(2) Según Pitágoras, las esferas celestes, al recorrer su órbita, producen sendos sonidos, cuyo conjunto forma la armonía de las esferas.

(3) Queda así descrita la revolución de la Tierra, con su doble movimiento de traslación alrededor del Sol y de rotación sobre su eje, del cual resulta la sucesión de los días y de las noches.

MIGUEL

Y rugen a porfía las tormentas desde el mar a la tierra y desde la tierra al mar, formando furiosas en torno una cadena de la más profunda acción. (1) Relumbra el rayo devastador precediendo en su vía al estampido del trueno. Mas tus mensajeros, Señor, veneran el apacible curso de tu día.

LOS TRES

Tal espectáculo infunde fortaleza a los ángeles, aunque ninguno pueda profundizarte; y todas las sublimes obras tuyas son espléndidas como en el primer día.

MEFISTOFELES (2)

Ya que de nuevo te llegas acá, Señor, y preguntas cómo andan las cosas entre nosotros, y ya que en otro tiempo solías verme con agrado, aquí me ves también entre la servidumbre. Perdona, yo no sé expresarme con palabras altisonantes, aunque me escarnezca el corro entero. Mi jerigonza te movería ciertamente a risa si no hubieras perdido la costumbre de reírte. Del sol y de los mundos nada sé yo que decir, y sólo veo cómo se fatigan los mortales. El raquítico dios de la tierra (3) sigue siendo de igual calaña y tan extravagante como en el primer día. (4) Un poco mejor viviera si no le hubieses dado esa vislumbre de la luz celeste, a la que da el nombre de Razón y que no utiliza sino para ser más bestial que toda bestia. Se me figura, dicho sea con perdón de vuestra Señoría, uno de esos

(1) Esto es, de potentes fenómenos.

(2) Mefistófeles o *Mephostophilis*, como se le designa en la antigua leyenda.—El Espíritu de negación, uno de los príncipes infernales. No están de acuerdo los autores respecto a la etimología de tal nombre. Unos lo hacen derivar del griego, en cuyo caso significa: "enemigo de la luz," o "enemigo de Fausto;" otros opinan que viene del hebreo '*mephiz* (corruptor, destructor) y *tophel* (mentiroso).

(3) El hombre.

(4) Parodia del lenguaje de los tres Arcángeles.

cigarrones de largas patas, que sin cesar vuelan y saltan volando y cantan invariablemente en la hierba su vieja cantinela. ¡Menos mal si pudiera siempre estarse quieto en la hierba! No hay inmundicia donde no meta la nariz.

EL SEÑOR

¿Nada más tienes que decirme? ¿Has de venir siempre a inculpar? ¿Nunca hay para ti algo bueno en la tierra?

MEFISTOFELES

No, Señor; encuentro lo de allá deplorable como siempre. Lástima me dan los hombres en sus días de miseria, y hasta se me quitan las ganas de atormentar a esa pobre gente.

EL SEÑOR

¿Conoces a Fausto?

MEFISTOFELES

¿El doctor?

EL SEÑOR

Mi siervo.

MEFISTOFELES

¡Singular manera tiene de serviros, a fe! No son terrenas la comida ni la bebida de ese insensato. El frenesí le impulsa a lo lejos, y sólo a medias tiene conciencia de su locura. Pide al cielo sus más hermosas estrellas y a la tierra cada uno de sus goces más sublimes; y ninguna cosa, próxima ni lejana, basta a satisfacer su corazón profundamente agitado.

EL SEÑOR

Aunque ahora me sirve sólo en medio de su turbación, presto le guiaré a la claridad. Bien sabe el hortelano, cuando verdea el arbolillo, que la flor y el fruto serán su adorno en años venideros.

MEFISTOFELES

¿Qué apostáis? Aun le perderéis si me dais licencia para conducirle poco a poco a mi camino.

EL SEÑOR

En tanto que viva sobre la tierra, no te sea ello vedado. El hombre yerra mientras tiene aspiraciones.

MEFISTOFELES

Así, os lo agradezco, porque con los muertos nunca me ha gustado meterme. Prefiero las mejillas carnosas y frescas. No me vengan a mí con cadáveres. Me pasa lo mismo que al gato con el ratón.

EL SEÑOR

Pues bien, séate ello concedido. Desvía de su origen (1) este espíritu, y si en él puedes hacer presa, llévatelo contigo por tu senda abajo; pero caiga sobre ti la confusión si te ves obligado a confesar que, en medio de su vago impulso, el hombre bueno sabe discernir bien el recto camino.

MEFISTOFELES

Perfectamente; sólo que no durará esto mucho. No paso el menor cuidado por mi apuesta. Si me salgo con la mía, permitidme que a mis anchas goce yo de mi triunfo. Tendrá que comer polvo, y con delicia, como mi prima la famosa serpiente. (2)

EL SEÑOR

Puedes aparecerte, pues, también a tu albedrío. Jamás odié a tus semejantes; de todos los Espíritus que niegan, el burlón es el que menos me molesta. Harto fácilmente puede

(1) Celeste o divino.

(2) Alusión a las palabras del *Génesis* (III, 14): "Andarás sobre tu vientre, y polvo comerás todos los días de tu vida."

relajarse la actividad del hombre, y éste no tarda en aficionarse al reposo absoluto. Por esta razón le doy gustoso un compañero que, debiendo obrar como diablo, le incite y ejerza influencia sobre él. (*A los Angeles.*) Pero vosotros, verdaderos hijos de Dios, regocijaos en la espléndida belleza viviente. Que lo Evolutivo (1) que perpetuamente obra y vive, os circunde con dulces barreras de amor, y a lo que se cierne en el aire cual flotante aparición, (2) dadle fijeza con pensamientos duraderos.

(*El cielo se cierra. Los Arcángeles se dispersan.*)

MEFISTOFELES

(*Solo.*)—De tiempo en tiempo pláceme ver al Viejo, y me guardo bien de romper con él. Muy linda cosa es, por parte de todo un gran señor, el hablar tan humanamente con el mismo diablo.

(1) Lo que está en vía de evolución. Así explica Mr. Carlyle el significado de la voz *Das Werdende* del original, que corresponde casi al francés *ce qui devient* y al inglés *the becoming*. En algunas traducciones se lee: "la esencia, energía o potencia creadora," *le Devenir*, *Devenant*, "lo que se forma," "el mundo material o real," etc.

(2) Las ideas.

La Tragedia

PRIMERA PARTE

LA NOCHE

Una estancia gótica, estrecha y de elevada bóveda. FAUSTO, *inquieto, sentado en su sillón delante de un pupitre.*

FAUSTO

Con ardiente afán ¡ay! estudié a fondo la filosofía, jurisprudencia, medicina y también, por mi mal, la teología; y héme aquí ahora, pobre loco, tan sabio como antes. Me titulan maestro, me titulan hasta doctor y cerca de diez años ha llevo de los cabezones a mis discípulos, de acá para allá, a diestro y siniestro.... y veo que nada podemos saber. Esto llega casi a consumirme el corazón. Verdad es que soy más entendido que todos esos estultos, doctores, maestros, escritorzuelos y clérigos de misa y olla; no me atormentan escrúpulos ni dudas, no temo al infierno ni al diablo.... pero, a trueque de eso, me ha sido arrebatada toda clase de goces. (1) No me figuro saber cosa alguna razonable, ni tampoco imagino poder enseñar algo capaz de mejorar y convertir a los hombres. Por otra parte, carezco de bienes y caudal, lo mismo que de honores y grandezas mundanas, de suerte que ni un perro quisiera por más tiempo soportar semejante vida. Por esta razón me dí a la

(1) Véase: *Ecclesiastes*, I, 16-18.

magia, para ver si mediante la fuerza y la boca del Espíritu, me sería revelado más de un arcano, merced a lo cual no tenga en lo sucesivo necesidad alguna de explicar con fatigas y sudores lo que ignoro yo mismo, y pueda con ello conocer lo que en lo más íntimo mantiene unido el universo, contemplar toda fuerza activa y todo germen, (1) no viéndome así precisado a hacer más tráfico de huecas palabras.

¡Oh luna, que brillas en toda tu plenitud! ¡ Ojalá vieras por vez postrera mi tormento! Tú, a quien tantas veces a la medianoche esperaba yo velando junto a este pupitre; entonces, inclinado sobre papeles y libros, te me aparecías, triste amiga mía. ¡Ah! ¡Si a tu dulce claridad pudiera al menos vagar por las alturas montañosas o cernerme con los espíritus en derredor de las grutas del monte, moverme en las praderas a los rayos de tu pálida luz, y, libre de toda la densa humareda del saber, bañarme sano en tu rocío!

¡Ay de mí! ¿Todavía estoy metido en esa mazmorra? Execrable y mohoso cuchitril, a través de cuyos pintados vidrios se quiebra mortecina la misma grata luz del cielo. Estrechado por esa balumba de libros roídos por la polilla, cubiertos de polvo, y alrededor de los cuales, llegando hasta lo alto de la elevada bóveda, se ven pegados rimeros de ahumados papeluchos; cercado por todas partes de redomas y botes; atestado de aparatos e instrumentos; abarrotado de cachivaches, herencia de mis abuelos.... ¡He aquí tu mundo! ¡Y a éso se llama un mundo!

¿Y aún preguntas por qué tu corazón se oprime ansioso en tu pecho, por qué un dolor indecible paraliza en ti todo movimiento vital? En lugar de la naturaleza viviente en cuyo seno creó Dios a los hombres, sólo ves en torno tuyo esqueletos de animales y osamentas de muertos, todo confundido entre el humo y la podredumbre.

¡Ea! ¡Fuera de aquí! ¡Huye al dilatado campo! ¿Acaso no es para ti suficiente salvaguardia este misterioso libro

(1) Con este nombre designan los alquimistas la materia primordial (K. Alt).

de la propia mano de Nostradamus? (1) Entonces conocerás el curso de los astros, y si la Naturaleza te alecciona, entonces se te abrirá la potencia del alma, y te hablará como habla un espíritu a otro espíritu. En vano es que la árida meditación te descifre aquí los sagrados signos. ¡Vosotros, espíritus que flotáis junto a mí, respondedme, si oís mi acento! (*Abre el libro y ve el signo del Macrocosmo*).(2)

¡Ah! ¡Qué deleite invade súbitamente todos mis sentidos a la vista de este signo! Siento circular por mis nervios y venas, otra vez enardecida, una nueva y santa dicha de vivir. ¿Fué un dios quien trazó estos signos que calman el hervor de mi pecho, llenan de gozo mi pobre corazón, y mediante un misterioso impulso descubren en torno mío las fuerzas de la Naturaleza?

¿Soy un dios? ¡Todo se hace para mí tan claro! En estos simples rasgos veo expuesta ante mi alma la Naturaleza en plena actividad. Ahora, por vez primera, comprendo lo que dice el Sabio: "El mundo de los espíritus no está cerrado; tu sentido está obtuso, tu corazón está muerto. ¡Animo, discípulo, baña sin descanso tu pecho terrenal en los rayos de la aurora!" (*Contempla el signo.*)

¡Cómo se entretejen todas las cosas para formar el Todo obrando y viviendo lo uno en lo otro! ¡Cómo suben y bajan las potencias celestes pasándose unas a otras los cubos de oro! (3) Con alas que exhalan bendiciones, penetran desde el cielo a través de la tierra,llenando de armonía el Universo entero.

¡Qué espectáculo! Mas ¡ay! ¡ un espectáculo tan sólo!

---

(1) Famoso médico y astrólogo francés del siglo XVI. Compuso un libro de profecías en verso, que adquirió gran boga.

(2) El gran mundo, o Universo, en contraposición al hombre o pequeño mundo (Microcosmo).

(3) En la ciencia místico-cabalística de la Edad Media, el Macrocosmo comprendía tres reinos o mundos estrechamente relacionados entre sí: el terrestre el celeste y el supraceleste. El incesante intercambio de influencias entre los tres se halla figurado por los "cubos

¿Por dónde asirte, Naturaleza infinita? ¿Cómo coger tus pechos, manantiales de toda vida, de quienes están suspendidos el cielo y la tierra, y contra los cuales se oprime el lánguido seno? Os mostráis túrgidos, ofrecéis el sustento que mana de vosotros, ¿y yo me consumiré así en vano? (*Vuelve con despecho la hoja del libro, y percibe el signo del Espíritu de la Tierra*). (1)

¡Cuán diversamente obra en mi ser este signo! Estás más cerca de mí, Espíritu de la Tierra; siento ya más exaltadas mis fuerzas y hállome enardecido, como si fuera por efecto del vino nuevo. (2) Siéntome con bríos para aventurarme en el mundo, para afrontar las amarguras y dichas terrenas, para luchar contra las tormentas y permanecer impávido en medio de los crujidos del naufragio.

Anúblase el ambiente sobre mí.... la luna vela su luz... mi lámpara se amortigua. Exhálanse vapores.... rojas centellas surcan el aire en derredor de mis sienes.... un frío estremecimiento baja como un soplo desde la bóveda y se apodera de mí. Bien lo veo: eres tú que flotas en torno mío, Espíritu que yo imploro. ¡Muéstrate a mi vista! ¡Ah! ¡cómo se sobresalta mi corazón! Todos mis sentidos pugnan por abrirse a nuevas impresiones. Siento como mi corazón se entrega por completo a ti. ¡Aparece! ¡aparece! Preciso es, aunque me cueste la vida.

(*Coge el libro y pronuncia misteriosamente el signo del Espíritu. Surge de pronto una llama rojiza, y en medio de ella aparece* EL ESPIRITU.)

---

de oro." El hombre, o microscosmo, está compuesto de tres partes: cuerpo, alma y espíritu, que corresponden a las tres divisiones del Macrocosmo. (Latham).—Según K. Alt, el autor compara la febril actividad de las potencias celestes con la que, en casos de incendio, despliegan los bomberos pasándose de unos a otros los cubos de agua para extinguir el fuego.

(1) La personificación de las fuerzas activas, vitales de la Naturaleza, el principio que produce el movimiento, cambio y desarrollo del universo.

(2) El vino nuevo produce una embriaguez de un género especial, más rápida que la causada por el vino cuya fermentación es completa.

EL ESPIRITU

¿Quién me llama?

FAUSTO

(*Volviendo la cabeza a otro lado.*)—¡Espantosa visión!

EL ESPIRITU

Me has atraído con fuerza; largo tiempo aspiraste en mi esfera, (1) y ahora....

FAUSTO

¡Ay de mí! No puedo resistir tu presencia.

EL ESPIRITU

Suspiras anhelante por contemplarme, oír mi voz y ver mi rostro. La poderosa instancia de tu alma me obliga a ceder. Aquí me tienes.... ¡Qué mezquino terror se apodera de ti, criatura sobrehumana! ¿Qué se hizo del clamor de tu alma? ¿Dó está aquel pecho que se creaba un mundo dentro de sí, lo llevaba y mantenía con esmero; aquel pecho que se henchía con estremecimientos de gozo para encumbrarse al nivel de nosotros, los Espíritus? ¿Dónde estás, Fausto, tú, cuyo acento llegaba hasta mí, y que con todas tus fuerzas pugnabas por alcanzarme? ¿Eres tú quien, al sentirse envuelto en los efluvios de mi aliento, tiembla en todas las profundidades vitales, un gusano que huye medroso y encogido?

FAUSTO

¿Yo retroceder ante ti, engendro de la llama? ¡Soy yo, soy Fausto, tu igual!

---

(1) Esto es: A fuerza de aspirar (o chupar) en mi esfera, me has obligado a salir de ella. Witkowski, fundándose en una cita de Swedenborg, dice que los genios o espíritus ejercen una especie de succión o atracción sobre los seres humanos. Aquí Goethe invierte el hecho.

EL ESPIRITU

En el oleaje de la vida, en el torbellino de la acción, ondulo subiendo y bajando, me agito de un lado a otro. Nacimiento y muerte, un océano sin fin, una actividad cambiante, una vida febril: así trabajo yo en el zumbador telar del Tiempo tejiendo el viviente ropaje de la Divinidad. (1)

FAUSTO

Tú, que vagas por toda la redondez de la vasta tierra, Espíritu afanoso, ¡cuán cerca me siento de ti!

EL ESPIRITU

Te igualas al Espíritu que tú concibes, no a mí. (*Desaparece.*)

FAUSTO

(*Anonadado*).—¿No soy igual a ti? ¿A quién, pues? Yo, imagen de la Divinidad, ¿ni tan siquiera me igualo a ti?

(*Llaman a la puerta.*)

¡Maldición! Bien lo sé.... es mi fámulo. (2) Mi más bella felicidad se reduce a la nada. ¿Por qué ha de venir ese árido socarrón a desbaratar este mundo de visiones?

(*Entra* WAGNER (3) *con bata y gorro de dormir, llevando una luz en la mano.* FAUSTO *le vuelve la espalda con enojo.*)

WAGNER

Perdonad; os oí declamar. ¿Leíais, sin duda, una tragedia griega? Algo quisiera yo aprovechar en este arte,

---

(1) La naturaleza visible, bajo la cual se manifiesta la Divinidad.

(2) Estudiante pobre que presta al profesor servicios de orden material, en pago de los cuales recibe gratuitamente enseñanza, alojamiento y manutención.

(3) Tipo del pedante de miras estrechas, que no sabe remontarse por encima de los pequeños detalles ni llegar al punto de vista sintético.

porque hoy día es cosa de gran efecto. No pocas veces he oído decir en son de elogio que un comediante podía dar lecciones a un predicador.

FAUSTO

Cierto, si el clérigo es un comediante, como puede muy bien darse el caso algunas veces.

WAGNER

¡Ah! Cuando uno se halla así como encantado en su museo (1), sin ver apenas el mundo algún día festivo, y sólo de lejos, casi no más que con un anteojo, ¿cómo podrá dirigirlo por medio de la persuasión?

FAUSTO

No lo conseguiréis con todos vuestros afanes si no lo sentís, si ello no surge de vuestra alma y con encanto muy poderoso y sostenido no subyuga los corazones de todo el auditorio. Ya podéis estar siempre clavado en una silla, hacer una amalgama de todo, aderezar un guiso con los relieves de ajeno festín y sacar a fuerza de soplo mezquinas llamas de vuestro puñado de cenizas. Podréis así excitar la admiración de los niños y de los monos, si tal es vuestro gusto, mas nunca haréis llegar el corazón a los corazones si ello no os sale del corazón.

WAGNER

Pero la elocuencia labra el éxito del orador. Bien lo comprendo: todavía estoy muy atrasado.

FAUSTO

Buscad el logro de buena ley; no seáis un bufón que hace sonar sus cascabeles (2). La razón y el verdadero senti-

(1) Gabinete de estudio.

(2) Esto es: no busquéis el aplauso del público recurriendo a vanos artificios retóricos, adornos superficiales y otros medios puramente exteriores.

miento se expresan ellos mismos con escaso artificio; y si deseáis decir alguna cosa de importancia, ¿qué necesidad tenéis de ir a caza de palabras? Sí; vuestros discursos, que tan brillantes son, y en los cuales rizáis recortes de papel para la humanidad (1), son pesados como el brumoso viento de otoño que murmura a través de las secas hojas.

WAGNER

¡Ay, Dios! El arte es largo, y breve es nuestra vida (2). En mis esfuerzos de crítica llego a temer no pocas veces por mi cabeza y mi pecho. ¡Cuán arduos de conseguir no son los medios por los cuales se remonta uno a las fuentes! Y sin duda ha de morir el pobre diablo antes de haber andado sólo la mitad del camino.

FAUSTO

¿Crees tú que un árido pergamino es la fuente sagrada que, con sólo beber un trago de ella, apague la sed para siempre? No hallarás refrigerio alguno si no brota de tu propia alma.

WAGNER

Perdonad; pero no deja de ser un vivo deleite transportarse al espíritu de los tiempos para ver cómo pensó algún sabio antes que nosotros, y considerar después a qué gloriosas alturas al fin hemos llegado.

FAUSTO

¡Oh, sí! hasta las estrellas. Los tiempos pasados, amigo mío, son para nosotros un libro de siete sellos. Lo que llamáis espíritu de los tiempos no es en el fondo otra cosa que el espíritu particular de esos señores en quienes los tiempos se reflejan; y a decir verdad, todo ello resulta muchas veces una miseria tal que uno se os aparta con

(1) Esto es: exponéis con retórica afectada y ampulosa, recargada de adornos ficticios, las frivolidades y pequeñeces de la humanidad. (Harnack, etc.)

(2) Es el *ars longa, vita brevis*, de Hipócrates.

asco al primer golpe de vista. Es un cesto de basura, un cuarto de trastos viejos, y a lo sumo un mal dramón histórico con excelentes máximas pragmáticas, de esas que tan bien cuadran en boca de títeres.

WAGNER

Pero, ¿y el mundo, y el corazón, y el espíritu humano? ¿Quién no desea saber de ello alguna cosa?

FAUSTO

Cierto; ¡lo que así denominan saber! ¿Quién se atreve a llamar al niño por su nombre verdadero? Los pocos hombres que han sabido algo de esto, que, asaz insensatos, no supieron evitar que se desbordara su corazón, y descubrieron al mundo sus sentimientos y sus ideas, en todo tiempo han sido crucificados o condenados a la hoguera.... Pero dispensadme, amigo, la noche está muy avanzada, y es menester que por hoy hagamos punto aquí.

WAGNER

Con gusto hubiera seguido en vela para continuar con vos una plática tan instructiva; pero mañana, como primer día de Pascua, permitidme haceros alguna que otra pregunta. Con afán me he consagrado al estudio; verdad es que ya sé mucho, pero quisiera saberlo todo. (*Vase.*)

FAUSTO

(*Solo*).—¡Cómo nunca desaparece toda esperanza de la cabeza de aquel que siempre se aferra a cosas insulsas! Con ávida mano escarba la tierra buscando tesoros, y se da por satisfecho si encuentra unas lombrices. ¿Es posible que se deje oír semejante voz humana en este sitio, donde me rodeaba un mundo de visiones? Mas ¡ay! por esta vez te lo agradezco, ¡oh tú, el más mísero de todos los hijos de la tierra! Tú me arrancaste de los brazos de la desesperación, que amenazaba trastornar mis sentidos. ¡Ah! Tan

colosal era la aparición que a su lado no pude menos de juzgarme un pigmeo.

Yo, imagen de la Divinidad, yo que me figuraba estar ya muy cerca del espejo de la verdad eterna, que gozaba de mí mismo, bañado en la luz y el esplendor celeste, y había despojado al hijo de la tierra (1); yo, superior al querubín; yo, cuya libre fuerza, llena de presentimientos, ya pretendía osadamente correr por las venas de la Naturaleza, y, creando, aspiraba a gozar de la vida de los dioses, ¡cómo debo expiar mi vana presunción! Una sola palabra, potente como el rayo, ha bastado para anonadarme.

No puedo pretender igualarme a ti. Si tuve poder para atraerte, no lo tuve para conservarte junto a mí. En aquellos felices instantes ¡sentíame a la vez tan pequeño y tan grande! Me rechazaste despiadado, sumiéndome de nuevo en la incierta suerte humana. ¿Quién me instruirá? ¿Qué debo evitar? ¿Tengo que ceder a aquel impulso? ¡Ay! Nuestras mismas acciones, lo propio que nuestros sufrimientos, entorpecen la marcha de nuestra existencia.

En las más sublimes concepciones del espíritu se ingiere de continuo materia cada vez más extraña (2). Cuando llegamos a lo bueno de este mundo, lo mejor (3) se califica entonces de engaño e ilusión. Los nobles sentimientos que nos dieron la vida se amortiguan en medio del bullicio mundanal.

Si la fantasía, llena de esperanza y con vuelo audaz, se extiende de ordinario hacia lo infinito, un breve espacio es suficiente para ella cuando una dicha tras otra naufragan en el remolino de los tiempos. Al punto anida la inquietud en el fondo del corazón, engendrando allí secretos dolores, y se agita intranquila turbando placer y reposo. Cúbrese sin cesar con nuevos disfraces y puede aparecer ora como

---

(1) Esto es: "me había despojado de todo lo terrestre."

(2) Algún elemento terrestre, impuro.

(3) Los bienes de orden superior.

hacienda y hogar, ora como esposa e hijo, o bien como fuego, agua, puñal o veneno. Tiemblas ante todo lo que no te alcanza y tienes que llorar sin tregua aquello que nunca pierdes.

No; no me igualo a los dioses. Harto lo comprendo. Me asemejo al gusano que escarba el polvo, y mientras busca allí el sustento de su vida, le aniquila y sepulta el pie del caminante.

¿No es polvo también todo cuanto llena estos cien estantes de los altos muros que me opr men, y ese fárrago, que con mil fruslerías y bagatelas me ciñe en este mundo de carcoma y polilla? ¿Y es aquí donde he de encontrar lo que me falta? ¿Tengo acaso necesidad de leer en estos mil libracos que en todas partes se atormentaron los hombres, y que sólo aquí y allí ha habido uno que fuera dichoso?

Y tú, vacía calavera, ¿por qué me miras riendo con sorna, cual si me dijeras que tu cerebro, desconcertado en otro tiempo como el mío, buscó la serena luz del día, y sediento de verdad, erró lastimosamente en el triste crepúsculo?

Vosotros, instrumentos, sin duda hacéis mofa de mí con esas ruedas y esos dientes, cilindros y arcos. Yo estaba frente a la puerta; vosotros debíais ser las llaves, y con todo y tener vuestras guardas bien rizadas, no movéis el pestillo. Misteriosa en pleno día, la Naturaleza no se deja despojar de su velo, y lo que ella se niega a revelar a tu espíritu, no se lo arrancarás a fuerza de palancas y tornillos. Tú, vetusto ajuar que nunca utilicé, ahí te estás sólo porque mi padre se sirvió de ti. Y tú, vieja polea (1), ¡cómo te has ennegrecido desde que la triste lámpara ha humeado sobre este pupitre! Mucho mejor hubiera obrado yo disipando lo poco que poseo, que estarme aquí sudando agobiado por el peso de tal escasez. Lo que tú heredaste de tus padres, adquiérelo para gozar de ello. Lo que no se utiliza es una carga pesada; sólo puede ser de provecho aquello que crea el momento (2).

(1) La pequeña polea de la cual pende la lámpara.

(2) Esto es: que puede servir en el momento oportuno.

Mas, ¿por qué se fija mi vista en aquel sitio? ¿Es aquel pequeño frasco un imán para mis ojos? ¿Por qué de improviso todo se vuelve para mí suavemente claro, como cuando de noche, en medio de la selva tenebrosa, nos baña el resplandor de la luna?

Yo te saludo, redomita singular, que con recogimiento bajo ahora de tu sitio. En ti venero el ingenio y el arte del hombre. Tú, agregado de benéficos jugos soporíferos; tú, extracto de todas las sutiles fuerzas mortales, da a tu dueño una muestra de tu favor. Te miro, y el dolor se mitiga; te tomo en mis manos, y mengua el afán, baja poco a poco la marea creciente del espíritu. Siéntome arrastrado a la alta mar, el espejo de las olas brilla a mis pies, hacia ignotas playas me atrae un nuevo día.

Sostenido por leves alas, un carro de fuego (1) flota en el aire acercándose a mí. Dispuesto me siento a cruzar el éter por inusitada vía, lanzándome a nuevas esferas de pura actividad. Pero ¿eres acaso digno de esa existencia sublime, de esos deleites divinos, tú, que hace un instante no eras más que un vil gusano? Sí; vuelve con ánimo resuelto la espalda al bello sol de la tierra Decídete con osadía a forzar las puertas ante las cuales de buen grado pasan todos de largo esquivando el riesgo. Llegó ya el momento de probar con hechos que la dignidad del hombre no cede ante la grandeza de los dioses; hora es ya de no temblar frente a ese antro tenebroso en donde la fantasía se condena a sus propios tormentos (2); de lanzarse hacia aquel pasaje, alrededor de cuya estrecha boca vomita llamas todo el infierno; de resolverse a dar este paso (3) con faz serena, aun a riesgo de abismarse en la nada.

---

(1) Alusión al carro de fuego que arrebató a Elías. El autor representa así la Muerte, considerándola como un rápido paso a un mundo superior.

(2) ¿Vendrá esto a decir que a juicio del autor los sufrimientos de la vida de ultratumba son puramente subjetivos, verdadera expresión y fruto de nuestra propia fantasía, a modo de ensueño penoso?

(3) Alusión al suicidio.

Desciende ahora y sal de tu viejo estuche, copa de límpido cristal, que tenía yo olvidada luengos años ha. Lucías en las regocijadas fiestas de mis antepasados, y alegrabas a los graves comensales según ibas pasando de uno a otro. La rica magnificencia de tus numerosas figuras con tanto arte labradas, la obligación que tenía el bebedor de explicarlas en rimas y de vaciarte de un solo trago, evocan en mí el recuerdo de más de una noche de la juventud. No te pasaré ahora a ningún vecino, ni haré gala de mi ingenio ensalzando tus primores. He aquí un licor que produce súbita embriaguez. Su parda onda llena tu cavidad. Yo mismo lo preparé y lo elijo para mí. Sea ésta mi libación postrera, que consagro en este instante, con toda la efusión de mi alma y como solemne y supremo saludo, a la aurora del nuevo día. (*Aplica la copa a sus labios.*)

(*Tañido de campanas y canto en coro.*)

CORO DE ANGELES

¡Cristo ha resucitado! ¡Júbilo al mortal, que estaba encadenado por los funestos e insidiosos vicios hereditarios!

FAUSTO

¿Qué sordo rumor, qué armónicos sonidos arrancan de un modo violento la copa de mis labios? ¿Anunciáis ya, broncas campanas, la solemne hora primera de la fiesta de Pascua? Y vosotros, celestes coros, ¿entonáis ya el himno consolador que largo tiempo ha, en la noche del sepulcro, salía de los labios de los ángeles, como prenda de nueva alianza?

CORO DE MUJERES

Con aromas le ungimos nosotras, sus fieles siervas; le depositamos en el sepulcro, le envolvimos con limpias vendas y blancos cendales, y ¡ay! ¡no encontramos a Cristo aquí!

CORO DE ANGELES

¡Cristo ha resucitado! ¡Feliz aquel que ama, aquel que ha resistido la dolorosa, saludable y aleccionadora prueba!

FAUSTO

¿Por qué venís a buscarme en el polvo, dulces y poderosos acentos celestiales? Resonad doquiera que haya hombres débiles. Oigo bien el mensaje, pero fáltame la fe, y el hijo mimado de la fe es el milagro. No me atrevo a aspirar a esas esferas desde donde se deja oír la fausta nueva; y a pesar de ello, estos acentos a que estoy habituado desde mi niñez, me llaman ahora de nuevo a la vida. Otras veces, en medio del austero recogimiento del domingo (1), descendía sobre mí el ósculo de amor celeste; entonces resonaba, llena de presagios, la plenitud del sonido de las campanas, y la plegaria constituía para mí un férvido deleite; un dulce e inexplicable anhelo me impelía a divagar por bosques y praderas, y bañado en ardientes lágrimas, sentía nacer un mundo para mí. Este canto anunciaba los alegres juegos de la juventud, la franca felicidad de las fiestas primaverales (2). Tal recuerdo, impregnado de sentimiento infantil, me impide ahora dar el último, el imponente paso. ¡Ah! Seguid sonando, dulces cantos celestes. Brota una lágrima de mis ojos: la tierra se enseñorea de mí otra vez.

CORO DE DISCIPULOS

Excelso y lleno de vida, el Sepultado ha ascendido ya glorioso a las alturas. En el goce de la nueva existencia, está cercano a la felicidad creadora, en tanto que nosotros ¡ay! permanecemos en el seno de la tierra para sufrir. Nos ha dejado abandonados, nosotros sus discípulos, que languidecemos aquí abajo. ¡Ah, Maestro! lloramos tu felicidad.

---

(1) *Sabbat.* El sábado de los judíos, que corresponde a nuestro domingo.

(2) Las fiestas de Pascua.

CORO DE ANGELES

Cristo ha resucitado del seno de la corrupción. Romped gozosos vuestras cadenas. Para vosotros, que le glorificáis con vuestras obras, que dais pruebas de amor, que os partís el pan como hermanos, que recorréis la tierra predicando a los hombres y prometiéndoles la bienaventuranza, para vosotros el Maestro está cerca, para vosotros ahí está.

ANTE LA PUERTA DE LA CIUDAD (1)

GENTES DE TODAS CLASES *salen a pasear*

ALGUNOS COMPAÑEROS ARTESANOS

¿Por qué vais por ese lado?

OTROS

Subimos hasta la posada del Cazador.

LOS PRIMEROS

Pues nosotros nos encaminamos al Molino.

UNO DE LOS ARTESANOS

Si queréis creerme a mí, vamos al ventorrillo del estanque.

SEGUNDO ARTESANO

El camino nada tiene de agradable.

LOS SEGUNDOS

Y tú, ¿qué piensas hacer?

UN TERCERO

Yo voy con los demás.

(1) Francfort del Mein.

UN CUARTO

Venid cuesta arriba hacia Burgdorf (1). Con seguridad encontraréis allí las más lindas muchachas, la mejor cerveza y camorras de primer orden.

UN QUINTO

Estás de muy buen humor, camarada. ¿Tienes comezón en el pellejo por tercera vez? Lo que es yo, no voy allá; le tengo horror a tal sitio.

UNA MOZA DE SERVICIO

No, no; yo me vuelvo a la ciudad.

OTRA

Segura estoy de que le vamos a encontrar junto a aquellos álamos.

LA PRIMERA

Para mí no es muy divertido eso. Irá él a tu lado, y una vez en el corro, con nadie bailará sino contigo. ¿Qué me importan a mí tus gustos?

OTRA

Es que a buen seguro hoy no estará solo. Ha dicho que con él iría el Cabeza-crespa.

UN ESTUDIANTE

¡Voto va! ¡Cómo andan aquellas garridas mozas! Ven, camarada; hemos de acompañarlas. Buena cerveza, tabaco fuerte y una muchacha muy acicalada: esto es lo que me gusta a mí.

---

(1) Los diversos parajes que aquí se mencionan, están situados en las cercanías de Francfort.

UNA SEÑORITA DE LA CLASE MEDIA

(*A otra*).—Mira, mira aquellos guapos mocitos. ¿No es una vergüenza que, pudiendo gozar de la mejor compañía, corran tras esas mozas de servicio?

SEGUNDO ESTUDIANTE

(*Al primero*).—No tan aprisa. Ahí detrás vienen dos muchachas muy lindamente vestidas; una de ellas es vecina mía, y es una chica de la cual estoy muy prendado. Andan con su paso tranquilo, y acabarán por juntarse con nosotros.

PRIMER ESTUDIANTE

No, señor camarada; no me gusta a mí tanto engorro. Apretemos el paso, no sea que se nos escape la pieza. La mano que empuña la escoba el sábado, es la que mejor te acariciará el domingo.

UN BURGUES

No; no me gusta el nuevo burgomaestre. Ahora que lo es, se vuelve cada día más insolente. Y vamos a ver: ¿qué hace en favor de la ciudad? ¿Por ventura no van las cosas siempre de mal en peor? Debe uno obeceder más que nunca y pagar más que antes.

UN MENDIGO

(*Cantando*).—Vosotros, buenos caballeros, y vosotras, bellas damas, tan bien ataviadas y de mejillas como rosas, dignaos echarme una mirada compasiva y aliviar mi necesidad. No permitáis que toque yo aquí la gaita (1) en vano.

---

(1) No se trata aquí del popular instrumento de viento compuesto de un saco de cuero con varias flautas, sino de otro también llamado así, que consiste en una caja de madera provista de un teclado y varias cuerdas, que se hacen sonar dando vueltas a un manubrio, como se ve en algunos grabados alemanes.

Sólo es dichoso aquel que quiere dar. Que este día, que todo el mundo celebra, sea día de cosecha para mí.

SEGUNDO BURGUES

Para mí, nada hay mejor los domingos y días de fiesta, que hablar de la guerra y del bullicio de la guerra, mientras allá lejos, en Turquía, los pueblos pelean uno con otro (1). Se está uno tranquilamente a la ventana, vacía su copita contemplando cómo se deslizan río abajo los pintados barquichuelos; y luego, a la caída de la tarde, se vuelve satisfecho a su casa bendiciendo la paz y los tiempos de paz.

TERCER BURGUES

Sí, señor vecino; también dejo yo que las cosas vayan de ese modo. Ya pueden ellos romperse la crisma y puede llevárselo todo el diablo, con tal que en casa siga todo como antes.

UNA VIEJA

(*A las señoritas de la clase media*).—¡Oiga! ¡y qué peripuestas vais! ¡La hermosa juventud! ¿Quién no se encaprichará por vosotras? Pero no seáis tan orgullosas. ¡Vaya, eso sí que está bien! ¡Cuando yo podría proporcionaros lo que deseáis!

UNA DE LAS SEÑORITAS.

Vámonos, Agueda. Mucho me guardo de ir en público con tales brujas. Por cierto que ella me hizo ver, en la noche de San Andrés (2), a mi futuro novio en persona.

---

(1) Alusión a la guerra entre rusos y turcos, de 1769 a 1774.

(2) Alusión a las supersticiosas prácticas a que se entrega el vulgo en la noche de San Andrés, patrón de las jóvenes casaderas. Una de tales prácticas consistía en hacer ver en un espejo o cristal persona u otras imágenes de cosas presentes o futuras.

LA OTRA SEÑORITA

A mí me lo enseñó en el cristal. Vestía de militar, acompañado de varios calaverones. Pero, por más que miro a mi alrededor y le busco por todos lados, mi novio no quiere toparse conmigo.

SOLDADOS

Castillos con altas murallas y almenas, mozas arrogantes y esquivas quisiera yo conquistar. Audaz es la empresa, espléndido el galardón. Y dejamos que el clarín nos llame lo mismo al placer que al exterminio. ¡Esto es un asalto! ¡Esto es la vida! Mozas y castillos, todo se ha de rendir. Audaz es la empresa, espléndido el galardón. Y los soldados marchando van.

EN LA CAMPIÑA

FAUSTO *y* WAGNER

FAUSTO

Libres de hielo están ya el río y los arroyos, merced a la dulce y vivificante mirada de la primavera. Verdea en el valle la dicha de la esperanza; el caduco invierno, en su debilidad, se ha retirado a los ásperos montes, y desde allí, en su fuga, no nos envía más que escarchas e impotentes granizos, que forman estrías sobre la verdeante campiña. Mas el sol no sufre blancor alguno; por doquiera se hacen sentir la formación y el esfuerzo; todo quiere animarlo con brillantes matices. Pero, a falta de flores en el campo, acepta al gentío engalanado con sus trajes de fiesta.

Vuélvete, Wagner, y desde estas alturas mira hacia atrás en dirección de la ciudad. Por la honda y sombría puerta sale una compacta muchedumbre abigarrada. Hoy van todos muy contentos a tomar el sol. Celebran la Resurrec-

ción del Señor, puesto que ellos, a su vez, han resucitado también, y de las ahogadas estancias de las bajas viviendas, de las trabas de profesiones y negocios, de la opresión de paredes y techos, de la aplastadora estrechez de las calles, de la respetable obscuridad de los templos, todos ellos son atraídos a la luz (1). Pero mira, mira cuán presurosa se esparce la multitud por campos y huertas; mira cómo el río mece en todas direcciones tantos graciosos esquifes, y cómo se aleja esta última navecilla, que de puro cargada está a pique de zozobrar. Hasta desde las lejanas veredas de la montaña brillan los vestidos de vivos colores. Oigo ya el barullo de la aldea. Aquí está el verdadero cielo del pueblo; llenos de alborozo, todos, grandes y pequeños, lanzan gritos de júbilo. Aquí soy hombre; aquí me permito serlo (2).

WAGNER

El pasearse con vos, señor doctor, es honroso y de provecho; pero no me extraviaría solo por aquí, pues soy enemigo de toda rustiquez. El chirriar de los violines, la algarabía, el juego de bolos, todo ello es para mí un ruido odioso en extremo. Alborotan todos y se agitan frenéticos, cual movidos por el maligno espíritu, ¡y a éso llaman divertirse, a éso llaman cantar!

---

(1) Fausto parece relacionar la Resurrección del Señor con la nueva vida que cobra la Naturaleza despojándose de su blanco sudario de nieve y cubriéndose de verdor y lozanía bajo la vivificadora influencia del sol primaveral. En efecto, la voz alemana *Ostern* (Pascua) deriva de Ostera, nombre de la diosa de la Primavera entre los antiguos germanos, y primitivamente era el nombre de la fiesta pagana con que se celebraba el principio de la estación florida. Y aun hoy día, en Cataluña, se hace una distinción entre la Pascua *florida* o de Resurrección, que se celebra en la época del florecimiento de las plantas, y la Pascua *granada*, o de Pentecostés, en el tiempo en que está más avanzado el desarrollo de los frutos de la tierra.

(2) En el campo se goza de libertad; allí desaparecen las convenciones sociales.

ALDEANOS BAJO EL TILO (1)

Danza y canto

Atavióse el zagal para el baile, con vistosa chaqueta, cintas y guirnalda; iba vestido que daba gozo verlo. No cabía más gente bajo el tilo, y todos danzaban ya como locos.—¡Olé! ¡Olé! ¡Viva la alegría!—Y a compás iba el arco de violín.

A empujones, presto abrióse paso, y le dió con el codo a una muchacha. La fresca moza se volvió y dijo:—¡Vaya, que encuentro eso brutal!—¡Olé! ¡Olé! ¡Viva la alegría!—No seáis tan mal criado.

En tanto, reinaba en el corro la mayor animación; se bailaba a diestro y siniestro; las sayas flotaban al viento. Ponían se todos encendidos y acalorados, y apoyábanse jadeantes uno en el brazo de otro.—¡Olé! ¡Olé! ¡Viva la alegría!—Y las caderas contra los codos.

—Pero no me hagáis tan confiada. ¡Cuántos hombres no han engañado y dejaron chasqueada a su novia!—A pesar de esto, con piropos y zalamerías se la llevó él aparte, y desde el tilo resonaban a lo lejos:—¡Olé! ¡Olé! ¡Viva la alegría!—Gritos, y dale con el arco al violín.

UN VIEJO ALDEANO

Hermoso es por vuestra parte, señor doctor, el no desdeñarnos en el día de hoy y pasear entre este numeroso gentío siendo vos un sabio tan eminente. Aceptad, pues, el más bello jarro, que hemos llenado de fresca bebida. Os lo presento deseando vivamente que no sólo apague vuestra sed, sino también que cada gota que contiene sea un día más añadido a los de vuestra existencia.

---

(1) En la mayor parte de las aldeas alemanas hay un viejo tilo (el árbol de los enamorados), bajo el cual se reúnen los aldeanos para bailar.

FAUSTO

Acepto esa refrigerante bebida, y en retorno, junto con mi agradecimiento, os deseo salud a todos.

(*La gente se reúne alrededor formando círculo.*)

EL VIEJO ALDEANO

Ciertamente, muy bien hicisteis en dejaros ver por aquí en día tan alegre, ya que en otro tiempo y en calamitosos días os mostrasteis con nosotros muy benévolo. Más de uno hay aquí lleno de vida, a quien vuestro padre arrancó por fin al ardiente furor de la fiebre cuando puso término a la pestilencia. Y vos también, joven como erais entonces, acudíais a todas las casas donde había enfermos; llevábanse no pocos cadáveres, mas vos salíais de allí sano y salvo. Habéis soportado multitud de duras pruebas; a nuestro salvador salvó el Salvador de lo alto.

TODOS

¡Salud al hombre acrisolado, para que nos pueda favorecer aún largo tiempo!

FAUSTO

Prosternaos ante Aquél de las alturas, que enseña a socorrer y envía el socorro. (*Aléjase acompañado de Wagner.*)

WAGNER

¡Qué impresión debes sentir, oh grande hombre, ante el respeto de esa multitud! ¡Ah! ¡dichoso quien puede sacar tal fruto de sus dotes! El padre te muestra a su hijo; todo el mundo inquiere, se estruja y acude presuroso; enmudece el violín; párase el bailador. Echas a andar, y se colocan ellos en fila, vuelan los gorros por el aire, y poco falta para que se doblen las rodillas cual si pasara el Santísimo Sacramento.

FAUSTO

Subamos unos pasos más arriba hacia aquella roca, y descansemos allí de nuestro paseo. ¡Cuántas veces solo, pensativo y mortificado por la oración y el ayuno, vine a sentarme en este mismo sitio! Rico de esperanzas, firme en la fe, imaginaba yo arrancar del Señor de los cielos, a fuerza de lágrimas, suspiros y retorcimientos de manos, el término de aquel contagio. Las aclamaciones de la multitud resuenan ahora en mis oídos como un sarcasmo cruel. ¡Oh! si pudieras leer en mi interior, verías cuan poco dignos de tales honores fueron el padre y el hijo. Era mi padre un obscuro hombre honrado, que de buena fe, pero a su manera, se metió a discurrir con afán quimérico sobre la Naturaleza y sus sagrados círculos. Acompañado de algunos adeptos (1), encerrábase en la negra cocina (2), y allí, con arreglo a recetas sin fin, operaba la transfusion de los contrarios. Un León rojo, audaz pretendiente, era allí casado con la Azucena en el baño tibio, y después, con flamante fuego descubierto, ambos eran torturados de una a otra cámara nupcial. Tras esto, aparecía en el vaso la joven Reina con variados colores y quedaba hecho el remedio (3). Morían los enfermos, sin que nadie se cuidara de inquirir quién sanaba. Así es que con nuestros electua-

---

(1) Alquimistas que pretendían descubrir la piedra filosofal.

(2) El laboratorio.

(3) En los tratados de Alquimia se leen pasajes por el estilo. He aquí una muestra sacada de *Las Doce Puertas*: "Hay que comerciar a la puesta del sol, cuando el marido Rojo y la esposa Blanca se unen en el espíritu de vida para vivir en el seno del amor y de la tranquilidad en la proporción exacta de agua y tierra." En este lenguaje simbólico, el León rojo representa el cinabrio; la Azucena, un preparado de antimonio denominado *lilium minerale;* el baño tibio es el baño de María; las cámaras nupciales son retortas, crisoles o alambiques; la joven Reina es el noble producto de la combinación (casamiento) de ambos elementos (masculino y femenino), etc. En su juventud, Goethe se había entregado con ardor al estudio y a la práctica de la alquimia, según confiesa él mismo en sus *Memorias*, libro VIII.

rios infernales, causamos en estos valles y montes más estragos que la peste misma. Con mis propias manos administré el tósigo a millares de pacientes; sucumbían los infelices, y yo debo vivir aún para escuchar los elogios que se tributan a los temerarios asesinos.

WAGNER

Pero ¿es posible que os desazonéis por ello? ¿No hace acaso bastante el hombre honrado que con toda conciencia y puntualidad ejerce el arte que se le transmitió? Si de joven honras a tu padre, aprenderás de él con gusto; si una vez hombre, acrecientas el caudal del saber, tu hijo puede alcanzar una meta más elevada.

FAUSTO

¡Ah! ¡Feliz aquel que abriga aún la esperanza de sobrenadar en este piélago de errores! Aquello que no se sabe es cabalmente lo que se quiere utilizar, y aquello que se sabe no puede utilizarse. Pero ¿a qué turbar con tan negras reflexiones los goces de esta hora deliciosa? Contempla cómo a los fuegos del sol poniente resplandecen las cabañas rodeadas de verdor. Declina el sol y se hunde en el ocaso; el día ha fenecido; pero el radiante astro, siguiendo su carrera veloz, despierta en otros parajes una nueva vida. ¡Ah! ¡que no tenga yo alas para elevarme más arriba de la tierra y lanzarme anhelante en pos, siempre en pos de él! Entonces vería, en un perenne crepúsculo vespertino, el mundo silencioso a mis pies, abrasadas las cumbres todas de los montes, plácidos los valles, y el arroyuelo argentino correr trocada en oro su corriente. La abrupta sierra, con todos sus despeñaderos, no atajaría entonces mi carrera, semejante a la de los dioses. Ante los ojos atónitos, extiéndese ya el mar con sus abrigados senos. Pero el dios (1) tiene trazas de hundirse y desaparecer por fin en lonta-

(1) El sol, considerado como una divinidad.

nanza. Con todo, despiértase un nuevo impulso, y con apresurado vuelo sigo adelante para saciarme de su eterna luz. Ante mí, el día; detras de mí, la noche; el cielo arriba, las olas abajo. ¡Qué delicioso sueño! Y en tanto, el astro desaparece. ¡Ay! Con las alas del espíritu no se juntará tan fácilmente ninguna ala corpórea. Y a pesar de todo, es innato en cada hombre que su alma se lance hacia arriba y adelante, cuando por cima de nosotros, perdida en el espacio azul, la alondra emite sus notas estridentes; cuando más arriba de las escarpadas cumbres pobladas de pinos, se cierne el águila con las alas extendidas, y dominando llanuras y mares, la grulla vuela afanosa hacia su país natal.

WAGNER

También he tenido yo a menudo mis horas de quimeras, pero no he sentido jamás todavía un impulso parecido. Pronto se hastía uno de la vista del bosque y de los campos, y nunca envidiaré las alas del ave. ¡Cuán otramente los goces del espíritu nos llevan de libro en libro, de hoja en hoja! ¡Cuán gratas y deleitosas se vuelven así las noches de invierno! Una vida feliz presta calor a todos los miembros, y si desarrollas un valioso pergamino, ¡ah! entonces el cielo entero desciende hasta ti.

FAUSTO

Tú no tienes idea sino de una sola aspiración. ¡Ah! ¡no aprendas jamás a conocer la otra! (1). Dos almas residen ¡ay! en mi pecho. Una de ellas pugna por separarse de la otra; la una, mediante órganos tenaces, se aferra al mundo en un rudo deleite amoroso; la otra se eleva violenta del polvo hacia las regiones de sublimes antepasados. ¡Oh! Si hay en el aire espíritus que se mueven reinando entre la tierra y el cielo, descended de las áureas nubes y conducid-

(1) En sus limitadas miras, Wagner se siente satisfecho y feliz. Fausto no quiere acibarar su dicha haciéndole participar de sus arduos afanes, de sus vehementes aspiraciones hacia un ideal más sublime.

me lejos, a una nueva y variada vida. Sí; a poseer yo tan sólo un manto mágico que me transportara a extrañas regiones, no lo cedería por las vestiduras más preciosas, ni por un manto real.

WAGNER

No evoques la bien conocida turba que, cual torrente impetuoso, se extiende por la atmósfera y por todos lados prepara al hombre mil diversos peligros (1). Del Norte, te acometen el agudo diente de los espíritus y sus lenguas afiladas como saetas; del Levante llegan, secándolo todo, los que se nutren de tus pulmones (2); si el Mediodía manda del desierto (3) aquellos que amontonan ascua sobre ascua en derredor de tu cabeza, el Poniente aporta el enjambre que al principio recrea, para anegarte a ti y el campo y la dehesa. Escuchan ellos gustosos, plácidamente vueltos hacia el mal, obedecen de buen grado, porque de buen grado nos engañan; se fingen enviados del cielo, y susurran de un modo angelical cuando mienten.—Pero vámonos. La tierra ha tomado ya un tinte gris, refresca el aire y cae la neblina. Al atardecer es cuando más se aprecia el hogar.... ¿Por qué así te detienes y absorto miras hacia aquel sitio? ¿Qué puede sobrecogerte de tal modo en esta hora crepuscular?

FAUSTO

¿Ves aquel perro negro que anda vagando por entre los trigos y rastrojos?

---

(1) Es antiquísima la creencia en ciertos poderes del aire o malos espirítus que habitan las regiones inferiores de la atmósfera y están relacionadas con los diversos vientos y las tempestades.

(2) Los vientos fríos y secos del Este son dañinos para las personas delicadas del pecho.

(3) De Sahara.

WAGNER

Mucho rato ha que le veía, y no me ha parecido que tenga importancia alguna.

FAUSTO

Obsérvalo bien. ¿Por quién tomas ese perro?

WAGNER

Por un perro de aguas, que, a su manera, se empeña con porfía en seguir las huellas de su amo.

FAUSTO

¿Adviertes cómo, describiendo anchas espirales, corre en derredor nuestro y cada vez más cerca? Y si no me engaño, deja a su paso, a modo de torbellino, un rastro de fuego.

WAGNER

No veo sino un perro de aguas negro. Eso bien podría ser una ilusión de vuestros ojos.

FAUSTO

Paréceme que tiende sutiles lazos mágicos alrededor de nuestros pies, para formar luego una atadura.

WAGNER

Véole inseguro y temeroso saltar en torno nuestro porque, en lugar de su amo, ve dos desconocidos.

FAUSTO

El círculo se va estrechando; ya está cerca.

WAGNER

Bien ves que aquello es un perro y no un fantasma. Gruñe y vacila, se echa sobre el vientre, menea la cola..., en fin, todas las costumbres del perro.

FAUSTO

(*Al perro*).—¡Júntate con nosotros! ¡Ven acá!

WAGNER

Es un animal divertido como todos los perros de aguas. Si te detienes, se pone derecho esperando tu mandato; si le hablas, quiere subírsete encima; pierdes alguna cosa, te la traerá, y tras tu bastón se tirará al agua.

FAUSTO

Sin duda tienes razón; no encuentro vestigio de ningún espíritu. Todo ello no es más que adiestramiento.

WAGNER

Si el can está bien amaestrado, hasta el sabio llega a cobrarle afición. Sí, bien merece todo tu favor el aventajado discípulo de los estudiantes (1).

(*Entran por la puerta de la ciudad.*)

GABINETE DE ESTUDIO

Entra FAUSTO *acompañado del perro*

FAUSTO

Abandoné el campo y los prados, cubiertos por una densa noche, que con santo temor lleno de presentimientos despierta en nosotros el alma superior. Adormecidos están ahora los ímpetus desordenados, a la vez que toda actividad turbulenta; ahora se hace sentir el amor a la humanidad, se hace sentir el amor a Dios.

Estáte quieto, perro; no corras de acá para allá. ¿Qué

(1) Los estudiantes alemanes han mostrado siempre gran predilección por los perros.

estás olfateando ahí en el umbral? (1). Echate detrás de la estufa. Te cedo mi mejor almohadón. Ya que allá fuera, en el montañoso camino, nos divertiste con tus carreras y brincos, acepta ahora también mis agasajos, como huésped apacible y bienvenido.

¡Ah! Cuando en nuestra angosta celda de nuevo arde risueña la lámpara, entonces luce la claridad en nuestro pecho, en el corazón, que se conoce a sí mismo. Empieza la razón a hablar una vez más y la esperanza a reflorecer; el hombre suspira por los arroyos de la vida, ¡ah!, por la Fuente misma de la vida (2).

No gruñas, perro (3). Esa voz animal no puede armonizar con los sagrados acentos que al presente embargan mi alma entera. Estamos habituados a que los hombres hagan burla de lo que no entienden, y murmuren a la vista de lo bueno y lo bello, que a menudo les causa enojo; y a ejemplo de ellos, ¿quiere el perro gruñir a eso?

Mas ¡ay! pese a la mejor voluntad, no siento ya el contento brotar de mi pecho. Pero ¿por qué ha de agotarse tan presto el manantial dejándonos sedientos otra vez? ¡De ello tengo yo tánta experiencia.....! Esta falta, empero, permite ser compensada, pues aprendemos a apreciar lo que está más alto que la tierra, suspiramos por una Revelación, que en ninguna parte brilla más augusta y bella que en el *Nuevo Testamento*. Siéntome impulsado a consultar el texto primitivo, a verter con fiel sentido el original sagrado a mi amada lengua alemana.

(*Abre un libro y se dispone a trabajar.*)

Escrito está: "En el principio era la Palabra" (4)....

---

(1) Esto alude al pentagrama trazado en el umbral y que, como se verá, impide a Mefistófeles salir de la casa.

(2) La Divinidad.

(3) Cada vez que Fausto eleva sus pensamientos al mundo divino, el diabólico perro gruñe y da muestras de viva agitación.

(4) Con estas palabras empieza el Evangelio de San Juan. El término *Logos* del original griego significa: verbo, palabra, razón, inteligencia, etc.

Aquí me detengo ya perplejo. ¿Quién me ayuda a proseguir? No puedo en manera alguna dar un valor tan elevado a la palabra; debo traducir esto de otro modo si estoy bien iluminado por el Espíritu.—Escrito está: "En el principio era el Pensamiento".... Medita bien la primera línea; que tu pluma no se precipite. ¿Es el pensamiento lo que todo lo obra y crea?.... Debiera estar así: "En el principio era la Fuerza".... Pero también esta vez, en tanto que esto consigno por escrito, algo me advierte ya que no me atenga a ello. El Espíritu acude en mi auxilio. De improviso veo la solución, y escribo confiado: "En el principio era la Acción."

Si he de compartir la estancia contigo, perro, cesa de aullar, cesa de ladrar. No puedo sufrir a mi lado un compañero tan importuno; es menester que uno de los dos abandone la celda. Con pesar mío quebranto el derecho de hospitalidad. Franca está la puerta; libre tienes la salida.... Mas ¿qué veo? ¿Puede eso acontecer de un modo natural? ¿Es ficción vana? ¿Es realidad? ¡Cómo se agranda en todos sentidos mi perro de aguas! Empínase con violencia. Esa no es la figura de un perro. ¡Qué fantasma he traído a mi casa? Ya se parece a un hipopótamo, de ojos encendidos como fuego y dientes formidables. ¡Oh, con seguridad eres mío! Para semejante ralea medio infernal es buena la clave de Salomón (1).

ESPIRITUS

(*En la galería*).—¡Ahí dentro hay uno preso! Quedaos fuera; que ninguno le siga. Cual zorro en la trampa cogido, temblando está un viejo lince del infierno. Pero estad ojo avizor. Volad aquí y allí, arriba y abajo, y se pondrá en

(1) Fausto, creyendo al principio que su extraño huésped era un espíritu elemental, recurre a la famosa *Clavícula Salomonis* para subyugar a dichos seres, que la fantasía popular consideraba como semidiabólicos.

libertad. Si podéis serle útiles, no le dejéis ahí encerrado, pues harto ha hecho ya por complacernos a todos.

FAUSTO

En primer lugar, para ir al encuentro del animal, me valgo de la fórmula de los Cuatro:

Que se abrase la Salamandra,
retuérzase la Ondina,
desvanézcase el Silfo,
afánese el Gnomo.

Quien no conozca estos elementos (1), su poder y propiedad, nunca será dueño de los espíritus.

Desaparece en llamas, Salamandra;
derrítete murmurante, Ondina,
luce con belleza de meteoro, Silfo,
aporta ayuda doméstica, Incubo, Incubo (2),
aparece y haz el remate.

Ninguno de los cuatro se halla metido en el animal. Está echado con el mayor sosiego y me mira riendo con sorna. Ningún daño le he causado tadavía. Has de oírme conjurar con mayor fuerza.

Si tú, compañero, eres un fugitivo del infierno, contempla este signo (3), ante el cual se humillan las negras falanges.

Ya se abulta con el pelo erizado.—¡Réprobo! ¿Puedes tú leerlo el Increado, el Inefable, extendido por todos los cielos, el Traspasado por mano impía? (4)—Fascinado detrás de la estufa, se hincha como un elefante, llena todo

(1) Los cuatro elementos de los antiguos filosofos: fuego, agua, aire y tierra, cuyos espíritus elementales son respectivamente: la Salamandra, la Ondina, el Silfo y el Gnomo.

(2) El Gnomo, como espíritu doméstico.

(3) Probablemente el signo de la cruz, el monograma IHS (Jesús) u otro análogo.

(4) Traspasado por la lanza de Longinos. Alusión a Cristo.

el espacio, va a disiparse en niebla.—No subas hasta la bóveda. ¡Echate a los pies de tu amo!—Ya ves tú que no amenazo en vano. Con una llama sagrada te chamusco. No esperes la luz tres veces ardiente (1). No aguardes el más poderoso de mis artificios.

(*Mientras cae la niebla, sale de detrás de la estufa* MEFISTOFELES, *vestido con traje de estudiante vagabundo.*)

MEFISTOFELES

¿A qué viene ese alboroto? ¿En qué puedo servir al señor?

FAUSTO

¿Conque era ése el núcleo del perro de aguas! (2) ¡Un estudiante andariego! (3) El lance me mueve a risa!

MEFISTOFELES

Saludo al docto señor.—Me habéis hecho sudar de lo lindo.

FAUSTO

¿Cómo te llamas?

MEFISTOFELES

Baladí me parece la pregunta para uno que tanto desdeña la palabra (4), y que huyendo de toda apariencia, sólo busca el fondo de los seres.

---

(1) Algunos comentaristas opinan que Fausto alude aquí a la Santísima Trinidad.

(2) En las antiguas leyendas y tradiciones figura, en lugar del perro un fraile con hábito gris.

(3) Una especie de estudiante de la tuna, que iba errante de ciudad en ciudad mendigando o vendiendo reliquias, remedios, milagros y otros objetos con que se ganan la vida los charlatanes.

(4) Alusión irónica a lo que poco antes decía Fausto, al traducir, la Sagrada Escritura: "No puedo dar un valor tan elevado a la palabra."

FAUSTO

Entre vosotros, señores, se puede de ordinario adivinar el ser por su nombre, en donde se revela harto explícito, cuando se os apellida Dios de las moscas (1), Corruptor, Mentiroso. Veamos, pues: ¿quién eres tú?

MEFISTOFELES

Una parte de aquel poder que siempre quiere el mal y siempre obra el bien (2).

FAUSTO

¿Qué viene a significar ese lenguaje enigmático?

MEFISTOFELES

Soy el espíritu que siempre niega (3), y con razón, pues todo cuanto tiene principio merece ser aniquilado, y por lo mismo, mejor fuera que nada viniese a la existencia. Así, pues, todo aquello que vosotros denomináis pecado, destrucción, en una palabra, el Mal, es mi propio elemento.

FAUSTO

Te llamas una parte, y sin embargo, entero estás ante mí.

MEFISTOFELES

Dígote modestamente la verdad. Si el hombre, ese pequeño mundo (4) extravagante, se tiene de ordinario por un todo, yo soy una parte de aquella parte que al principio era todo; una parte de las Tinieblas, de las cuales nació la

---

(1) *Beelzebuth* o *Belcebú*, por otro nombre.

(2) La explicación de este enigma tal vez se encontrará en las palabras que, en el *Prólogo en el Cielo*, dice el Señor: "Por esta razón le doy gustoso un compañero que, debiendo obrar como diablo, le incite..."

(3) El Espíritu de Negación, que está en perpetua lucha con la Verdad, el Orden y la Belleza.

(4) El Microcosmo, en contraposición al Macrocosmo, gran mundo o universo.

Luz (1), la orgullosa Luz que ahora disputa su antiguo lugar, el espacio a su madre la Noche. Y a pesar de todo, no lo ha conseguido, pues por mucho que se afane, se halla fuertemente adherida a los cuerpos; emana de los cuerpos, embellece los cuerpos, y un simple cuerpo la detiene en su camino. Así, espero que no durará mucho tiempo, y que con los cuerpos desaparecerá.

FAUSTO

Ahora conozco tus dignos oficios. Nada puedes aniquilar en grande, y al presente lo intentas en pequeño.

MEFISTOFELES

Y a decir verdad, no se ha adelantado gran cosa con esto. Lo que se opone a la nada, ese algo, ese mundo grosero, por más que ya lo haya intentado yo, no he podido hacerle mella alguna con oleadas, tormentas, terremotos ni incendios; tranquilos quedan al fin mar y tierra. Y tocante a la maldita materia, semillero de animales y hombres, no hay medio absolutamente de dominarla. ¡Cuántos y cuántos no he enterrado ya! Y a pesar de todo, siempre circula una sangre fresca y nueva. De continuar ello así, habría para desesperarse. Del aire, del agua, lo mismo que de la tierra, se desprenden mil gérmenes, en lo seco, lo húmedo, lo cálido, lo frío. A no haberme yo reservado la llama, nada quedaría para mí.

FAUSTO

Así, pues, ¿a la potencia eternamente activa, a la fuerza saludable y creadora, opones tú la helada mano del diablo, que en vano se crispa aleve? Trata de emprender otra cosa, extraño hijo del Caos.

---

(1) "....y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo.... y (Dios) separó la luz de las tinieblas." (*Génesis, 1, 2, 4.*)

MEFISTOFELES

Ciertamente ya nos detendremos más en ello las próximas veces. ¿Puedo ahora retirarme?

FAUSTO

No sé por qué lo preguntas. Esta vez he aprendido a conocerte; ven ahora a visitarme según te plazca. Ahí está la ventana, ahí está la puerta; tienes también disponible seguramente el cañón de la chimenea.

MEFISTOFELES

Lo confieso con ingenuidad. Un pequeño obstáculo me impide salir: ese pie de bruja (1) que está en vuestro umbral.

FAUSTO

¿El pentágrama te desazona? Ea, dime, hijo del infierno, si eso te detiene, ¿cómo entraste, pues? ¿Cómo se dejó engañar un espíritu como tú?

MEFISTOFELES

Míralo bien; no está trazado de la manera debida. Uno de los ángulos, el que mira hacia fuera, está, como ves, un poco abierto.

FAUSTO

En ello anduvo muy acertada la casualidad. Según eso, ¿tú serías prisionero mío? La cosa ha salido bien por azar.

MEFISTOFELES

El perro de aguas nada advirtió cuando entraba de un salto. Ahora la cosa cambia de aspecto: el diablo no puede salir de la casa.

---

(1) Llamado también *pentágrama o pentalfa.* Cierta combinación de ángulos entrecruzados que forman una estrella de cinco puntas.

FAUSTO

Pero ¿cómo no sales por la ventana?

MEFISTOFELES

Es ley para diablos y espectros, que por donde se colaron, por allí han de salir. Lo primero es libre para nosotros; de lo segundo somos esclavos.

FAUSTO

¿Con que el mismo infierno tiene sus leyes? Me gusta eso. ¿Luego se podría con toda confianza cerrar un pacto con vosotros, señores?

MEFISTOFELES

De lo que se te prometa gozarás plenamente; nada se te descabalará. Pero eso no es para decirlo en tan breves palabras, y de ello hablaremos más tarde. Ahora te ruego con empeño, con el mayor empeño, que por esta vez me permitas salir.

FAUSTO

Quédate siquiera un instante más, sólo para contarme alguna bella historia.

MEFISTOFELES

Ahora dame suelta. Pronto vuelvo, y entonces podrás preguntarme a discreción.

FAUSTO

Yo no te armé lazo alguno, antes tú mismo te metiste en la red. Quien coja al diablo, téngalo sujeto; pues no le será tan fácil atraparlo por segunda vez.

MEFISTOFELES

Si ello te place, dispuesto también estoy a quedarme aquí para darte compañía, pero a condición de hacerte pasar el tiempo de una manera digna con mis artificios.

FAUSTO

Bien me parece. A tu albedrío lo dejo, con tal que el artificio sea gustoso.

MEFISTOFELES

En esta hora, amigo mío, sacarás mayor provecho para tus sentidos que en la monotonía del año. Lo que te canten los sutiles espíritus, las bellas imágenes que produzcan, no son vano juego de prestigio. También se recreará tu olfato y deleitarás tu paladar, y entonces tu alma quedará embelesada. No es menester preparación alguna de antemano. Nos hallamos reunidos ya. Empezad.

CORO DE ESPIRITUS

Desvanecceos, altas y sombrías bóvedas. Que aquí dentro, más embelesador, mire risueño el éter azul. Disípense las obscuras nubes. Centellean las estrellitas, y soles más suaves lucen entre ellas. La belleza espiritual de los hijos del cielo, en su vacilante curso, pasa cerniéndose en el aire. El ardiente anhelo sigue más allá, y las ondulantes cintas de las vestiduras cubren los campos, ocultan la enramada, donde, embebecidos los amantes, se entregan uno a otro por la vida. ¡Emparrado junto al emparrado! ¡Sarmientos fecundos! El pesado racimo cae en la cavidad de la prensa estrujadora; precipítanse en arroyos los espumosos vinos y corren murmurando por entre límpidas piedras preciosas; dejan tras ellos las alturas; extiéndense en forma de lagos alrededor de multitud de verdeantes colinas, que en ellos se miran ufanas. Y el mundo alado saborea delicias, vuela al encuentro del sol y de las espléndidas islas que se mueven meciéndose sobre las ondas y donde oímos alegres coros y vemos en las florestas bailadores que se diseminan todos por la campiña. Algunos trepan hasta llegar a las cumbres; otros surcan nadando los lagos; ciérnense otros en los aires, y todos corren hacia la vida; todos se lanzan a la lejanía de las amorosas estrellas, cuyo favor aporta felicidad.

MEFISTOFELES

¡Duerme! ¡Bravo, aéreos y sutiles rapazuelos! Habéisle concienzudamente adormecido con vuestros cantos. Obligado os quedo por tal concierto. No eres hombre aún para tener sujeto al diablo. Rodeadle de placenteros ensueños; sumidle en un mar de ilusiones..... Mas, para deshacer el encanto de este umbral, necesito un diente de ratón. No he menester conjurar largo tiempo; ya oigo el ruido que hace uno al correr por aquí, y al punto me escuchará. El señor de ratas y ratones, moscas, ranas, chinches y piojos, te ordena que te aventures a salir para roer este umbral conforme él lo va punteando con aceite.... ¡Hete ya aquí que vienes dando saltitos! Sobre todo, anda listo en tu obra. La punta que con mágico poder me cerraba el paso, se halla más hacia delante en la arista (1). Una dentellada más, y asunto concluído. Ahora, Fausto, continúa soñando hasta que nos veamos de nuevo. (*Vase.*)

FAUSTO

(*Despertando*).—¿Véome, pues, burlado una vez más? ¿Así se desvanece el tropel de visiones, de suerte que un sueño falaz me hacía ver al diablo y se me escapaba un perro de aguas?

---

(1) El pentágrama repele a los malos espíritus a condición de que el ángulo dirigido hacia ellos esté completamente cerrado. La más pequeña abertura en la punta basta para dejarles libre el paso. Así es que Mefistófeles pudo entrar porque el ángulo exterior está abierto; pero no puede salir porque el ángulo interior está bien cerrado.

GABINETE DE ESTUDIO

FAUSTO, MEFISTOFELES

FAUSTO

¿Llaman? ¡Adelante! ¿Quién vendrá a importunarme de nuevo?

MEFISTOFELES

Soy yo.

FAUSTO

¡Adelante!

MEFISTOFELES

Es menester que lo digas tres veces.

FAUSTO

¡Adelante, pues!

MEFISTOFELES

¡Así me gustas! Confío que acabaremos por entendernos. Pues sí; para ahuyentar tus quimeras, héteme aquí como un noble hidalgo, con vestido rojo ribeteado de oro, ferreruelo de seda recia, la pluma de gallo (1) en el sombrero, y una larga espada de aguda punta. Y ahora te aconsejo, en breves palabras, que te vistas también de un modo parecido a fin de que, desembarazado y libre, sepas lo que es la vida.

FAUSTO

Cualquiera que sea mi vestido, sentiré sin duda el tormento de la estrecha existencia terrena. Harto viejo soy

(1) Mefistófeles, como Espíritu de negación, adopta alegóricamente la pluma de gallo aludiendo a la acción de San Pedro, que negó a Cristo tres veces, antes de cantar dicha ave. (J. de Vasconcellos).

para andar en holgorios, y sobrado joven para estar sin deseos (1). ¿Qué puede ofrecerme el mundo? "Es menester que te abstengas." 'Has de abstenerte:" He aquí la sempiterna canción que resuena en los oídos de todos y que, enronquecida, nos canta cada hora durante nuestra existencia entera. Con espanto me despierto por la mañana. Quisiera llorar lágrimas amargas al ver el día, que en su curso no saciará uno solo de mis anhelos, ni uno tan siquiera; que con porfiada crítica quisquillosa amengua hasta el gusto anticipado de todo placer; que contraría las creaciones de mi agitado pecho con las mil bagatelas de la vida. Y luego, cuando desciende la noche, debo tenderme intranquilo en el lecho, y ni aun allí encuentro reposo alguno, pues fieros ensueños vendrán a llenarme de sobresalto. El dios que reside en mi pecho puede agitar profundamente lo más íntimo de mi ser, pero él, que impera sobre todas mis facultades, nada puede mover por fuera (2), de suerte que la existencia es para mí una penosa carga; ansío la muerte y detesto la vida.

MEFISTOFELES

Y sin embargo, la muerte nunca es un huésped bienvenido del todo (3).

FAUSTO

¡Oh! ¡Feliz aquel a quien ella le ciñe las sienes con sangrientos lauros en medio del esplendor de la victoria! ¡Di-

(1) Según se colige de estas palabras y de lo que dice el protagonista en la escena titulada "Cocina de Bruja," es impropio representar a Fausto como un viejo casi decrépito, puesto que vendrá a tener de cincuenta a sesenta años a lo sumo.

(2) El dios de que se trata aquí es el espíritu individual. Este dios "que reside en nuestro pecho," por estar sujeto a las limitaciones de la materia humana, no tiene acción alguna fuera del cuerpo, o sea en el medio que nos rodea.

(3) Irónica alusión a la tentativa de suicidio de Fausto, en la noche que precedía a la Pascua.

choso aquel a quien sorprende en brazos de una joven después de vertiginosa y frenética danza! ¡Ah! ¡Si extasiado ante el poder del sublime Espíritu (1), hubiese yo caído allí exánime!

MEFISTOFELES

Y con todo, no falta quien aquella noche dejó de beber cierto licor pardo.

FAUSTO

A lo que parece el fisgonear es tu afán.

MEFISTOFELES

No soy omnisciente, pero sé muchas cosillas.

FAUSTO

Si unos dulces acentos que me eran conocidos me arrancaron a la horrible confusión burlando el último resto de mis sentimientos infantiles con el recuerdo de un tiempo feliz, maldigo todo cuanto cerca el alma con el señuelo de seducciones y prestigios, y en este antro de dolor la retiene fascinada mediante fuerzas que deslumbran y halagan. ¡Maldito sea por adelantado el alto concepto de que se rodea a sí mismo el espíritu! ¡Maldito el engaño de la apariencia que acosa a nuestros sentidos! ¡Maldito lo que en sueños se insinúa hipócritamente en nosotros con ilusiones de gloria y fama imperecedera! ¡Maldito lo que nos lisonjea como posesión, en forma de esposa e hijo, de sirviente y arado! ¡Maldito sea Mammón (2), cuando con tesoros nos incita a arrojadas empresas, cuando para el placer ocioso nos apareja mullidos almohadones! ¡Maldito sea el balsámico zumo de la uva! ¡Malditos sean los favores supremos

(1) El Espíritu de la Tierra, que se apareció a Fausto en la escena primera.

(2) Dios que preside a las riquezas entre los sirios; equivalente al dios Pluto de los griegos.

del amor! ¡Maldita sea la esperanza! ¡Maldita sea la fe, y maldita sobre todo la paciencia!

CORO DE ESPIRITUS

(*Invisibles*).—¡Ay! ¡ay! Con diestra potente has destruido el mundo seductor; se derrumba, cae en ruina. Un semidiós lo ha hecho trizas. Nosotros llevamos más allá los escombros a la Nada, y lloramos la belleza perdida. Tú, poderoso entre los hijos de la tierra, reconstrúyelo más espléndido, créalo de nuevo en tu pecho! Emprende una nueva carrera de vida con espíritu sereno, y resuenen acto seguido nuevos cantos.

MEFISTOFELES

Estos son los pequeños entre los míos. Escucha como, con sensatez de viejo, aconsejan el placer y la actividad. Pretenden atraerte al vasto mundo, lejos de la soledad, donde se paralizan los sentidos y los humores. Cesa de jugar con tu pesadumbre, que, cual buitre (1), devora tu existencia. La más ruin compañía te hará sentir que eres hombre entre los hombres. Con todo, no quiere esto decir que vayas a encajarte entre la chusma. No soy ninguno de los grandes, pero a pesar de ello, si quieres junto conmigo emprender la marcha a través de la vida, quiero prestarme gustoso a ser tuyo ahora mismo. Tu compañero soy, y si estás satisfecho de mí, soy tu servidor, tu esclavo.

FAUSTO

Y en retorno, ¿qué debo hacer por ti?

MEFISTOFELES

Mucho tiempo aún te queda para eso.

---

(1) Alusión al buitre que devoraba las entrañas de Prometeo.

FAUSTO

No, no; el diablo es egoísta, y no hace fácilmente por amor de Dios cosa alguna que sea de provecho para otro. Expresa claramente tus condiciones. Un servidor tal trae peligro a la casa.

MEFISTOFELES

Oblígome a servirte *aquí*, a la menor indicación tuya, sin darme paz ni reposo; cuando nos encontremos otra vez *más allá*, tú has de hacer otro tanto conmigo.

FAUSTO

Poco puede inquietarme el más allá. Convierte primero en ruinas este mundo, y venga después el otro en buena hora. De esta tierra dimanan mis goces, y este sol alumbra mis pesares. Si algún día consigo arrancarme de ellos, entonces venga lo que viniere; si en el mundo venidero también se ama o se odia, y si igualmente hay en esas esferas un arriba y un abajo, no quiero saber de ello nada más.

MEFISTOFELES

En tal disposición de ánimo, puedes arriesgar la cosa. Oblígate; estos días verás con placer mis artificios. Doite lo que todavía no ha visto ningún mortal.

FAUSTO

¿Qué puedes darme, pobre diablo? El espíritu humano, en sus altas aspiraciones, ¿ha sido acaso nunca comprendido por tus semejantes? Sí, tú tienes un manjar que no sacía; tienes oro bermejo que, como el azogue, sin cesar se escurre de la mano; un juego en el cual nunca se gana; una joven que, reclinada sobre mi pecho, por medio de guiños se entiende ya con el vecino; la gloria, bello placer de los dioses, que se desvanece cual fugaz meteoro. Muéstrame el fru-

to que se pudre antes de cogerlo, y árboles que diariamente se cubren de nuevo verdor (1).

MEFISTOFELES

No me arredra un encargo tal. Esos tesoros que dices, yo te los puedo ofrecer. Mas, amigo querido, también se acerca el tiempo en que podamos regaladamente comer en paz alguna cosa buena.

FAUSTO

Si jamás me tiendo descansado sobre un lecho ocioso, perezca yo al instante (2); si jamás con halagos puedes engañarme hasta el punto de estar yo satisfecho de mí mismo; si logras seducirme a fuerza de goces, sea aquél para mí el último día. Te propongo la apuesta.

MEFISTOFELES

¡Aceptada!

FAUSTO

¡Choquen nuestras manos! Si un día le digo al fugaz momento: "¡Detente! ¡eres tan bello!", puedes entonces cargarme de cadenas, entonces consentiré gustoso en morir. Entonces puede doblar la fúnebre campana; entonces quedas eximido de tu servicio; puede pararse el reloj, caer la manecilla y finir el tiempo para mí.

---

(1) Es bastante obscuro el sentido de este pasaje. Tal vez podría glosarse así: "Pues bien, a falta de otra cosa, dame esos mentidos bienes: fruta que se pudre antes de cogerla, y árboles que todos los días se cubren de nuevo follaje porque las hojas de la víspera están marchitas ya al día siguiente. En algunas traducciones se lee incorrectamente: "fruto que *no* se pudre."

(2) La actividad, el incesante afán de Fausto, no le permiten aletargarse en los placeres de los sentidos, porque siente en él una tendencia irresistible hacia un ideal que Mefistófeles jamás podrá satisfacer ni realizar.

MEFISTOFELES

Piénsalo bien; no lo echaremos en olvido.

FAUSTO

Pleno derecho tienes para ello. No me obligué con temeraria presunción. Tal como me hallo, esclavo soy. Que lo sea tuyo o de otro, ¿qué me importa?

MEFISTOFELES

Hoy mismo, en el banquete doctoral (1) llenaré mis funciones de servidor. Una cosa no más.... Por razones de vida o de muerte, te pido un par de líneas.

FAUSTO

¡Eso más! ¿También me pides un escrito, pedante? ¿No has conocido todavía ningún hombre ni palabra de hombre? ¿No basta que mi palabra hablada deba disponer de mis días para siempre? El mundo se desencadena sin cesar en todas sus corrientes, ¿y a mí ha de tenerme sujeto una promesa? Pero esta idea quimérica está arraigada en nuestro corazón; ¿quién quiere de buena voluntad librarse de ella? ¡Dichoso aquel que mantiene pura la fe en su pecho! Ningún sacrificio le pesará jamás. Pero un pergamino, escrito y sellado, es un espantajo ante el cual todo el mundo se amedrenta. La palabra expira ya en la pluma; la cera y la piel (2) tienen la suprema autoridad. ¿Qué quieres de mí, espíritu maligno? ¿Bronce, mármol, pergamino, papel? ¿Tengo que escribir con buril, cincel, pluma? Te dejo enteramente libre la elección.

---

(1) Siguiendo una costumbre alemana, todo estudiante, en su promoción al grado de doctor, obsequiaba con un banquete a sus profesores y amigos.

(2) Un sello de cera y un trozo de pergamino.

MEFISTOFELES

¿Cómo puedes extremar tu facundia con tal calor? Una pequeña hoja cualquiera es buena para el caso. Firmarás con una gotita de tu sangre.

FAUSTO

Si eso te satisface plenamente, pase como chanza.

MEFISTOFELES

Es la sangre un flúido muy singular (1).

FAUSTO

No haya miedo alguno de que rompa yo este pacto. Cabalmente lo que prometo es la tendencia de todas mis energías. Demasiado me envanecí; no pertenezco más que a tu condición. El grande Espíritu me desdeñó, y ante mí se cierra la Naturaleza. Roto está el hilo del pensamiento; largo tiempo ha que estoy hastiado de todo saber. Apaguemos las ardientes pasiones en los abismos de la sensualidad. Bajo impenetrables velos mágicos, apréstese al punto toda maravilla. Lancémonos en el bullicio del tiempo, en el torbellino de los acontecimientos. Alternen uno con otro entonces, como puedan, el dolor y el placer,

---

(1) En los *Paralipómenos*, dice Goethe: "Es la sangre un flúido muy singular, que produce en lo interior fuerza de la fuerza. Si la herida la saca violentamente hacia fuera, hará al exterior más fieros estragos."—Según varios autores, la sangre tiene poderosas virtudes ocultas, que los magos y hechiceros utilizan para sus reprobables prácticas. Como expresa Levi, "la sangre es el gran arcano de la vida," y en concepto de Ramatsariar, "contiene todos los misteriosos secretos de la existencia." Mefistófeles sabe bien que tendrá más seguramente a Fausto en su poder si puede adueñarse de una gota tan sólo de su sangre, porque este humor es la vida del hombre, y según expresa un antiguo aforismo, "lo que tiene poder sobre tu sangre, tiene poder sobre ti." (Véase: *El significado oculto de la sangre*, por el Dr. Rudolf Steiner.)

la suerte próspera y la adversa. Sólo por una incesante actividad es como se manifiesta el hombre.

MEFISTOFELES

No se os fija medida ni término. Si os gusta golosinear en todas partes, coger alguna cosa fugitiva, buen provecho os haga lo que os deleite. Pero echad la mano y no seáis tímido.

FAUSTO

Bien sabes tú que no se trata de placer. Al vértigo me abandono, al más amargo de los goces, al odio amoroso, al enojo avivador. Mi corazón, curado ya del afán de saber, no debe cerrarse de hoy más a dolor alguno, y lo que está repartido entre la humanidad entera quiero yo experimentarlo en lo íntimo de mi ser; quiero abarcar con mi espíritu lo más alto y lo más bajo, acumular en mi pecho el bien y el mal de ella, extendiendo así mi propio ser al suyo, y como ella misma, estrellándome yo también al fin.

MEFISTOFELES

¡Oh! Créeme a mí, que hace muchos miles de años que estoy mascando ese duro manjar; desde la cuna hasta el sepulcro, ningún hombre digiere la vieja levadura (1). Cree a uno de nosotros: ese Todo no se ha hecho sino para un Dios; El mora en un eterno esplendor; a nosotros nos ha puesto en las tinieblas, y únicamente a vosotros convienen el día y la noche (2).

FAUSTO

¡Pero yo lo quiero!

---

(1) Levadura o "pasta agria" (*Sauerteig*). Esto alude al sentimiento de nuestra imperfección inevitable, contra la cual se estrellan sin cesar nuestras aspiraciones ideales. (Latham).

(2) Esto es: la luz y las tinieblas; una mezcla de aspiraciones sublimes, ideales y de sensualidad grosera.

MEFISTOFELES

¡Sea en buen hora! Sin embargo, *una sola cosa* temo; el tiempo es breve y el arte es largo. Pienso que haréis bien en dar oídos a la razón. Asociaos a un poeta, dejad que el maestro divague en sus pensamientos y amontone sobre vuestra respetable testa todas las nobles cualidades: el arrojo del león, la agilidad del ciervo, la sangre ardiente del italiano, la constancia del Norte. Dejadle que os halle el secreto de aunar la grandeza de ánimo con la astucia, y de apasionaros, conforme a un plan, con fogosos ímpetus juveniles. Hasta tendría yo gusto en conocer a un tal señor; le apellidaría señor Microcosmo.

FAUSTO

¿Qué soy, pues, si no es posible llegar a conseguir la corona de la humanidad, hacia la cual tienden con afán todos mis pensamientos?

MEFISTOFELES

Tú eres, al fin y al cabo.... lo que eres. Ponte pelucas de millones de bucles; calza tus pies con coturnos de una vara de alto, y a pesar de todo, seguirás siendo siempre lo que eres.

FAUSTO

Bien lo veo. En balde acumulé sobre mí todos los tesoros del espíritu humano, y cuando al fin me siento para descansar, ninguna nueva fuerza, a pesar de ello, nace en mi pecho; no soy más alto del grueso de un cabello, ni estoy más cerca de lo Infinito.

MEFISTOFELES

Mi buen señor, vos veis las cosas exactamente como se ven de ordinario. Es preciso obrar con más tino, antes que huya de nosotros el placer de la vida. ¡Qué diantre!

Tuyos son, sin duda, manos y pies, cabeza y c.... (1); pero todo aquello de que yo disfruto buenamente ¿es menos mío por eso? Si puedo pagar seis caballos, ¿no son mías las fuerzas de ellos? Corro así velozmente y soy un hombre verdadero y cabal, como si tuviera veinticuatro piernas. ¡Animo, pues! Déjate de cavilaciones, y lancémonos de rondón en el mundo. Yo te lo digo: el hombre que se devana los sesos, es como una bestia a quien un mal espíritu hace dar vueltas por un seco erial, por todas partes rodeado de lozanos y verdes pastos.

FAUSTO

¿Cuándo empezamos eso?

MEFISTOFELES

Partimos al instante. ¿Qué lugar de tortura es ese? ¿Puede llamarse vivir el aburrirse uno mismo y aburrir a los muchachos? Deja eso para el vecino maese Barrigón (2). ¿Por qué te afanas trillando la paja? Lo mejor que puedes saber no te atreves a enseñarlo a tus discípulos.... Precisamente ahora oigo uno en el corredor.

FAUSTO

No me es posible recibirle.

MEFISTOFELES

El pobre chico está esperando largo rato ha, y no puede irse desconsolado.—Ven, dame tu ropón y tu gorro. Tal disfraz debe sentarme a maravilla. (*Se cambia de vestido*). Ahora deja eso para mi ingenio. No necesito más que un

---

(1) En el texto alemán, H—, inicial de *Hode*, como entienden algunos comentaristas, o de *Hintere*, como creen otros.

(2) Con tal nombre designa Mefistófeles a uno de esos pedantes infatuados y de miras estrechas, que más piensan en vivir con regalo que en quebrarse la cabeza estudiando.

breve cuarto de hora. Mientras tanto, prepárate para el hermoso viaje. (*Vase Fausto.*)

MEFISTOFELES

(*Vestido con el ropón de Fausto*).—Desdeña la razón y el saber, supremas fuerzas del hombre; déjate afirmar, por el espíritu de mentira, en las obras de ilusión y prestigio; de esta suerte ya eres mío de manera incondicional.... Dióle el destino un espíritu que, indómito, se lanza siempre adelante, y en su harto precipitado esfuerzo, salta por cima de los goces terrenos. Yo le arrastraré por una vida desordenada, por la trivial frivolidad; es preciso que se me revuelva, se obstine y se prenda en la liga (1), e insaciable como es, verá suspendidos manjares y bebidas ante sus ávidos labios, sin que llegue a tocarlos. En vano implorará consuelo para él, y aunque no se hubiese dado al diablo, habría de perderse sin remedio.

Entra un ESTUDIANTE

ESTUDIANTE

Muy poco tiempo hace que estoy aquí, y vengo sumiso para hablar y conocer a un hombre, a quien todos me nombran con respeto.

MEFISTOFELES

Vuestra cortesía me halaga en extremo. Veis un hombre como tantos otros. ¿Os habéis dirigido ya a otras partes?

ESTUDIANTE

Ruégoos que os intereséis por mí. Llego con la mejor voluntad, algún dinero y sangre joven A duras penas consintió mi madre en separarse de mí. Bien quisiera yo aprender aquí algo bueno.

(1) Mefistófeles compara a Fausto con un pájaro cogido en la liga; cuanto más se esfuerza por soltarse, más preso queda en ella.

MEFISTOFELES

Entonces os halláis cabalmente en el sitio debido.

ESTUDIANTE

Francamente, quisiera volverme ya. Entre esas paredes, en esos recintos, no me hallo a gusto en manera alguna. Es un espacio harto reducido, no se descubre nada de verdor, ningún árbol, y en esas aulas, en esos bancos, se me van el oído, la vista y el pensamiento.

MEFISTOFELES

Eso no es sino cuestión de hábito. Tampoco, al principio, toma el niño de buen grado el pecho de su madre, pero bien pronto se alimenta con delicia. Así también, junto a los pechos de la sabiduría, sentiréis cada día acrecentarse vuestro afán.

ESTUDIANTE

A su cuello quiero colgarme con deleite. Mas decidme: ¿cómo puedo conseguirlo?

MEFISTOFELES

Explicaos antes que vayáis más lejos. ¿Qué facultad elegís?

ESTUDIANTE

Quisiera llegar a ser muy sabio, y me gustaría comprender todo cuanto hay en la tierra y el cielo, la ciencia y la naturaleza (1).

MEFISTOFELES

Estáis, pues, en el verdadero camino, pero no debéis dejaros distraer.

---

(1) Las ciencias abstractas y las de observación o naturales.

ESTUDIANTE

Conforme estoy en alma y cuerpo; pero sin duda no me vendría mal un poco de libertad y esparcimiento en las hermosas vacaciones de verano.

MEFISTOFELES

Aprovechad el tiempo; ¡pasa tan pronto....! Pero el método os enseñará a ganarlo. Para ello, caro amigo, os aconsejo ante todo el *Collegium logicum* (1). Allí se adiestrará bien vuestro espíritu, aprisionado en borceguíes españoles (2), a fin de que así, más reflexivo, en adelante recorra con paso mesurado la vía del pensamiento y no divague tal vez como un fuego fatuo de aquí para allí, a diestro y siniestro. Luego se os enseñará durante muchos días que aquello que antes solíais ejecutar de un solo golpe con toda libertad, como el comer y el beber, es necesario hacerlo en uno, dos, tres tiempos (3). No hay duda que con la elaboración de las ideas pasa lo mismo que con una obra maestra de tejedor en la cual una simple presión del pie pone en movimiento un millar de hilos, las lanzaderas se disparan hacia aquí y hacia allí, los hilos corren invisibles, y un golpe único forma de repente mil trabazones. Viene el filósofo, y os demuestra que ello debe ser de este modo: lo primero era así y lo segundo así, luego lo tercero y lo cuarto son así (4); y si lo primero y lo segundo no existiesen, lo tercero y lo cuarto jamás podrían existir. Los estudiantes de todas partes ponen esto sobre las nubes, mas no han llegado a ser tejedores. El que quiere conocer y describir alguna cosa viviente, procura ante todo sacar de ella el espíritu; entonces tiene en su mano las partes; lo único que falta ¡ay! es el

(1) El curso de lógica.

(2) Antiguo instrumento de tortura, con el cual se comprimían atrozmente las piernas del acusado.

(3) Esto es, según determinados principios y reglas.

(4) Imitación irónica del silogismo, en el cual introduce Mefistófeles un nuevo término, el cuarto.

lazo espiritual que las une. *Enqueiresin naturoe* (1) llama a eso la química, que, sin saberlo, se burla de sí misma (2).

ESTUDIANTE

No puedo acabar de comprenderos.

MEFISTOFELES

Pronto lo entenderéis mejor cuando aprendáis a reducirlo y clasificarlo todo de la manera debida.

ESTUDIANTE

Tan aturdido estoy con todo ello, como si dentro de la cabeza me diera vueltas una rueda de molino.

MEFISTOFELES

En seguida, antes que ninguna otra cosa, es menester que os apliquéis a la Metafísica. En ella, ved de abarcar con espíritu profundo lo que no se adapta al cerebro humano (3). Para aquello que entra en él o deja de entrar, tenéis a vuestra disposición un nombre rimbombante. Pero sobre todo, en este medio año observad bien el mejor método Cinco horas de lección tenéis cada día; estad dentro al toque de campana. Venid bien preparado de antemano y tened bien aprendidos los parágrafos (4), a fin de que luego veáis más claro que el profesor no dice sino lo que está en el libro. No obstante, aplicaos de veras a escribir, como si os dictara el Espíritu Santo.

ESTUDIANTE

Eso no tendréis que decírmelo dos veces. Ya me figuro cuán provechoso es, puesto que lo que se posee en negro sobre blanco, puede uno llevárselo confiado a su casa.

---

(1) Operación de la Naturaleza.

(2) Porque no sabe rehacer la síntesis del organismo que ha descompuesto por medio del análisis.

(3) Lo que excede a la comprensión del hombre.

(4) Ironía a propósito del lenguaje pedantesco de los profesores.

MEFISTOFELES

Pero elegid una facultad.

ESTUDIANTE

A la Jurisprudencia no puedo acomodarme.

MEFISTOFELES

No encuentro eso tan mal de parte vuestra. Bien sé lo que pasa con esta ciencia. Leyes y derechos se transmiten de un modo hereditario como una enfermedad perenne; van arrastrándose de generación en generación y avanzan lentamente de un lugar a otro. La razón se convierte en sinrazón, el beneficio en ofensa. ¡Desgraciado de ti que eres nieto! (1) Del derecho que con nosotros nació (2), de él ¡ay! nunca se dice una palabra.

ESTUDIANTE

Mi aversión crece al oíros. ¡Oh! ¡Dichoso aquél a quien vos adoctrináis! Ahora casi estoy por estudiar Teología.

MEFISTOFELES

No quisiera yo induciros en error. Tocante a esta ciencia, es muy difícil evitar el falso camino; hay en ella tanto veneno escondido, que apenas puede distinguirse del remedio. También aquí lo mejor será que no escuchéis sino a un solo maestro (3) y que juréis por su palabra (4). En suma, ateneos a las palabras. Entonces, por la segura puerta, entráis en el templo de la certeza.

---

(1) Es decir: que estás sometido por herencia al yugo de rancias tradiciones.

(2) Del derecho natural.

(3) Por razón de las numerosas controversias que se suscitaban entre los mismos profesores.

(4) *Jurare in verba magistri*, como dice la expresión latina.

ESTUDIANTE

Pero la palabra debe entrañar una idea...

MEFISTOFELES

¡Cabal! Pero no hay que apurarse mucho por eso, pues precisamente allí donde faltan las ideas, se presenta una palabra en punto y en sazón. Con palabras se puede discutir a las mil maravillas, con palabras es posible erigir un sistema; en las palabras se puede creer a ciegas; de una palabra no se puede quitar ni un tilde.

ESTUDIANTE

Perdonad si os detengo con tantas preguntas, pero no puedo menos de molestaros aún. ¿No podríais decirme también alguna palabrita de peso acerca dela Medicina? Tres años son un tiempo asaz breve, y ¡ay, Dios! el campo es dilatado en exceso. Si uno tiene siquiera una indicación, esto permite más pronto avanzar por tanteos.

MEFISTOFELES

(*Aparte*).—Ya estoy ahito de este tono árido; es menester que vuelva a mi papel de diablo. (*Alto*). El espíritu de la Medicina es fácil de concebir. Estudiáis a fondo el grande y el pequeño mundo (1), para dejar al fin y al cabo que vayan las cosas como a Dios le plazca (2). Inútil es que divaguéis de un lado a otro en busca de sabiduría; cada uno aprende sólo aquello que puede aprender; empero, el que sabe aprovechar el momento oportuno, es el verdadero hombre. Por lo demás, estáis dotado de regular apostura, tampoco os falta osadía, y bastará que tengáis confianza en vos mismo, para que los demás la tengan en vos. Aprended, sobre todo, a gobernar a las mujeres. Sus sempiternos ayes y gimoteos, repetidos de mil maneras diversas, hay

(1) La Naturaleza y el hombre.

(2) O en otros términos: para dejar que el mal siga su curso.

que curarlos todos de un modo único (1), y con sólo portaros tal cual decentemente, dispondréis de todas ellas como se os antoje. Ante todo, un título debe darles plena garantía de que vuestro arte sobrepuja a muchas otras artes. De buenas a primeras palpáis entonces todas aquellas cositas, alrededor de las cuales otro va rodando años enteros. Sabed oprimir bien el pequeño pulso, y asestando pícaras miradas de fuego, ceñid con delicadeza el talle esbelto sin reparo alguno, para ver si le aprieta demasiado el corsé.

ESTUDIANTE

Eso parece ya mejor. Al menos ve uno el dónde y el cómo (2).

MEFISTOFELES

Toda teoría es gris (3), caro amigo, y verde el árbol de oro de la vida.

ESTUDIANTE

Os juro que eso me parece un sueño. ¿Me permitiréis que venga a molestaros otra vez para escuchar a fondo vuestra sabiduría?

MEFISTOFELES

Cuanto de mí dependa, gustoso lo haré.

---

(1) Alusión irónica a la facilidad con que frecuentemente se deja seducir el bello sexo.

(2) El objeto y los medios.

(3) Esta frase se ha hecho proverbial. "Gris" significa aquí "pálida y fría;" o en otros términos: no es blanca ni negra; es infructuosa, estéril. "Arbol de oro," en el sentido de precioso, raro, exquisito. Alusión al goce sensual, a la vida alegre, en contraposición al árbol de la ciencia o del conocimiento. (H. Massoul).

ESTUDIANTE

No puedo en manera alguna retirarme sin presentaros antes mi álbum. Otorgadme esa muestra de fineza.

MEFISTOFELES

Muy bien. (*Escribe, y devuelve el álbum*).

ESTUDIANTE

(*Lee*).—ERITIS SICUT DEUS, SCIENTES BONUM ET MALUM (1). (*Cierra el álbum con respeto, y se despide.*)

MEFISTOFELES

(*Solo*).—Sigue la vieja sentencia de mi prima la serpiente, y de seguro algún día te dará que sentir tu semejanza con Dios.

(*Entra* FAUSTO.)

FAUSTO

¿Adónde hay que ir ahora?

MEFISTOFELES

Adonde te plazca. Veremos primero el pequeño, y luego el gran mundo (2). ¡Con qué placer, con qué provecho vas a seguir de balde este curso!

FAUSTO

Pero con mi luenga barba, fáltame soltura e el trato de las gentes. La tentativa no me saldrá bien; jamás he sabido acomodarme al ıundo. ¡Siéntome tan pequeño delante de los demás!.... Siempre estaré cortado.

---

(1) "Seréis como Dios (o "dioses"), sabiendo el bien y el mal."

(2) El pequeño mundo se refiere a las escenas que siguen hasta la muerte de Margarita. El gran mundo es aquel en que se introduce a Fausto en la segunda parte de la Tragedia, empezando en la corte de Emperador.

MEFISTOFELES

Todo se remediará, mi buen amigo. Sabrás vivir tan luego como tengas confianza en ti mismo.

FAUSTO

¿Y cómo salimos de casa, pues? ¿Dónde tienes los caballos, lacayo, carruaje?

MEFISTOFELES

Extendemos sencillamente este manto, que nos ha de llevar por los aires. Para este atrevido viaje, te encargo sobremanera que no lleves ningún lío abultado. Un poco de aire ígneo (1), que yo prepararé, nos elevará pronto de esta tierra, y si somos ligeros subiremos con rapidez. Doite mi enhorabuena por la nueva carrera de tu vida.

---

(1) Hidrógeno, llamado también "aire inflamable," según varios comentaristas. En la época en que Goethe escribió esta escena, metía mucho ruido el descubrimiento de los globos aerostáticos hecho por Montgolfier. Como hace notar Latham, no hay que ver en esto un anacronismo, puesto que el diablo podía muy bien conocer dicho gas mucho tiempo antes de que lo descubriera el hombre.

EL BODEGON DE AUERBACH EN LEIPZIG (1)

Reunión de alegres camaradas

FROSCH (2)

¿No quiere nadie beber? ¿Nadie quiere reír? Ya os enseñaré yo a poner mal gesto. Vaya, que hoy estáis como paja mojada, vosotros que de ordinario ardéis siempre con llama viva.

BRANDER

Tuya es la culpa; no nos sales con nada, ni una simpleza, ni una gorrinería.

FROSCH

(*Vertiéndole un vaso de vino sobre la cabeza*).—Ahí tienes ambas cosas.

BRANDER

¡Recochino!

FROSCH

Puesto que lo quieres, no hay más remedio que serlo.

SIEBEL

¡Fuera, a la calle quien se desmande! A voz en cuello cantad coplas en rueda. ¡Emborrachaos y gritad! ¡Sus! ¡Hola! ¡Eh!

(1) Este bodegón existe aún hoy día en la plaza de Mercado de Leipzig. Una de las tres piezas de que se compone es una verdadera cueva o bodega abovedada, a la cual, por estar situada más abajo del nivel de la calle, se llega bajando unos quince escalones. En esta pieza se supone que pasó la presente escena.

(2) *Frosch* significa rana; *Brander*, brulote; *Siebel*, deriva de *Sieb* harnero o cedazo, y *Altmayer*, capataz o mayoral de granja.

ALTMAYER

¡Ay de mí! Estoy perdido. ¡Venga algodón! Ese majadero me está desgarrando los oídos.

SIEBEL

Cuando resuena la bóveda, mejor se siente la potencia fundamental del bajo.

FROSCH

¡Muy bien dicho! Y el que tome en mala parte alguna cosa, ¡afuera con él! Ha tara lara la!

ALTMAYER

¡Ha tara lara la!

FROSCH

Las gargantas están afinadas. (*Canta.*) "¿Cómo se mantiene en pie todavía el amado sacro Imperio romano?"

BRANDER

¡Vaya una canción más fea! ¡Uf! Una canción política, una canción fastidiosa. Dad gracias a Dios todas las mañanas por no tener necesidad de cuidaros del Imperio romano. Yo tengo al menos por una gran ventaja no ser Emperador ni Canciller. Pero tampoco debe faltarnos una cabeza. Elijamos Papa nosotros. Ya sabéis qué cualidad es la decisiva, la que enaltece al hombre (1).

FROSCH

(*Canta*).—"Levanta el vuelo, maese Ruiseñor (2); saluda diez mil veces a mi querida."

---

(1) Probable alusión a ciertos escabrosos pasajes que en su *Pantagruel* (Lib. 3., XII, y 4.º, XLVIII), escribió el satírico Rabelais.

(2) Imitación de la canción del Ruiseñor, titulada: *Frau Nachtiga* (Señora Filomela), muy popular en otro tiempo.

SIEBEL

A la querida, nada de saludos. De eso no quiero oír ni palabra.

FROSCH

A la querida, saludo y beso. No serás tú quien me lo estorbe. (*Canta.*)

"¡Cerrojo descorrido! en la noche silenciosa. ¡Cerrojo descorrido! el amado vela. ¡Cerrojo echado! al despuntar el día.

SIEBEL

Sí, canta, canta y ensálzala y celébrala. Ya reiré yo a mi vez. Me engañó a mí, y lo mismo hará contigo. ¡Que le den por amante un diablillo que pueda refocilarse con ella en una encrucijada! ¡Que un viejo cabrón, al regresar del Blocksberg (1), con su voz temblona le dé aún las buenas noches al galope! Un bravo mozo de carne y hueso es demasiado bueno para esa perdida. Que no me hablen de otro saludo que romperle a pedrada limpia los vidrios de su ventana.

BRANDER

(*Golpeando la mesa*).—¡Atención! ¡Atención! ¡Obedecedme! Confesad, señores, que yo sé vivir: hay aquí presentes algunos enamorados, a quienes yo he de obsequiar, como se debe a su condición, con alguna cosa para pasar bien la noche. Estadme atentos. Ahí va una canción de novísimo cuño. A grito pelado cantad conmigo el estribillo. (*Canta*). "En un agujero de la despensa había un ratón; sustentábase sólo de lardo y manteca, y había echado una tripita lo mismo que el doctor Lutero. La cocinera le puso rejalgar, y entonces sintióse tan estrecho en el mundo, cual si tuviera amor en el cuerpo."

(1) Famosa montaña de Alemania, en la cual los brujos y las brujas celebran sus aquelarres. Véase: "La Noche de Walpurgis."

EL CORO

(*Cantando con algazara*).—"Cual si tuviera amor en el cuerpo."

BRANDER

"Corre de aquí para allí, sale disparado, bebe con afán en todos los charcos, roe, araña toda la casa; de nada sirve su furor. Da muchos brincos de angustia, pero pronto se cansa el pobre animalito, cual si tuviera amor en el cuerpo."

EL CORO

"Cual si tuviera amor en el cuerpo."

BRANDER

"Corre azorado a la cocina en pleno día; cae junto al hogar, sacude las patitas y quédase tendido jadeando que da compasión. Ríese aún entonces la envenenadora. ¡Ay! Está ya en las últimas, cual si tuviera amor en el cuerpo."

EL CORO

"Cual si tuviera amor en el cuerpo."

SIEBEL

¡Cómo se ríen los badulaques! ¡Ya se necesita grande habilidad, me parece a mí, para echar veneno a los pobres ratones!

BRANDER

Diríase que han encontrado mucho favor en ti.

ALTMAYER

¡Miren el barrigón de cabeza pelada! La desgracia le vuelve afable y tierno. En el hinchado ratón ve su perfecto retrato al natural.

(*Entran* Fausto *y* Mefistofeles.)

MEFISTOFELES

Ante todo, debo ahora introducirte en una alegre sociedad, a fin de que veas cuán fácil cosa es el vivir. Para esa gente, cada día es una fiesta. Con un poquito de agudeza y mucho agrado, cada uno gira en su estrecho círculo, como los gatitos al jugar con su cola. Cuando no se quejan de dolor de cabeza, viven alegres y exentos de cuidados mientras les fía el tabernero.

BRANDER

Esos acaban de llegar de viaje; bien se echa de ver por su extraño porte. No hace una hora que están aquí.

FROSCH

Sin duda tienes razón. No me hables más que de mi Leipzig. Es un pequeño París, y da buenos modales a su gente.

SIEBEL

¿Por quién tomas tú esos forasteros?

FROSCH

Dejadme a mí. En teniendo yo cerca un vaso lleno, les saco a esos camaradas lo que tengan en el buche, con la misma facilidad con que se le saca un diente a un niño. Paréceme que son de noble casa; tienen un aire altivo y displicente.

BRANDER

A buen seguro son charlatanes. Apostaría cualquier cosa.

ALTMAYER

Puede que sí.

FROSCH

Prestad atención. Voy a darles zumba.

MEFISTOFELES

(*A Fausto*).—Esa gentecilla nunca huele al diablo, aunque la tenga él agarrada por el gañote.

FAUSTO

Recibid nuestro saludo, señores.

SIEBEL

Con mil gracias os lo devolvemos. (*En voz baja, mirando de soslayo a Mefistófeles*).—¡Qué! ¿Cojea de un pie el tío ese? (1)

MEFISTOFELES

¿Nos dáis licencia para sentarnos también a vuestro lado? A falta de una buena bebida, que no es posible tener, la compañía nos deleitará.

ALTMAYER

Parecéis hombre muy mal acostumbrado.

FROSCH

Seguramente habréis salido tarde de Rippach. ¿Habéis cenado con maese Juan (2) antes de partir?

MEFISTOFELES

Hoy hemos pasado de largo por delante de su casa. La última vez que le hablamos nos dijo muchas cosas de sus

(1) Como se ve en algunos grabados alemanes, se representa a Mefistófeles con la pierna derecha rematada en un casco de caballo. Por mucho que pretenda él disimularlo, tal deformidad le hace cojear de un modo muy perceptible.

(2) Rippach es una aldea de las cercanías de Leipzig, cuyos habitantes tienen fama de bobos. Juan de Rippach, tipo de tonto rústico es una figura cómica de gran popularidad.

primos, y nos encargó muchos saludos para cada uno de ellos. (*Inclinándose hacia Frosch.*)

ALTMAYER

(*En voz baja. A Frosch*).—¡Anda! ¡tómate esa! No se mama el dedo.

SIEBEL

¡Vaya un tío más ladino!

FROSCH

Espera un poco. Verás cómo le atrapo.

MEFISTOFELES

Si no me engaño, hemos oído cantar un coro de voces adiestradas. Sin duda el canto debe resonar maravillosamente aquí bajo esta bóveda.

FROSCH

¿Sois tal vez entendido en música?

MEFISTOFELES

¡Ah, no! La afición es grande, pero el talento escaso.

ALTMAYER

Cantadnos una canción.

MEFISTOFELES

Muchas, si queréis.

SIEBEL

Pero que sea una pieza flamante.

MEFISTOFELES

Cabalmente ahora mismo llegamos de España, hermoso país del vino y de las canciones. (*Canta.*) "Erase una vez un rey, que tenía una gran pulga. . . ."

FROSCH

¡Oíd! ¡Una pulga! ¿Habéislo entendido bien? La pulga es para mí un curioso huésped.

MEFISTOFELES

(*Cantando*).—"Erase una vez un rey, que tenía una gran pulga, a quien amaba no menos que a su propio hijo. Llamó a su sastre; el sastre se presentó.—A ver, hazle un vestido al noble mozo (1), y tómale la medida para unos calzones.

BRANDER

Sobre todo, no se os olvide encarecer al sastre que le tome la medida con toda exactitud y, si tiene cariño a su cabeza, procure que no hagan arrugas los calzo es.

MEFISTOFELES

"De seda y terciopelo quedó el bicho vestido; tenía cintas en el traje, en él llevaba también una cruz, y luego fué ministro y lucía una gran estrella. Entonces sus hermanos y hermanas llegaron a ser grandes personajes en la corte.

"Y los caballeros y las damas de palacio hallábanse muy molestados, la reina y su doncella sentíanse picadas y mordidas sin atreverse a aplastar con la uña los bichos ni a sacudírselos a fuerza de rascar. Pero nosotros los aplastamos y ahogamos al punto cuando nos pica alguno."

EL CORO

(*Cantando con algazara*).—"Pero nosotros los aplastamos y ahogamos al punto cuando nos pica alguno." (2).

FROSCH

¡Bravo! ¡bravo! Linda canción!

---

(1) La voz alemana *Floh* (pulga) es del género masculino.

(2) Esta canción, según se dice, es una sátira contra cierto favorito de la corte de Weimar.

SIEBEL

¡Así les suceda eso a todas las pulgas!

BRANDER

Alargad los dedos, y cogedlas con cuidado.

ALTMAYER

¡Viva la libertad! ¡Viva el vino!

MEFISTOFELES

De buena gana bebería yo un vaso para ensalzar la libertad, si tan siquiera vuestros vinos fuesen un tantico mejores.

SIEBEL

No nos digáis eso otra vez.

MEFISTOFELES

Temo que se ofenda el bodegonero; si no fuera por eso, regalaría a esta digna compañía con algo de nuestra bodega.

SIEBEL

Venga, venga, pues. Eso corre por mi cuenta.

FROSCH

Presentadnos un buen vaso, y haremos vuestro elogio. Pero no nos deis unas muestras harto mezquinas, porque si yo he de juzgar, quiero tener la boca bien llena.

ALTMAYER

(*En voz baja*).—Según presumo, son del Rhin.

MEFISTOFELES

Traed acá un taladro.

BRANDER

¿Qué vais a hacer con él? Pero si no tenéis aún los toneles a la puerta.

ALTMAYER

Ahí detrás el tabernero tiene un esportillo con herramientas.

MEFIS OFELES

(*A Frosch, tomando el taladro*).—Ahora decid qué deseáis probar.

FROSCH

¡Cómo se entiende! ¿Tánta variedad tenéis?

MEFISTOFELES

Eso lo dejo al gusto de cada cual.

ALTMAYER

(*A Frosch*).—¡Ajajá! Ya empiezas a relamerte.

FROSCH

Pues bien, si he de escoger yo, quiero vino del Rhin. No hay dones más ricos que los que ofrece la patria.

MEFISTOFELES

(*Haciendo un agujero en el borde de la mesa hacia el sitio donde está sentado Frosch.*)—Traedme acá un poco de cera para hacer luego los tapones.

ALTMAYER

¡Ah! ¡Esas son artes de birlibirloque!

MEFISTOFELES

(*A Brander*).—¿Y vos?

BRANDER

Yo quiero champaña, y que sea bien espumoso.

(*Mefistófeles sigue taladrando. Uno de los camaradas ha hecho entretanto los tapones de cera, con los cuales cierra los agujeros.*)

BRANDER

No siempre puede uno huír de lo extranjero; ¡lo bueno se halla muchas veces tan lejos de nosotros....! El verdadero alemán no puede sufrir a los franceses, pero bebe con gusto sus vinos.

SIEBEL

(*Mientras Mefistófeles se acerca a su sitio*).—Debo confesar que no me gusta lo áspero. Dadme un vaso de legítimo dulce.

MEFISTOFELES

(*Mientras sigue barrenando*).—Para vos, manará Tokay al instante.

ALTMAYER

No, señores; miradme cara a cara. Veo que os estáis burlando de nosotros.

MEFISTOFELES

¡Ta, ta! Con unas personas tan nobles, la cosa sería un poco arriesgada. ¡Pronto! Decid sin empacho con qué vino puedo obsequiaros.

ALTMAYER

Con todos. No nos vengáis con tantas preguntas.

(*Después de hechos y tapados todos los agujeros.*)

MEFISTOFELES

(*Con ademanes y gestos extravagantes*).—Racimos lleva la vid; cuernos el cabrón; jugoso es el vino; leña son los sarmientos; vino puede dar también la mesa de madera. Una profunda mirada en la Naturaleza, y cata ahí un milagro. ¡Creed tan sólo!—Ahora quitad los tapones y bebed.

TODOS

(*Mientras quitan los tapones y cae en los vasos el vino que ha pedido cada uno*).—¡Oh, fuente hermosa, que para nosotros mana!

MEFISTOFELES

Sobre todo, tened cuidado de no derramar ni una gota.
(*Todos beben a más y mejor.*)

TODOS

(*Cantan*).—Estamos caníbalmente bien, como quinientos marranos.

MEFISTOFELES

El pueblo es libre. ¡Ved qué bien le va!

FAUSTO

De buena gana me iría ahora mismo.

MEFISTOFELES

Presta atención; la bestialidad va a exhibirse en toda su magnificencia.

SIEBEL

(*Bebe atolondrado, el vino corre por el suelo y se convierte en llamas.*)—¡Favor! ¡Fuego! ¡Socorro! ¡El infierno arde!

MEFISTOFELES

(*Conjurando la llama*).—¡Aplácate, elemento amigo!—(*A los compañeros*).—Por esta vez, no ha sido más que una chispa del purgatorio.

SIEBEL

¿Qué significa eso? ¡Cuidado! Lo vais a pagar caro. Parece que no nos conocéis bien.

FROSCH

Guardaos de hacer eso otra vez.

ALTMAYER

Yo pienso que lo mejor será decirle con buenos modos que se largue tranquilamente.

SIEBEL

¡Cómo se entiende, señor mío! ¿Quiere atreverse a hacer aquí sus trápalas?

MEFISTOFELES

¡Silencio, viejo odre de vino!

SIEBEL

¿Aun querrás venirnos con desvergüenzas, palo de escoba?

BRANDER

¡Mucho ojo! Van a llover estacazos.

ALTMAYER

(*Quita un tapón de la mesa y sale fuego en dirección de él*).—¡Que me abraso! ¡Que me abraso!

SIEBEL

¡Brujería! ¡ Duro con él! El bribón está fuera de la ley (1). (*Sacan los cuchillos y arremeten contra Mefistófeles*).

MEFISTOFELES

(*Con aire grave*).—¡Imagen y palabra mentidas muden el sentido y el lugar! ¡Estad aquí y allí!
(*Los compañeros se quedan atónitos mirándose unos a otros*)

ALTMAYER

¿Dónde estoy? ¡Qué bello país!

FROSCH

¡Viñedos! ¿Veo bien?

SIEBEL

¡Y uvas al alcance de la mano!

BRANDER

Aquí bajo este verde emparrado, ¡mirad qué cepa! ¡Ved qué racimos! (*Coge la nariz de Siebel; los demás hacen mutuamente lo mismo y levantan al aire sus cuchillos para cortarlas.*)

MEFISTOFELES

(*Como antes*).—¡Error, suelta la venda de los ojos! Y vosotros, recordad cómo se chancea el diablo. (*Desaparece con Fausto; los compañeros se separan bruscamente unos de otros.*)

SIEBEL

¿Qué es eso?

ALTMAYER

¡Cómo!

(1) Los hechiceros no estaban bajo el amparo de la ley.

FROSCH

¿Era éso tu nariz?

BRANDER

(*A Siebel*).—¡Y tengo la tuya en la mano!

ALTMAYER

Ha sido un golpe que ha recorrido todos los miembros. Dadme una silla; yo desfallezco.

FROSCH

Pero decidme: ¿qué ha ocurrido?

SIEBEL

¿Dónde está el bribón? Si llego a rastrearle, no se me escapará vivo.

ALTMAYER

Yo mismo le he visto salir por la puerta del bodegón cabalgando en un tonel. Tengo los pies como si fueran de plomo. (*Volviéndose de cara a la mesa*).—¡Por mi vida! ¿Correría aún el vino?

SIEBEL

Todo fué farsa, mentira e ilusión.

FROSCH

Parecíame, sin embargo, que bebía vino.

BRANDER

Pero, ¿qué ha sido de las uvas?

ALTMAYER

Y que me digan ahora que no ha de creer uno en milagros.

COCINA DE BRUJA

En un fogón bajo hay una gran marmita sobre la lumbre. En el vapor que de ella se eleva, aparecen figuras diversas. UNA MONA *está sentada junto a la marmita espumándola y cuidando de que no rebose.* EL MONO, *con los pequeñuelos, está sentado cerca del fogón calentándose. Las paredes y el techo están decorados con los más extraños arreos y útiles de las hechiceras.*

FAUSTO Y MEFISTOFELES

FAUSTO

Asco me da ese estrambótico aparato hechiceresco. ¿Me prometes que yo me recobraré en ese caos de extravagancias? ¿Será menester que pida consejo a una vieja? Y ese asqueroso menjurje, ¿me quitará treinta años del cuerpo? ¡Desdichado de mí si no sabes nada mejor! Ha desaparecido ya para mí la esperanza. ¿No han descubierto algún bálsamo la Naturaleza ni un noble espíritu?

MEFISTOFELES

Ahora hablas de nuevo sesudamente, amigo mío. Para rejuvenecerte, hay también un medio natural, pero se halla en otro libro y forma un curioso capítulo.

FAUSTO

Quiero saberlo.

MEFISTOFELES

Bien está. Es un remedio que se logra sin dinero, sin médico y sin brujería alguna. Vete en seguida al campo, empieza a cavar y remover la tierra, manténte tú y tu espíritu en un círculo muy reducido; susténtate con alimentos sencillos, vive como bestia entre las bestias, y no tengas

por delito estercolar tú mismo el campo cuyas mieses recogerás. He aquí el mejor medio, créelo, para remozarte hasta a los ochenta años.

FAUSTO

No estoy habituado a eso; no puedo avenirme a empuñar el azadón. La vida estrecha no es en modo alguno para mí.

MEFISTOFELES

Entonces forzoso será que en ello intervenga la bruja.

FAUSTO

¿Y por qué ha de ser precisamente esa vieja? ¿No puedes preparar tú mismo la pócima?

MEFISTOFELES

¡Vaya un bonito pasatiempo! Interin podría yo muy bien construir un millar de puentes (1). Para esa obra no bastan el arte y el saber; también se necesita paciencia. Un espíritu tranquilo se pasa trabajando así años enteros, y sólo el tiempo hace eficaz la sutil fermentación. Y todo cuanto para ello es menester, son cosas raras en extremo. No hay duda que el diablo es quien lo enseñó a la bruja, pero el diablo no puede hacerlo.—(*Reparando en los animales*).—¡Mira qué graciosa familia! Esta es la criada; éste, el criado.—(*A los animales*).—Parece que la señora no está en casa.

LOS ANIMALES

Para ir al festín, ha salido de casa por el cañón de la chimenea.

---

(1) En diversos países existen leyendas que atribuyen al diablo la construcción de puentes, que por tal razón son llamados *Puentes del Diablo*.

MEFISTOFELES

¿Y cuánto tiempo suele correr acá y acullá?

LOS ANIMALES

El tiempo de calentarnos las patas nosotros.

MEFISTOFELES

(*A Fausto*).—¿Qué te parecen esos amables animalejos?

FAUSTO

Los más insulsos que he visto en mi vida.

MEFISTOFELES

¡Quiá! Una cháchara como esa es cabalmente la que sigo con más gusto.—(*A los animales*).—Ea, decidme, muñecos malditos, ¿qué papilla es esa que estáis revolviendo ahí?

LOS ANIMALES

Cocemos unas sopas aguadas para los pobres (1).

MEFISTOFELES

Entonces tendréis un gran público.

EL MONO

(*Acercándose a Mefistófeles y haciéndole carantoñas*).—¡Oh! Juguemos a los dados en seguida, y hazme rico dejándome ganar. Esto anda muy mal, y si yo tuviese dinero, estaría dotado de juicio.

MEFISTOFELES

¡Qué dichoso se juzgaría el mono si pudiera jugar también a la lotería!

---

(1) Sopa hecha de sobras y desperdicios, que se repartía a los pobres a la puerta de los conventos. Alusión satírica a la insulsa y mala literatura, como lo prueba el siguiente pasaje de una carta de Goethe a Schiller a propósito de ciertas obras de la época: "Es una verdadera sopa de pobres, tal como le gusta al público alemán."

(*Entretanto, los monos pequeños han estado jugando con una gran bola, y la hacen rodar hacia delante.*)

EL MONO

¡He aquí el mundo! Sube y baja y rueda sin cesar. Suena como vidrio. ¡Cuán pronto se quiebra! Está hueco por dentro. Por aquí brilla mucho, y por aquí aun más. Yo soy viviente. Amado hijo mío, acuérdate de esto (1). Tú debes morir. Es de arcilla, y se hace añicos.

MEFISTOFELES

¿Para qué sirve esa criba?

EL MONO

(*Descolgándola*).—Si fueras un ladrón, yo te reconocería al punto (2). (*Corre hacia la Mona, y la hace mirar a través de la criba*).—Mira a través de la criba. ¿Reconoces al ladrón y no te atreves a nombrarlo?

MEFISTOFELES

(*Acercándose a la lumbre*).—¿Y ese puchero?

EL MONO Y LA MONA

¡Necio mentecato! ¡No conoce el puchero! ¡No conoce la marmita!

MEFISTOFELES

¡Deslenguado animal!

EL MONO

Toma el escobón que está aquí y siéntate en esta silla. (*Invitando a Mefistófeles a sentarse*).

---

(1) "Apártate de él," en la mayor parte de las traducciones. (Véase el comentario de Schroer).

(2) Era una práctica antigua en magia la de servirse de un cedazo para descubrir a los ladrones, mirando a través de él.

FAUSTO

(*Que durante este tiempo había permanecido delante de un espejo, ora acercándose a él, ora alejándose*).—¡Qué veo! ¿Qué célica imagen se muestra en este mágico espejo? ¡Oh, Amor, préstame las más veloces de tus alas y condúceme a la región que ella habita! ¡Ah! Si me muevo de este sitio, si me aventuro a acercarme, no puedo verla sino como envuelta en niebla. ¡La más hermosa imagen de mujer! ¿Es posible que la mujer sea tan bella? ¿He de ver yo en este cuerpo tendido el compendio de todos los cielos? ¿Existe en la tierra cosa igual?

MEFISTOFELES

Naturalmente, cuando todo un Dios se afana primero durante seis días, y aun al fin exclama ¡Bravo!, por fuerza ha de resultar una cosa razonable. Por esta vez, mira hasta saciarte; yo sabré descubrir para ti un tesoro parecido, y ¡dichoso aquel que, en calidad de novio, tenga la buena fortuna de conducirlo a su casa!

(*Fausto mira sin cesar en el espejo; Mefistófeles, arrellanándose en el asiento y jugando con el escobón, sigue hablando*).

Heme aquí sentado como un rey en su trono. Aquí tengo el cetro; sólo me falta la corona.

LOS ANIMALES

(*Que hasta ahora han hecho toda clase de movimientos extravagantes en revuelta confusión, llevan con grande algarabía una corona a Mefistófeles*).—¡Oh! Tened la bondad de embadurnar esta corona con sudor y sangre.

(*Los animales manejan con torpeza la corona y la rompen en dos pedazos, con los cuales saltan de un lado a otro.*)

¡Ya está hecho! Nosotros hablamos y vemos, nosotros oímos y rimamos.

FAUSTO

(*Frente al espejo*).—¡Ay de mí! Casi me vuelvo loco.

MEFISTOFELES

(*Señalando a los animales*).—Ahora hasta casi comienza a darme vueltas la cabeza.

LOS ANIMALES

Y si ello nos sale bien, y si ello se concierta, resultan pensamientos (1).

FAUSTO

(*Como antes*).—Mi pecho se me empieza a abrasar. ¡Huyamos presto!

MEFISTOFELES

(*En la actitud anterior*).—Vaya, al menos hay que reconocer que son poetas sinceros.

(*La marmita que hasta entonces la Mona había descuidado, empieza a rebosar. De resultas de ello, surge una gran llama que sube hasta la chimenea. La* BRUJA *desciende rápidamente a través de la llama, dando espantosos alaridos.*)

LA BRUJA

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Arre allá, maldita marrana! ¡Bestia condenada! ¿Así cuidas de la marmita? ¿Así quemas a la señora? ¡Maldito animal! (*Viendo a Fausto y Mefistófeles.*) ¿Qué es eso? ¿Quiénes sois? ¿Qué buscáis ahí? ¿Quién se ha metido aquí a hurtadillas? ¡Que el tormento del fuego os llegue hasta los huesos!

---

(1) Sátira contra los poetas que sacrifican a la rima el sentido del verso, y especialmente contra la escuela de los románticos, que muchas veces no sabían ellos mismos lo que se decían.

(*Mete súbitamente la espumadera en la marmita y lanza con fuerza una rociada de llamas sobre Fausto, Mefistófeles y los animales. Los animales dan gritos lastimeros.*)

MEFISTOFELES

(*Da media vuelta al escobón que tiene en la mano, y golpea con el mango a derecha e izquierda los vasos y cacharros*).—¡Roto! ¡roto! Ahí está derramada por el suelo la papilla. Ahí por tierra está el vaso. No es sino pura diversión, carroña; llevo el compás de tu melodía. (*Mientras la bruja retrocede llena de furor y espanto*).—¿Me conoces ahora, estantigua, tarasca? ¿No conoces a tu amo y señor? No sé que me detiene que no te zurro y no te hago pedazos a ti y a tus espíritus-monos. ¿No tienes ya respeto al jubón rojo? ¿No sabes distinguir la pluma de gallo? ¿Por ventura he ocultado este rostro? ¿Será menestar acaso que me nombre yo mismo?

LA BRUJA

¡Oh! Perdonad, señor, mi impolítico saludo. Pero no veo ningún pie de caballo (1). ¿Dónde están, pues, vuestros dos cuervos? (2)

MEFISTOFELES

Por esta vez, te escapas así; porque la verdad es que hace ya algún tiempo que no nos hemos visto. La civilización que pule al mundo entero, ha alcanzado también al mismo diablo. El Fantasma del Norte (3) no se deja ver ya. ¿Dónde ves tú cuernos, rabo ni garras? Y en lo que atañe al pie, del cual no me puedo privar, me perjudicaría ante las gen-

(1) Véase la nota de la página 89.

(2) A imitación del dios germánico Wotan u Odin, representábase antiguamente al Diablo acompañado de dos cuervos que le servían de mensajeros.

(3) Así se denominaba en otro tiempo el Diablo.

tes. Por esta razón, desde hace muchos años, me valgo, como más de un mozalbete, de pantorrillas postizas.

LA BRUJA

(*Bailando*).—Casi pierdo el sentido y el juicio al ver aquí otra vez al señorito Satán.

MEFISTOFELES

Guárdate bien, mujer, de darme tal nombre.

LA BRUJA

¿Y por qué? ¿Qué os ha hecho?

MEFISTOFELES

Desde hace mucho tiempo está inscrito en el libro de la fábula. Mas no por eso han mejorado los hombres; están libres del Malo, pero los malos han quedado. Llámame señor barón, y así se arregla la cosa. Yo soy un caballero como otro cualquiera. No puedes dudar de mi noble sangre. Mira: he aquí mis blasones. (*Hace un ademán deshonesto.*)

LA BRUJA

(*Riendo a carcajadas*).—¡Ja ja! Eso es muy propio de vuestro carácter. Sois un pícaro, como siempre lo fuisteis.

MEFISTOFELES

(*A Fausto*).—Apréndelo bien, amigo mío. Esta es la manera de conducirse uno con las brujas.

LA BRUJA

Y ahora decidme, señores: ¿qué deseáis?

MEFISTOFELES

Un buen vaso del licor que tú sabes. Pero he de pedirte del más añejo que tengas; los años doblan su fuerza.

LA BRUJA

Que me place. Aquí tengo una redoma, de la cual por golosina bebo yo misma de vez en cuando, y que no hiede ya lo más mínimo. Con mil amores voy a ofreceros un vasito. (*En voz baja a Mefistófeles*).—Pero si ese hombre lo bebe sin estar dispuesto, bien lo sabéis, no puede vivir ni una hora.

MEFISTOFELES

Es un buen amigo, a quien eso ha de hacer bien; quisiera para él lo mejor de tu cocina. Traza tu círculo, pronuncia tus fórmulas, y preséntale una taza llena.

(*La Bruja, haciendo estrambóticos ademanes, traza un círculo en el cual dispone objetos extraños. Entretanto, los vasos y las marmitas empiezan a sonar, haciendo música. Por fin, trae ella un grueso librote y coloca los Monos dentro del círculo, para que le sirvan de atril y tengan la antorcha. Hace a Fausto seña de acercarse.*)

FAUSTO

(*A Mefistófeles*).—No; dime: ¿en qué vendrá a parar todo ello? Esos chirimbolos extravagantes, esos ademanes frenéticos, esa farsa tan ridícula, me son conocidos y asaz odiosos.

MEFISTOFELES

¡Bah! ¡bufonadas! Eso no es más que para reír. No seas tan reparón. Ella, como buen médico, ha de hacer un poco de comedia para que el licor te obre bien. (*Obliga a Fausto a entrar en el círculo*).

LA BRUJA

(*Con grande énfasis empieza a declamar leyendo en el libro.*) —Es menester que lo entiendas. De uno haz diez, y el dos quítalo, y tres haz al punto; ¡así eres rico! Deja el cuatro.

De cinco y seis, así dice la bruja, haz siete y ocho; de esta suerte está consumado y nueve es uno, y diez es ninguno. Esta es la tabla de multiplicar de las brujas (1).

FAUSTO

Antójaseme que la vieja delira.

MEFISTOFELES

Mucho falta aún para terminar; bien lo sé. Así reza todo el libro. Harto tiempo he perdido yo en eso, puesto que una contradicción completa resulta un misterio tanto para los sabios como para los necios. El arte, amigo mío, es viejo y nuevo. En todos los tiempos ha habido costumbre de difundir, por tres y uno y uno por tres, el error en lugar de la verdad. De este modo se charla y se dogmatiza sin inquietarse uno lo más mínimo. ¿Quién va a meterse con los locos? De ordinario, el hombre cree cuando oye sólo palabras, pero es menester también que ellas hagan pensar alguna cosa (2).

LA BRUJA

(*Prosiguiendo*).—El alto poder de la sabiduría está oculto para todo el mundo. Y al que no discurre, a él es concedido; él lo tiene sin fatiga alguna.

FAUSTO

¡Qué desatinos está ensartando! Mi cabeza está a punto de estallar. Paréceme oír todo un coro de cien mil orates.

---

(1) Este pasaje tiene algún parecido con otro de *Turba Philosophorum*, concebido en los términos siguientes: "De varias cosas haced dos, tres, y tres uno. Uno con tres es cuatro. 4, 3, 2, 1. De 4 a 3 va uno; de 3 a 4 va uno; así, pues, 1 y 1, 3 y 4; de 3 a 1 van 2; de 2 a 3 va 1; de 3 a 2, 1, 1, 2 y 3. Y 1, 2, de 2 y 1, 1 de 1 a 2, 1, por lo tanto 1. Os lo he dicho todo." (*Bibliot. des Philosoph. chimiq.*, II, T, 15).

(2) Esto es, que signifiquen algo.

MEFISTOFELES

¡Basta, basta, ilustre sibila! Danos acá tu elíxir, y llena pronto la copa hasta el borde, pues a mi amigo no le dañará esa bebida. Es hombre de muchos grados (1), y ha echado más de un buen trago.

(*La Bruja vierte con muchas ceremonias el licor en una taza. En el momento en que Fausto la lleva a sus labios, brota una ligera llama.*)

MEFISTOFELES

¡Valor! Al coleto de una vez. Bebe sin vacilar. Eso te alegrará al instante el corazón. Te tuteas con el diablo, ¿y tendrás miedo a una llama?

(*La Bruja rompe el círculo, y Fausto sale de él.*)

MEFISTOFELES

Y ahora salgamos al momento. No puedes estar en reposo.

LA BRUJA

Que os haga buen provecho el traguito.

MEFISTOFELES

(*A la Bruja*).—Y si puedo complacerte en algo, no tienes más que decírmelo en el aquelarre.

LA BRUJA

He aquí una canción (2). Si la cantáis de vez en cuando, notaréis un efecto singular.

MEFISTOFELES

(*A Fausto*).—Ven presto, y déjate guiar. Es necesario que transpires, a fin de que la virtud de la pócima penetre

---

(1) Grados académicos.

(2) El canto en cuestión es el complemento del mentado elíxir, cuyas virtudes aumenta de un modo maravilloso. Probablemente se trata de un canto obsceno.

hasta el interior y exterior. Luego te enseñaré a apreciar la noble ociosidad, y bien pronto vas a sentir con íntimo deleite cómo se mueve Cupido y salta de acá para acullá.

FAUSTO

Déjame siquiera mirar un momento más en el espejo. ¡Era tan seductora aquella imagen de mujer....!

MEFISTOFELES

No, no. Ante ti has de ver bien pronto en persona el modelo de todas las mujeres. (*Aparte.*) Con esa bebida en el cuerpo, presto verás una Helena (1) en cada mujer.

UNA CALLE

FAUSTO, MARGARITA, *transitando*

FAUSTO

Bella señorita, ¿puedo atreverme a ofreceros mi brazo y compañía?

MARGARITA

No soy señorita (2) ni bella, y sé ir sola a mi casa. (*Se suelta y se aleja.*)

FAUSTO

¡Por el cielo, que es hechicera esta niña! Jamás vi cosa igual. ¡Tan modesta y virtuosa, pero a la vez algo arisca! El carmín de sus labios, la tersura de sus mejillas, eso no lo olvidaré en todos los días de mi vida. Su manera de bajar los ojos se ha grabado profundamente en mi corazón; su modo de mostrarse esquiva, en fin, es para dejar a uno embelesado por completo.

---

(1) El más perfecto modelo de belleza femenina.

(2) El título de "señorita" (*Fraeulein*) estaba exclusivamente reservado a las señoritas de clase elevada.

Entra MEFISTOFELES

FAUSTO

Oye: es preciso que me proporciones esta niña.

MEFISTOFELES

Veamos: ¿cuál?

FAUSTO

La que ahora acaba de pasar.

MEFISTOFELES

¿Aquélla? Venía de ver a su confesor, que la ha absuelto de todos sus pecados. Yo me había deslizado muy cerquita del confesionario. Es una criatura muy inocente, que por nada, absolutamente por nada, ha ido a confesar. Sobre ella no tengo poder alguno.

FAUSTO

Sin embargo, bien pasará de los catorce años.

MEFISTOFELES

Tú hablas ni más ni menos que Juan el Burlador, que desea para sí todas las flores bonitas, y se figura, en su presunción, que no hay honra ni favor alguno que no sean para coger. Pero eso no siempre es lícito.

FAUSTO

Mi señor maestro Doctrinero, dejadme en paz con vuestra moral. Y os digo claro y sin ambages que si esta dulce joven no reposa hoy en mis brazos, al llegar la medianoche todo queda roto entre nosotros.

MEFISTOFELES

Pensad en lo que es posible y puesto en razón. Necesito al menos quince días sólo para acechar la coyuntura.

FAUSTO

Si tuviese yo siquiera siete horas de sosiego, no tendría necesidad alguna del diablo para seducir una criatura como esta.

MEFISTOFELES

Ya casi habláis como un francés. Pero os ruego que no os impacientéis. ¿De qué sirve el gozar de buenas a primeras? El deleite no es ni con mucho tan grande como cuando primero, por arriba y en contorno, habéis amasado y aderezado el muñequito con toda suerte de futesas, según enseña más de un cuento italiano.

FAUSTO

Sin eso, también tengo apetito.

MEFISTOFELES

Ahora, dejando a un lado burlas y chacotas, os digo una vez por todas que con la hermosa niña no se puede ir aprisa. Ahí nada hay que tomar por asalto; fuerza es resignarnos a la astucia.

FAUSTO

Facilítame alguna cosa de ese tesoro angelical. Condúceme a su lugar de reposo. Proporcióname una pañoleta de su pecho, una liga de mi amorosa pasión.

MEFISTOFELES

Para que veáis que en vuestra cuita quiero seros útil y servicial, no perdamos ni un instante; hoy mismo voy a guiaros a su aposento.

FAUSTO

¿Y la veré? ¿Será mía?

MEFISTOFELES

No. Estará en casa de una vecina, y entretanto, solo del todo, podéis vos en su ambiente recrearos hasta la saciedad con toda la expectativa de futuros goces.

FAUSTO

¿Podemos ir allá?

MEFISTOFELES

Es harto temprano aún.

FAUSTO

Cuida de buscarme un presente para ella. (*Vase.*)

MEFISTOFELES

¿Tan pronto regalitos? ¡Bravo! Entonces se saldrá con la suya. Conozco más de un hermoso paraje y más de un tesoro enterrado mucho tiempo ha. Es menester que yo registre un poquito. (*Vase.*)

A LA CAIDA DE LA TARDE

Un cuartito aseado

MARGARITA

(*Trenzando sus cabellos y recogiéndolos*).—Cualquier cosa daría sólo por saber quién era el caballero de esta mañana. No hay duda que tenía muy buena traza, y es de noble familia; lo lleva escrito en la frente. De otra suerte, no fuera tan osado. (*Vase.*)

MEFISTOFELES, FAUSTO

MEFISTOFELES

Adelante, muy quedito; entrad.

FAUSTO

(*Después de un momento de silencio*).—Déjame solo; te lo ruego.

MEFISTOFELES

(*Huroneando por todos lados*).—No todas las chicas son tan aseadas. (*Vase.*)

FAUSTO

(*Levantando la vista y mirando en derredor*).—Bien venida seas, dulce claridad del crepúsculo, que penetras en este santuario. Apodérate de mi corazón, dulce tormento de amor, tú que lánguido vives del rocío de la esperanza. ¡Qué sentimiento de placidez, de orden, de contento, respira todo lo que me rodea! En esta pobreza, ¡qué abundancia! En esta prisión, ¡qué beatitud! (*Se deja caer en el sillón de vaqueta, junto a la cama.*) ¡Oh! Acógeme, tú que en los goces y amarguras recibiste a los antepasados en tus brazos abiertos. ¡Cuántas veces ¡ay! se habrá suspendido un enjambre de niños alrededor de este trono de los padres! Tal vez aquí mismo mi amada, con sus frescas mejillas infantiles, agradecida por los aguinaldos de Navidad, ha venido a besar piadosamente la rugosa mano del abuelo. Siento murmurar en torno mío ¡oh niña! tu espíritu de orden y abundancia, que todos los días te alecciona de un modo maternal, te hace extender los limpios manteles sobre la mesa, y hasta arreglar con arte la arena a tus pies (1). ¡Oh mano querida, tan semejante a la de los dioses! Por ti, la cabaña se muda en reino celeste. ¡Y aquí! (*Levantando una de las cortinas de la cama.*) ¡Qué estremecimiento de vivo deleite invade mi ser! Aquí yo quisiera estar horas enteras. Aquí ¡oh Naturaleza! formaste en

(1) En muchos puntos de Alemania, en vez de encerar el pavimento de madera, se friega cuidadosamente, y luego se esparce en él arena formando líneas onduladas, anillos u otros dibujos caprichosos.

plácidos sueños este ángel sin igual. Aquí yacía la niña, henchido el tierno seno de calor y vida, y aquí, con una actividad santa y pura, se desarrolló esta imagen divina. Y tú, ¿qué te ha traído a este sitio? ¡Cuán íntimamente conmovido me siento! ¿Qué quieres, qué buscas aquí? ¿Por qué se te oprime el corazón? ¡Miserable Fausto! No te reconozco ya. ¿Es un mágico efluvio lo que aquí me envuelve? Un vivo impulso me arrastraba en derechura al goce, y ahora siento derretirme en un sueño de amor. ¿Somos acaso juguete de cada soplo de viento? Y si ella entrara en este instante, ¡cómo expiarías tu temeridad! El gran personaje—¡ah, qué pequeño!—caería anonadado a sus pies.

(*Entra* MEFISTOFELES.)

MEFISTOFELES

¡Aprisa! La veo venir allá abajo.

FAUSTO

Salgamos, salgamos. Nunca más vuelvo.

MEFISTOFELES

He aquí una cajita medianamente pesada, que he cogido en algún otro paraje. Dejadla ahí en el armario, y os juro que la chica va a perder la cabeza. Os he puesto dentro algunas cositas para ganar otra. No hay duda: los niños son niños, y los juegos, juegos son.

FAUSTO

No sé si debo....

MEFISTOFELES

¿A qué tantos reparos? ¿Pensáis tal vez guardar el tesoro? En este caso, aconsejo a vuestra codicia que no pierda un tiempo precioso y me ahorre a mí nuevas mo-

lestias. Poco esperaba yo que fueseis tacaño. Yo me rasco la cabeza, me estriego las manos (1) para.... (*Coloca la cajita en el armario y lo cierra de golpe.*) ¡Ea, salgamos! ¡Aprisa!.... para inclinar la dulce y tierna niña hacia el deseo y la voluntad de vuestro corazón; y vos ponéis una cara como si hubieseis de entrar en la cátedra; como si, vagas y sombrías, estuvieran en persona ante vos la Física y la Metafísica. Ea, vámonos. (*Vanse.*)

(*Entra* MARGARITA *con una lámpara.*)

MARGARITA

¡Qué aire más pesado y sofocante hay aquí! (*Abre la ventana.*) Y eso que afuera no hace tanto calor. Me siento no sé cómo.... (2). Quisiera que mi madre volviese. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo.... Pero soy una mujer ridículamente miedosa.

(*Se pone a cantar mientras se desnuda.*)

"Había un rey en Thule (3), muy fiel hasta la tumba. Su amada, al morir, le dejó una copa de oro.

"Para él no había cosa de más valor; vaciábala en cada festín; los ojos se le arrasaban en lágrimas cada vez que en ella bebía.

"Y cuando estuvo próximo a morir, contó las ciudades de su reino; todo lo cedió a su heredero, todo, excepto la copa.

"Sentado estaba en el regio festín, rodeado de caballeros, en el gran salón de los antepasados, allá en el castillo que domina el mar.

---

(1) Con estas palabras expresa Mefistófeles su impaciente afán de servir a Fausto en una empresa tan ardua. En este punto interrumpe su relación para dar prisa a su compañero, continuándola después.

(2) La exquisita sensibilidad de Margarita le permite notar la maléfica influencia que ejerce Mefistófeles en todas partes.

(3) Con este nombre designan Plinio y Tolomeo una isla situada muy al Norte, en el límite del mundo conocido de los romanos (*Ultima Thule*). Probablemente se trata de una de las islas Shetland o Feroe.

"En pié estaba allí el anciano bebedor; bebió la postrera chispa vital, y arrojó la venerable copa abajo en las ondas.

"La vió caer, llenarse de agua y hundirse en el fondo del mar; cerráronse sus ojos; nunca bebió una gota más."

(*Abre el armario para colocar en él sus vestidos, y ve el cofrecito de joyas.*)

¿Cómo ha entrado aquí esta hermosa cajita? Y yo estoy bien segura de haber cerrado el armario. ¡Es muy extraño!.... ¿Qué habrá dentro?.... Tal vez alguien la habrá traído en prenda, y mi madre ha prestado dinero sobre ella. Ahí de una cinta cuelga una llavecita. ¡Si yo la abriera!.... ¿Qué es eso? ¡Dios del cielo! En mi vida he visto cosa igual. ¡Un aderezo! Con él podría una noble dama concurrir a la fiesta más solemne. ¿Cómo me sentaría la gargantilla? Pero ¿de quién será esa preciosidad?

(*Se atavía con ella y se pone delante del espejo.*)

¡Si tan siquiera fuesen míos los pendientes! Con esto una tiene en seguida un aire muy distinto. ¿De qué os sirve belleza, juventud? Todo eso es a la verdad hermoso y bueno, pero también nadie hace caso de ello. Se os dirige un cumplido medio por lástima, pues todo corre en tropel hacia el oro, y al oro todo se aferra. ¡Ah, pobres de nosotras!

UN PASEO

FAUSTO *pensativo, yendo y viniendo.* MEFISTOFELES *llegándose a él.*

MEFISTOFELES

¡Por todo amor desdeñado! ¡Por el fuego del infierno! Quisiera saber algo peor para poder jurar por ello.

FAUSTO

Pero, ¿qué tienes? ¿Qué es lo que así te ataraza? En mi vida he visto facha igual.

MEFISTOFELES

De buena gana me daría ahora al diablo, si diablo no fuese yo mismo.

FAUSTO

¿Se te ha trastornado la cabeza? ¡Te sienta bien eso de exaltarte como un energúmeno!

MEFISTOFELES

Haceos cuenta no más que el aderezo que yo traje para Margaritilla, lo ha garfiñado un frailote. No bien la madre llegó a ver la cosa, empezó a sentir un secreto temor. Esa mujer tiene un olfato muy fino; siempre tiene metida la nariz en su libro de oraciones, y con oler tan sólo un objeto, conoce si la cosa es sagrada o profana, y al fijarse en el aderezo, olió muy claro que no había en él mucha bendición. —"Hija mía, exclamó, los bienes mal adquiridos turban el alma y consumen la sangre. Ofrezcamos esto a la Madre de Dios, y ella nos deleitará con el maná celestial." Margaritilla torció el gesto. Después de todo, pensó, es caballo regalado (1), y de fijo no será un impío quien con tanta delicadeza lo trajo aquí. La madre mandó llamar un frailuco, que apenas se hubo enterado de la broma, quedóse muy satisfecho al ver aquello, y dijo: —"¡Muy bien pensado! Aquel que se vence, aquel gana. La Iglesia tiene buen estómago; ha devorado países enteros, y a pesar de esto no ha padecido todavía ningún empacho. Sólo la Iglesia, señoras mías, puede digerir los bienes mal adquiridos."

FAUSTO

Esa es una costumbre general; un judío, un rey, pueden hacer otro tanto (2).

(1) Alusión al refrán: "A caballo regalado no le mires el diente."

(2) Esto hace referencia a las conquistas y anexiones de provincias o territorios a una nación.

MEFISTOFELES

Dicho esto, se embolsó broche, gargantilla y anillos, lo mismo que si fueran baratijas; dió las gracias ni más ni menos que si se tratara de una cesta de nueces, les prometió todo género de recompensas celestiales.... y con esto se quedaron ellas muy edificadas.

FAUSTO

¿Y Margarita?

MEFISTOFELES

Está ahora llena de inquietud y sin saber qué hacer. Piensa noche y día en las alhajas y aun más en quien se las ha traído.

FAUSTO

Me apena el disgusto de mi amada. Depárale al momento un nuevo aderezo. Al fin y al cabo, el primero no era gran cosa.

MEFISTOFELES

¡Oh! Sí; para su señoría, todo es una bagatela.

FAUSTO

Al avío, y obra según mi intento. Pégate a su vecina. No seas, pues, un diablo de pastaflora, y apronta un nuevo aderezo.

MEFISTOFELES

Sí, monseñor; con todo mi corazón.

(*Vase Fausto.*)

MEFISTOFELES

Un loco enamorado cual ése os hará estallar en el aire, como un fuego de artificio, el sol, la luna y todas las es-

trellas, sólo para proporcionar un rato de solaz a su dueño idolatrado. (*Vase.*)

LA CASA DE LA VECINA

MARTA *sola*

MARTA

¡Dios se lo perdone a mi querido esposo! No se ha portado bien conmigo. Lanzóse a correr mundo, y me deja sola y abandonada. Y sin embargo, segura estoy de no haberle dado el menor disgusto, y bien sabe Dios que le he amado de todo corazón. (*Rompe a llorar.*) Tal vez habrá muerto... ¡Ay, qué dolor!... ¡Si al menos tuviese yo su partida mortuoria... !

Entra MARGARITA

MARGARITA

Señora Marta...

MARTA

¿Qué hay, Margaritilla mía?

MARGARITA

Casi se me doblan las rodillas. Ved ahí que en mi armario encuentro una nueva cajita como la otra, de ébano. pero mucho más rica que la primera, y con unas cosas de todo punto soberbias.

MARTA

No vayas a decírselo a tu madre; al momento se la llevaría también al confesor.

MARGARITA

¡Ah! Ved, mirad.

MARTA

(*Ataviándola*).—¡Dichosa criatura!

MARGARITA

Pero ¡ay! no me atrevo a presentarme con esto en la calle ni en la iglesia.

MARTA

Ven, pues, a verme a menudo, y te pones aquí el aderezo sin que nadie te vea. Paséate una horita delante del espejo, y en ello tendremos nuestro placer. Luego se presenta una ocasión, viene una fiesta, y así poco a poco se deja ver eso a la gente, primero una cadenita, después la perla en la oreja. Tu madre no reparará en ello seguramente, o bien se le hace creer un cuento cualquiera.

MARGARITA

Pero ¿quién ha podido traer los dos estuches? Eso no es de buena ley. (*Llaman.*) ¡Dios mío! ¿Será mi madre?

MARTA

(*Mirando a través del visillo*).—Es un señor desconocido. —Pasad adelante.

Entra MEFISTOFELES

MEFISTOFELES

Con perdón de esas damas, me tomo la libertad de entrar sin ceremonias. (*Se hace atrás respetuosamente delante de Margarita.*)—Desearía hablar a la señora Marta Verduguillo (1).

MARTA

Servidora vuestra. ¿Qué se os ofrece, caballero?

(1) *Schwerdtlein*, en el original.

MEFISTOFELES

(*En voz baja a Marta*).—Ahora os conozco ya. Esto me basta. Tenéis ahí una visita muy distinguida. Perdonadme la libertad que me he tomado. Volveré esta tarde.

MARTA

(*En alta voz*).—¡Por vida mía! Figúrate, niña: Este señor te toma por una señorita de calidad.

MARGARITA

Soy una pobre joven. ¡Dios mío! El señor es demasiado amable; estos adornos y dijes no son míos.

MEFISTOFELES

¡Oh! No son los arreos tan sólo. Tenéis un aire, una mirada tan penetrante... ¡Cuánto me alegro de poder quedarme!

MARTA

¿Qué me traéis, pues? Tengo vivos deseos de...

MEFISTOFELES

Quisiera comunicaros una noticia más alegre. Espero que por ello no me haréis sufrir penitencia. Vuestro marido ha muerto, y vengo a transmitiros sus saludos.

MARTA

¿Ha muerto? ¡Corazón fiel! ¡Ay de mí! Mi marido ha muerto! ¡Ay! Yo desfallezco.

MARGARITA

¡Ah, buena señora! ¡No os desesperéis así!

MEFISTOFELES

Escuchad, pues, la triste historia (1).

MARGARITA

Por esta razón no quisiera yo amar en toda mi vida. Una pérdida tal me mataría de sentimiento.

MEFISTOFELES

No hay alegría sin pena, ni pena sin alegría.

MARTA

Relatadme el fin de su vida.

MEFISTOFELES

Yace enterrado en Padua, cerca de San Antonio, en tierra muy sagrada, que le sirve de eterno y fresco lecho de reposo.

MARTA

¿Y no tenéis ninguna otra cosa que traerme?

MEFISTOFELES

Sí, por cierto. Un encargo importante y grave, y es que hagáis cantar para él trescientas misas. Por lo demás, mis bolsillos están vacíos.

MARTA

¡Cómo! ¿Ni una medalla, ni una alhaja? ¿Una de esas cosas que todo artesano guarda como recuerdo en el fondo de su bolsa, prefiriendo padecer hambre y pedir limosna antes que deshacerse de ellas?

---

(1) Toda esta "historia" es pura invención de Mefistófeles, que se aprovecha de una de las prolongadas ausencias de maese Verdugillo para introducirse en casa de Marta y facilitar con sus patrañas las entrevistas de Fausto con Margarita.

MEFISTOFELES

Señora, lo siento en el alma; pero, a decir verdad, no ha tirado el dinero por la ventana. Además, se arrepintió mucho de sus faltas, sí; y lamentóse mucho más aún de su desventura.

MARGARITA

¡Ah! ¡Que hayan de ser tan desdichados los hombres! Sin falta rezaré por él también más de un *Requiem*.

MEFISTOFELES

(*A Margarita*).—Mereceríais entrar ahora mismo en el estado de matrimonio. Sois una niña muy amable.

MARGARITA

¡Oh, no! No hay que pensar aún en tal cosa.

MEFISTOFELES

Si no es un marido, que sea entretanto un galán. Es uno de los mayores dones del cielo el tener en los brazos un ser tan querido.

MARGARITA

No es esa la costumbre del país.

MEFISTOFELES

Que sea costumbre o no, eso se arregla también.

MARTA

Contadme, pues.

MEFISTOFELES

Estaba yo junto a su lecho de muerte, que era un poquito mejor que de estiércol: de paja medio podrida. Pero eso sí, murió como buen cristiano, y vió que era mucho

más aún lo que tenía que pagar. "¡Cuánto no debo odiarme hasta el fondo de mi alma—exclamaba él— por abandonar de este modo mi oficio y mi mujer! ¡Ah! Este recuerdo me mata. ¡Si al menos me perdonara ella en esta vida!"

MARTA

(*Llorando*).—¡Esposo de mi alma! Mucho tiempo ha que le perdoné.

MEFISTOFELES

"Pero, bien lo sabe Dios—siguió diciendo,—más culpa tuvo ella que yo."

MARTA

En eso miente. ¡Habráse visto! ¡Mentir estando al borde de la sepultura!

MEFISTOFELES

Seguramente deliraba en sus últimos momentos, si es que algo entiendo de esto. "Yo —continuaba él—no tenía tiempo para estarme papando moscas; primero darle hijos, y luego ganar para ellos el pan, y pan en toda la extensión de la palabra, sin que ni una vez siquiera pudiese yo comer mi parte en paz y sosiego."

MARTA

¡Cómo! ¿Así se olvidaba de toda mi fidelidad, de todo mi cariño, de mi trajín de día y de noche?

MEFISTOFELES

Eso no. Pensaba de todo corazón en esas cosas, y añadió: "Cuando partí de Malta, oré fervorosamente por mi mujer y mis hijos, y así el cielo nos fué tan propicio, que nuestra nave apresó un bajel turco que conducía un

tesoro del gran Sultán. Allí tuvo el valor su recompensa y por lo tanto, recibí yo también, como era de regla, mi parte bien medida." (1).

MARTA

¿Eh? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Lo habrá enterrado quizá?

MEFISTOFELES

¡Quién sabe dónde lo guardan ahora los cuatro vientos! Una gentil damisela se interesó por él cuando, extranjero en Nápoles, paseábase tranquilo de un lado a otro, y tantas y tantas pruebas le dió de amor y fidelidad, que el pobre se sintió de ellas (2) hasta su feliz muerte.

MARTA

¡El muy tunante! ¡Ladrón de sus hijos! ¡Ni todas las miserias, ni todas las calamidades pudieron poner freno a su vergonzosa vida!

MEFISTOFELES

Ya lo veis. De resultas de eso yace ahora muerto. Si estuviese yo en vuestro lugar, llevaría luto por él un año, como es debido, y luego, entretanto, pondría las miras en algún nuevo galán.

MARTA

¡Ah, Dios mío! Como el primero, no encontraré tan fácilmente otro en este mundo. Apenas podía haber un locuelo más cariñoso que él; sólo que tenía demasiada afición a correr mundo, a las mozas extranjeras, al vino extranjero y al maldito juego de los dados.

---

(1) Esta, según Mefistófeles, es la manera de "correr mundo" que tenía el marido de la señora Marta: ejerciendo la piratería.

(2) Alusión a la enfermedad que, entre otros muchos nombres, ha recibido el de *mal napolitano*.

MEFISTOFELES

¡Bah! Eso podía muy bien pasar si, por su parte, os había él tolerado poco más o menos otro tanto. Os juro que con esta condición, yo mismo cambiaría con vos el anillo (1).

MARTA

¡Oh! El señor gusta de bromear.

MEFISTOFELES

(*Aparte*).—Ahora sí que es tiempo de largarme. Esa mujer sería muy capaz de coger por la palabra al mismo diablo. (*A Margarita.*)—¿Cómo va ese corazoncito?

MARGARITA

¿Qué quiere decir el señor con eso?

MEFISTOFELES

(*Aparte*).—¡Buena, inocente niña! (*Alto.*) Señoras, tengo el gusto de saludaros.

MARGARITA

Adiós.

MARTA

¡Ah! Una palabra. Desearía tener un atestado en que conste dónde, cómo y cuándo murió y fué enterrado mi tesoro. Siempre he sido amiga de tener las cosas en regla. Quisiera también leer su muerte en el boletín semanal.

MEFISTOFELES

Sí, buena señora. Por boca de dos testigos, se hace notoria la verdad en todas partes. Tengo precisamente

(1) En varios puntos de Alemania, el novio, al dar el anillo, recibe otro de la novia.

un compañero muy distinguido, a quien, en obsequio vuestro, haré comparecer ante el juez. Voy a traerle aquí.

MARTA

¡Oh, sí! Hacedlo sin falta.

MEFISTOFELES

¿Y esa joven estará también aquí?... Es un gallardo mozo que ha viajado mucho y es muy galante con las señoritas.

MARGARITA

No podría menos de sonrojarme delante de ese caballero.

MEFISTOFELES

Eso, ni delante de ningún rey de la tierra.

MARTA

Allí detrás de la casa, en mi jardín, esperaremos esta tarde a los señores.

UNA CALLE (1)

FAUSTO, MEFISTOFELES

FAUSTO

¿Qué tal anda eso? ¿Va adelante el asunto? ¿Llegaremos presto al fin?

MEFISTOFELES

¡Ah! ¡Bravo! Parece que os hallo enardecido. Dentro de poco, Margaritilla es vuestra. Esta tarde la veréis

(1) Esta escena sigue inmediatamente a la anterior. Fausto aguardaba en la calle el resultado de la entrevista de Mefistófeles con la señora Marta.

en casa de su vecina Marta. Es una mujer, ésta, que ni hecha de encargo para el oficio de alcahueta y gitana.

FAUSTO

¡Perfectamente!

MEFISTOFELES

Pero también solicitan alguna cosa de nosotros.

FAUSTO

Favor con favor se paga.

MEFISTOFELES

Se trata simplemente de dar en debida forma testimonio de que los estirados miembros de su marido descansan en Padua en lugar sagrado.

FAUSTO

¡Acertadísimo! Ante todo, será menester que hagamos el viaje.

MEFISTOFELES

¡Sancta simplicitas! (1). Nada de eso. Testificad sencillamente sin saber una palabra.

FAUSTO

Si no tienes nada mejor, ha fracasado el plan.

MEFISTOFELES

¡Oh, santo varón! En este caso sí que lo seríais (2). ¿Será ésta la primera vez en vuestra vida que habréis prestado un falso testimonio? ¿No habéis dado con el

(1) ¡Santa sencillez! Conocida exclamación de Juan Huss, quien, estando en la hoguera, como hereje, vió a una viejecita del pueblo, que se apresuraba a echar leña al fuego.

(2) Un santo varón.

mayor aplomo, con cara petulante y pecho audaz, definiciones acerca de Dios, del mundo y de cuanto en él se mueve, del hombre y de lo que se agita en su cabeza y su corazón? Y no obstante, si queréis entrar como se debe en lo interior (1), de todo eso sabíais tanto, preciso es que lo confeséis con franqueza, como de la muerte de maese Verduguillo (2).

FAUSTO

Eres siempre un mentiroso, un sofista.

MEFISTOFELES

Ciertamente, si no supiera uno las cosas un poquito más a fondo. Vamos a ver; mañana, con todo el honor imaginable, ¿no engañarás tú a la pobre Margarita, y no le jurarás todo el amor de tu alma?

FAUSTO

Y de todo corazón, sin duda alguna.

MEFISTOFELES

Muy bien. Entonces, todo aquello de fidelidad y de amor eterno, de pasión única e irresistible vendrá a resultar... ¿Y éso también saldrá del corazón?

FAUSTO

¡Basta! Sí, saldrá... Cuando yo siento, y para expresar este sentimiento, este frenesí, busco nombres sin hallar ninguno, y entonces con todos los sentidos divago por el mundo tratando de coger todas las palabras más sublimes, y llamo infinito, eterno, sí, eterno este fuego que me abrasa, ¿es ésto una diabólica impostura?

---

(1) En el interior de uno mismo, o en lo interior de las cosas, según os comentaristas.

(2) Alusión a lo que dice el mismo Fausto en el primer monólogo.

MEFISTOFELES

Con todo, tengo razón.

FAUSTO

Escucha, y recuerda bien esto—y te ruego no fatigues mis pulmones (1)—: Quien desea tener razón, de fijo la tendrá con sólo tener lengua. Vamos; cansado estoy de tanta palabrería, pues si tienes razón, es sobre todo porque me veo obligado por la necesidad (2).

UN JARDIN

MARGARITA, *del brazo de* FAUSTO; MARTA *paseándose de un lado a otro con* MEFISTOFELES.

MARGARITA

Bien comprendo que el señor guarda muchas atenciones conmigo y se humilla hasta llegar a confundirme. Tan habituado está un viajero a mostrarse complacido por delicadeza con lo que halla... Harto sé que mi pobre conversación no puede halagar a un hombre tan instruido.

FAUSTO

Una mirada tuya, una palabra, me halagan más que toda la sabiduría de este mundo. (*Le besa la mano.*)

MARGARITA

No os toméis esa pena. ¿Cómo podéis siquiera besar mi mano? ¡Es tan fea, tan ruda! ¿Qué no he debido hacer ya? Mi madre ¡es tan exigente... ! (*Pasan.*)

---

(1) Esto es, no me hagas cansar en repetírtelo o en hablar más de esto.

(2) La necesidad que Fausto tiene de Mefistófeles para sus intrigas amorosas.

MARTA

Y vos, caballero, ¿viajáis así de continuo?

MEFISTOFELES

¡Ay! La profesión y el deber a ello nos obligan. ¡Con cuánto pesar se abandona más de un sitio (1), y sin embargo, no hay manera de quedarse uno allí!

MARTA

En el ardor de la juventud, puede bien pasar eso de correr tan libre de una a otra parte del mundo; pero llega la edad achacosa, y el arrastrarse solo como soltero hacia la tumba, a nadie ha hecho bien jamás.

MEFISTOFELES

Con espanto lo veo de lejos.

MARTA

Entonces, apreciable señor, determinaos con tiempo. (*Pasan.*)

MARGARITA

Sí; lejos de los ojos, lejos del corazón. La cortesía os es familiar, pero tendréis no pocos amigos de más talento que yo.

FAUSTO

¡Oh, amor mío! Ten por cierto que lo que llaman talento es, a menudo, más bien fatuidad e inteligencia limitada.

MARGARITA

¡Cómo!

---

(1) Mefistófeles alude mentalmente al empíreo, del cual fué arrojado

FAUSTO

¡Ah! ¡Que la sencillez y la inocencia no se conozcan nunca a sí mismas ni aprecien su sagrado valor! ¡Que la humildad y la modestia, dones los más sublimes que distribuye la bondadosa Naturaleza!..

MARGARITA

Pensad en mí sólo un breve instante; yo tendré tiempo sobrado para pensar en vos.

FAUSTO

¿Sin duda estás sola mucho tiempo?

MARGARITA

Sí; poca cosa es el arreglo de la casa, pero así y todo, hay que atender a él. No tenemos sirvienta; hay que cocinar, barrer, hacer media, coser y no parar mañana ni tarde, y en todas cosas ¡es tan minuciosa mi madre!.. Y no es precisamente que haya de reducirse tanto; podríamos vivir con más desahogo que algunos otros. Mi padre dejó una bonita fortuna, una casita y un pequeño huerto en las afueras de la ciudad. A pesar de todo, paso ahora días bastante tranquilos; mi hermano es soldado y mi hermanita murió. Verdad es que la niña me hizo pasar mis malos ratos, pero gustosa cargaría yo de nuevo con todas aquellas molestias: tanto amaba a la chiquita.

FAUSTO

Un ángel, si se parecía a ti.

MARGARITA

Yo la crié, y ella me quería de corazón. Vino al mundo después de la muerte de mi padre. Dábamos por perdida la madre: tan postrada yacía a la sazón, pero se fué reponiendo lentamente paso a paso. No podía, pues, ella pen-

sar entonces en dar el pecho a la pobre criaturita, y así es que con leche y agua la crié yo sola, y de esta suerte la niña vino a ser como hija mía. En mi brazo, en mi falda, estaba risueña, retozaba e iba creciendo.

FAUSTO

Con seguridad, gozaste la dicha más pura.

MARGARITA

Pero no hay duda que también pasé no pocas horas muy amargas. De noche, la niña tenía su cuna junto a mi cama; por poco que se moviera, ya estaba yo despierta, y ora tenía que darle de beber, ora acostarla a mi lado; otras veces, si no callaba, tenía que levantarme y pasearla meciéndola en mis brazos, de un extremo a otro del aposento, y al amanecer debía estar ya en el lavadero, luego ir a la compra, cuidar de la cocina, y así siempre, lo mismo hoy que mañana. Con una vida así, señor, no siempre está una descansada, pero en cambio se halla buena la comida y bueno el reposo. (*Pasan.*)

MARTA

Para las pobres mujeres, eso es una calamidad. Un solterón es difícil de corregir.

MEFISTOFELES

Sólo una mujer cual vos podría desengañarme.

MARTA

Decidme con franqueza, caballero: ¿No habéis encontrado nada todavía? ¿No se ha prendado el corazón en alguna parte?

MEFISTOFELES

Dice el refrán que: "hogar propio y mujer honesta valen oro y perlas."

MARTA

Os pregunto si nunca os ha entrado algún deseo, si habéis recibido alguna prueba de afecto.

MEFISTOFELES

En todas partes se me ha recibido de un modo muy cortés.

MARTA

Quería decir si en vuestro corazón no ha habido jamás alguna cosa formal.

MEFISTOFELES

Con las mujeres, nunca debe uno atreverse a jugar.

MARTA

¡Ah! No me comprendéis.

MEFISTOFELES

Lo siento en el alma. Pero sí comprendo que.... sois muy amable. (*Pasan.*)

FAUSTO

¿Me reconociste, ángel mío, luego que entré yo en el jardín?

MARGARITA

¿No lo visteis? Bajé los ojos.

FAUSTO

¿Y me perdonas la libertad que me tomé, lo que se permitió mi atrevimiento cuando saliste de la catedral el otro día?

MARGARITA

Quedéme turbada, pues nunca me había sucedido tal cosa; nadie podía decir mal de mí. ¡Ah!—pensé—¿habrá visto en tu porte algo de indecoroso, de inconveniente? Parecía de pronto que tenía ganas de proceder sin miramientos con esta joven. Con todo, debo confesarlo. Yo no sé lo que en seguida empezó a agitarse aquí (1) en favor vuestro; pero, podéis bien creerlo, estaba muy enojada conmigo por no poder estar más enojada con vos.

FAUSTO

¡Dulce amor mío!

MARGARITA

Permitidme un momento. (*Coge una margarita y arranca los pétalos uno tras otro.*)

FAUSTO

¿Qué es eso? ¿Un ramillete?

MARGARITA

No; es sólo un juego.

FAUSTO

¿Cómo?

MARGARITA

¡Vaya! Os reiréis de mí. (*Deshoja la flor musitando.*)

FAUSTO

¿Qué estás musitando?

---

(1) Señalando el corazón.

MARGARITA

(*En voz baja*).—Me ama. . . . no me ama. . . . (1).

FAUSTO

¡Hechicero rostro celestial!

MARGARITA

(*Continuando*).—Me ama. . . . no. . . . me ama. . . . no. . . (*Arrancando la última hoja, con encantadora alegría.*) ¡Me ama!

FAUSTO

Sí, niña mía. Que este lenguaje de la flor sea para ti oráculo divino. ¡Te ama! ¿Comprendes tú lo que esto significa? ¡Te ama! (*Le coge ambas manos.*)

MARGARITA

Me da un temblor. . . .

FAUSTO

No tiembles. Deja que esta mirada, este apretón de manos, te digan lo que no se puede expresar. Abandonarse por completo y sentir un embeleso que ha de ser eterno. ¡Eterno!. . . . Su fin sería la desesperación. No; ¡sin fin! ¡sin fin!
(*Margarita le estrecha las manos; logra luego desasirse y huye. Fausto queda un momento pensativo, y luego echa a correr tras ella.*)

MARTA

(*Llegando*).—Anochece ya.

---

(1) Esta práctica supersticiosa y popular de adivinación es algo parecida a la que se ejecuta en España, con las varillas de un abanico. La margarita es la *flor de consulta* para los enamorados.

MEFISTOFELES

Sí, y nosotros vamos a retirarnos.

MARTA

Os rogaría que os quedaseis aquí más tiempo, pero este es un sitio muy malo. No parece sino que nadie tenga nada en que ocuparse ni otra cosa que hacer más que atisbar las idas y venidas del vecino, y haga uno lo que se quiera, anda siempre de boca en boca... ¿Y nuestra parejita?

MEFISTOFELES

Ha emprendido su vuelo allá en la calle de árboles. ¡Mariposas juguetonas!

MARTA

Parece que él ha cobrado afición a ella.

MEFISTOFELES

Y ella a él. Así anda el mundo.

UN PEQUEÑO PABELLON DEL JARDIN (1)

MARGARITA *entra de un salto, se esconde detrás de la puerta, aplica la punta del dedo a los labios, y mira por la rendija.*

MARGARITA

¡Ya viene!

FAUSTO

(*Llegando*).—¡Ah, bribonzuela! ¿Así te burlas de mí? ¡Ya te pillé! (*Le da un beso.*)

(1) Esta escena es continuación de la anterior

MARGARITA

(*Abrazando a Fausto y devolviéndole el beso.*)—¡El mejor de los hombres! Te amo con toda mi alma.

(*Mefistófeles llama a la puerta.*)

FAUSTO

(*Hiriendo el suelo con el pie*).—¿Quién va?

MEFISTOFELES

Un buen amigo.

FAUSTO

Un animal.

MEFISTOFELES

Hora es ya de que nos despidamos.

MARTA

(*Llegando*).—Sí; es tarde, señor.

FAUSTO

(*A Margarita*).—¿No me dais licencia para que os acompañe?

MARGARITA

Mi madre me.... ¡Adiós!

FAUSTO

¿Debo, pues, partir? ¡Adiós!

MARTA

¡Adiós!

MARGARITA

Hasta que luego volvamos a vernos.

(*Vanse Fausto y Mefistófeles.*)

MARGARITA

¡Dios de bondad! ¡Cuántas y cuántas cosas no podrá pensar un hombre de su condición! Ante él quédome toda confusa, avergonzada, y a todo digo que sí. Es que soy una pobre niña ignorante; no comprendo qué encuentra en mí. (*Vase.*)

UNA SELVA CON UNA CAVERNA (1)

FAUSTO *solo*

FAUSTO

Espíritu sublime (2), tú me otorgaste todo cuanto pedí. No en balde volviste hacia mí tu faz en medio de la llama. Me diste la espléndida Naturaleza por reino, y a la vez, poder para sentirla y gozar de ella. No es puramente con fría admiración como me permites contemplarte, sino que me concedes la facultad de mirar en su profundo seno como en el pecho de un amigo. Haces desfilar ante

(1) Entre esta escena y la precedente ha transcurrido algún tiempo. Fausto, deseoso de olvidar a Margarita para no hacerla víctima de su amorosa pasión, y queriendo sobreponerse a sus tendencias sensuales, se retira a la soledad, de donde va a sacarle Mefistófeles a fuerza de tentaciones.

(2) El Espíritu de la Tierra, que, envuelto en una llama, se aparece a Fausto en la escena primera. Hay que advertir, sin embargo, que en el *Fausto* primitivo y en la parte del poema que se publicó en 1790 con el título de *Un Fragmento*, el autor había concebido el Espíritu de la Tierra de un modo distinto de como lo concibió mucho tiempo después, asignándole un papel mucho más importante, en términos que, según Schroer, se puede considerar a dicho Espíritu como una manifestación de la Divinidad. Es indudable que Goethe ideó, al principio, un plan que más tarde rechazó, y del cual se encuentran numerosos vestigios en la obra completa, tal como está en su presente forma. En una carta que a su amigo Schiller dirigió el autor, vemos que éste trataba de armonizar las partes nuevas que iba escribiendo, con las que se habían publicado muchos años antes.

mí la multitud de seres vivientes, y me enseñas a conocer mis hermanos en el tranquilo matorral, en el aire y en el agua (1). Y cuando ruge la tormenta y estalla en la selva; cuando el pino gigante, al desplomarse, troncha y arrastra consigo ramas y troncos cercanos, y a su caída truena la montaña sordamente en sus concavidades; entonces me guías a la segura caverna, me muestras a mí mismo, y se manifiestan las recónditas, profundas maravillas de mi propio pecho. Y cuando ante mis ojos sube límpida la luna difundiendo calma por doquier, se elevan para mí en el aire, desde los escarpados riscos y la húmeda maleza, las argentinas formas de lo pasado, templando el austero deleite de la contemplación. ¡Ah! Bien veo ahora que al hombre nada perfecto se le ofrece. A la par que este arrobamiento que me transporta cada vez más cerca de los dioses, me diste el compañero de quien no puedo ya privarme, apesar de que, frío y procaz, me humilla a mis propios ojos y con un soplo de su palabra reduce tus dones a la nada. Con empeño atiza en mi pecho un violento fuego que me arrastra hacia aquella hechicera imagen (2). Así, ando vacilante del deseo al goce, y en el goce suspiro por el deseo.

(*Aparece* MEFISTOFELES)

MEFISTOFELES

¿No os habéis cansado ya de llevar esa vida? ¿Cómo puede gustaros a la larga? Bueno es probarla una vez; pero luego, a otra cosa nueva.

---

(1) Según las ideas panteístas que profesa Fausto, el Espíritu individual que anima a cada uno de los seres vivientes (hombres, animales, plantas, etc.), es una chispa o partícula del Espíritu universal (Dios), y debido a esta unidad de origen y esencia, todos los seres de la creación están unidos por lazos de fraternidad.

(2) Margarita.

FAUSTO

Bien podrías hacer cosa mejor que venir a importunarme en mis momentos de placidez.

MEFISTOFELES

Bueno, bueno. Con mucho gusto te dejo tranquilo; no hay necesidad de que me lo digas con esa cara tan seria. Con un compañero tan adusto, desabrido y extravagante como tú, sin duda poco hay que perder. Todo el día se ajetrea uno por complacerle, y nunca es posible adivinar por la nariz de ese señor lo que le place y lo que hay que dejar.

FAUSTO

¡Cabal! Quiere aún que le dé las gracias por estarme fastidiando.

MEFISTOFELES

¿Cómo hubieras tú, pobre hijo de la tierra, vivido sin mi? Del chichirimoche (1) de la imaginación, no obstante, ya te he curado por mucho tiempo; y si no fuera por mí, ya te hubieras ido a pasear lejos de este globo terráqueo. ¿Qué sacas tú con estarte consumiendo ahí agazapado como un mochuelo en las cavernas o hendeduras de los peñascos? ¿Para qué chupar, como un sapo, tu alimento del húmedo musgo y de las rezumantes rocas? ¡Vaya un bonito y dulce pasatiempo! Tienes aún el doctor metido en el cuerpo.

---

(1) La palabra "chichirimoche" (cúmulo de propósitos o designios sin fundamento), que figura en el Diccionario del Sr. Alemany, es una de las que, a mi juicio, mejor se ajustan a la voz onomatopéyica *Kribs-krabs* del original.

FAUSTO

¿No concibes qué nueva energía vital me depara este paseo en la soledad? Ciertamente, si pudieras tú sospecharla, serías bastante diablo para envidiar mi dicha.

MEFISTOFELES

Sí, ¡una dicha supraterrena! Tenderse en las montañas por la noche sobre el césped bañado de rocío, y embebecido, abarcar tierra y cielo, hincharse hasta creer llegar a la talla de un dios, escudriñar el meollo de la tierra con el ardor del presentimiento, sentir dentro del pecho toda la obra de los seis días (1), dotado de soberbia pujanza gozar de no sé qué, desbordarse luego con amoroso enajenamiento en todo, sin quedar rastro del hijo de la tierra, y entonces terminar esta sublime contemplación (*haciendo un ademán expresivo*)... de un modo que no me atrevo a decirlo.

FAUSTO

¡Quítate allá!

MEFISTOFELES

Esto no os cae en gracia. Tenéis el derecho de decir con buenos modos: ¡quítate allá! Delante de castos oídos, no se ha de nombrar aquello de que no pueden privarse los castos corazones. Y por decirlo claro y en breves palabras, te concedo el placer de mentirte un poco a ti mismo cuando llegue el caso; pero no lo aguantarás largo tiempo. Ya estás otra vez rendido, y si esto llega a durar mucho, te consumirás de frenesí o de angustia y espanto. Pero basta ya de eso. Tu amada no se mueve de allí dentro (2), y todo se le hace estrecho y triste. Tú no te apartas ni un ápice de su pensamiento, y ella te ama con extremo.

(1) La obra entera de la creación.
(2) De la ciudad; o mejor, de su aposento.

Al principio, tu amoroso frenesí vino a desbordarse, como se sale de madre el arroyuelo al derretirse la nieve; ese frenesí tú se lo vertiste en el corazón, y ahora tu pequeño arroyo se ha quedado seco de nuevo. Me parece a mí que, en vez de imperar en las selvas, haría bien el noble señor en recompensar ese pobre pimpollo por su cariño. El tiempo se le hace horriblemente largo. Se está ella junto a la ventana viendo alejarse las nubes por cima de los viejos muros de la ciudad. "¡Si fuera yo pajarito!" (1). Esta es su canción de todos los días y de la mitad de las noches. Alguna vez está alegre; las más está triste; otras veces, después de desahogarse llorando, se queda de nuevo tranquila, al parecer, pero siempre enamorada.

FAUSTO

¡Serpiente! ¡serpiente! (2).

MEFISTOFELES

(*Aparte*).—¡Claro! Para cogerte a ti.

FAUSTO

¡Infame! Quítate de ahí y guárdate de nombrar esa gentil mujer. No traigas de nuevo ante mis sentidos medio extraviados el deseo de su cuerpo hechicero.

MEFISTOFELES

¿Y qué? Ella se figura que tú huíste, y casi, casi lo has hecho.

---

(1) Primer verso de una canción popular alemana, que empieza así:

"Si fuese yo pajarito
y dos alitas tuviera,
volaría hasta llegar a ti."

(2 Alusión a la serpiente que tentó a Eva en el paraíso.

FAUSTO

Cerca estoy de ella, y por lejos que estuviera, jamás podría olvidarla, jamás perderla. Sí; envidio ya el cuerpo del Señor (1) en el momento en que lo tocan sus labios.

MEFISTOFELES

¡Bravísimo, amigo mío! Yo os he envidiado muchas veces el par de mellizos que pace entre rosas (2).

FAUSTO

¡Aparta, alcahuete!

MEFISTOFELES

¡Lindamente! Me insultáis y no puedo menos de reírme. El Dios que creó mozos y mozas determinó al punto el más noble de los oficios: originar asimismo hasta la ocasión (3). Pero partamos. ¡Cuidado, que es una gran desdicha! Debéis encaminaros al aposento de vuestra amada, y no a la muerte quizá.

FAUSTO

Entre los brazos de ella, ¿qué son los goces del cielo? Que me caliente yo contra su pecho, ¿acaso no siento siempre su desventura? ¿No soy el fugitivo que carece de hogar, el monstruo sin ideal y sin sosiego, parecido a una catarata, cuyas aguas mugen y espuman de roca en roca, corriendo furiosas hacia el abismo? Y al lado, ella con los sentidos infantilmente velados, en la cabañita del pequeño campo alpino, y toda su actividad doméstica limitada al reducido mundo en que vive. Y a mí, el odiado de Dios, no me había bastado batir las peñas y hacerlas

(1) La Hostia o el crucifijo

(2) Alusión a un versículo (IV. 5), del *Cantar de los cantares:* "Tus dos pechos son como dos cervatillos mellizos. . . ."

(3) Alusión a las palabras: "Creced y multiplicaos." (Büchner).

pedazos (1). Era ella, era su tranquilidad lo que debía yo minar. ¡Infierno, tú necesitabas tener esta víctima! Ayúdame, demonio, a abreviar el tiempo de angustia. Lo que ha de suceder, suceda al instante. Caiga sobre mí su destino, y conmigo ella sucumba.

MEFISTOFELES

¡Cómo bulle, cómo arde eso de nuevo! Anda a consolarla, insensato. Allí donde una cabeza tan pequeña no ve salida alguna, al punto se figura que todo ha concluido. ¡Viva aquel que se mantiene animoso! Fuera de eso, sin embargo, estás bastante endiablado ya. Nada encuentro más ridículo en el mundo, que un diablo sumido en la desesperación (2).

APOSENTO DE MARGARITA

MARGARITA *sola, junto al torno de hilar*

MARGARITA

Oprimido está mi corazón, huyó de mí el sosiego; nunca lo recobraré, nunca, nunca más.

Allí donde no le tengo a él, es para mí la tumba; el mundo entero está para mí lleno de amargor.

Turbada está mi pobre cabeza, hecha pedazos tengo mi pobre alma.

Oprimido está mi corazón, huyó de mí el sosiego; nunca lo recobraré, nunca, nunca más.

Sólo para verle a él miro por la ventana; por él sólo salgo de mi casa.

---

(1) Fausto se compara a un torrente, y Margarita a una cabaña situada junto a la devastadora corriente, que acaba por arrastrarla en su curso.

(2) Alusión a uno de los diablos de la *Mesíada* de Klopstock, Abbadonna, que no cesa de dar alaridos pidiendo perdón al Señor.

¡Su paso arrogante, su noble apostura, la sonrisa de sus labios, el poder de sus ojos, el flujo mágico de su palabra, la presión de su mano y ¡ay! su beso!

Oprimido está mi corazón, huyó de mí el sosiego; nunca lo recobraré, nunca, nunca más.

Mi corazón se lanza hacia él. ¡Ah! ¡si yo pudiese abrazarle y retenerle!

y besarle cual yo quisiera, aunque hubiese de morir en sus besos!

EL JARDIN DE MARTA

MARGARITA, FAUSTO

MARGARITA

Prométeme, Enrique.... (1).

FAUSTO

Lo que pueda.

MARGARITA

Vamos, dime: ¿qué piensas en materia de religión? Eres un hombre bueno de corazón; mas de esto, creo que no haces gran caso.

FAUSTO

Dejemos eso, hija mía. Ya ves que yo te quiero bien, y por las personas a quienes amo, daría mi cuerpo y mi sangre. No quiero arrebatar a nadie sus sentimientos ni apartarle de su iglesia.

MARGARITA

No basta eso; es preciso creer.

---

(1) Según la tradición, Fausto se llamaba Jorge y Juan.

FAUSTO

¿Es preciso?

MARGARITA

¡Ah! ¡Si tuviera sobre ti algún poder! Tampoco veneras los santos Sacramentos.

FAUSTO

Los venero.

MARGARITA

Pero sinfervor. Hace mucho tiempo que no has ido a misa ni a confesar. ¿Crees en Dios?

FAUSTO

Amor mío, ¿quién osaría decir: "Creo en Dios"? Puedes preguntar a sacerdotes y sabios, y su respuesta no parecerá sino una burla dirigida al preguntador (1).

MARGARITA

Luego, ¿no crees?

FAUSTO

No interpretes mal mis palabras, hermosa mía. ¿Quién puede nombrarlo? ¿Y quién puede confesar: "Creo en El"? ¿Quién, siendo capaz de sentir, puede atreverse a exclamar: "No creo en El"? Aquel que todo lo abarca, Aquel que todo lo sostiene, ¿no abarca, no te sostiene a ti, a mí, a él mismo? ¿No se extiende el cielo formando bóveda allá en lo alto? ¿No está la tierra firme bajo nuestros pies? ¿No se elevan las eternas estrellas mirando con amor? (2). ¿No te comtemplo yo clavando mis ojos en

(1) Porque la esencia de Dios es incomprensible.

(2) Alusión a la prueba llamada cosmológica de la existencia de Dios (Büchner).

los tuyos? Y todo cuanto existe ¿no impresiona tu cabeza y tu corazón y se agita visible e invisible cerca de ti en un eterno misterio? Por grande que sea, llena de esto tu corazón, y cuando, penetrada de tal sentimiento, seas feliz, nómbralo entonces como quieras, llámale Felicidad, Corazón, Amor, Dios. Para ello no tengo nombre (1); el sentimiento es todo. El nombre no es más que ruido y humo que ofusca la lumbre del cielo (2).

MARGARITA

Todo eso es muy bello y bueno. Poco más o menos es lo que también dice el cura, sólo que con términos algo distintos.

FAUSTO

Y esto mismo lo dicen todos los corazones en todas partes a la celeste claridad del día, cada uno en su lenguaje. ¿Por qué no puedo yo decirlo en el mío?

MARGARITA

Al escucharlo así, podría parecer pasadero; mas, con todo, hay siempre algo sospechoso, por la razón de que no eres cristiano.

FAUSTO

¡Niña querida!

MARGARITA

Desde hace mucho tiempo, me apena el verte con esa compañía.

(1) Dice el poeta persa Saadi de Chiraz: "Quien conoce a Dios guarda silencio."

(2) "¿Qué sabemos nosotros de la idea de la Divinidad? ¿Qué significan nuestros estrechos conceptos del Sér supremo? Aunque yo le designara con cien nombres, como los turcos, esto no bastaría, y ante sus atributos sin límites, nada habría dicho." (*Conversaciones de Goethe con Eckermann.*)

FAUSTO

¿Cómo así?

MARGARITA

Ese hombre que tienes a tu lado, me es odioso en lo más profundo de mi alma. Nada en mi vida me ha dado una tal punzada en el corazón como la facha repulsiva de ese hombre.

FAUSTO

No le temas, ídolo mío.

MARGARITA

Su presencia me altera la sangre. Fuera de esto, quiero bien a todo el mundo; pero, así como suspiro por verte, delante de ese hombre siento un secreto horror; y además, le tengo por un bribón. ¡Perdóneme Dios si soy injusta con él!

FAUSTO

Es menester que haya también esa casta de pajarracos (1).

MARGARITA

No quisiera yo vivir con alguno de ellos. Si una vez llega a pasar la puerta, siempre lanza dentro una mirada tan burlona y medio colérica.... Bien se echa de ver que no toma interés por nada, y en la frente lleva escrito que a nadie puede amar. Hállome tan a gusto en tus brazos, tan libre, tan ardientemente abandonada, y la presencia de ese hombre me oprime el corazón.

FAUSTO

¡Oh ángel lleno de presentimientos! (2).

---

(1) Véase lo que dice el *Señor*, en el Prólogo en el cielo: "Por esta razón le doy gustoso un compañero que, debiendo obrar como diablo..

(2) Tal vez acertadamente, Stapfer encabeza esta frase con la indicación de *Aparte*.

MARGARITA

Hasta un extremo tal esto me domina, que dondequiera que él se acerque tan sólo a nosotros, llego a creer que ya no te amo. Cuando está ahí, tampoco podría yo jamás orar. Esto me devora el corazón, y a ti, Enrique, debe pasarte lo mismo.

FAUSTO

Eso es que le tienes antipatía.

MARGARITA

Ahora debo retirarme.

FAUSTO

¡Ah! ¿No podré yo jamás, durante una horita, reposar tranquilo en tu seno, oprimir pecho contra pecho y penetrar el alma en el alma?

MARGARITA

¡Ah! ¡si tan siquiera durmiese sola! De buen grado te dejaría descorrido el cerrojo esta noche. Pero mi madre tiene el sueño ligero, y si nos sorprendiese, yo moriría al punto allí mismo.

FAUSTO

No hay cuidado, ángel mío. Toma este pomito. Tres gotas tan sólo en su bebida sumen plácidamente la naturaleza en profundo sueño.

MARGARITA

¿Qué no haría yo por ti? Espero que eso no la dañará.

FAUSTO

De no ser así, ¿te lo aconsejara yo, amor mío?

MARGARITA

Sólo al mirarte, ¡oh tú el mejor de los hombres!, no sé qué me impele a cumplir tu voluntad. Tanto hice ya por ti, que casi nada me queda por hacer. (*Vase.*)

(*Entra* MEFISTOFELES.)

MEFISTOFELES

¡La bobalicona! ¿Ha salido?

FAUSTO

¿Acechaste otra vez?

MEFISTOFELES

Lo he oído muy bien, punto por punto. Os han catequizado aquí, señor doctor. Espero que eso os será de gran provecho. Verdaderamente, las chicas tienen no poco interés en que uno sea devoto y sencillo a la vieja usanza. Si a esto se allana, piensan ellas, también nos obedecerá de igual modo a nosotras.

FAUSTO

¿No comprendes, monstruo, que esta alma buena y sincera, llena de su fe, que por sí sola le da la salvación, se atormenta santamente porque ha de considerar como perdido al hombre a quien más ama?

MEFISTOFELES

A ti, galanteador sensual y supersensual, una chiquilla te lleva de la nariz.

FAUSTO

¡Monstruoso engendro de lodo y fuego!

MEFISTOFELES

Y en cuestión de fisonomías entiende de un modo magistral (1). Delante de mí, no sabe lo que le pasa. Mi pequeño disfraz (2) le anuncia un misterio; ella huele que soy sin duda un genio o quizá el mismo diablo... Conque, esta noche...

FAUSTO

¿Y eso qué te importa?

MEFISTOFELES

¡Toma! También tengo en ello mi placer.

EN LA FUENTE

MARGARITA *e* ISABELITA, *con cántaros*

ISABELITA

¿Has sabido nada de Barbarita?

MARGARITA

Ni una palabra. Salgo tan poco...

ISABELITA

Por cierto, Sibila me lo ha dicho hoy. Al fin se ha dejado seducir. He aquí en qué paran aquellos aires de arrogancia.

MARGARITA

¿Cómo así?

---

(1) En la época en que Goethe escribía esto, Lavater acababa de nventar el arte fisiognomónico.

(2) La forma humana que había tomado.

ISABELITA

Eso trasciende. Ahora sustenta a dos cuando come y bebe.

MARGARITA

¡Ah!

ISABELITA

Así es que al fin le llegó su merecido. ¡Cuánto tiempo no ha ido colgadita de ese mozo! Que se trataba de un paseo, de ir a la aldea o al baile, en todas partes había de ser la primera, y él la obsequiaba siempre con vino y pastelillos. Estaba muy pagada de su belleza, pero era tanto su descaro, que no se avergonzaba de admitir regalos de él. Vinieron besuqueos y caricias, y hete aquí que la florecilla desapareció.

MARGARITA

¡Pobrecita!

ISABELITA

¿Y aun la compadeces? Mientras nosotras estábamos hilando sin que nuestra madre nos permitiese bajar por la noche, pasaba ella el tiempo dulcemente al lado de su galán, y en el poyo de la puerta y en el pasadizo obscuro, ninguna hora se les hacía demasiado larga. Así, pues, que se oculte ahora en un rincón y que, vestida con el sayal de pecadora, cumpla la penitencia impuesta por la Iglesia (1).

(1) Hasta a principios del siglo XIX se conservó en varios puntos de Alemania el humillante castigo de vestir con un sayal o saco de penitencia a la joven que era madre antes de casarse, y ceñidas las sienes con una corona de paja, exponerla el domingo a la puerta de la iglesia, sufriendo las burlas de los que entraban y salían.

MARGARITA

Seguramente la tomará por mujer.

ISABELITA

Muy necio sería. Un mozo listo como él también se las compone en otra parte. Así, pues, se ha escabullido.

MARGARITA

Eso no está bien.

ISABELITA

Y si logra atraparle, mal lo pasará ella. Los muchachos le arrancarán la corona, y nosotras esparciremos paja picada delante de la puerta de su casa (1). (*Vase.*)

MARGARITA

(*Dirigiéndose a su casa*).—¡Cómo podía yo antes lanzar tan duras invectivas cuando una pobre joven caía en un desliz! Entonces no podía encontrar en mi lengua bastantes palabras contra los pecados ajenos. ¡Cuán negro parecíame aquello, y a pesar de que lo ennegrecía aún más, nunca era bastante negro para mí, y me hacía cruces y me gloriaba, y ahora yo misma me hallo entregada al pecado! Mas... todo cuanto me impulsó a él, ¡Dios mío!, era tan bueno, ¡ay! ¡era tan dulce!...

(1) Existe aún en Alemania la costumbre de sembrar paja picada desmenuzada delante de la puerta de una novia cuya virtud era sospechosa, la víspera de la boda. La corona es emblema de virginidad.

INTERIOR DE LA MURALLA (1)

En un hueco de la muralla, una devota imagen de la Dolorosa; delante de ella, unos tiestos de flores.

MARGARITA *pone flores frescas en los tiestos*

MARGARITA

¡Ah! ¡Vuelve compasiva tu rostro a mi duelo, Madre dolorosa!

Con la espada en el corazón, con dolores mil, elevas los ojos hacia tu Hijo moribundo.

Miras al Padre y lanzas suspiros a lo alto, por su angustia y la tuya.

¿Quién es capaz de sentir como taladra el dolor mis huesos? Lo que agita mi pobre corazón, lo que lo estremece, lo que él ansía, sólo tú lo sabes, nadie más que tú.

Doquiera que vaya, ¡qué dolor, qué dolor, qué dolor siento aquí en mi pecho! No bien estoy sola, ¡ay!, lloro, lloro y lloro, y se me parte el corazón.

Con mis lágrimas ¡ay! he regado las macetas de mi ventana, mientras al rayar el alba, cogía estas flores para ti.

Cuando muy de mañana lucía el sol en lo alto de mi aposento, estaba ya sentada en mi lecho, sumida en la mayor desolación.

¡Acude en mi auxilio! ¡Sálvame de la deshonra y de la

---

(1) Con el nombre de *Zwinger*, desígnase el espacio comprendido entre el circuito de las murallas y las últimas casas de la ciudad. Entre los contrafuertes del muro, solía haber hornacinas o nichos en donde se veía una piadosa imagen alumbrada por un farolito, que servía también para iluminar aquel solitario sitio. Margarita escoge este lugar para sustraerse a las indiscretas miradas de los curiosos.—La primera parte de la siguiente plegaria es sugerida por el conocido himno latino de Jacopone da Todi: *Stabat Mater*.

muerte! ¡Ah! ¡Vuelve compasiva tu rostro a mi duelo, Madre dolorosa!

LA NOCHE

Una calle, frente a la puerta de Margarita.

VALENTIN, *soldado, hermano de Margarita.*

VALENTIN

Cuando me hallaba en una francachela, donde más de uno gusta de jactarse, y los camaradas habían ponderado en alta voz delante de mí la flor de las mozas anegando los elogios en el vaso lleno hasta el borde, estaba yo de codos en la mesa, sentado con el mayor sosiego, escuchando todas aquellas fanfarronadas. Me acaricio sonriendo la barba, tomo en mi mano el vaso lleno, y digo: Cada cosa en su lugar. Pero ¿hay en todo el país una muchacha que valga tanto como mi querida Margaritilla, y le llegue a la suela del zapato a mi hermana? ¡Top! ¡top! ¡Cling! ¡clang!, y el chocar de las copas daba vuelta a la mesa. "Tiene razón, exclamaban unos, es la joya de todo su sexo." Enmudecían entonces todos los elogiadores. ¡Y ahora!.... Hay para mesarse los cabellos y tirarse de cabeza contra las paredes. Con dichos picantes y gestos burlones, no habrá pícaro que no me ultraje, ¡y yo habré de quedarme quieto como un mal deudor, sudando a cada leve palabra dicha al azar! Y aunque pudiera molerlos a palos todos juntos, no podría, sin embargo, llamarlos embusteros.... ¿Quién llega? ¿Quién se acerca con paso furtivo? A no engañarme, son dos. Si es él, al punto le echo la mano encima y no escapará vivo de aquí.

(*Entran* FAUSTO *y* MEFISTOFELES)

FAUSTO

Como de aquel ventanal de la sacristía se eleva tremulenta la luz de la pequeña lámpara perpetua y cada vez

más mortecina alumbra débilmente de soslayo, y en torno de ella se cierran las tinieblas, así reina la noche en mi alma.

MEFISTOFELES

Y yo soy como el gatito que, consumido de lúbrico ardor, se escurre a lo largo de una escala de incendios (1), y luego se frota suavemente contra las paredes. Con esto me siento del todo virtuoso (2), una pizca de codicia ladronesca y una pizca de lascivia gatuna. Así es que ya me trasguea por todos los miembros la deliciosa noche de Walpurgis, que será pasado mañana. Allí, al menos, sabe uno por qué se trasnocha.

FAUSTO

Interin ¿no sube a la superficie el tesoro que veo centellear allí detrás? (3).

MEFISTOFELES

Muy pronto sentirás el gozo de sacar del suelo el calderito. El otro día eché una ojeada dentro, y vi que contenía magníficos escudos leoninos (4).

FAUSTO

¿Y no había ni una presea, ni una sortija con que adornar a mi amada?

---

(1) Probablemente se trata de una escalera de mano para subir al tejado, a fin de apagar el fuego cuando se quema el hollín de la chimenea.

(2) Esto es: "Me hallo enteramente a gusto." Ironía sobre el contento íntimo que produce en el ánimo la práctica de la virtud.

(3) Existe una vieja superstición popular, según la cual en el seno de la tierra hay encerrados varios tesoros contenidos dentro de unos calderos, que en determinados días suben poco apoco a la superficie. La presencia de tales tesoros es indicada por una llama azulada o rojiza.

(4) Moneda del siglo XV y principios del XVI, en la cual se ve grabada una figura de león.

MEFISTOFELES

Yo bien vi allí una cosa como una especie de collar de perlas.

FAUSTO

Bien está. Me da mucha pena ir a su casa sin algún presente.

MEFISTOFELES

No debía disgustaros lo más mínimo el saborear alguna cosa de balde. Y ahora que brilla el cielo tachonado de estrellas, vais a oír una verdadera obra maestra. Voy a cantarle a ella una canción moral a fin de seducirla con más seguridad.

(*Canta acompañándose con la cítara.*)

"¿Qué haces ahí, Catalinita, frente a la puerta del galán, en los primeros albores de la mañana? ¡Guarda! ¡Guarda! Te dejará entrar como doncella, pero como doncella no te dejará salir (1).—¡Andaos con tiento! Se consumó la cosa. Conque, ¡buenas noches!, vosotras pobres, pobres niñas. Si os estimáis en algo, guardaos de hacer nada por amor a ningún ladrón, si no es con el anillo nupcial en el dedo."

(VALENTIN *se adelanta.*)

VALENTIN

¿A quién engatusas ahí? ¡Rayo de Dios! ¡Maldito cazador de ratones! (2). ¡Al diablo, primero el instrumento! ¡Al diablo, después el cantor!

---

(1) Imitación de un canto de Ofelia (*Hamlet*, acto IV, escena 5.ª)

(2) Alusión al famoso Cazador de ratones de Hameln. En el año 1284, los habitantes de Hameln se veían atormentados por una plaga de ratones. De pronto apareció un hombre extraño, que, mediante una suma convenida, se ofreció a exterminar tan dañinos animales. Cerrado el trato, el desconocido empezó a tocar una flauta de su cor-

MEFISTOFELES

Rota está la cítara. Nada se puede aprovechar.

VALENTIN

Ahora falta que os rompa los cascos.

MEFISTOFELES

(*A Fausto*).—Señor doctor, no hay que arredrarse. ¡Animo! Teneos firme a mi lado, de manera que os pueda guiar. ¡Al aire vuestro plumero! (1). Tirad solamente. Yo paro los golpes.

VALENTIN

Pára este.

MEFISTOFELES

¿Por qué no?

VALENTIN

Y este.

MEFISTOFELES

Sin duda.

VALENTIN

Creo habérmelas con el diablo. ¿Qué es eso? Mi mano se entorpece ya.

---

namusa, y en seguida todos los ratones le siguieron hasta el río Weser. en donde se ahogaron. El hechicero reclamó el pago prometido, y como se negaran a dárselo, volvió al día siguiente, y tocando otra flauta, todos los niños y niñas de Hameln, como atraídos por una fuerza magnética, siguieron al misterioso Cazador de ratones hasta una caverna distante de la ciudad, sin que desde entonces se haya sabido la suerte que les cupo a aquellos infelices.

(1) La espada.

MEFISTOFELES

(*A Fausto*).—Tiraos a fondo.

VALENTIN

(*Cayendo*).—¡Ay!

MEFISTOFELES

Ya está amansado el majadero. Mas ahora huyamos de aquí. Hay que desaparecer al momento, pues se levanta ya una gritería horrible. Yo sé componérmelas muy bien con la policía, pero con la jurisdicción criminal ya es otra cosa.

MARTA

(*Desde la ventana*).—¡Socorro! ¡Favor!

MARGARITA

(*Desde la ventana*).—¡Aquí! ¡Una luz!

MARTA

(*Como antes*).—Se querellan y disputan, gritan y pelean.

EL PUEBLO

Ahí yace ya uno muerto.

MARTA

(*Entrando*).—¿Se han escapado, pues, los asesinos?

MARGARITA

(*Entrando*).—¿Quién yace aquí?

EL PUEBLO

El hijo de tu madre.

MARGARITA

¡Dios Todopoderoso¡ ¡Qué tormento!

VALENTIN

¡Yo muero! Pronto está dicho y aun más pronto hecho. Pero, ¿qué hacéis ahí, mujeres, con esos gimoteos y esos lamentos? Acercaos y escuchad.

(*Todas le rodean.*)

Mira, Margarita mía, tú eres joven aún, no tienes todavía bastante experiencia y te das poca maña en tus cosas. Te lo digo en confianza: puesto que ahora eres ya una prostituta, sélo en toda regla.

MARGARITA

¡Hermano mío! ¡Ay, Dios! ¿Qué quieres decir con eso?

VALENTIN

No mezcles a Dios Nuestro Señor en esas niñerías. Lo hecho, hecho está, por desgracia, y saldrá lo que salga. Empezaste de tapadillo con uno solo; luego van viniendo otros a su vez, y cuando seas ya de una docena, entonces eres también de toda la ciudad. Al principio, cuando nace la deshonra, sale a luz en secreto, y se tiende sobre su cabeza y sus orejas el velo de la noche. Sí, de buena gana la ahogarían. Pero va creciendo y formándose, y entonces sale desnuda en pleno día, sin que por eso haya aumentado su belleza. Cuanto más feo se vuelve su rostro, tanto más busca ella la luz del sol. En verdad, veo ya llegar el día en que todas las personas honradas se apartarán de ti, ramera, como de un cadáver infecto. El corazón desfallecerá en tu cuerpo cuando te miren en los ojos. No llevarás ya cadenillas de oro, ni en la iglesia te pondrás cerca del altar, ni tampoco irás a divertirte en el baile luciendo una hermosa gorguera de encaje. En un mísero rincón obscuro tendrás que ocultarte confundida entre

mendigos y lisiados, y aunque Dios te perdone, maldita serás en la tierra.

MARTA

Encomendad vuestra alma a la misericordia divina. ¿Queréis aún cargar sobre vos la calumnia?

VALENTIN

Si tan siquiera pudiese yo llegar a tu escuálido cuerpo, infame alcahueta, esperaría encontrar pleno perdón de todos mis pecados.

MARGARITA

¡Hermano mío! ¡Qué infernal suplicio!

VALENTIN

Déjate de lágrimas, digo. Al perder la honra, descargaste en mi corazón el golpe más cruel.... Por el sueño de la muerte, voy a Dios como soldado y hombre de honor.

(*Muere.*)

LA CATEDRAL (1)

OFICIO CON ORGANO Y CANTO

MARGARITA *entre la multitud; detrás de* MARGARITA *el* ESPIRITU MALIGNO

EL ESPIRITU MALIGNO

¡Cuán otra eras tú, Margarita, cuando, llena de inocencia todavía, te acercabas aquí al altar y balbucías tus oraciones del manoseado librito, con el corazón divi-

(1) En el *Fausto* primitivo (*Urfaust*), a continuación del título que encabeza esta escena, se lee: "Exequias de la madre de Margaritilla (Gretchen)."

dido entre Dios y tus infantiles juegos! ¡Margarita! ¿Donde tienes la cabeza? ¡Qué iniquidad en tu pecho! ¿Ruegas por el alma de tu madre, que por culpa tuya se durmió para sufrir en el otro mundo un largo, largo tormento? (1). ¿Cúya es la sangre vertida en el umbral de tu puerta? (2). Y en tus entrañas, ¿no se agita ya un ser, que para tu tormento y el suyo, va creciendo y te acongoja con su presencia llena de presagios? (3).

MARGARITA

¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Que no pueda librarme de los pensamientos que cruzan por mi cabeza a despecho mío!

CORO

DIES IRAE, DIES ILLA
SOLVET SAECLUM IN FAVILLA. (4).
(*Suena el órgano.*)

EL ESPIRITU MALIGNO

La desesperación se apodera de ti. Suena la trompeta (5). Las tumbas se estremecen, y tu corazón, resucitado del reposo de las cenizas, se despierta con sobresalto para sufrir los tormentos de las llamas (6).

---

(1) A consecuencia de un descuido o del prolongado uso de la bebida soporífera que algunos meses antes entregó Fausto a Margarita, la madre de ésta murió, sorprendiéndola la muerte en estado de impenitencia.

(2) Alusión a la muerte de Valentín.

(3) Esto es: "Tu hijo vendrá al mundo para participar de tu triste suerte." (Massoul).

(4) "Día de cólera, día que reducirá el mundo a cenizas." Primera estrofa del célebre himno de Thomás de Celano (siglo XIII).

(5) La trompeta, a cuyo sonido resucitarán los muertos.

(6) El Espíritu maligno (personificación de los remordimientos de Margarita) representa a la desdichada joven lo que le acontecerá el día del Juicio final.

MARGARITA

¡Quién pudiera estar lejos de aquí! Paréceme como si el órgano me cortara el aliento, como si ese canto me arrancara el corazón desde lo más profundo de mi ser.

CORO

JUDEX ERGO CUM SEDEBIT,
QUIDQUID LATET APPAREBIT,
NIL INULTUM REMANEBIT (1).

MARGARITA

¡Me ahogo! Los pilares de los muros me oprimen; la bóveda pesa sobre mí... ¡Aire! ¡Aire!

EL ESPIRITU MALIGNO

¡Escóndete! El pecado y la deshonra no quedan ocultos. ¿Aire? ¿Luz? (2). ¡Ay de ti!

CORO

QUID SUM MISER TUNC DICTURUS?
QUEM PATRONUM ROGATURUS,
QUUM VIX JUSTUS SIT SECURUS? (3).

EL ESPIRITU MALIGNO

Los bienaventurados desvían de ti su faz. Al tenderte la mano, se estremecerían los justos. ¡Ay de ti!

CORO

QUID SUM MISER TUNC DICTURUS?

---

(1) "Cuando se sentará el Juez, aparecerá lo que está oculto; nada quedará impune."

(2) Esto es: ¿Pides aire, pides luz, cuando debieras sepultarte entre tinieblas para ocultar tu deshonra?

(3) "¿Qué diré yo entonces, infeliz de mí? ¿Qué defensor invocaré? ¡cuando apenas el justo estará seguro!"

MARGARITA

¡Vecina!. . .Vuestro pomo de sales. . .

(*Cae desmayada.*)

LA NOCHE DE WALPURGIS (1)

MONTAÑAS DEL HARZ. REGION DE SCHIERKE Y ELEND (2)
FAUSTO, MEFISTOFELES

MEFISTOFELES

¿No deseas un palo de escoba? Para mí quisiera el cabrón más potente. Por este medio, estamos aún lejos del término.

FAUSTO

Mientras me sienta yo firme aún sobre mis piernas, bástame este nudoso palo. ¿Para qué abreviar el camino? Deslizarse en el laberinto de los valles, trepar luego a este risco, desde donde se precipita el manantial siempre borbotante: he aquí el placer que sazona tales vericuetos. La primavera se agita ya en los abedules, y el mismo pino siente ya su influencia; ¿por qué no habría de obrar también sobre nuestros miembros?

MEFISTOFELES

A decir verdad, nada de eso experimento yo. Tengo el invierno en el cuerpo. Quisiera ver mi camino cubierto

---

(1) De santa Walpurgis o Walpurga, cuya fiesta celebra la Iglesia el día primero de mayo. La noche precedente, que aun hoy día ven llegar las gentes sencillas con cierto temor supersticioso, se hizo famosa en la Edad Media por el aquelarre que celebraban brujos y brujas en la agreste montaña del Brocken o Blocksberg, el más elevado pico del Harz.

(2) Schierke y Elend son dos aldeas situadas en la vertiente meridional del Brocken.

de escarcha y nieve. ¡Cuán triste sube el rojo disco escotado de la luna con su tardía lumbre, y cuán mal ilumina, que a cada paso choca uno contra un árbol o una roca! Deja que llame yo un fuego fatuo. Precisamente veo allí uno que arde alegre. ¡Eh! ¡Amigo mío! ¿Puedo pedirte que vengas hacia nosotros? ¿Por qué te empeñas en arder tan sin provecho? Ten, pues, la bondad de alumbrarnos hasta allá arriba.

EL FUEGO FATUO

Por respeto a vos, confío que lograré dominar mi natural ligero. Nuestra marcha no va de ordinario sino en zigzag.

MEFISTOFELES

¡Hola, hola! Piensa él imitar a los hombres.— Anda derecho, en nombre del diablo, o apago de un soplo la oscilante llama de tu vida.

EL FUEGO FATUO

Bien advierto que sois el amo de la casa (1) y de buen talante me someto a vos. Pero tened en cuenta que la montaña está hoy locamente embrujada, y si un fuego fatuo os ha de mostrar el camino, no habéis de fijaros en tales menudencias.

FAUSTO, MEFISTOFELES *y el* FUEGO FATUO, *en canto alternado* (2).

Según parece hemos entrado en la esfera de los sueños y encantamientos. Guíanos bien, y hazte honor a ti mismo, para que pronto lleguemos a los vastos espacios desiertos.

---

(1) La llama o el fuego es el único elemento que para sí se había reservado Mefistófeles.

(2) *Mefistófeles* canta la primera estrofa: el *Fuego fatuo*, la segunda; *Fausto*, la tercera; *Mefistófeles*, la cuarta y *Fausto*, la quinta.

Veo los árboles cómo pasan con rapidez unos tras otros y las escarpadas rocas que se inclinan y las largas narices de los peñascos que roncan y soplan (1).

Por entre las piedras, por entre la hierba, corren hacia abajo arroyo y arroyuelo. ¿Oigo murmurios? ¿Oigo cantos? ¿Oigo una dulce queja amorosa, voces de aquellos días celestes? (2). ¿Son nuestras esperanzas? ¿Son nuestros amores? Y el eco resuena como leyenda de tiempos pasados.

¡U-hu! ¡Chu-hu! (3). Esto se oye más cerca; lechuza, frailecillo y grajo, ¿están todos despiertos? ¿Son salamandras lo que hay entre las breñas, con sus luengas patas e hinchados vientres? Y las raíces, a semejanza de serpientes, se retuercen por fuera de la roca y de la arena y tienden extraños lazos para asustarnos o cogernos. Desde las animadas y recias excrecencias nudosas, alargan en dirección del caminante sus tentáculos de pulpo. Y ratones de mil colores corren en tropel a través del musgo y del matorral. Y las luciérnagas vuelan en apretados enjambres formando un confuso acompañamiento.

Mas dime: ¿estamos parados o avanzamos? Todo, todo parece dar vueltas, peñas y árboles, que hacen visajes, y fuegos fatuos, que se multiplican y se agrandan.

MEFISTOFELES

Cógete bien de la punta de mi manto. He aquí una especie de picacho central, desde donde con asombro se ve cómo Mammón (4) brilla en la montaña.

---

(1) Al sur de Schierke hay dos peñas de granito llamadas *los Roncadores*.

(2) Fausto recuerda el tiempo feliz que pasó al lado de Margarita.

(3) Imitación del grito de la lechuza.

(4) Dios de las riquezas, adorado en Siria. En el caso presente, personifica los tesoros encerrados en las entrañas de la tierra y que en la noche de Walpurgis se ven aparecer en las montañas.

FAUSTO

¡Cuán extrañamente luce en el fondo de los valles esa pálida y rojiza claridad matinal, que penetra hasta en las fauces profundas del abismo! Allí suben densos vapores, allí se exhalan emanaciones mefíticas (1), aquí, a través del velo sutil de tales efluvios, resplandece un fuego ardiente, que ya se desliza cual tenue hilo, ya surge con ímpetu como un manantial. Aquí se entrelaza formando cien arterias que se diseminan por una vasta extensión del valle, y allí, en el rincón donde se hacina la muchedumbre, se recoge de pronto en sí mismo. Allí brotan chispas en derredor, semejando arena de oro que se desparrama. Pero, mira cómo arde la pared de rocas en toda su altura.

MEFISTOFELES

¡Qué! ¿No ilumina con esplendidez el señor Mammón el palacio para la presente fiesta? Es una suerte feliz que hayas visto tal espectáculo. Ya huelo a los turbulentos huéspedes.

FAUSTO

¡Cuán furioso se desata el huracán en el aire! ¡Con qué golpes hiere mi nuca!

MEFISTOFELES

Es menester que te agarres a las viejas salientes de la roca; de lo contrario, la borrasca te despeñará al fondo de estas simas. La niebla hace la noche más densa. Escucha cómo cruje la selva. Los mochuelos huyen despavoridos. ¡Oye! Las columnas de los palacios perpetuamente verdes (2) saltan convertidas en astillas. Las

(1) Estas emanaciones malsanas proceden de las minas de cobre, plomo, hierro y otros metales, que tanto abundan en las montañas del Harz.

(2) Los troncos de los árboles.

armas gimen y se desgajan; los troncos son sacudidos con violencia; rechinan las raíces y se abren como bostezando. En la espantosa confusión de la caída desplómanse todos con estrépito unos sobre otros, y por los precipicios cubiertos de broza, silba y aúlla el huracán. ¿No oyes voces en lo alto, en lontananza, en la cercanía? Sí, a lo largo de toda la montaña corre un furioso canto mágico.

LAS BRUJAS

(*En coro*).—Avanzan las brujas hacia el Brocken (1); amarillo es el rastrojo, verde la sementera. Allí se congrega la gran muchedumbre; en el sitio más alto está entronizado el señor Urián (2). Eso, pues, va a todo correr; la bruja vent...., el cabrón hiede.

UNA VOZ

Montada en una marrana, viene sola la vieja Baubo (3).

EL CORO

Así, ¡honor a quien se debe honor! ¡Adelante, señora Baubo y marchad a la cabeza! un vigoroso puerco y la madre (4) encima, y en pos toda la cáfila de brujas.

UNA VOZ

¿Por qué camino has venido?

OTRA VOZ

Por el Ilsenstein (5). Allí eché una ojeada al nido de la lechuza. ¡Ha hecho un par de ojos!

---

(1) El más alto pico de Harz.

(2) Eufemismo para designar a Satán.

(3) Vieja mujer de conversación muy libre. Fué nodriza de Ceres, y para divertir a ésta después del robo de su hija Proserpina, le cuenta historietas picantes y ejecuta una danza obscena, en la cual se mezclan los gestos y actitudes más indecentes.

(4) Baubo.

(5 Uno de los más elevados picos del Harz.

UNA VOZ

¡Ah! ¡Vete al infierno! ¿Por qué cabalgas tan aprisa? (1).

OTRA VOZ

Me ha hecho un desollón. Mira las heridas.

CORO DE BRUJAS

Ancho es el camino; largo es el camino. ¿Qué frenética turbamulta será esa? La horca pincha, la escoba araña, el niño se ahoga, la madre revienta (2)

LOS BRUJOS

(*Medio coro*).—Nos arrastramos como el caracol con su casa. Las mujeres van todas delante; porque en tratándose de ir a casa del diablo, la mujer tiene mil pasos de ventaja.

EL OTRO MEDIO CORO DE BRUJOS

Poco nos importa eso a nosotros. Pues lo que hace la mujer con mil pasos, por mucho que se apresure, de un salto lo hace el hombre.

UNA VOZ

(*Arriba*).—Venid con nosotras, venid con nosotras desde el lago peñascoso.

UNAS VOCES

(*Abajo*).—Bien quisiéramos reunirnos con vosotras ahí arriba. Estamos lavando y quedamos límpias del todo, pero también somos eternamente estériles (3).

---

(1) En su prisa por avanzar, una de las brujas ha tropezado con otra, lastimándose con la horquilla que le sirve de cabalgadura.

(2) En medio de tal baraúnda, las brujas se atropellan y se hieren involuntariamente unas a otras con sus escobas y horquillas, el niño se ahoga en el seno materno, etc.

(3) Alusión a ciertos críticos literarios, que se pasan el tiempo pretendiendo depurar el lenguaje y censurando trabajos ajenos sin producir por su parte obra alguna. (Schroer).

LOS DOS COROS

Enmudece el viento, huye la estrella, escóndese gustosa la melancólica luna. En su zurrido, el coro mágico hace brotar millares de chispas.

UNA VOZ

(*Abajo*).—¡Deteneos! ¡Deteneos!

OTRA VOZ

(*Arriba*).—¿Quién llama ahí desde la hendedura de la peña?

UNA VOZ

(*Abajo*).—¡Admitidme entre vosotras! ¡Admitidme entre vosotras! Trescientos años hace que estoy subiendo, y no puedo llegar a la cumbre (1). A gusto me hallaría entre mis iguales.

LOS DOS COROS

Escoba, palo, horquilla, cabrón: todo sostiene, todo lleva. Quien no llegue a remontarse hoy, es hombre perdido para siempre.

UNA MEDIA BRUJA (2)

(*Abajo*).—¡Marcho detrás a pasos cortitos tánto tiempo ha....! ¡Cuán lejos están ya las otras! En casa no tengo reposo alguno, y sin embargo, aquí me quedo rezagada.

CORO DE BRUJAS

El unto (3) da bríos a las brujas; un guiñapo puede servir de vela; una artesa cualquiera es un buen barco. Nunca volará quien no haya volado hoy.

---

(1) Esto se refiere a las tendencias literarias del siglo XVI, que gracias al pedantismo se quedaron en un estado estacionario. (Schroer).

(2) Aprendiza de bruja que no sabe aún remontarse en el aire. Alusión a la medianía o insuficiencia.

(3) El ungüento de que se sirven las brujas para sus operaciones.

LOS DOS COROS

Y cuando pasemos alrededor de la cumbre, rasad el suelo, y cubrid en todas direcciones el matorral con vuestro enjambre de hechiceras.

(*Descienden a tierra.*)

MEFISTOFELES

Todo empuja y se atropella, zumba y rechina; todo silba y forma remolinos; todo corre y charla; todo luce, chisporrotea, apesta y arde. Es un verdadero elemento de brujas. Sobre todo, tente firme a mi lado; de lo contrario, nos veríamos separados al momento. ¿Dónde estás?

FAUSTO

(*Desde lejos.*)—Aquí.

MEFISTOFELES

¡Cómo ! ¿Te arrastraron ya ahí abajo? Entonces será menester que haga uso de mi derecho doméstico. ¡Ea! ¡Plaza! Aquí viene el señor Voland (1). ¡Plaza, querida chusma! ¡Plaza! Aquí, doctor, agárrate a mí. Y ahora, de un brinco, escapémonos de ese jabardillo. Harto loco es aún para mis semejantes. Allí a corta distancia brilla algo con una claridad muy singular. Alguna cosa me atrae hacia aquellas matas. ¡Ven, ven! Escurrámonos hacia allí.

FAUSTO

¡Espíritu de contradicción! ¡Adelante! Condúceme en buena hora. ¡Eso sí que está bien, a fe mía! Nos encaminamos al Brocken la noche de Walpurgis, para aislarnos aquí mismo a nuestro sabor.

MEFISTOFELES

Mira allí qué llamas de varios colores. Es un alegre club que se ha reunido. En un pequeño círculo no se está solo.

(1) El Diablo, en la Mitología del Norte.

FAUSTO

Mejor quisiera, sin embargo, estar allí arriba. Ya veo lumbre y una humareda que gira formando remolino. Allí corre en tropel la multitud hacia el Malo. Más de un enigma debe descifrarse allí.

MEFISTOFELES

Pero también se forma el nudo de más de un enigma. Deja que grite y alborote el gran mundo; permanezcamos nosotros aquí en sosiego. Pero es cosa sabida mucho tiempo ha, que en el gran mundo se hacen pequeños mundos. Veo allí unas brujas mozas que andan en cueros vivos, y otras viejas que prudentemente se cubren. Sé amable, siquiera por complacerme a mí. Poca es la molestia, grande el placer. Oigo sonar un runrún de instrumentos. ¡Maldita cencerrada! Hay que acostumbrarse a ella. Ven conmigo, ven conmigo. No hay más; yo me adelanto, te introduzco y te obligo de nuevo. ¿Qué dices tú, amigo? No es un espacio reducido que digamos. Mira allí. Apenas ves el fin. Un centenar de fogatas arde en hilera. Se baila, se chacharea, se guisa, se bebe, se enamora; conque, dime: ¿dónde hay cosa mejor?

FAUSTO

¿Quieres tú ahora, para introducirnos ahí, presentarte como brujo o como diablo?

MEFISTOFELES

La verdad es que estoy muy acostumbrado a ir de incógnito. No obstante, en un día de gala luce uno su insignia. Una jarretera no me distingue, pero el pie de caballo hace aquí dignamente su papel. ¿Ves tú ese caracol? Se acerca arrastrándose, y con su ojo que busca a tientas ha descubierto ya alguna cosa en mí. Aunque yo no

quiera, no puedo negar aquí mi condición. Ven. Iremos de fogata en fogata; yo soy el medianero y tú el galán.

(*A unos que están sentados alrededor de unas ascuas que se van apagando lentamente.*)

¿Qué hacéis ahí en el extremo, viejos señores? Yo os aplaudiría si os hallara buenamente en el medio, rodeados de la algazara y del regocijo de la juventud. Bastante solo está cada cual en su casa.

UN GENERAL (1)

¿Quién puede confiar en las naciones, por mucho que haga uno por ellas? Porque entre el pueblo, lo mismo que entre las mujeres, la juventud figura siempre en lugar preferente.

UN MINISTRO

Hoy día se vive demasiado lejos de lo justo. Para mí no hay como los buenos ancianos. Porque, francamente, cuando nosotros estábamos en nuestro apogeo, reinaba entonces la verdadera edad de oro.

UN ADVENEDIZO DE LA FORTUNA

Indudablemente, tampoco éramos lerdos nosotros, y muchas veces hicimos lo que no debíamos hacer. Mas ahora todo se ha vuelto de arriba abajo, y eso precisamente cuando pretendíamos consolidarlo.

UN AUTOR

¿Quién puede, ahora sobre todo, leer un escrito que contenga algo medianamente razonable? Por lo que atañe a la querida juventud, nunca ha sido tan petulante como ahora.

---

(1) Un general viejo, inhabilitado.

MEFISTOFELES

(*Apareciendo súbitamente muy viejo*).—Observo que el pueblo está ya maduro para el Juicio final, ahora que por última vez subo a la montaña de las brujas, y puesto que de mi pequeño tonel mana turbio el vino, así también el mundo está próximo a su fin (1).

UNA BRUJA PRENDERA (2)

No paséis así de largo, señores. No dejéis escapar la ocasión. Mirad atentos mis mercancías. Las hay aquí muy diversas, y sin embargo, nada hay en mi tienda, a la cual no se parece ninguna otra de la tierra, que no haya una vez al menos servido para grave daño de los hombres y del mundo. Ningún puñal hay aquí del que no haya goteado sangre; ningún cáliz del cual no se haya vertido en un cuerpo perfectamente sano un devorador veneno ardiente; ninguna joya que no haya seducido a una mujer amable; ninguna espada que no haya roto una alianza o herido a traición al adversario.

MEFISTOFELES

Señora prima, vos comprendéis mal los tiempos. Lo pasado, pasado. Dedicaos a las novedades. Unicamente las novedades nos atraen.

FAUSTO

Como no me olvide yo de mí mismo... A eso llamo una feria.

---

(1) Mefistófeles critica a los viejos egoístas. Al aparecer ya decrépito, viene a significar que, por el hecho de ser él muy viejo, el mundo también toca a su término. El vino mana turbio cuando está muy bajo el nivel del mismo y sale mezclado con las heces. (Schroer).

(2) La alusión es demasiado transparente para hacer necesaria la aclaración de este pasaje.

MEFISTOFELES

Todo el remolino se lanza hacia arriba. Piensas empujar, y te empujan a ti.

FAUSTO

¿Quién es aquélla?

MEFISTOFELES

Obsérvala con atención. Es Lilith (1).

FAUSTO

¿Quién?

MEFISTOFELES

La primera mujer de Adán. Ponte en guardia contra sus hermosos cabellos, contra tal adorno, el único de que hace gala. Cuando con su cabellera logra atrapar un joven, no lo suelta tan fácilmente.

FAUSTO

Allí hay dos que están sentadas, una vieja con una joven. Han brincado ya de lo lindo.

MEFISTOFELES

Hoy no existe aquí el menor reposo. Se pasa a una nueva danza. Ven, pues. Agarrémoslas.

---

(1) Lilith fué la primera mujer de Adán, según la leyenda rabínica. El *Talmud* la describe como una hermosa mujer de opulenta y ensortijada cabellera. Tras algunas desavenencias, rehusó ella someterse a su marido, y le abandonó. La tradición atribuye a esta diabla-meretriz la seducción de varios jóvenes, cuyo corazón, después de la muerte, se encontró preso en uno de sus cabellos. Aun hoy se la considera como un espectro nocturno, fatal a las madres y a los recién nacidos. La voz hebrea *Lilith* figura en *Isaías*, XXXIV, 14, y se ha traducido como Empusa, lamia, kobold, strige, zumaya, etc., y según el Diccionario de Sander y Trenel, equivale a ave de noche, monstruo o fantasma nocturno.

FAUSTO

(*Bailando con la joven*).—Una vez tuve un hermoso sueño. Vi un manzano; dos bellas manzanas lucían en él; me tentaron, y a él me subí.

LA HERMOSA

Mucho os alampáis por las manzanitas ya desde el paraíso. Movida me siento de gozo al pensar que también las hay en mi jardín.

MEFISTOFELES

(*Con la vieja*).—Un día tuve un sueño asqueroso. Vi un árbol ahorquillado que tenía un...; y aunque era tan...., así y todo me gustó.

LA VIEJA

Saludo de todo corazón al caballero de pie de caballo. Tenga él dispuesto un...., si no teme....

PROCTOFANTASMISTA (1)

¡Ralea maldita! ¡Qué osadía la vuestra! ¿No se os ha probado mucho tiempo ha que un espíritu no se sostiene nunca sobre verdaderos pies? ¡Y ahora mismo estáis danzando exactamente igual que nosotros los hombres!

LA HERMOSA

(*Bailando*).—¿Qué busca ése en nuestro baile?

---

(1) Palabra compuesta de *proktos* (ano) y *phantasma* (fantasma, visión). Alusión a F. Nicolai que hizo una guerra encarnizada contra todo cuanto tenía visos de sobrenatural. Por una especie de ironía de la suerte, padeció extrañas alucinaciones, y se creía asediado de espíritus y fantasmas que le atormentaban noche y día. Gracias a una aplicación de sanguijuelas en el ano, se vió al fin libre de tal obsesión.

FAUSTO

(*Bailando*).—¡Bah! En todas partes se mete. Lo que los otros bailan, él lo ha de juzgar. Si no puede charlatanear a propósito de cada paso, es como si el paso no hubiese existido. Lo que más le altera es que nosotros vamos adelante. Si quisieseis vos dar vueltas en círculo, como lo hace él en su viejo molino (1), acaso le parecería bien aún, sobre todo si para ello le pidieseis su venia.

PROCTOFANTASMISTA

¿Aun estáis ahí? ¡No, esto es inaudito! ¡Desapareced, pues! Nosotros hemos derramado la luz. Pero esa chusma diabólica no tiene en consideración regla alguna. Somos tan ilustrados, y sin embargo, se presentan aparecidos, en Tegel (2). ¡Cuánto tiempo no he estado yo barriendo semejante ilusión, sin que eso quedara limpio! ¡Es verdaderamente inaudito!

LA HERMOSA

Cesad, pues, de fastidiarnos aquí.

PROCTOFANTASMISTA

Os lo digo a vuestra faz, espíritus: yo no sufro el despotismo del espíritu; mi espíritu no lo puede ejercer(3). (*Siguen bailando.*) Hoy, harto lo veo, nada me quiere salir bien. No obstante, llevo siempre conmigo un *Viaje* (4), y confío aún, antes de mi último paso, meter en cintura a diablos y poetas. (*Vase.*)

---

(1) Alusión a su *Allgemeine Deutsche Bibliothek*, que por espacio de cuarenta años fué órgano de su crítica literaria. Goethe compara el trabajo de Nicolai al del asno que pone en movimiento al molino.

(2) Nombre de un castillo situado cerca de Berlín y del cual se contaba una historia de aparecidos ocurrida allí en 1797.

(3) El autor juega aquí con la palabra *Geist*, que significa "espíritu" y "talento," "ingenio," etc.

(4) Alusión a una obra en doce tomos que publicó Nicolai con el título de *Descripción de un Viaje por Alemania y Suiza.*

MEFISTOFELES

Ahora se va a sentar en una charca. Esta es la manera que tiene de aliviarse; y cuando las sanguijuelas se regodean en sus posaderas, queda curado de los espíritus y del espíritu.

(*A Fausto, que ha dejado de bailar.*)

¿Por qué dejas marchar esa linda muchacha, que tan deliciosamente cantaba para incitarte a bailar?

FAUSTO

¡Ah! En medio del canto, saltó de su boca un ratoncillo colorado (1).

MEFISTOFELES

¡Brava cosa! No hay que reparar en pelillos. Menos mal que el ratón no era gris. ¿Quién hace caso de ello en la hora propicia al amor?

FAUSTO

Luego vi....

MEFISTOFELES

¿Qué?

FAUSTO

Mefisto, ¿ves allí una pálida y hermosa jovencita que está sola y apartada? Se aleja con paso lento, y diríase que anda con los pies encadenados. Debo confesarlo: pienso que se parece a la buena Margarita.

MEFISTOFELES

¡Déjalo, déjalo! Eso no hace bien a nadie. Es una figura encantada y sin vida, una sombra. No es bueno encon-

(1) Cuéntase de las brujas que, cuando duermen, salen de su boca ratones rojos, fruto de sus relaciones con el diablo.

trarla. Su mirada fija hiela la sangre, y el hombre se convierte casi en piedra. Sin duda habrás oído hablar de Medusa.... (1).

FAUSTO

En verdad, son los ojos de una muerta, que una mano amorosa no ha cerrado. Este es el seno que Margarita me ofreció; éste es el delicioso cuerpo que yo gocé.

MEFISTOFELES

Eso es hechicería, insensato que te dejas fácilmente seducir. Porque ella se presenta a cada uno como si fuera su amada.

FAUSTO

¡Qué delicia! ¡Qué tormento! No puedo sustraerme a su mirada. ¡Cuán extraño es que adorne su hermoso cuello un solo cordoncito rojo no más ancho que el canto de una cuchilla!

MEFISTOFELES

En efecto. También lo veo yo. Puede asimismo llevar la cabeza bajo el brazo, pues se la cortó Perseo. ¡Siempre ese afán de quimeras! Ven, pues, al pequeño collado. Es tan alegre como el *Prater* (2), y si no me han hechizado, veo realmente un teatro. ¿Qué hay ahí?

SERVIBILIS

Al instante se vuelve a empezar. Una nueva pieza, la última pieza de siete; porque aquí es costumbre dar tal número. La escribió un aficionado, y aficionados son

(1) Una de las tres Gorgonas. Minerva convirtió en serpientes los hermosos cabellos de Medusa y concedió a sus ojos la virtud de convertir en piedra a cuantos la mirasen. Perseo, para librar al país de semejante peligro, cortó la cabeza a Medusa.

(2) El *Prater* (prado) es un hermoso parque público de Viena.

quienes la representan. Perdonad, señores, si me eclipso; mis aficiones me llevan a subir el telón.

MEFISTOFELES

Si os encuentro en el Blocksberg (1), bien lo hallo, porque es el sitio que os conviene.

SUEÑO DE LA NOCHE DE WALPURGIS

O BODAS DE ORO DE OBERON Y TITANIA (2)

INTERMEDIO (3)

EL DIRECTOR DE ESCENA

Hoy es día de descanso para nosotros, bravos hijos de Mieding (4). Una vieja montaña y un húmedo valle: he aquí toda la escena.

---

(1) En alemán, "mandar a uno al Blocksbeg," equivale a nuestro "mandarle al diablo."

(2) Oberón y Titania, personajes tomados del *Sueño de la noche de San Juan*, de Shakespeare, eran respectivamente el Rey y la Reina de los elfos. Después de vivir algún tiempo separados ambos por profundas disensiones, hijas del carácter celoso de Oberón, acabaron los dos esposos por vivir juntos en dulce armonía.

(3) Este intermedio nada tiene que ver con el plan del *Fausto*. A *Schiller* se debe principalmente su inserción en este sitio. Sin embargo, contra esta opinión de la mayor parte de los comentadores, encontramos la de J. Vasconcellos, quien, en su eruditísima obra *O Fausto de Goethe*, dice así: "Este intemezzo es.. una exposición minuciosa del estado psicológico y poético de la literatura alemana y de sus tendencias; es un análisis de los hechos aislados que Fausto y Mefistófeles discuten sintéticamente en sus epigramas sobre la vida mundana, literaria y social; es una demostración analítica de la inmortal escena entre Fausto y Wagner, después del monólogo del primer acto; es, en fin, la justificación de la lección epigramática que da Mefistófeles al Estudiante en la cátedra de Fausto."

(4) Director de escena del teatro de Weimar.

EL FARAUTE

Para que sean de oro las bodas, cincuenta años han de haber transcurrido; pero, una vez pasada la querella (1), el oro es más grato para mí.

OBERON

Si vosotros, espíritus, estáis donde yo estoy, mostraos en estas horas. El Rey y la Reina están de nuevo unidos.

PUCK (2)

Llega Puck y se vuelve de través y arrastra el pie en la danza; ciento llegan detrás para divertirse igualmente con él.

ARIEL (3)

Con sonidos de pureza celeste, Ariel anima el canto; su melodía atrae numerosos enmascarados, pero también atrae a las bellas.

OBERON

De nosotros dos aprendan los esposos que quieran vivir en dulce armonía. Para que dos se amen, no se necesita más que separarlos.

TITANIA

Si pone hocicos el marido y tiene lunas la mujer, cogedlos sin dilación; llevádmela a ella al Mediodía, y a él al extremo del Norte.

---

(1) La de Oberón y Titania.

(2) Este gracioso duende es el bufón que, en la citada obra de Shakespeare, acompaña siempre a Oberón.

(3) Espíritu aéreo; uno de los personajes de *La Tempestad*, de Shakespeare. Representa aquí la poesía pura.

LA ORQUESTA, TUTTI

(*Fortíssimo.*)—Trompas de moscas y narices de mosquitos (1), junto con su parentela, rana entre el follaje y grillo entre la hierba: he aquí los músicos.

SOLO

Ved, ahí viene la cornamusa. Es la burbuja de jabón. Escuchad el ñec-ñic-ñac que sale de su chata nariz.

UN GENIO EN CIERNE

Patas de araña, vientre de sapo y pequeñas alas a ese pigmeo. Verdad es que esto no forma un animalejo, pero forma un pequeño poema (2).

UNA PAREJITA (3)

Pasos menuditos y grandes brincos por el rocío de miel y los perfumados vapores. Sin duda pataleas (4) bastante, pero no te elevas en el aire.

UN VIAJERO CURIOSO (5)

¿No es éso una broma de mojiganga? ¿Debo dar crédito a mis ojos? ¡Ver hoy también aquí a Oberón, el bello dios!

---

(1) Esto es: Moscas con su trompa y Mosquitos con su nariz.

(2) Epigrama contra ciertos poetastros de la época. Según Latham, es una alusión a la poseía desgarbada en que se juntan los elementos más incompatibles e incongruentes, como se expresa al principio del *Arte poética* de Horacio.

(3) En concepto de Düntzer, este epigrama hace referencia a la unión de la mala música con la poesía adocenada.

(4) Equívoco formado por el verbo *trippeln*, que significa "marchar a pequeños pasos" y "patalear." Esta sátira parece dirigida contra el *Oberón* de Wieland, en el cual veía Goethe una imitación poco afortunada del divino Ariosto.

(5) Nicolai.

UN ORTODOXO (1)

¡Ni garras ni cola! Sin embargo, no cabe en ello duda alguna: lo mismo que los dioses de la Grecia, ese es también un diablo.

UN ARTISTA DEL NORTE (2)

Lo que tengo entre manos no está hoy, a decir verdad, más que abocetado; pero me preparo con tiempo para el viaje a Italia.

UN PURISTA (3)

¡Ay! Mi mala estrella me condujo a este sitio. ¡Qué desbarajuste no reina aquí! Y de toda la caterva de brujas, sólo hay dos que vayan empolvadas.

UNA BRUJA MOZA (4)

Los polvos, lo mismo que los vestidos, se dejan para las mujercitas viejas y canosas. Por esto voy sentada desnuda sobre mi cabrón y ostento un lozano cuerpecito.

UNA MATRONA

Harto mundo tenemos para reñir con vosotras; mas yo espero que os pudriréis, por muy jóvenes y tiernas que seáis.

---

(1) Federico Leopoldo de Stolberg, que censuró acerbamente la magnífica oda de Schiller, titulada *Los Dioses de la Grecia.*

(2) Es el mismo Goethe, o, como creen otros, el artista danés Carstens a quien se ajusta la afición a los bocetos y al exclusivo aprecio de lo italiano.

(3) Probablemente alude a Kampe, el cual se empeñó en depurar la lengua alemana desterrando de ella todo lo que no era castizo.

(4) La belleza juvenil no tiene necesidad alguna de artificios para embelesar. Esto parece hacer alusión a los patrocinadores del arte estatuario antiguo, a la belleza desnuda.

EL DIRECTOR DE ORQUESTA

Trompas de moscas y narices de mosquitos, no revoloteéis en torno de la joven desnuda. Rana entre el follaje y grillo entre la hierba, guardad, pues, bien el compás (1).

UNA VELETA

(*Vuelta hacia un lado.*) (2).—Una sociedad que nada deja que desear. No hay más que desposadas, en verdad, y solteros, gente todos ellos de grandes esperanzas.

LA VELETA

(*Vuelta hacia el otro lado.*)—Y si no se abre la tierra para tragárselos a todos, emprendiendo veloz carrera, voy a precipitarme en seguida al infierno.

LAS XENIAS (3)

Cual sabandijas, estamos aquí con diminutas pinzas afiladas, para honrar como se merece a Satán, nuestro señor papá.

HENNINGS (4)

Ved cómo en apiñado enjambre retozan juntas con la mayor naturalidad. ¡Y aún dirán ellas, al fin, que tienen buen corazón!

---

(1) El director de orquesta llama al orden a los músicos, que pierden el tino y el compás ante los hechizos de la belleza desnuda.

(2) Alusión a los hermanos Stolberg. Algunos creen ver aquí marcada la evolución de aquellos que, admiradores antes del arte plástico, lo reprobaron más tarde por espíritu de devoción . (S. Paquelin).

(3) Colección de epigramas compuestos por Goethe y Schiller, como respuesta a los ataques de sus adversarios, algunos de los cuales, en su apasionamiento llegaron a decir que sus autores habían sido directamente inspirados por el diablo.

(4) En su revista literaria titulada *Genio de la Epoca*, Hennings satirizó a Goethe y Schiller.

EL MUSAGETA (1)

Me gusta en extremo perderme entre esa multitud de brujas; porque, francamente, mejor sabría yo dirigir a éstas que a las Musas.

EL EX-GENIO DE LA EPOCA (2)

Con personas cabales se llega a ser algo. Ven, cógete de la punta de mi manto. El Blocksberg, lo mismo que el Parnaso alemán, tiene una cumbre vastísima.

EL VIAJERO CURIOSO (3)

Decid: ¿cómo se llama ese hombre tan estirado? Anda con paso arrogante y husmea todo cuanto puede husmear. —"Va rastreando jesuitas."

UNA GRULLA (4)

En agua clara me gusta pescar, y también en la turbia. Por esto veis al devoto señor mezclarse igualmente con los diablos.

UN HOMBRE MUNDANO (5)

Sí, creedme: Todos los medios son buenos para los

---

(1) Con el título de *Musageta* (Guía de las Musas), publicó Hennings una revista suplementaria del *Genio de la Epoca*, cuyo objeto era ataca el *Almanaque de las Musas* de Schiller.

(2) Otro epigrama contra Hennings, que más adelante substituyó el título del *Genio de la Epoca* con el de *Genio del siglo* XIX, y en él señalaba Hennings a cada uno de sus discípulos un sitio en el Parnaso alemán.

(3) Nicolai, que en todas partes veía Jesuitas, y denunciaba a la opinión pública a cuantos le parecían tales.

(4) Sátira contra Lavater, autor de la Fisiognomonia. De grande amigo que era de Goethe, se convirtió en adversario suyo, llevado de su fanatismo religioso. Por su modo de andar parecía una grulla. (*Conversaciones de Goethe con Eckermann*).

(5) Así se calificó el mismo Goethe. Estando sentado un día entre Lavater y Basedow, escribió en su álbum unos versos que decían así: ". . . . Profeta a la derecha, profeta a la izquierda, y el hombre mundano en medio."

devotos (1). Aquí en el Blocksberg forman más de un conventículo.

UN DANZARIN (2)

¿Si vendrá un nuevo coro? Oigo lejanos tambores.... Tranquilizaos: son los monótonos alcaravanes de los cañaverales (3).

EL MAESTRO DE BAILE

¡Cómo levanta cada uno las piernas, a pesar de todo, y sale como puede del aprieto! El contrahecho salta, el zamborotudo va dando brincos, sin que nadie se inquiete por la figura que hace.

EL RASCADOR DE VIOLIN

Esa chusma se odia de corazón, y de buena gana se destrozarían unos a otros. La cornamusa los une aquí, como unía la lira de Orfeo las bestias feroces.

UN DOGMATICO (4)

Yo no me dejo extraviar por los gritos ni por la crítica ni por la duda. El diablo debe ser realmente alguna cosa; de lo contrario, ¿cómo habría diablos?

UN IDEALISTA (5)

En mi ánimo impera demasiado esta vez la fantasía.

---

(1) Alusión a la célebre divisa: "Todos los medios son buenos para lograr el fin." (J. de Vasconcellos).

(2) Este personaje anuncia la llegada de los representantes de las diversas escuelas filosóficas, cuyas ruidosas polémicas se dejan oír de muy lejos.

(3) Estas aves zancudas emiten durante la época del celo un sonido grave, fuerte, que se oye a más de media legua de distancia y se parece al sonido de un tambor.

(4) Un representante (probablemente Wolf) del dogmatismo filosófico o religioso, que admite como probado lo que está aún por probar.

(5) Fichte, autor de la doctrina del *yo* absoluto. Según este filósofo, el mundo, el *no-yo*, no es más que el producto del *yo*, la objetividad finita del *yo* infinito.

Verdaderamente, si yo soy el todo, entonces soy un loco en el día de hoy.

UN REALISTA

El Sér (1) es para mí un verdadero suplicio y ha de darme mucho que sentir. Por vez primera, aquí no estoy firme sobre mis pies.

UN SUPERNATURALISTA (2)

Con gran contento estoy aquí y me regocijo con éstos; porque de los diablos bien puedo inferir los buenos espíritus.

UN ESCEPTICO

Siguen el rastro de las pequeñas llamas y se figuran estar cerca del tesoro (3) . En alemán, diablo rima sólo con duda (4); allí estoy yo verdaderamente en mi lugar.

EL DIRECTOR DE ORQUESTA

Rana entre el follaje y grillo entre la hierba, ¡detestables aficionados! Trompas de moscas y narices de mosquitos, vosotros al menos sois músicos.

LOS APROVECHADOS (5)

Desahogada: así se llama la turba de alegres criaturas. ¿Que no se anda ya sobre las pies? Entonces andamos nosotros cabeza abajo.

---

(1) La voz *Wesen* del original tiene aquí el doble sentido de ser substancia, esencia y también de alboroto, algarabía, batahola, escándalo, etc.

(2) Probablemente se refiere a Jacobi, quien opuso a la filosofía sistemática, la filosofía del sentimiento, fundando el conocimiento en una especie de instinto racional, en el sentido interno, que permite la percepción directa de la verdad.

(3) Sátira contra los supernaturalistas. Recuérdese lo que se dijo referente a los tesoros que suben a la superficie de la tierra, revelados por una pequeña llama.

(4) *Teufel* (diablo) consuena efectivamente con *Zweifel* (duda).

(5) Alusión a los políticos oportunistas, que saben acomodarse hábilmente a las circunstancias, con tal de conservar sus puestos.

LOS TORPES

En otro tiempo, más de un bocado ganamos a fuerza de adular; mas ahora, ¡se acabó! Nuestros zapatos están estropeados de tanto bailar, y corremos con las plantas desnudas.

FUEGOS FATUOS (1)

Venimos del pantano donde hemos nacido; mas no por eso dejamos de ser en la danza los espléndidos galanes.

UNA ESTRELLA FUGAZ (2)

Desde las alturas lancéme aquí con un fulgor de estrella y de fuego, y ahora yazgo en la hierba. ¿Quién me ayudará a levantarme sobre mis piernas?

LOS AMAZACOTADOS (3)

¡Plaza, plaza, alrededor de aquí! Así se abaten las hierbecillas. Llegan los espíritus; hasta los espíritus tienen los miembros macizos.

PUCK

No andéis de un modo tan pesado cual jóvenes elefantes, y que el más macizo de todos en este día, sea el mismo robusto Puck.

---

(1) Aquellos políticos que, salidos de la hez del pueblo, se han encumbrado gracias a una revolución.

(2) Las celebridades efímeras.

(3) Los caudillos de la plebe, los rudos revolucionarios, según unos comentadores. Según otros, esto alude a los partidarios de medidas violentas y radicales. J. de Vasconcellos, considerando la cuestión desde otro punto de vista, opina que los amazacotados o "macizos" son los hombres de erudición vulgar, que a fuerza de citas sin idea ni nexo, ahogan la una y destruyen el otro. Representan la oposición de lo pesado y grosero contra lo ideal y vaporoso.

ARIEL

Si la amorosa Naturaleza, si el espíritu os dieron alas, seguid mi leve rastro hacia arriba hasta la cumbre de la colina de rosas (1).

LA ORQUESTA

(*Pianissimo*).—Disípense por arriba la hilera de nubes y el velo de bruma. Aire en el follaje y viento en el cañaveral, y todo queda desvanecido.

DIA NEBULOSO (2)

Campo

FAUSTO, MEFISTOFELES

FAUSTO

¡En la miseria! ¡En la desesperación! ¡Lastimosamente extraviada largo tiempo en la tierra, y al fin encarcelada! (3). Como una criminal, ¡recluida la dulce e infortunada criatura en una mazmorra para sufrir horribles tormentos!.... ¡Hasta ese extremo! ¡hasta ese extremo! ¡Y tú me lo tenías oculto, espíritu aleve y ruin! Quédate, sí, quédate. Revuelve airado en sus órbitas tus ojos diabólicos. Quédate para provocarme con tu insoportable presencia. ¡Encarcelada! ¡Sumida en irreparable desventura! ¡Entregada a los malos espíritus y a la hu-

(1) Donde está situado el palacio de Oberón y Titania.

(2) Esta escena es la única, en todo el poema, que el autor escribió en prosa.

(3) Después de la escena de la Catedral, la infeliz Margarita pierde la razón, y en un acceso de delirio, ahoga, arrojándolo en un estanque, al hijo que acaba de dar a luz. Cae en manos de la justicia y es condenada a muerte, mientras Fausto, ignorante del caso, trataba de embriagar sus sentidos con los rudos devaneos del Brocken.

manidad que juzga sin compasión! (1). Y mientras estás meciéndome en insulsos devaneos, me ocultas su desolación creciente, y la dejas morir en el mayor abandono!

MEFISTOFELES

No es ella la primera.

FAUSTO

¡Perro! ¡Monstruo abominable! Transfórmale, tú, Espíritu infinito, transforma de nuevo ese reptil en su figura de perro, bajo la cual, por la noche, complacíase a menudo en trotar delante de mí, en revolcarse delante de los pies del pacífico viajero y agarrarse a los hombros de aquel que violentamente cae en tierra (2). Transmútale otra vez en su forma predilecta, para que ante mí se arrastre sobre su vientre en el polvo, y huelle yo con mis pies a ese réprobo.... ¡No es la primera! Horror, horror incomprensible para toda alma humana, que más de una criatura se haya hundido en el fondo de tal miseria, y que la primera de ellas, a los ojos de Aquel que eternamente perdona, no haya bastado a expiar la falta de todas las demás con la mortal angustia en que se retorcía. El dolor de esta sola me penetra hasta el corazón y trastorna mi vida; y tú, con el mayor desenfado, te ríes sarcásticamente de la suerte de millares como ella!

MEFISTOFELES

Otra vez nos hallamos en el límite de nuestra razón, en aquel punto donde vosotros los mortales perdéis el seso. ¿Por qué trabas relación con nosotros si no puedes sostenerla hasta el fin? ¿Pretendes volar y no estás se-

(1) Esto es: = la inexorable justicia de hombres sin corazón.

(2) Este pasaje alude a la supersticiosa creencia de que los malos espíritus, en forma de perro u otro animal, se sitúan a veces en el camino de un viandante que vaya a pie, con la idea de hacerle caer al tropezar con ellos.

guro contra el vértigo? ¿Nos hemos metido contigo, o eres tú que con nosotros se metió?

FAUSTO

No me muestres tus dientes voraces de un modo tan provocador. Eso me repugna. Grande y sublime Espíritu que te dignaste aparecerte a mí, tú que conoces mi corazón y mi alma, ¿por qué me encadenaste a ese infame compañero, que se alimenta del mal y se complace en la destrucción?

MEFISTOFELES

¿Acabaste ya?

FAUSTO

Sálvala, o ¡ay de ti! ¡La más tremenda maldición caiga sobre ti por miles de años!

MEFISTOFELES

Yo no puedo romper las cadenas de la vengadora justicia ni descorrer sus cerrojos.... ¡Sálvala!.... ¿Quién la arrojó a la perdición? ¿Yo o tú?
(*Fausto lanza furiosas miradas en torno suyo.*)

MEFISTOFELES

¿Vas a empuñar el rayo? Fortuna que no se os haya dado a vosotros, míseros mortales. Aplastar al inocente que replica es el proceder de los tiranos para salir bien de un apuro.

FAUSTO

Llévame a su lado. Es preciso que esté libre.

MEFISTOFELES

¿Y el peligro a que te expones? Sabe que sobre la ciudad pesa aún el homicidio cometido por tu mano. Sobre el

lugar en que cayó la víctima se ciernen espíritus vengadores acechando la vuelta del asesino.

FAUSTO

¡Eso más! ¡Pese sobre ti, monstruo, un mundo de maldiciones! Condúceme allá, digo, y ponla en libertad.

MEFISTOFELES

Te conduciré, y escucha lo que puedo hacer. ¿Tengo acaso un poder omnímodo en el cielo y sobre la tierra? Voy a nublar los sentidos del carcelero; apodérate de las llaves, y con mano de hombre (1) sácala de allí. Yo estaré alerta. Los caballos encantados están ya dispuestos. Yo os llevaré. Esto es lo que puedo hacer.

FAUSTO

¡Ea! ¡Partamos!

NOCHE

CAMPO RASO

FAUSTO Y MEFISTOFELES, *montados en caballos negros que vienen a galope dando fuertes resoplidos.*

FAUSTO

¿Qué están tramando aquéllas allí en torno de la Piedra de los Cuervos? (2).

MEFISTOFELES

No sé qué cuecen ni que hacen.

---

(1) Esto es: sin que en el o intervenga más que la mano del hombre, sin magia ni otra fuerza extraordinaria alguna.

(2) El lugar del suplicio. Se llamaba así porque los cuervos acudían a tal sitio para devorar los cadáveres de los ajusticiados.

FAUSTO

Suben y bajan; se inclinan y postran.

MEFISTOFELES

Es una pandilla de brujas.

FAUSTO

Hisopean y consagran.

MEFISTOFELES

Pasemos, pasemos de largo (1).

UN CALABOZO

FAUSTO, *con un manojo de llaves y una lámpara, delante de una pequeña puerta de hierro.*

FAUSTO

Apodérase de mí un temblor insólito mucho tiempo ha. Todo el dolor de la humanidad hace presa a mí. Aquí está ella tras esa húmeda pared, y su delito fué una inocente ilusión (2). Vacilas en correr a su lado. Temes verlo de nuevo. ¡Adelante! Tu indecisión, tus temores, con su tardanza, apresuran su muerte. (*Pone la mano en la cerradura.*)

(*Se oye cantar dentro:*)

"Mi madre, la ramera, me dió muerte. Mi padre, el bribón, me comió. Mi tierna hermanita guardó los hue-

---

(1) Es creencia popular en Alemania que las brujas se congregan en el lugar del suplicio, y allí parodian las ceremonias de la Iglesia y danzan alrededor de la marmita en que preparan sus filtros y brebajes.

(2) Un amor verdadero, puro, desinteresado. (Schroer).

sos en un sitio fresco, y allí convertíme en un bello pajarito del bosque. Echo a volar, a volar" (1).

FAUSTO

(*Abriendo la puerta*).—No presume que su amante la escucha y oye sonar las cadenas y crujir la paja. (*Entra en el calabozo.*)

MARGARITA

(*Ocultándose en su yacija*).—¡Ay! ¡ay de mí! Ya vienen. ¡Amarga muerte!

FAUSTO

(*En voz baja*).—¡Silencio! ¡Silencio! Vengo a ponerte en libertad.

MARGARITA

(*Arrastrándose hacia él*).—Si eres hombre, no seas insensible a mi desolación.

FAUSTO

Vas a despertar los vigilantes con tus gritos. (*Coge las cadenas para quitárselas.*)

MARGARITA

(*De rodillas*).—¿Quién te dió, verdugo, tal poder sobre mí? ¿Vienes ya a buscarme a la medianoche? ¡Ten pie-

(1) Según dice un antiguo cuento popular, una mala mujer degolló al hijo que su marido tuvo de su primer matrimonio, y convenientemente aderezado, lo dió a comer a su esposo. Este, según iba comiendo, tiraba los huesos debajo de la mesa. La hermanita de la víctima recogió piadosamente los huesos y fué a enterrarlos al pie de un enebro El niño resucitó en forma de pajarito, echó a volar, y después de coger una piedra, se posó en lo alto del árbol, desde donde la dejó caer sobre la cabeza de su madastra, que había acudido allí atraída por el canto del pajarito. Después de esto, reapareció el niño vivo bajo el árbol.

dad! ¡Déjame vivir! ¿No es bastante mañana temprano? (*Levantándose.*) ¡Soy tan joven, tan joven aún! ¡Y he de morir ya! También era hermosa, y esto fué mi perdición. Cerca estaba el amigo; ahora está lejos. Destrozada está la corona, esparcidas yacen las flores.... No me cojas con tal violencia. Trátame con más miramiento. ¿Qué te hice yo? No dejes que suplique en vano, bien que no te he visto jamás en mi vida.

FAUSTO

¿Podré yo resistir tal tormento?

MARGARITA

Ahora estoy del todo en poder tuyo. Permíteme siquiera dar el pecho a mi hijo.

Toda la noche estuve haciéndole caricias y estrechándole contra mi corazón. Me lo arrebataron para afligirme, y ahora dicen que yo le maté. Nunca más recobraré la alegría. Entonan canciones alusivas a mí. Eso está mal hecho por parte de esa gente. Hay un viejo cuento que así termina (1), pero ¿quién les manda a ellos aplicármelo?

FAUSTO

(*Echándose a los pies de Margarita*).—Un amante está a tus pies para librarte de esa angustiosa esclavitud.

MARGARITA

(*Arrodillándose junto a Fausto*).—¡Ah! Caigamos de hinojos para invocar a los santos. Mira. Debajo de estas gradas, debajo del umbral bulle el infierno. El demonio, con una rabia espantosa, ¡produce un estruendo!...

FAUSTO

(*En voz alta*). ¡Margarita! ¡Margarita!

---

(1) Esto es, con un infanticidio. El cuento a que alude Margarita es, en el fondo, el mismo que ella cantaba.

MARGARITA

(*Prestando atención*).—¡Esa era la voz del amigo! (*Levántase de un salto. Las cadenas caen*).—¿Dónde está? He oído que me llamaba. ¡Estoy libre! Nadie ha de contrariarme. Quiero volar a su cuello, descansar en su pecho. Ha exclamado "¡Margarita!" Estaba en el umbral de la puerta. En medio de los alaridos y del crujir de dientes del infierno, entre las feroces carcajadas diabólicas, he reconocido aquella voz dulce y amorosa.

FAUSTO

¡Soy yo!

MARGARITA

¡Eres tú! ¡Oh! Dilo una vez más. (*Asiéndole*).—¡Es él! ¡Es él! ¿Dónde están ahora todos mis tormentos? ¿Dónde está la angustia de la prisión y de los hierros? ¿Eres tú? ¡Vienes a libertarme! ¡Ya estoy libre!... He aquí de nuevo la calle donde te vi por vez primera y el risueño jardín donde Marta y yo te esperábamos.

FAUSTO

(*Esforzándose por llevársela*).—¡Ven conmigo! ¡Ven!

MARGARITA

¡Oh! ¡Quédate! ¡Estoy tan a gusto allí donde tú estás! (*Acariciándole.*)

FAUSTO

¡Date prisa! Si no te apresuras, habremos de pagarlo caro.

MARGARITA

¡Cómo! ¿No sabes ya besar? Amigo mío, tan poco tiempo que estuviste lejos de mí, ¿y te has olvidado ya de besarme? ¿Por qué estoy tan angustiosa a tu cuello,

cuando otras veces, a tus palabras, a tus miradas, todo un cielo descendía sobre mí, y me abrazabas cual si quisieras ahogarme? Dame un beso, o te lo doy yo a ti. (*Le abraza y besa.*) ¡Ay! Tus labios están fríos, están mudos. ¿Qué se ha hecho de tu amor? ¿Quién me lo ha robado? (*Se aparta de él.*)

FAUSTO

¡Ven! ¡Sígueme!... ¡Valor, amada mía! Te amo con un ardor cien veces más grande que nunca; pero sígueme. No te pido más que esto.

MARGARITA

(*Fijando en él los ojos*).—Pero ¿eres tú? ¿Eres tú de veras?

FAUSTO

Sí, soy yo. ¡Ven conmigo!

MARGARITA

Rompes mis cadenas; me acoges de nuevo en tu seno.. ¿Cómo no te horrorizas delante de mí?... ¿Ya sabes, amigo mío, a quién das libertad?

FAUSTO

¡Ven, ven! Cede ya la noche profunda.

MARGARITA

Di muerte a mi madre, ahogué mi hijo. ¿No nos fué dado a ti y a mí? Sí, a ti también... Pero ¿eres tú? Apenas lo creo... Dame la mano... No, no es un sueño. Es tu mano querida... ¡Ah! Pero está húmeda. Enjúgala. Paréceme que veo sangre en ella. ¡Dios mío! ¿Qué has hecho? Envaina la espada, te lo ruego (1).

(1) Margarita padece frecuentes alucinaciones. El contacto de la mano de Fausto evoca en ella el recuerdo de la muerte de su hermano Valentín.

FAUSTO

Dejemos lo pasado. Me estás matando.

MARGARITA

¡No! Es preciso que me sobrevivas. Quiero indicarte la disposición de las tumbas. De esto has de cuidar mañana mismo. El sitio mejor lo darás a mi madre; al lado de ella pondrás luego a mi hermano; a mí un poquito separada, pero no muy lejos, y al pequeñuelo, a mi derecha, sobre mi pecho. Nadie más reposará cerca de mí... Estar a tu lado, unidos en estrecho abrazo, ¡qué dulce, qué deliciosa felicidad fué aquella! Pero nunca más habré de lograrla. Siento como si debiera hacer un esfuerzo para llegarme a ti, y se me figura que me rechazas de tu lado. Y a pesar de todo, eres tú, ¡y me miras con tanta bondad, tanta ternura!...

FAUSTO

Si sabes que soy yo, ven, pues.

MARGARITA

¿Allá fuera?

FAUSTO

Al aire libre.

MARGARITA

Si la tumba está fuera, si la muerte está en acecho, ven (1). Desde aquí al lecho de eterno reposo, y ni un solo paso más... ¿Te vas ahora? ¡Ah! ¡Que no pueda yo acompañarte, Enrique!

---

(1) Esto es: Ven conmigo, o "Vamos allá," como se lee en la traducción de J. Porchat.

FAUSTO

Puedes hacerlo. Quiérelo no más. Franca está la puerta.

MARGARITA

No me atrevo a salir. Para mí no hay esperanza alguna. ¿De qué sirve huír? Me están acechando siempre. ¡Es tan triste haber de mendigar, y más aún con la conciencia culpable! ¡Es tan triste vagar por extrañas tierras! Y al fin me prenderán.

FAUSTO

Yo estaré a tu lado.

MARGARITA

¡Pronto! ¡Pronto! ¡Salva a tu pobre hijo! ¡Corre! sigue siempre hacia arriba el camino contiguo al arroyo, pasa el puentecillo de tablas, entra en el bosque, a la izquierda, donde hay la compuerta del estanque. ¡Cógelo al punto! Quiere sobrenadar; todavía está luchando. Sálvale. ¡Sálvale!

FAUSTO

Vuelve en ti. Un paso más y eres libre.

MARGARITA

¡Si tan siquiera hubiésemos transpuesto la montaña! Allí, sobre una piedra, está sentada mi madre. ¡Me coge una horripilación!... Allí, sobre una piedra, está sentada mi madre. Está dando cabezadas; no hace signo alguno, ni mueve los ojos; tiene pesada la cabeza. Tanto tiempo ha dormido, que ya no despierta más. Durmióse para que nosotros gozáramos. ¡Qué felices tiempos aquellos!

FAUSTO

Puesto que no valen aquí súplicas ni razones, me atrevo a llevarte a viva fuerza.

MARGARITA

¡Suéltame! No, no sufro violencia alguna. No me sujetes de esa manera tan cruel. En otro tiempo no había cosas que yo no hiciera por tu amor.

FAUSTO

Despunta el día. ¡Amor mío! ¡Amor mío!

MARGARITA

¡El día! Sí, alborea ya. Penetra la luz de mi día postrero. Este debía ser el de mis bodas. No digas a nadie que has estado ya en casa de Margarita. ¡Pobre guirnalda mía! (1) Ya está hecho. No hay remedio. Nos volveremos a ver, mas no será en el baile. La muchedumbre se apiña; no se la oye (2). La plaza, las calles no pueden contenerla. La campana está llamando (3); quebrada está la varilla (4). ¡Cómo me sujetan y agarrotan! Ya me llevan al sangriento banquillo (5). Todos creen sentir en su nuca el filo de la cuchilla que se levanta sobre la mía. El mundo entero está callado como la tumba.

FAUSTO

¡Así nunca hubiese yo nacido!

---

(1) A las jóvenes que habían perdido la virginidad, no se les permitía llevar corona el día de la boda.

(2) Alusión al solemne silencio que reina entre la multitud que concurre a un espectáculo de tal naturaleza, en aquellos momentos de ansiosa espectación.

(3) Cuando un reo debía sufrir la pena capital, se anunciaba antiguamente en Alemania tocando una campana denominada *Campana del pobre pecador* (*Armsünderglocke*), hasta haber cumplido el verdugo su triste misión.

(4) Una vez leída al reo la sentencia de muerte, el juez rompía en dos una varilla blanca de madera, sobre la cabeza del delincuente, y tiraba los pedazos a sus pies.

(5) Estando el reo sentado y fuertemente atado en una silla de respaldo poco elevado, el verdugo le cortaba la cabeza con un tajo de través.

MEFISTOFELES

(*Apareciendo a la puerta*).—¡Arriba, o estáis perdidos! Dejaos de temores, vacilaciones y charlas inútiles. Mis caballos se estremecen impacientes (1). Despunta el alba.

MARGARITA

¿Qué es eso que surge del suelo? ¡El! ¡El! Echale afuera. ¿Qué quiere en este sagrado recinto? (2). Quiere apoderarse de mí.

FAUSTO

Tú debes vivir.

MARGARITA

¡Justicia de Dios! A ti me entrego.

MEFISTOFELES

(*A Fausto*).—Ven, ven, o te dejo abandonado con ella.

MARGARITA

¡Tuya soy, Padre celestial! ¡Sálvame! Vosotros, ángeles, vosotras, santas milicias, formad un círculo en torno mío para protegerme. ¡Enrique! Tengo miedo de ti. (*Muere.*)

MEFISTOFELES

¡Está juzgada!

UNA VOZ

(*De lo alto*).—¡Está salvada!

---

(1) Los caballos en cuestión, como todas las cosas de magia, no pueden resistir la luz del día, y desaparecen a los primeros albores de la mañana.

(2) Cuando el criminal ha caído en manos de la justicia, los malos espíritus no pueden entrar en el calabozo donde está él recluido.

MEFISTOFELES

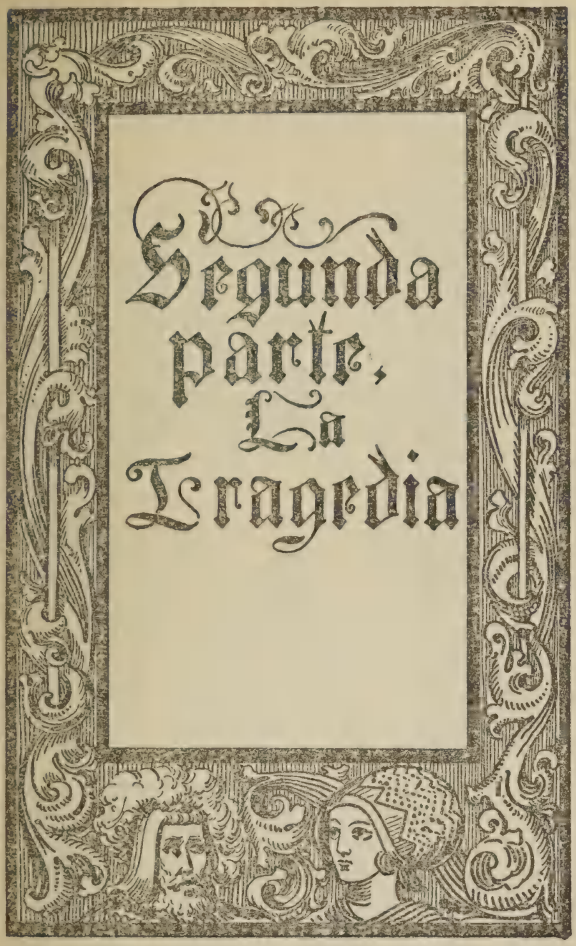
(*A Fausto*).—¡Ven! ¡A mí!

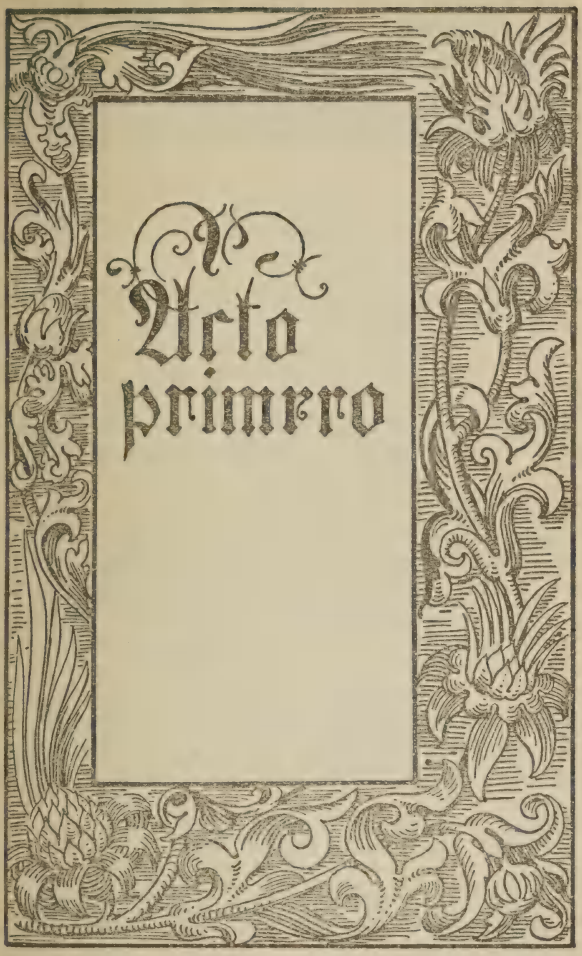
(*Desaparece con Fausto.*)

UNA VOZ

(*Que sale del interior y va perdiéndose en el espacio*) (1).—¡Enrique!... ¡Enrique!...

(1) Esta voz es la de Margarita, que llama a Fausto mientras va remontándose a los espacios etéreos. La infortunada joven muere llena de tierna solicitud por la suerte del hombre que labró su ruina pero a quien no puede dejar de amar.


Segunda
parte,
La
Tragedia


Acto
primero

UNA FLORESTA (1)

FAUSTO *echado sobre el césped florido; fatigado, inquieto y tratando de conciliar el sueño.*

CREPUSCULO

CORO DE ESPIRITUS, *graciosas figuritas que se mueven cerniéndose en el aire.*

ARIEL (2)

(*Canto con acompañamiento de arpas eólicas*).—Cuando la primaveral lluvia de flores cae fluctuante sobre todos, cuando la verde abundancia de los campos brilla para todos los hijos de la tierra, la magnanimidad de los pequeños Elfos vuela con presteza allí donde puede resultar beneficiosa. Que sea santo, que sea perverso, el hombre desdichado los mueve a piedad.

Vosotros que, formando aéreo círculo, os cernéis en torno de esa frente, mostraos aquí cual nobles Elfos, apaciguad la fiera lucha del corazón, arrancad las ardientes y agudas

(1) Esta escena sirve de prólogo a la SEGUNDA PARTE DE FAUSTO, que empieza muchos años después de la muerte de Margarita. Esta *Segunda Parte*, fué terminada en el estío de 1831.

(2) Rey de los Elfos. Son éstos una especie de duendes o espíritus aéreos, diminutos, de forma humana y rostro bello y agraciado, muy amantes de la Naturaleza y generalmente dotados de un carácter generoso, compasivo y benéfico. A menudo se les confunde con los Silfos.

saetas del remordimiento, expeled de su pecho los horrores que sintiera.

Cuatro son las divisiones de la noche (1). Llenadlas ahora sin tardanza de un modo placentero. Ante todo, reclinad su cabeza sobre la fresca almohada; bañadle luego en el rocío de las ondas del Leteo (2). En breve quedarán ágiles los contraídos y convulsos miembros si, ya fortalecido, reposa esperando el día. Cumplid el más grato deber de los Elfos, restituidle a la santa luz.

CORO DE ELFOS

(*Cantando a solo, a dúo o a varias voces, alternativamente y juntos.*)

(*Serenata*)

Cuando se saturan los aires tibios en torno de la llanura ceñida de verdor, cuando el crepúsculo hace bajar perfumados efluvios y velos de neblina, emitís quedito un dulce susurro de paz; mecéis el corazón en una calma infantil, y cerráis las puertas del día a los ojos de este hombre rendido de cansancio.

(*Nocturno*)

Ha descendido ya la noche; júntase santamente la estrella a la estrella; grandes luceros, diminutas chispas brillan cerca y centellean a lo lejos; lucen aquí reflejándose en el lago, resplandecen allá arriba en la noche serena, y sellando la dicha del más profundo reposo, domina el pleno esplendor de la luna.

(*Alborada*)

Extinguiéronse ya las horas; huyeron el dolor y la felicidad. Sábelo con tiempo: vas a quedar curado de tus

(1) Los antiguos romanos dividían la noche (desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana) en cuatro partes (velas o vigilias), de tres horas cada una.

(2) El mitológico río, cuyas aguas producen el olvido.

males; confía en la mirada del nuevo día. Verdean los valles; las colinas despliegan su exuberante vegetación para convidar con su sombra al descanso, y en fluctuantes olas argentinas, las sementeras ondulan hacia la cosecha.

(*Canto del despertar*)

Para saciar deseo tras deseo, contempla aquel lejano resplandor. Débiles son los lazos que te sujetan; el sueño es una cáscara; arrójala lejos de ti. No tardes en cobrar osadía mientras la multitud yerra indecisa. Todo puede llevarlo a cabo el alma noble que sabe y pone resueltamente manos a la obra.
(*Un rumor inmenso anuncia la proximidad del sol*)

ARIEL

Escuchad, escuchad el tumulto de las Horas (1). Sonoro al oído del espíritu, ha nacido ya el nuevo día. Las puertas de roca (2) rechinan con estrépito, las ruedas del carro de Febo dan vueltas chirriando. ¡Qué fragor trae la luz! Oyese el sonar de trompetas y clarines, parpadea deslumbrado el ojo, atúrdese el oído, lo inaudito no se oye (3). Deslizaos, Elfos, en las corolas de las flores, más adentro, más, para instalaros tranquilos en las peñas, bajo el follaje (4). Si hasta vosotros llega tal ruido, os quedáis sordos.

---

(1) Hijas de Júpiter y Temis. Diosas del tiempo y porteras del cielo, que abren y cierran sus puertas de duración eterna. (Véase Ilíada, V y VIII.)

(2) Las puertas del cielo.

(3) Afirmaba Pitágoras que no oímos la harmonía que producen las celestes esferas al recorrer su órbita, porque estamos habituados a ello. (Schroer).

(4) Antes de la salida del sol, todos los espíritus elementales corren a esconderse a su retiro. Durante el día los Elfos se alojan en las corolas de las flores.

Los pulsos de la vida laten con nueva animación para saludar amorosos el etéreo crepúsculo. Esta noche también tú, Tierra, estuviste firme, y con renovados bríos alientas a mis pies; empiezas ya a rodearme de placer, despiertas y excitas en mí una enérgica resolución: la de aspirar sin tregua a la más elevada existencia. El mundo está abierto ya en una luz crepuscular; la selva deja oír los mil acentos de la vida; fuera del valle y en el valle mismo extiéndese una faja de neblina; empero la celeste claridad desciende hasta las profundidades, y las ramas de los árboles, dotadas de nuevo vigor, surgen del vaporoso abismo en que dormían sepultadas. Así también del fondo en que la flor y la hoja destilan temblorosas perlas, destácase claramente color sobre color. Todo cuanto me circunda se trueca para mí en un paraíso.

Tiende la vista a lo alto. Las gigantescas cumbres de las montañas anuncian ya la hora más solemne. Antes de tiempo pueden gozar de la eterna luz, que más tarde desciende hasta nosotros. Por las verdes praderas de las vertientes de los Alpes difúndese ahora una nueva luz, una nueva claridad, que por grados llega a las hondonadas. ¡Aparece el sol!...y ¡ay!, deslumbrado ya, vuelvo el rostro, herido por el dolor de mis ojos.

Lo propio acontece cuando una ardiente esperanza que, a fuerza de lucha, en lo íntimo de nuestro ser se ha convertido en sublime anhelo, halla abiertas de par en par las puertas de la realización. Pero si de aquellas eternas profundidades surge de golpe un torrente de llamas, nos quedamos suspensos: queríamos encender la antorcha de la vida, y nos envuelve un mar de fuego. Y ¡qué fuego! ¿Es el amor, es el odio, que ardientes nos rodean con espantosas alternativas de dolor y regocijo, de suerte que nueva-

mente dirigimos la vista a la tierra para guarecernos bajo el velo más juvenil? (1).

Quédese, pues, el sol a mi espalda. Con embeleso creciente contemplo la catarata que se precipita estruendosa por el escarpado peñasco. De salto en salto, se revuelve derramándose primero en mil corrientes y luego en otras mil, y levantando en el aire con bronco fragor masas de espuma. Pero ¡cuán majestuoso, naciendo de esta tempestad, se redondea el cambiante arco multicolor, tan pronto claramente dibujado, como perdiéndose en el aire y esparciendo en torno una lluvia fresca y vaporosa! Esto retrata el afán del hombre. Medita sobre ello y lo comprenderás mejor: en ese colorado reflejo tenemos la vida.

PALACIO IMPERIAL

SALON DEL TRONO

EL CONSEJO DE ESTADO *se halla reunido esperando al Emperador.*

Toque de trompetas

Entran CORTESANOS *de toda suerte magníficamente vestidos.* EL EMPERADOR *se sienta en el trono. A su derecha se coloca el* ASTROLOGO.

EL EMPERADOR

Saludo a los leales y amados cortesanos, que de cerca y de lejos habéis venido a congregaros aquí. A mi lado veo al sabio (2), pero, ¿dónde está el loco? (3).

---

(1) El velo que anubla la inteligencia del niño, impidiéndole ver la verdad desnuda. (Coment. de K. Alt.)

(2) Astrólogo.

(3) Narr: loco, bufón. En España se les llamaba "locos" a los *bufones*, y aún en nuestros tiempos varios escritores han empleado como sinónimos ambos términos.

UN GENTILHOMBRE

Detrás mismo de la cola de tu manto fué dando tumbos por la escalinata. Se llevaron aquel fardo de gordura muerto o embriagado; no se sabe.

SEGUNDO GENTILHOMBRE

Al punto, con maravillosa presteza, corre otro para ocupar su puesto. Va muy ricamente vestido, pero tiene una facha tan grotesca que deja pasmados a todos. La guardia pone cruzadas ante él las alabardas en la puerta... Mas ya está ahí ese loco audaz.

MEFISTOFELES

(*Arrodillándose al pie del trono*).—¿Qué es abominado y siempre bienvenido? ¿Qué se anhela con ardor y se rechaza sin cesar? ¿Qué es lo que siempre se protege? ¿Qué es duramente maldecido y acusado? ¿A quién no osas tú mandar venir? ¿A quién oyen todos nombrar con gusto? ¿Qué es lo que se acerca a las gradas de tu trono? ¿Qué es lo que se ha desterrado a sí mismo? (1).

EL EMPERADOR

Por esta vez, ahorra tus palabras. Aquí no están los enigmas en su lugar. Eso es asunto de aquellos señores. Da allí (2) la solución, y la escucharé de buen grado. Mi antiguo bufón, hartô lo temo, se ha ido al otro mundo. Ocupa su puesto, y ven a mi lado.

(MEFISTOFELES *sube las gradas del trono y se coloca a la izquierda del emperador*).

MURMULLOS DE LA MULTITUD

Un nuevo bufón... Para nuevo tormento... ¿De dónde viene?... ¿Cómo ha podido introducirse?...

(1) Según Schroer, estos enigmas pueden referirse al diablo, y también, al parecer, al bufón que dejó vacante su plaza.

(2) En el consejo de Estado.

El antiguo ha caído... Ha terminado su papel... Era una cuba... El de ahora es un espárrago...

EL EMPERADOR

Así pues, leales y amados cortesanos, con bien vengáis de cerca y de lejos. Os reunís bajo una estrella propicia. Allá arriba está escrito para nosotros: dicha y prosperidad. Mas decid: ¿porqué en estos días en que nos desembarazamos de cuidados y nos ponemos antifaz, como se acostumbra en una mascarada, sin otro afán que el de gozar de cosas alegres, por qué hemos de molestarnos celebrando consejo? Mas, puesto que vosotros entendéis que no podía ser de otra suerte, ya que llegó el caso, sea en buena hora.

EL CANCILLER (1)

La suprema virtud, a guisa de aureola, circunda la frente del Emperador; sólo él puede ejercerla con validez: la Justicia. Lo que aman todos los hombres, lo que todos piden y desean, y de que difícilmente pueden privarse, en la mano de él está otorgarlo al pueblo. Mas ¡ay! ¿Qué aprovechan al humano espíritu el entendimiento, al corazón la bondad y a la mano la diligencia, si el mal se desata con febril furor en el Estado y se propaga incubando nuevos males? Cuando uno, desde este alto sitio, mira hacia abajo contemplando el vasto Imperio, esto le parece un sueño penoso, en que la monstruosidad ejerce su despótico poder entre monstruosidades, en que la anarquía reina legalmente y donde se desenvuelve un mundo de errores. Este roba hatos de ganado, aquel arrebata una mujer, un cáliz, una cruz y los candeleros del altar, y durante muchos años se jacta de ello con el pellejo sano y el cuerpo indemne. Entonces los querellantes corren en tropel a la

(1) Como se verá en el Acto IV, este personaje reunía la doble dignidad de Canciller y Arzobispo.

sala de justicia; el juez se pavonea sobre su alto almohadón; entretanto, agítase ondulante, en furiosa avenida, el creciente tumulto de amotinados. El uno tiene la avilantez de hacer gala de su infamia y sus fechorías; el otro se excusa con algunos cómplices más criminales, y tú oyes pronunciar la palabra *culpable* allí donde la inocencia está sola para defenderse ella misma. Así es que todo el mundo intenta destrozarse y aniquilar lo que es justo y razonable. ¿Cómo se desarrollaría entonces el sentido, lo único que nos conduce a la rectitud? Al fin, el hombre de buenas intenciones se baja ante el adulón y ante el corruptor; el juez que no sabe castigar acaba por asociarse con el delincuente. Negro es el cuadro que os he pintado, y así, mejor hubiera yo querido correr sobre la pintura un velo más denso. (*Pausa.*) Preciso es tomar una resolución; cuando todos causan daño, cuando todos sufren, la Majestad misma está en camino de la presa (1).

EL GENERALISIMO

¡Qué alboroto se arma en estos días turbulentos! Cada uno hiere y es herido, y todos se hacen sordos al mandato. El burgués detrás de sus paredes, el caballero en su nido de rocas, hanse conjurado para hacernos frente y mantienen firmes sus fuerzas. El soldado mercenario se impacienta, exige con vehemencia su paga, y si dejáramos de serle deudores, desertaría con toda seguridad. Quien se opone a lo que todos quieren, ese ha hurgado en el avispero. Saqueado y devastado está el Imperio que debían ellos defender. Déjase que su violencia cause fieros estragos; la mitad del mundo está ya arruinada. Hay todavía reyes fuera de aquí, pero ni uno solo de ellos piensa que pueda eso importarle lo más mínimo.

(1) Esta frase tiene un sentido ambiguo, y por lo tanto hay disparidad de criterio acerca de si la Majestad ha de venir a ser el *autor* o la *víctima* de la "presa." Porchat y Benoit traducen: ese encamina el pillaje.

EL TESORERO

¿Quién puede contar con los aliados? Los subsidios que nos habían prometido no llegan, como el agua de las cañerías averiadas. Además, Señor, en tus vastos dominios, ¿en qué manos ha venido a parar la propiedad? Doquiera que uno vaya, un nuevo dueño ocupa la casa y quiere vivir independiente, y ha de estarse uno mirando como lo hace. Tantos derechos hemos abandonado, que no nos queda un derecho sobre cosa alguna. Por otra parte, no se puede hoy día tener la menor confianza en los partidos, cualquiera que sea su nombre; que ellos reprueben o que aplaudan, amor y odio han venido a ser indiferentes. Los gibelinos, lo mismo que los güelfos, se ocultan para tomar algún descanso. ¿Quién piensa ahora en ayudar a su vecino? Bastante trabajo tiene cada cual para sí. Las puertas del oro están atrancadas; todo el mundo rasca, hinca las uñas y atesora, y nuestras arcas quedan vacías.

EL SENESCAL

¡Qué de angustias debo sufrir yo también! Todos los días queremos economizar, y cada día gastamos más, y diariamente nace para mí un nuevo tormento. A los cocineros no les aflige ninguna penuria: jabalíes, venados, liebres, corzos, pavos, gallinas, ocas y ánades, esos tributos en especie, esas rentas seguras, ingresan aún tal cual, pero al fin falta el vino. Si en otro tiempo se amontonaban en la bodega toneles sobre toneles de los mejores ribazos y de los años mejores, las interminables orgías de los nobles chupan hasta la última gota. El Concejo municipal también ha de vender al por menor su provisión, se echa mano a los cuencos, se echa mano a los tazones, y el festín acaba debajo de la mesa. Ahora tengo que saldar cuentas, pagar a todos su salario. El judío no guardará contemplaciones conmigo; suministra anticipos que comen por adelantado año tras año. Los cerdos no llegan a

engordar, están empeñados los colchones, y en la mesa se sirve pan comido antes de tiempo (1).

EL EMPERADOR

(*A Mefistófeles después de un momento de reflexión*). —Díme, bufón, ¿no sabes tú también alguna otra calamidad?

MEFISTOFELES

¿Yo? No, en manera alguna, al mirar el esplendor que te rodea a ti y a los tuyos. ¿Podría faltar crédito allí donde la Majestad manda sin oposición; donde la fuerza está pronta a dispersar cuanto se muestre hostil; donde la buena voluntad, fortalecida por la inteligencia, y la múltiple actividad se tienen a mano? ¿Qué podría en este caso confabularse para el mal, para las tinieblas, allí donde brillan semejantes astros?

MURMULLOS

Es un taimado...Ese lo entiende...Se insinúa a fuerza de mentir...Según anda ello...Ya sé yo...lo que se oculta ahí detrás...¿Y qué más hay, pues?...Un proyecto...

MEFISTOFELES

¿Dónde no falta alguna cosa en una parte cualquiera de este mundo? A uno le falta esto; a otro, aquello; pero aquí lo que falta es dinero. La verdad es que no se le coge a puñados del suelo; pero la sabiduría sabe hacer surgir lo que yace en lo más profundo. En las venas de las montañas, en los cimientos de los muros se encuentra oro acuñado y sin acuñar. ¿Y quién lo saca a luz? me preguntaréis: el poder de la naturaleza y el espíritu de un hombre capaz.

---

(1) Esto es, antes de satisfacer su importe.

EL CANCILLER

¡Naturaleza! ¡Espíritu!...No es así como se habla a los cristianos. Por eso se quema a los ateos, porque tales palabras son altamente peligrosas. La naturaleza es el pecado, el Espíritu es el Diablo, y entre los dos dan pábulo a la duda, su monstruoso engendro híbrido. No nos vengan con eso. De los antiguos dominios del Emperador sólo han salido dos castas que sostienen dignamente el trono: los eclesiásticos y los caballeros. Ellos son los que resisten todas las tormentas, y en recompensa se posesionan de la Iglesia y del Estado. Del sentimiento vulgar de los espíritus extraviados, despliégase una oposición: son los herejes, son los hechiceros, que corrompen la ciudad y el campo. Con tus insolentes chocarrerías, pretendes ahora introducirlos de un modo fraudulento en estas elevadas esferas. (*Al Emperador.*) Vos, Señor, guardáis muchas atenciones a un corazón corrompido. Con el loco (1) están los tales emparentados de cerca.

MEFISTOFELES

En eso reconozco al docto señor. Aquello que no palpáis, está cien leguas distante de vos; aquello que no comprendéis, para vos no existe; aquello que no calculáis, creéis que no es verdad; aquello que no pesáis, no tiene para vos peso alguno; aquello que no podéis amonedar, imagináis que nada vale.

EL EMPERADOR

Con eso no se remedian nuestras necesidades. ¿Qué pretendes ahora con tu sermón de cuaresma? (2). Harto estoy de esos sempiternos *si* y *como*. Lo que hace falta es dinero. Pues bien, a ver si nos lo facilitas.

---

(1) Equívoco formado por el doble sentido de la palabra *Narr* (loco, bufón).

(2) Estas palabras van dirigidas al Canciller, y las últimas de esta relación a Mefistófeles.

MEFISTOFELES

Os facilitaré lo que deseáis y aun más. No hay duda que esto es fácil; pero lo fácil es difícil. El dinero ya está ahí, mas para obtenerlo, y ésta es la habilidad, ¿quién sabe como se las ha de componer? Tened sólo en cuenta que en aquellas épocas de terror, en que oleadas de hombres inundaban el país y la nación, tales o cuales—tanto era el pavor de que estaban poseídos—escondieron acá y acullá sus más preciados tesoros. Siempre sucedió así en tiempo de los poderosos romanos, y así ha sucedido desde entonces hasta ayer y aun hasta hoy. Todo ello está secretamente sepultado en tierra; la tierra es del Emperador, suyos son, pues, tales tesoros.

EL TESORERO

Para ser loco, no se expresa mal. Este es, en realidad, el derecho del antiguo Emperador.

EL CANCILLER

Satán os tiende lazos tejidos de oro. Eso no se hace de un modo piadoso y natural.

EL SENESCAL

Que nos depare tan siquiera dones que sean bien recibidos en la corte, y con gusto cometería yo un pecadillo.

EL GENERALISIMO

El bufón es muy sagaz; promete a cada uno lo que le aprovecha. El soldado no se mete por cierto en averiguar de donde ello viene.

MEFISTOFELES

Y si pensáis tal vez que os engaño, aquí está un hombre. ¡Vedle aquí! Consultad al astrólogo. Esfera por esfera,

conoce la hora y la casa (1). Conque, di: ¿cuál es el aspecto del cielo?

MURMULLOS

Son dos pícaros... Ya se entienden ellos... Un loco y un visionario... Tan cerca del trono... La vieja canción... tantas veces repetida... El loco hace de apuntador... el sabio habla.

EL ASTROLOGO

(*Repitiendo lo que Mefistófeles le apunta*).—El Sol mismo es oro puro (2); Mercurio, el mensajero, sirve por favor y por salario; la señora Venus os ha hechizado a todos, y tarde o temprano os mira con dulces ojos; la casta Luna muestra un humor caprichoso; si Marte no os alcanza, os amenaza su poder, y Júpiter sigue siendo siempre el mas hermoso lucero. Saturno es grande, lejano y pequeño al ojo; como metal, no le honramos mucho, exiguo en valor, pero grande en peso. Sí, cuando con el Sol se casa oportunamente la Luna, y con la plata el oro, entonces el mundo está contento y feliz; todo lo que le falta se puede lograr: palacios, jardines, mórbidos pechos, sonrosadas mejillas. Todo esto lo proporciona el hombre sapientísimo que puede hacer lo que no es posible para ninguno de nosotros.

EL EMPERADOR

Oigo por duplicado lo que dice, pero ello no me convence.

---

(1) La hora que señala el Sol y la constelación en que se halla. Los astrólogos dividían el hemisferio celeste en doce partes iguales denominadas *Casas del Sol*, correspondientes a los doce signos del Zodíaco.

(2) En Astrología, existe una correspondencia entre los siete metales y siete astros: el oro corresponde al Sol, la plata a la Luna, el azogue a Mercurio, el cobre a Venus, el hierro a Marte, el estaño a Júpiter y el plomo a Saturno.

MURMULLOS

¿Qué nos importa eso?...Bufonadas de las que nadie hace caso...Astrología...Alquimia...Eso muchas veces lo he oído...y esperado en vano...Y aunque se salga él con la suya...no dejará de ser un farsante.

MEFISTOFELES

Ahí están en derredor mío, llenos de asombro y sin creer en el gran descubrimiento. El uno desatina acerca de las mandrágoras (1), el otro acerca del perro negro (2). ¿De qué sirve que el uno la eche de agudo, que el otro clame contra la hechicería, si un día por casualidad sienten hormigueo en la planta de los pies o dejan de tener seguro el paso? Todos experimentáis la secreta influencia de la Naturaleza eternamente activa, y de las regiones más inferiores sube serpenteando un rastro viviente. Cuando sintáis comezón en todos los miembros, cuando en un paraje os halléis inseguros, luego al punto resueltamente cavad y ahondad: allí yace el músico (3), allí está el tesoro.

MURMULLOS

Tengo pesados los pies cual si fueran de plomo...Me dan calambres en el brazo...Es la gota...Yo siento hormigueo en el dedo gordo...A mí me duele todo el espinazo...Por unos tales indicios, éste sería el punto más rico en tesoros.

---

(1) Esta planta mágica, según se creía, tiene la virtud de revelar la presencia de tesoros. El poseedor de una mandrágora obtenía por su influencia cuantiosos bienes y riquezas.

(2) El perro negro que guarda los tesoros ocultos. (Véase la *Mitología* de Grimm).

(3) Existe en Alemania la supersticiosa creencia de que el tropezar una persona casualmente en su camino, indica que en aquel mismo sitio está enterrado un músico. Del tropezón, así como del hormigueo en los pies y otras señales, se colige que en aquel punto hay un tesoro escondido.

EL EMPERADOR

¡Al avío! pues. Esta vez no te escapas. Verifica las burbujas de tus mentiras, y muéstranos al punto esos ricos lugares. Yo depongo espada y cetro, y con mis propias manos augustas quiero, si no mientes, llevar a cabo la obra, y si mientes, mandarte al infierno.

MEFISTOFELES

En todo caso, ya sabría encontrar el camino...Pero sería cosa de nunca acabar si fuera yo a decir lo que yace en todas partes en espera de posesor. El labriego que está abriendo el surco por medio del arado, levanta con el terrón una jarra llena de oro; de una pared de tierra apisonada espera uno encontrar salitre, y con sobresalto, con alegría, encuentra en su mísera mano barras de oro reluciente. ¡Qué de bóvedas hay que hacer saltar, en qué resquebraduras, en qué galerías no ha de estrujarse para llegar a dos dedos del infierno aquel que es sabedor de un tesoro! En espaciosas cuevas, guardadas de antiguo por todos lados, ve ante él dispuestas hileras de tazas, fuentes y platos de oro; hay también copas de rubíes, y si quiere servirse de ellas, no falta allí cerca un licor extra-añejo. Pero—podéis bien creer al conocedor—desde mucho tiempo está podrida la madera de las duelas, y el tártaro ha formado un nuevo tonel al vino. Las esencias de tan generosos vinos, lo propio que el oro y las joyas, se rodean de tinieblas y espantos. El sabio escudriña allí sin darse punto de reposo. Bagatela es descubrir tales cosas a la luz del día. Entre tinieblas, están en su elemento los misterios.

EL EMPERADOR

Esos los dejo para ti. ¿Para qué pueden servir las tinieblas? Si alguna cosa tiene valor, muéstrelo a la luz del sol. ¿Quién distingue lo suficiente al bribón en la noche

obscura? Negras son las vacas, como pardos son los gatos. Maneja tu arado, y labrando la tierra, saca a luz esas jarras llenas de oro que están ahí abajo.

MEFISTOFELES

Empuña el azadón y la pala; cava tú mismo. El trabajo de campesino te va a engrandecer, y del suelo surgirá un rebaño de becerros de oro. Entonces, sin reparo alguno, con embeleso podrás engalanarte a ti mismo y engalanar a tu amada. Una pedrería radiante de color y luz, da realce tanto a la belleza como a la majestad.

EL EMPERADOR

Pues ¡al momento! ¡al momento! ¿Hasta cuándo hay que esperar?

EL ASTROLOGO

(*Como antes*).—Modera, Señor, tan apremiante anhelo. Deja pasar primero la abigarrada fiesta (1). Un ánimo distraído no nos conduce al fin propuesto. Ante todo, es menester purificarnos en el recogimiento, merecer lo inferior por medio de lo superior. Quien quiera el bien, empiece por ser bueno; quien ansíe el gozo, aquiete su sangre; quien apetezca vino, estruje racimos maduros; quien milagros espere, fortalezca su fe.

EL EMPERADOR

Pasemos, pues, el tiempo enmedio del regocijo, y en muy buena hora llegue el miércoles de Ceniza. Entretanto, sea como fuere, celebremos con más alegría que nunca el bullicioso carnaval.

(*Toque de trompetas.—Vanse.*)

---

(1) La mascarada de que se habla luego.

MEFISTOFELES

Como se enlazan el mérito y la fortuna, eso jamás se les ocurre a los necios. Si tuviesen ellos la piedra filosofal, no habría filósofo para la piedra.

VASTO SALON CON PIEZAS CONTIGUAS

DISPUESTO Y DECORADO PARA LA MASCARADA

EL HERALDO

No penséis hallaros en tierras alemanas, con sus danzas de diablos, locos y muertos (1). No; una divertida fiesta os espera. El Señor, en sus viajes a Roma, para su provecho y vuestro placer, ha transpuesto los altos Alpes y ha conquistado para sí un risueño reino. El Emperador en persona pidió primero a las santas chinelas (2) el derecho al poder, y al ir en busca de la corona para él, trajo también consigo el capuz para nosotros. Ahora todos renacemos; todo hombre que tenga experiencia del mundo, se cubre gustoso la cabeza y las orejas con el capuz, que le asemeja a los locos extravagantes, mientras por debajo es cuerdo hasta donde puede. Estoy viendo ya cómo se agrupan, se separan vacilando, se aparean de un modo familiar, con porfía el coro se junta al coro. Entrad, salid, siempre infatigables; pues, al fin y al cabo, después lo mismo que antes, el mundo, con sus cien mil bufonadas, no es más que un gran loco.

JARDINERAS

(*Canto con acompañamiento de mandolinas*).—Para lograr vuestro aplauso, nos hemos engalanado esta noche;

(1) Alusión a los antiguos espectáculos alemanes propios del martes de Carnaval.

(2) Esto hace referencia a la ceremonia de besar los pies al Papa.

jóvenes florentinas, hemos seguido la magnificencia de la corte alemana.—En nuestros castaños rizos llevamos el adorno de varias alegres flores; hilos de seda, copos de seda desempeñan aquí su papel. Pues tenemos esto por cosa de mérito y del todo digna de loa: nuestras flores, de brillo artificial, florecen todo el año. Retazos colorados de toda suerte se han dispuesto con simetría (1); podéis reíros mirando pieza por pieza, pero el conjunto os atrae.—Lindas somos a la vista, jardineras y galanas; pues el natural de las mujeres está muy de cerca emparentado con el arte.

EL HERALDO

Dejad ver las ricas cestas que lleváis sobre la cabeza y que, matizadas de diversos colores, se ahuecan en el brazo (2). Elija cada cual lo que le plazca. ¡Aprisa! Que bajo el follaje y en las alamedas se descubra un jardín. Dignas de que la multitud se agolpe a su alrededor, son las vendedoras tanto como las mercancías.

LAS JARDINERAS

En este ruiseño paraje, ofreced ahora precio, pero nada de regatear. Y con una breve palabra ingeniosa, sepa cada uno lo que tiene.

UNA RAMA DE OLIVO CON FRUTO

Yo no envidio ningún ramillete de flores; huyo de toda contienda por ser contraria a mi naturaleza. Soy verdaderamente el meollo del país, y como prenda cierta, un signo de paz para todo territorio. Hoy, según espero, me

(1) Para hacer las flores artificiales.

(2) Esto es: las cestas de vistosas flores se muestran envanecidas de colgar del brazo de tan lindas jardineras.

cabrá la dicha de adornar de un modo digno una hermosa frente.

UNA CORONA DE ESPIGAS DORADAS

Los dones de Ceres, para engalanaros, se mostrarán graciosos y agradables. Que lo más apetecido por su utilidad, sea para vosotros un bello atavío.

UNA CORONA DE FANTASIA

¡Matizadas flores, parecidas a las malvas, florescencia maravillosa surgida del musgo! Esto no es propio de la Naturaleza, pero la moda lo produce.

UN RAMILLETE DE FANTASIA

Deciros mi nombre no osaría el mismo Teofrasto (1), y no obstante, confío agradar, si no a todas, a más de una a quien de buen grado me entregaría si me enlazara en su cabello, si pudiera decidirse a cederme un sitio en su corazón.

PROVOCACION

Florezcan para la moda del día multicoloras fantasías y presenten una forma rara en extremo, como nunca se despliega la Naturaleza. Tallos verdes, campanillas de oro, dejaos ver asomando por entre opulentos rizos... Pero nosotros...

CAPULLOS DE ROSAS

Nosotros nos quedamos ocultos. ¡Feliz quien nos descubre en nuestro frescor! Cuando se anuncia el verano, se inflama el capullo de la rosa. ¿Quién puede privarse de una dicha tal? En el reino de Flora, las promesas, los

---

(1) Teofrasto es considerado como el padre de la Botánica. Escribió una *Historia natural de las Plantas.* (Schroer).

favores dominan la mirada, el sentido y el corazón a la vez.

(*Bajo el verde follaje de las calles de árboles, las Jardineras exhiben vistosamente sus mercancías.*)

JARDINEROS

(*Canto con acompañamiento de tiorbas*).

—Ved las flores brotar tranquilas y ceñir hechiceras vuestra cabeza. No pretenden las frutas seducir; gustándolas es como se puede gozar de ellas. Morenos semblantes (1) ofrecen cerezas, albérchigos, ciruelas reales. Comprad. Pues al lado de la lengua y del paladar, el ojo es mal juez. —Venid a saborear con deleite las frutas más sazonadas. Sobre las rosas se puede poetizar; tratándose de manzanas, hay que morder.—Séanos permitido asociarnos a vuestra rica flor de juventud, y ostentaremos aparatosa, como vecinos, la abundancia de nuestras sazonadas mercancías.—Entre gayas guirnaldas, en el seno de vistosas enramadas, todo se encuentra a la vez: capullo, hojas, flor y fruto.

(*En medio de un canto alternado, con acompañamiento de vihuelas y tiorbas, continúan ambos coros arreglando sus mercancías en forma de altas pirámides, y ofreciéndolas a los concurrentes.*)

Una Madre y su Hija

LA MADRE

Cuando viniste al mundo, hija mía, te adorné con una gorrita. ¡Tenías un rostro tan hechicero y un cuerpecito tan grácil! Pensaba verte luego prometida y desposada después con el hombre más opulento; me figuraba verte ya una mujercita. ¡Ay! En balde han transcurrido no pocos años; la variada turba de galanteadores ha pasado

(1) Los Jardineros.

de largo con rapidez; bailabas ligera con uno; hacías a otro muda seña con el codo. En vano se celebraba toda fiesta que pudiera uno imaginar; el juego de prendas y el de la gallina ciega ningún efecto bastaron a producir. Hoy los locos andan sueltos; descubre tu seno, hija mía; tal vez alguno quede cogido.

Algunas jóvenes y lindas COMPAÑERAS *acuden a juntarse al grupo; la charla familiar se hace ruidosa.*

Unos PESCADORES *y* PAJAREROS, *provistos de redes, anzuelos, varetas con liga y otros enseres por el estilo, entran y se mezclan con las hermosas jóvenes. Sus mutuas tentativas para atraer, atrapar, huír y sujetar dan ocasión a los más sabrosos diálogos.*

LEÑADORES

(*Entrando de un modo brusco y grosero*).

—¡Ea! ¡Plaza! ¡Despejad! Nos hace falta espacio. Talamos árboles que caen crujiendo, y cuando trajinamos leña menudean los encontrones. En elogio nuestro, poned esto en claro, pues si los rústicos no trabajáramos así en el campo, ¿cómo se las compondrían las personas finas, por más que se devanaran los sesos? Tenedlo bien entendido: si nosotros no sudáramos, os quedaríais yertos de frío.

POLICHINELAS

(*Torpes, casi imbéciles*).—Vosotros sois los tontos, que nacisteis encorvados (1); nosotros somos los listos, que jamás llevamos cosa alguna, puesto que nuestros gorros, chaquetas y guiñapos son ligeros y fáciles de llevar. Y satisfechos y siempre ociosos, calzados los pies con pantuflos, corremos por las ferias entre la muchedumbre, nos quedamos con la boca abierta y cacareamos delante de la gente. Armando tal barullo, nos escurrimos como an-

(1) Sometidos al yugo.

guilas a través del apiñado gentío, juntos brincamos y juntos promovemos algazara. Podéis aplaudirnos, podéis censurarnos: nos importa un pito.

PARASITOS

(*Codiciosos aduladores*).—Vosotros, bravos portadores de leña, y vuestros amigos los carboneros, sois nuestros hombres; pues todas las reverencias, todos los signos de aprobación, las frases sinuosas, la ampulosidad de doble sentido, que calienta y enfría según como uno lo examina, ¿de qué puede ello servir? En vano fuera que bajase del cielo un fuego atroz si no hubiese haces de leña y cargas de carbón para encender el hogar y convertir en ascuas su contenido. Entonces se asa y se hierve, se guisa y se fríe. El verdadero gastrónomo, el lameplatos, huele lo que asan, presiente el pescado; esto mueve a las hazañas en la mesa del protector.

UN BEODO

(*Inconsciente*).—Nada venga hoy a contrariarme. ¡Siéntome tan libre y tan a mis anchas! Nuevos goces y alegres canciones he venido a buscar. Y así, yo bebo, bebo y vuelvo a beber. ¡Choquen los vasos! Tin, tin. Tú que estás ahí fuera, llégate acá. Choquen los vasos y la cosa se acabó.

Mi mujercita gritaba furiosa, poniendo mal gesto a este traje de colorines, y como yo me pavonease, me ha motejado de mamarracho. Pero yo bebo, bebo y vuelvo a beber. ¡Choquen los vasos! Tin, tin. ¡Hacedlos chocar, mamarrachos! Cuando suenan los vasos, la cosa se acabó.

No digáis que yo me he extraviado, pues me hallo donde me cuadra. Si no me fía el tabernero, me fiará la tabernera, y si no, en fin, me fiará la criada. Yo siempre bebo, bebo y vuelvo a beber. ¡Arriba, vosotros! Tin, tin. Cada uno a la salud de cada uno, y así todos, uno tras otro. Pero me parece que la cosa se acabó.

Cómo y dónde me divierto, eso me importa un bledo. Dejadme estar tumbado aquí donde estoy, porque no me puedo tener ya de pie.

EL CORO

¡Que cada compañero beba y beba! Echad alegres un brindis. Tin, tin. Teneos firmes sentados en el banco y la tabla. Para aquel que está debajo de la mesa, la cosa se acabó.

EL HERALDO *anuncia diversos poetas, poetas naturalistas, trovadores de corte y de caballería, lo mismo sentimentales que entusiastas. En esta turba de competidores de todo género, ninguno deja recitar a los otros. Uno de ellos pasa furtivamente diciendo algunas palabras.*

UN POETA SATIRICO

¿Sabéis lo que más me deleitaría a mí, poeta? Poder decir y cantar lo que nadie quisiera oír.

Los Poetas de la noche y de las tumbas se hacen excusar porque en aquel preciso momento están ocupados en una interesantísima plática con un vampiro recién resucitado, de la cual podría originarse quizás un nuevo género de poesía. El Heraldo se ve precisado a admitir tales excusas, y entretanto evoca la Mitología griega, que, aun bajo su moderna máscara, no pierde su carácter ni su encanto.

LAS GRACIAS (1)

AGLAE

Nosotras aportamos gracia en la vida. Poned gracia en el dar.

---

(1) Divinidades mitológicas, hijas de Venus, que presidían a los goces intelectuales, esparciendo a su alrededor un sentimiento de placidez y bienestar.

HEGEMONE

Poned gracia en el recibir; dulce cosa es satisfacer el deseo.

EUFROSINA

Y que en el curso de vuestros apacibles días, graciosa en extremo sea la gratitud.

LAS PARCAS (1)

ATROPOS

A mí, la más vieja, hanme invitado ahora a hilar (2). Mucho hay que discurrir, mucho hay que meditar sobre el tenue hilo de la vida.—A fin de que sea para vosotros flexible y suave, he debido escoger el lino más delicado; para que sea liso, fino e igual, mi dedo hábil lo alisará.—Si en placeres y danzas pretendieseis mostraros asaz desenfrenados, pensad en los límites de este hilo. ¡Sed precavidos! Podría romperse.

CLOTO

Sabed que en estos últimos días me han confiado las tijeras, porque no era muy edificante la conducta de nuestra vieja hermana. Estira largamente las más inútiles hilazas a la luz y al aire, y de un tijeretazo arrastra a la tumba la esperanza de los más opimos frutos. Pero también yo, en mi proceder juvenil, me engañé ya cien veces; hoy, para tenerme a raya, meto en la funda las tijeras.—Y así gustosa estoy ligada, mirando este sitio con benevolencia. Conque, sin tregua ni descanso, armad siempre holgorio en estas horas de libertad.

---

(1) Las tres diosas hermanas, con figura de viejas, en cuyas manos estaba la existencia humana. Cloto hilaba, Laquesis devanaba y Atropos cortaba el hilo de la vida.

(2) Como en cosa propia de Carnaval, están aquí trocados los papeles de Atropos y Cloto.

LAQUESIS

A mí, la única razonable, me han confiado el orden. Mi devanadera, siempre animada, aun no se ha apresurado mucho jamás.—Los hilos vienen, los hilos se devanan; a cada uno de ellos señalo su camino, a ninguno dejo que se desvíe; fuerza es que se arrolle en el ovillo.—Inquieta estaría por el mundo si llegara yo a descuidarme una vez. Las horas cuentan, los años miden y el tejedor se lleva la madeja.

EL HERALDO

Estas que ahora llegan, no lograréis reconocerlas, por muy versados que estéis en los antiguos escritos. Al verlas, ellas que tanto mal causan, las calificaríais de huéspedes bien venidos.—Son las Furias (nadie nos creerá), bonitas, bien formadas, amables y jóvenes en años. Entrad en relaciones con ellas, y veréis que tales palomas muerden como víboras.—Cierto es que son disimuladas, pero hoy día que cada loco se jacta de sus vicios, no aspiran tampoco ellas a tener fama de ángeles, y se reconocen como azotes de la ciudad y del campo.

LAS FURIAS (1)

ALECTO

¿De qué os sirve eso? Os fiaréis de nosotras, pues somos lindas y jóvenes y gatitas zalameras. Si alguno entre vosotros tiene una mujer amada, le estaremos recreando los oídos hasta que podamos decirle cara a cara que al mismo tiempo ella también guiña el ojo a éste o al de más

(1) Las Furias o Euménides, son divinidades infernales encargadas de vengar los delitos, atormentando a los culpables con angustias y remordimientos. Se las representa con los cabellos en desorden y serpientes entrelazadas con ellos, ojos encendidos, aspecto feroz y llevando en las manos antorchas y serpientes.

allá, que tiene huera la cabeza, que es corcovada de espalda, que cojea; y si es su prometida, que no vale nada absolutamente. De esta suerte sabemos también atormentar a la novia, diciéndole que su mismo amado, hace algunas semanas, habló de ella con desdén a fulana. Hácense las paces, pero siempre queda algo.

MEGERA

Eso no es más que un juego; puesto que, una vez están ellos unidos, tomo la cosa por mi cuenta, y bien sé yo, en todo caso, acibarar con antojos la dicha más pura. El hombre es variable, y variables son las horas.—Y no hay uno solo que, teniendo en sus brazos el objeto deseado, en medio de la felicidad suprema a que se habituara, no suspire locamente por un objeto más apetecido. Huye del sol para ir a calentar el hielo.—En todo esto sé yo la manera de conducirme, y traigo al fiel Asmodeo (1) para sembrar la desdicha en tiempo oportuno. Así, a pares, causo la perdición del linaje humano.

TISIFONE

Para el perjuro, en vez de malas lenguas, mezclo el veneno y aguzo el puñal. Si amas a otra, más tarde o más temprano el exterminio caerá sobre tí.—Preciso es que lo más dulce de los guiños se convierta en hiel y espumarajos. Aquí, nada de regateos, nada de transacciones. Como lo hizo, lo paga.—Nadie hable de perdón. A las peñas voy a quejarme de mi malandanza, y el eco, escuchad, responde: "¡Venganza!" Y quien varía no ha de vivir.

EL HERALDO

Tened a bien haceros a un lado, pues lo que ahora llega no es de vuestra laya. Veis cómo a través de la compacta multitud se acerca una montaña, con los costados sober-

(1) El demonio de la discordia.

biamente cubiertos de vistosos tapices, provista la cabeza de largos colmillos y de una trompa serpentina. Misteriosa es, pero yo os indico la clave (1). Sobre su cerviz está sentada una mujer graciosa y fina, que con una débil varilla la gobierna con destreza. La otra, que está de pie en lo alto, arrogante, majestuosa, se halla rodeada de un brillo que me deslumbra en demasía. Al lado marchan encadenadas dos nobles mujeres, angustiosa la una, placentera a la vista la otra. La una ansía la libertad; la otra se siente libre. Descubra cada cual quién es.

EL TEMOR

Hachas humeantes, lámparas y antorchas despiden pálido fulgor en medio de la turbulenta fiesta. Entre estas engañosas figuras, la cadena ¡ay! me retiene cautiva.—¡Apartad, ridículos reidores! Vuestra risa burlona me causa recelo; todos mis adversarios me acosan esta noche. Aquí un amigo se ha vuelto enemigo; conozco ya su disfraz; aquél pretendía asesinarme, y ahora se escabulle al verse descubierto.—¡Ah! ¡Cuán de grado, por cualquier camino, huiría yo lejos de este mundo! Pero más allá me amenaza la aniquilación, y así fluctúo entre las sombras y el espanto.

LA ESPERANZA

Os saludo, hermanas queridas. Hoy y ayer os habéis complacido ya en las mascaradas; pero sé con certeza que mañana todas vosotras os despojaréis de vuestros disfraces. Y si a la débil claridad de las antorchas no hallamos un singular encanto, iremos en días serenos enteramente a nuestro propio arbitrio, ora acompañadas, ora solas, a recorrer libres las hermosas campiñas; a

(1) Este elefante simboliza el Estado, diestramente regido por la *Prudencia*. A uno y otro lado marchan encadenados el *Temor*, vacilante, receloso, pesimista, estacionario, y la *Esperanza* que, optimista en exceso, se lanza a arrojadas empresas sin considerar los resultados

nuestro talante descansaremos o trabajaremos, y llevando una vida exenta de inquietudes, sin sufrir jamás privaciones, nos esforzaremos siempre en alcanzar el ideal. Como huéspedas bien recibidas en todas partes, entramos con plena confianza. No hay duda: el bien supremo se ha de encontrar en alguna parte.

LA PRUDENCIA

A dos de los más grandes enemigos del hombre, el Temor y la Esperanza, los tengo encadenados lejos de la multitud. ¡Abrid paso! Estáis en salvo. Guío este coloso viviente, como veis, cargado con una torre, y anda él paso a paso, sin fatigarse, por sendas escarpadas.—Pero allá arriba, en la almena, está aquella diosa de ágiles y anchurosas alas, para dirigirse por doquiera a la conquista.—Brillando a lo lejos por todas partes, rodeada está de gloria y esplendor. Victoria tiene por nombre, y es la diosa de toda actividad.

ZOILO-TERSITES (1)

¡Oh! ¡Oh! A buen punto llego. A todos juntos os tildo de canallas. Pero lo que por blanco de mis ataques me propuse, es aquella que está allí en lo alto, la señora Victoria. Con su par de blancas alas, figúrase sin duda ser un águila, y que doquiera que se dirija, le pertenecen todo pueblo y toda tierra. Mas, si algo glorioso llega a feliz término, eso al punto me mueve a cólera. Ver arriba lo que está abajo, y abajo lo que está arriba, lo torcido derecho, y lo derecho torcido, es lo único que me pone de buen temple. Así lo quiero yo en toda la redondez de la tierra.

(1) La doble denominación de este personaje indica claramente su carácter. Zoilo, difamador de Homero y Platón, personifica la crítica envidiosa y mordaz. Tersites, hombre feo y deforme, que insultaba con la mayor desfachatez a los jefes griegos y les aconsejaba la retirada, simboliza la cobardía insolente.

EL HERALDO

¡Así te alcance, perro miserable, el golpe de maestro de la sagrada varita! ¡Encógete y retuércete ahí al instante!...Ved cómo la doble figura de pigmeo se apelotona de súbdito en una masa repugnante. Mas ¡oh prodigio! La masa se transforma en huevo, que se hincha y estalla por el medio. Ahora sale de él una pareja gemela: la víbora y el murciélago; la una se aleja arrastrándose por el polvo; el otro, negro como un tizón, echa a volar hacia el techo. Los dos se apresuran a salir para una asociación, en la que no quisiera yo ser el tercero.

MURMULLOS

¡Ea, sus! Allí fuera están bailando ya...No; yo quisiera estar lejos de aquí...¿No sientes cómo nos cerca y entrelaza la fantástica ralea?...Lo cierto es que ello zumba sobre mis cabellos...Y eso que antes lo percibía a mis pies...Ninguno de nosotros está herido...Pero todos estamos dominados por el espanto...Se aguó por completo la fiesta...Y esos brutos lo han querido así.

EL HERALDO

Desde que en las mascaradas me confiaron las funciones de heraldo, vigilo atento en la puerta, a fin de que nada funesto venga a sorprendernos en este alegre sitio. No vacilo ni cedo. Mas temo que por las ventanas entren fantasmas aéreos, y de aparecidos y hechicerías no sabría yo libraros. Si el pigmeo se hizo sospechoso, ahora allí detrás hay un gran desbordamiento. Bien quisiera descubriros, cual corresponde a mi cargo, el significado de las figuras; pero lo que no se puede comprender, tampoco os lo sabría yo aclarar. Ayudadme todos a instruirme.—¿Veis aquello que vaga por entre la multitud? Tirado por una cuadriga, un carro suntuoso es conducido a través de todo, pero sin hender al gentío y sin que vea

yo apreturas en parte alguna. Despide a distancia colorados destellos; como proyectadas por una linterna mágica, brillan estrellas errantes de vivos matices. Se acerca resoplando con la violencia del huracán. ¡Abrid paso! Yo me estremezco.

UN MANCEBO CONDUCTOR DEL CARRO (1)

¡Alto! Atajad vuestro vuelo; bridones; sentid el freno acostumbrado; dominaos cuando os contengo, partid con estrépito cuando os aguijo.—Honremos estos sitios. Mirad a la redonda cómo se multiplican los admiradores, de corro en corro. ¡Ea! Heraldo, antes que huyamos lejos de vosotros, descríbenos a tu manera, nómbranos, pues somos alegorías, y así debieras conocernos.

EL HERALDO

No sabría yo nombrarte; mejor podría describirte.

EL MANCEBO CONDUCTOR

Inténtalo, pues.

EL HERALDO

Preciso es confesarlo: en primer lugar, eres joven y bello. Eres un mozo medio formado, pero las mujeres, por su parte, quisieran verte ya del todo cumplido. Me pareces un galán en cierne, un verdadero seductor de pura raza

EL MANCEBO CONDUCTOR

No está mal. Prosigue. A ver si descubres la solución del enigma.

EL HERALDO

Los rayos de tus negros ojos, la noche de tus rizados cabellos, alegrada por una cinta de pedrerías, la graciosa

(1) Euforion, sér alegórico que simboliza la Poesía.

vestidura que flotante cuelga desde tus hombros hasta los coturnos, con una orla de púrpura y de luciente oropel, pudieran hacerte tomar por una joven; pero, sea como fuere, aun ahora mismo podrías ya tener partido entre las muchachas; ellas te enseñarían el A, B, C.

EL MANCEBO CONDUCTOR

¿Y ése que, como imagen de la magnificencia, resplandece aquí en el trono del carro?

EL HERALDO

Parece un rey, opulento y bondadoso. ¡Feliz quien su favor alcanza! Nada más tiene que desear. Indaga su vista doquiera que haya una necesidad, y el gozo puro que siente al dar, es mayor aún que la posesión y la bienandanza.

EL MANCEBO CONDUCTOR

No te detengas aquí; tienes que describirle bien puntualmente.

EL HERALDO

La dignidad no se describe. Pero ese rostro sano como la luna, esa boca fresca, esas floridas mejillas que lucen bajo el adorno del turbante, esa rica holgura en su ropaje de anchos pliegues... ¿Y qué diré de su continente? Creo reconocer en él un soberano.

EL MANCEBO CONDUCTOR

Es Pluto, llamado Dios de la riqueza (1), que llega con gran pompa. El augusto Emperador desea con afán su venida.

EL HERALDO

Por lo que a ti concierne, di también el porqué y el cómo.

(1) Bajo el disfraz de Pluto, se oculta Fausto.

EL MANCEBO CONDUCTOR

Soy la Prodigalidad, soy la poesía; soy el poeta que se consuma al prodigar su bien más íntimo. También soy inmensamente rico y me considero igual a Pluto. Yo animo y decoro sus danzas y festines; lo que le falta a él, lo doy yo a manos llenas.

EL HERALDO

La jactancia te sienta a maravilla; pero muéstranos tus artes.

EL MANCEBO CONDUCTOR

No tenéis más que verme aquí castañetear los dedos, y ya relumbra y centellea todo alrededor del carro. Ahí surge un collar de perlas. (*Haciendo castañetear siempre los dedos en todas direcciones.*) Tomad estas presecas de oro para la garganta y las orejas, y también esta peineta, estas pequeñas diademas sin tacha y piedras preciosas de gran valor montadas en sortijas. Prodigo asimismo de vez en cuando pequeñas llamas (1), que esperan donde puedan prender fuego.

EL HERALDO

¡Cómo agarra y pilla la amable multitud! El dador casi se halla en un aprieto. Lo mismo que en un sueño, tira las alhajas haciendo castañetear los dedos, y todos las cogen al vuelo. Mas ahora veo nuevos artificios. De lo que cada uno cogiera con tanto afán, realmente ningún provecho sacará, puesto que las dádivas se le escapan volando. El collar de perlas se deshace, y multitud de escarabajos pulula en su mano; el pobre diablo se los sacude de encima, y ellos zumban en torno de su cabeza. Otros, en lugar de objetos sólidos, atrapan frívolas mari-

(1) Las llamas de la inspiración.

posas. El truhán que tantas cosas prometió, no reparte más que vano oropel.

EL MANCEBO CONDUCTOR

Ciertamente, a lo que veo, sabes anunciar las máscaras; pero penetrar dentro de la envoltura de los seres, no son las funciones cortesanas de un heraldo. Esto requiere una vista más perspicaz. Con todo, quiero evitar toda contienda. A ti, señor, dirijo preguntas y discurso. (*Vuelto hacia Pluto.*) ¿No me confiaste el huracán de la cuadriga? (1) ¿No guío acaso con destreza cual tú ordenas? ¿No estoy allí donde tú indicas? ¿Y no he sabido con atrevidas alas conquistar para ti la palma? Cuantas veces luché en favor tuyo, otras tantas salí airoso. Si los lauros coronan tu frente, ¿no los tejí yo con mi ingenio y mi mano?

PLUTO

Si necesario es que yo dé testimonio respecto a ti, dígolo de buen talante: Eres espíritu de mi espíritu. Obras siempre conforme a mi intento; eres más rico aún que yo mismo. Y para premiar tus servicios, prefiero este ramo verde a todas mis coronas. Ante todos lo proclamo con sinceridad: ¡Mi amado hijo, en ti recibo complacencia!

EL MANCEBO CONDUCTOR

(*A la multitud*).—Los más ricos dones de mi mano, bien lo veis, los he prodigado en torno mío. Sobre esta cabeza y sobre aquella arde una pequeña llama que yo despedí; va saltando de uno a otro; en éste se fija, del otro huye; muy rara vez, empero, elévase llameante y

(1) Cuadriga es un tiro de cuatro caballos y también un carro antiguo con dos ruedas, tirado por cuatro caballos de frente. Pero en este caso no se trata de caballos, sino de dragones alados.

resplandece viva con brillo fugaz. Para muchos, aun antes de haberla visto, se extingue tristemente consumida.

HABLADURIAS DE MUJERES

Aquel que está allí arriba, montado en la cuadriga, es a buen seguro un charlatán; acurrucado detrás del carro, está el Payaso (1), aunque consumido por el hambre y la sed, como nunca se le había visto aún. Nada siente, sin duda, si le pellizcan.

EL ESCUALIDO (2)

¡Lejos de mí, repugnante sexo mujeril! Ya sé que por vosotras nunca soy bien acogido. Cuando la mujer cuidaba aún del hogar, llamábame yo Avaricia. Entonces todo iba bien en nuestra casa: entraba mucho y nada salía. Yo velaba solícito por el arca y el armario. Esto podría ser muy bien un vicio; pero como en estos últimos años la mujer ha perdido la costumbre de ahorrar, y, lo mismo que todo mal pagador, tiene muchos más antojos que escudos, por eso le queda al pobre marido no poco que sufrir; a cualquier lado que vuelva la vista, no hay sino deudas. Si devanando puede ella ganar algo, lo emplea para su cuerpo y para su amante; come también mejor y bebe aún más con la caterva maldita de galanteadores. Esto acrece para mí el atractivo del oro; soy del género masculino: ¡el Genio de la Avaricia!

LA MUJER PRINCIPAL

Muéstrese tacaño el dragón con los dragones, pues al fin y al cabo eso no es más que farsa y mentira. Viene para exasperar a los maridos, como si no fuesen ya harto fastidiosos.

---

(1) El *Hanswurst* de los alemanes es el personaje bufón.

(2) Bajo el disfraz del Escuálido, de la Avaricia o Genio de la Avaricia, se oculta Mefistófeles.

LAS MUJERES EN MASA

¡Vaya un espantajo! Atízale una manotada. ¿Qué quiere con sus amenazas ese potro de tormento? ¡Si vamos a temer su facha grotesca! Los dragones son de madera y cartón. ¡Animo, y arrojaos sobre él!

EL HERALDO

¡Por mi bastón! ¡Estaos quedas!...Pero apenas es menester mi ayuda. Ved cómo los fieros monstruos, impelidos en el espacio rápidamente ganado, despliegan su doble par de alas. Irritadas se estremecen las escamosas fauces de los dragones, vomitando fuego. La multitud echa a correr; despejada está la plaza.

(*Pluto baja del carro*).

EL HERALDO

¡Con qué regia majestad desciende! Hace un signo, y los dragones se agitan. Del carro han traído ellos aquí el arca con el oro y la Avaricia. Vedla ahí a sus pies. Un prodigio es la manera como ello ha acontecido.

PLUTO

(*Al Mancebo conductor*).—Ahora te has desembarazado de esa carga enojosa en extremo; quedas libre y franco. Dirígete ahora presuroso a tu esfera. No está aquí. Confuso, abigarrado, turbulento, aquí nos asedia y oprime un enjambre de figuras grotescas. Sólo allí donde tú con ojo sereno miras en la dulce claridad, donde te perteneces a ti mismo y en ti solo confías, allí donde no se deleita uno sino en lo Bello y lo Bueno, en la soledad...allí crea tu mundo.

EL MANCEBO CONDUCTOR

Así me considero como digno enviado; así te amo cual mi más próximo pariente. Allí donde tú estás reina la

abundancia; donde yo estoy, cada uno se siente en el colmo de la dicha. Así también vacila a menudo el hombre en esta vida, donde hay tan opuestos modos de pensar. ¿Debe abandonarse a ti o a mí? Los tuyos pueden sin duda entregarse al ocio, pero quien me sigue a mí tendrá siempre algo que hacer. Yo no ejecuto en secreto mis actos; no hago más que respirar, y quedo ya descubierto. Adiós, pues. Me das verdaderamente mi felicidad. Pero no tienes más que llamarme muy quedito, y vuelvo al instante. (*Vase como ha venido*).

PLUTO

Hora es ya de soltar los tesoros. Hiero las cerraduras con la vara del Heraldo. El arca se abre. ¡Mirad! En calderas de cobre esto se hincha y bulle cual sangre de oro en la que sobrenada el aderezo de coronas, cadenas, sortijas; sube, y fundiendo tales joyas, amenaza tragarlas.

CLAMORES ALTERNADOS DE LA MULTITUD

¡Ved ahí! ¡Oh! Ved cómo esto fluye copiosamente y llena el arca hasta el borde... Fúndense los vasos de oro; rollos de moneda van dando vueltas... Saltan ducados como hechos a cuño. ¡Ah! ¡Cómo agita eso mi pecho!... ¡Cómo contemplo todo cuanto yo codiciaba! Desde allí vienen rodando por el suelo... Os lo ofrecen; aprovechaos de ello sin dilación. No tenéis más que bajaros y os hacéis ricos... Nosotros, rápidos como el rayo, nos apoderamos del arca.

EL HERALDO

¡Qué es eso, insensatos! ¿Qué debo pensar de tal cosa? Esto no pasa de ser una broma de máscaras. Esta noche no se pide más. ¿Imagináis acaso que os van a dar oro y objetos de valía? En este juego, aun las mismas fichas son demasiada cosa para vosotros. ¡Necios! ¡De una

lisonjera apariencia hacer al punto una realidad positiva! ¿De qué os serviría la realidad?...Agarráis por todos los cabos una vaporosa ilusión...Pluto disfrazado, héroe carnavalesco, échame esa gente fuera de aquí.

PLUTO

Tu vara es muy a propósito para eso. Préstamela por un momento...La introduzco en el fuego hirviente... ¡Ea! ¡Máscaras, estad alerta! ¡Cómo reluce, crepita y chisporrotea! La vara está ya hecha ascua. Quien se llega demasiado cerca, al punto queda abrasado sin piedad...Ahora empiezo a dar mi vuelta.

CLAMOREO Y ATROPELLO

¡Ay! ¡Estamos perdidos!...Sálvese quien pueda... Hazte atrás, atrás, tú que te hallas en pos de mí...Eso me lanza chispas en la cara...Me oprime el peso de la vara encendida...Estamos perdidos todos, todos sin remedio...¡Atrás, atrás, avalancha de máscaras! ¡Atrás, atrás, multitud insensata!...¡Oh! Si tuviera yo alas, echaría a volar.

PLUTO

Ya está repelido el círculo, y nadie, creo yo, se ha chamuscado. Despavorida retrocede la multitud...No obstante, para asegurar el orden, trazo un círculo invisible.

EL HERALDO

Llevaste a cabo una obra soberbia. ¡Cuán reconocido estoy a tu inteligente poder!

PLUTO

Se necesita paciencia aún, mi noble amigo. Amenaza todavía más de un tumulto.

EL GENIO DE LA AVARICIA (1)

Así puede uno a lo menos, si le place, contemplar con gusto ese círculo, porque las mujeres siempre están en primera fila allí donde hay algo con que embobarse o alguna golosina que comer. Aun no estoy tan por completo enmohecido. Una mujer bonita siempre es bonita; y hoy, puesto que ello nada me cuesta, vamos resueltamente a hacer el galán. Pero como en un sitio tan atestado de gente no todas las palabras son perceptibles para cada oído, voy a probar con tiento, y espero conseguirlo, a expresarme de un modo claro valiéndome de la pantomima. Si no me bastan la mano, el pie, el gesto, entonces habré de apelar a una jugarreta. Cual húmeda arcilla voy a manejar el oro, porque este metal en todo se deja transformar.

EL HERALDO

¿Qué va a hacer ese loco cenceño? ¿Cómo puede un hombre tan famélico estar de buen humor? Amasa como una pasta todo el oro, que se ablanda en sus manos. De cualquier modo que lo apriete y apelotone, queda ello siempre una cosa disforme (2). Se dirige hacia las mujeres que hay allí; todas gritan, todas quisieran huir, y hacen gestos y ademanes de gran repugnancia. El bribón muestra malas intenciones. Temo que se divierta ofendiendo el pudor. Ante una cosa así, no puedo permanecer callado. Dadme mi vara para echarle de aquí.

PLUTO

No sospecha él lo que nos amenaza desde fuera. Déjale hacer esas locuras; no le quedará lugar para sus bufo-

(1) Mefistófeles.

(2) *Ignoble* (innoble, soez), traduce Blaze de Bury, ajustándose más al espíritu que a la letra del texto.

nadas. Poderosa es la ley, pero más poderosa es la necesidad.

TUMULTO Y CANTO

De la cumbre de la montaña y de los bosques del valle viene de golpe la horda selvática; acércase irresistible. Festejan a su gran Pan (1). Ellos saben al menos lo que nadie sabe (2), y se arremolinan en el círculo desierto.

PLUTO

Bien os conozco a vosotros y a vuestro gran Pan. Habéis dado todos juntos un paso audaz. Sé muy bien lo que no saben todos, y como es debido, abro este estrecho círculo. ¡Que los acompañe la buena suerte! Pueden ocurrir las cosas más estupendas. Ignoran ellos adonde van, y no han tomado precaución alguna.

CANTO TUMULTUOSO

¡Tú, plebe acicalada, ostentación de oropel! Avanzan rudos y cerriles dando grandes brincos en rauda carrera; preséntanse recios y vigorosos.

LOS FAUNOS

La turba de Faunos, en lúbrica danza, con su corona de encina en la crespa cabellera y una oreja fina y puntiaguda que se abre paso a través de la ensortijada cabeza, una pequeña nariz chata, un rostro ancho, nada de eso perjudica en el concepto de las mujeres. Cuando el Fauno tiende la garra, la mujer más linda difícilmente se niega a bailar con él.

---

(1) El dios Pan (palabra que significa "Todo") es considerado como símbolo del universo.

(2) Esto es: saben que bajo la figura del dios Pan se oculta la personalidad del Emperador, el gran Todo (*Pan*) de la Edad media.

UN SATIRO

En pos llega ahora el Sátiro dando saltitos con su pie de cabra y sus enjutas piernas, que para él han de ser flacas y nervudas. Y semejante a la gamuza en la cima del monte, se deleita mirando en derredor. Confortado luego en medio del aire de la libertad, se ríe del niño, de la mujer y del hombre que, profundamente sumidos en los vapores y el humo del valle, creen de buena fe que también viven, siendo así que a él solo pertenece, puro y apacible, el mundo de allá arriba.

LOS GNOMOS

Aquí entra andando a pequeños pasos la caterva diminuta. No le gusta a ella juntarse por parejas. Con su mohoso vestido y su luciente lamparita, agítase ligera en confusa mezcla, donde cada cual trabaja por su propia cuenta, como hervidero de luminosas hormigas, y afanosa se ajetrea de un lado a otro, atareada a diestro y siniestro.—Emparentados de cerca con los dóciles duendes, bien conocidos como cirujanos de las rocas (1), escarificamos las altas montañas, sangramos las repletas venas; amontonamos metal y más metal, llenos de confianza en el saludo: "¡Buena suerte! ¡Buena suerte!" (2). Y esto es con la mejor intención del mundo, pues somos amigos de los hombres de bien. Con todo, extraemos el oro a la luz del día para que se pueda robar y alcahuetear, y procuramos que no falte hierro al hombre soberbio que ideó el asesinato general. Y quien desdeña los tres mandamientos (3), tampoco hace caso de los demás. Todo eso no es culpa nuestra; así, seguid, como nosotros, teniendo paciencia.

---

(1) Porque, como mineros, escarifican y sangran las montañas para extraer diferentes metales.

(2) Saludo de buen augurio para los mineros alemanes.

(3) "No hurtarás," "no desearás la mujer ajena," "no matarás," mandamientos a los cuales se acaba de hacer alusión.

LOS GIGANTES

Se les apellida hombres salvajes, y son bien conocidos en las montañas del Harz. En su natural desnudez en toda su pujanza, llegan juntos, gigantescos, con el tronco de abeto en su diestra, en torno de su talle un abultado cinto y el más rudo mandil hecho de ramas y hojas, guardia del cuerpo (1) como no la tiene el Papa.

NINFAS EN CORO

(*Rodean al gran Pan*).—¡También llega él! (2). El Todo del mundo está representado en el gran Pan. Vosotras, las más risueñas, circuidle, y en danza loca voltejead en torno suyo; pues por ser grave y bondadoso a la par, quiere que la gente esté regocijada. Bajo la bóveda azul, también ha estado en continua vela; no obstante, el rumor del arroyuelo llega hasta su oído, y los blandos céfiros le mecen suavemente en plácido reposo. Y cuando al mediodía está entregado al sueño, la hoja no se mueve en la rama, el balsámico aroma de las plantas salutíferas impregna el aire tranquilo y silencioso; la ninfa no se atreve a juguetear, y allí donde se encontraba, allí se duerme. Mas cuando luego, de improviso, resuena potente la voz del dios como la crepitación del rayo o el bramido del mar, entonces nadie sabe hacia donde volverse, la valerosa hueste se dispersa en la llanura, y el héroe tiembla en el tumulto (3). ¡Honor, pues, a quien el honor corresponda! ¡Salud a quien nos ha conducido aquí!

DIPUTACION DE LOS GNOMOS

(*Al gran Pan*).—Cuando el rico y brillante metal pasa a modo de hilos por las quebrajas y sólo descubre sus labe-

(1) Alusión a la guardia de Corps.
(2) El Emperador en figura del dios Pan.
(3) Alusión al terror *pánico*.

rintos a la perspicaz varilla divinatoria, excavamos en obscuros subterráneos nuestra casa a manera de troglo-ditas, y a los puros aires del día tú distribuyes tesoros con mano generosa.—Cerca de aquí acabamos de descubrir un maravilloso manantial (1), que promete dar sin trabajo lo que a duras penas se podría alcanzar.—Esto puedes llevarlo a cabo; tómalo, señor, bajo tu guarda. En tus manos, todo tesoro redunda en beneficio del mundo entero.

PLUTO

(*Al Heraldo*).—Preciso es que mantengamos nuestro ánimo a la altura debida y dejemos confiados que suceda lo que ha de suceder; por otra parte, estás siempre lleno de firmísimo valor. Ahora mismo va a ocurrir una cosa muy horrenda, que el mundo y la posteridad negarán con obstinado empeño; pero tú consígnalo fielmente en tu protocolo.

EL HERALDO

(*Tomando la vara que Pluto tiene en la mano*).—Los enanos conducen pasito el gran Pan a la fuente del fuego, que, bullidora, sube del más profundo abismo para en seguida precipitarse de nuevo al fondo, quedando obscura la abierta boca. Otra vez sube borbotando en ardiente ebullición. El gran Pan se detiene satisfecho y se recrea con este prodigio. Una espuma de perlas brota a derecha e izquierda. ¿Cómo puede él fiarse de semejantes cosas? Inclínase para mirar al fondo. Mas ved ahí que su barba cae dentro (2)...¿Quién será ése de rostro lampiño? La mano lo oculta a nuestra vista...Ahora sucede una gran catástrofe. La barba se enciende y vuela subiendo por donde cayera, y abrasa corona y cabeza y pecho. En dolor truécase la alegría...Para extinguir el fuego, acude

(1) El arca de oro de Pluto.
(2) La barba postiza de Pan cae en la masa de oro hirviente.

corriendo la multitud, pero nadie queda libre de las llamas, y cuando más se manotea y más golpes se dan, más se avivan las llamas y se multiplican. Envuelto por el voraz elemento, se abrasa todo un grupo de máscaras. Pero ¡qué oigo! ¿Qué rumor llega hasta nosotros cundiendo de oído en oído, de boca en boca? ¡Oh noche para siempre fatal, qué de males nos has traído! El próximo día pregonará lo que nadie puede oír con agrado. No obstante, de todas partes oigo exclamar: "El Emperador es quien padece tal tormento". ¡Oh! ¡si fuera cierta otra cosa! El Emperador es presa de las llamas, lo mismo que su escolta. ¡Maldita sea ella, que le ha arrastrado, que se ha ceñido con ramillos resinosos, sin más objeto que venir aquí a alborotar con chillidos para la perdición de todos! ¡Oh juventud, juventud! ¿no limitarás nunca el regocijo a su justa medida? ¡Oh majestad, majestad! ¿no obrarás nunca de un modo razonable como obras con omnipotencia? —Ya consumen el bosque (1) las llamas, que con su puntiaguda lengua dirigida hacia arriba, lamen el techo formado de madera entrecruzada. Nos amenaza un incendio general. Colmada está la medida del desastre. No sé quién podrá salvarnos. En montón de cenizas de una noche yacerá mañana convertida la rica magnificencia imperial.

PLUTO

Bastante se ha difundido el terror. Tiempo es ya de disponer el auxilio. ¡Hiere, poder de la sagrada varilla, y que el suelo tiemble y resuene! Tú, vasto espacio aéreo, llénate de frescos vapores. Acudid y vagad de un lado a otro, exhalaciones nebulosas; cubrid, estrías preñadas de lluvia, esta llameante confusión. Corred, murmurad, encrespaos, nubecillas; deslizaos ondulantes, sofocad suavemente; pugnad en todas partes extinguiendo; vos-

(1) La dependencia del palacio decorada a manera de bosque.

otros, vapores calmantes, húmedos, transformad en relampagueo (1) este fantástico juego de llamas... Cuando los espíritus amenazan dañarnos, la Magia debe ponerse de manifiesto.

JARDIN DE RECREO

Sol naciente

EL EMPERADOR *y su* CORTE; FAUSTO *y* MEFISTOFELES *convenientemente vestidos, sin extravagancia, al estilo de la época. Los dos se arrodillan.*

FAUSTO

¿Perdonas, Señor, este fantasmagórico juego de llamas?

EL EMPERADOR

(*Haciendo seña de que se levanten*).—Mucho me huelgo con semejantes diversiones. De golpe me vi en una esfera ardiente. Creía casi que yo era Plutón (2). Una roqueña sima de tinieblas y carbón estaba allí enrojecida por las pavesas. De este y aquel abismo se elevaban formando remolinos miles y miles de fieras llamas, que se unían oscilantes a guisa de bóveda. Serpenteaban hacia arriba las lenguas de fuego trazando una elevadísima cúpula, que siempre se formaba y siempre se desvanecía. A lo lejos, por entre las retorcidas columnas de fuego, veía agitarse largas hileras de gentes que se acercaban estrechándose en el vasto círculo y me rendían homenaje, como siempre lo hicieron. Reconocí a tal o cual personaje de mi corte, y parecía ser yo el rey de mil salamandras.

---

(1) El inofensivo relampago que se observa con frecuencia durante la época de los fuertes calores.

(2) Dios del infierno.

MEFISTOFELES

Y lo eres, Señor, pues cada elemento reconoce la Majestad como absoluta. Ahora mismo experimentaste la obediencia del fuego. Arrójate al mar, allí donde con más furor bramen las olas, y no bien pises el fondo rico en perlas, se forma undoso un círculo espléndido, y ves subir y bajar fluctuantes olas de un verde claro orladas de púrpura, que van engrosándose en torno de ti, punto central, para formar la más bella mansión. A cada uno de tus pasos, doquiera que vayas, los palacios te acompañan. Los muros mismos gozan de vida, ofrecen un hormigueo rápido como la saeta y están animados de un impulso de vaivén. Los monstruos marinos se apiñan para ver la nueva y grata aparición (1); lánzanse impetuosos hacia ella, pero ninguno puede entrar. Allí juguetean matizados dragones de escamas de oro, el tiburón abre la boca, y tú te ríes ante sus fauces. Por muy suspensa que en este momento esté la corte que te rodea, jamás viste semejante hervidero. Mas no por eso estás separado de lo más encantador: curiosas Nereidas (2) se acercan a la magnífica mansión en medio del frescor eterno. Tímidas y voluptuosas como peces las más jóvenes; prudentes las de más edad. Tetis (3) está ya informada del caso, y al nuevo Peleo (4) presenta mano y labios... Después, el sitio en las regiones del Olimpo...

EL EMPERADOR

De los espacios aéreos, hágote gracia. Harto temprano aún se sube a aquel trono.

---

(1) La presencia del Emperador.

(2) Hermosas ninfas del mar, hijas de Nereo.

(3) La principal y más hermosa de las Nereidas, esposa de Peleo y madre de Aquiles.

(4) Alusión al Emperador.

MEFISTOFELES

Y la tierra, altísimo Señor, la posees ya.

EL EMPERADOR

¿Qué buena fortuna te ha traído aquí directamente de las *Mil y una noches?* Si en fecundidad te igualas a Scheherazada (1), yo te garantizo el más alto de los favores. Procura estar siempre aprestado para cuando vuestro mundo monótono, cual me acontece a menudo, me fastidie a más no poder.

EL SENESCAL

(*Entrando precipitadamente*).—Serenísimo Señor: en mi vida pensé anunciarte nuevas más faustas que ésta que labra mi mayor dicha y me enajena en presencia tuya. Cuenta tras cuenta, todo está pagado; las garras de los usureros están aplacadas; libre estoy de tal tormento del infierno. Ni en el cielo se puede ser más feliz.

EL GENERALISIMO

(*Siguiendo apresuradamente*).—A cuenta se ha satisfecho la soldada; todo el ejército se ha enganchado otra vez; el lansquenete siéntese con sangre nueva, y posadero y mozas hacen su agosto.

EL EMPERADOR

¡Cómo respira vuestro pecho dilatado! ¡Cómo se pone risueño vuestro contraído semblante! ¡Cuán presurosos llegáis!

EL TESORERO

(*Presentándose*).—Pregunta a éstos que han realizado la obra.

---

(1) Heroína de las *Mil y una noches*, famosa por la inagotable fecundidad de su ingenio.

FAUSTO

Al Canciller toca explanar el asunto.

EL CANCILLER

(*Acercándose lentamente*).—Asaz dichoso me siento en mis viejos días...Escuchad, pues, y ved la hoja preñada de fortuna, que ha trocado en bien todo mal. (*Lee*). "Sépalo cualquiera que lo desee: El presente billete vale mil coronas. Quédale asegurado, como garantía cierta, un sinnúmero de bienes sepultados en territorio imperial. Se han tomado providencias para que el rico tesoro, una vez extraído, sirva de reintegro."

EL EMPERADOR

Barrunto una fechoría, una monstruosa farsa. ¿Quién ha falsificado aquí la firma del Emperador? ¿Ha quedado impune semejante delito?

EL TESORERO

Recuerda que tú en persona lo has firmado esta noche misma. Hacías el papel de gran Pan, y el Canciller, acompañado de nosotros, se llegó a ti diciendo: "Asegúrate el noble placer de la fiesta, la prosperidad del pueblo, con unos pocos rasgos de pluma." Tú los trazaste claros, y luego, esta noche, unos hechiceros reprodujeron esto rápidamente a millares y a fin de que todos se aprovechen del beneficio sin dilación alguna, hemos timbrado después la serie entera. Billetes de diez, treinta, cincuenta y ciento están prestos ya. No podéis figuraros cuánto bien ha hecho esto al pueblo. Ved vuestra ciudad, antes medio enmohecida en la muerte; ahora todo vive y bulle saboreando el placer. Por más que tu nombre haga desde mucho tiempo la felicidad del mundo, nunca se le ha considerado de un modo tan halagüeño. El alfabeto desde hoy

está de más (1). Con este signo, ahora cada uno llega a ser feliz (2).

EL EMPERADOR

Y para mis súbditos, ¿vale éso como buen oro? Para el ejército, para la corte, ¿basta éso como plena paga? Por mucho que ello me asombre, debo admitirlo.

EL SENESCAL

Imposible sería retener las fugitivas hojas; con la celeridad del rayo hanse diseminado en la circulación. Las casas de cambio tienen las puertas abiertas de par en par, y allí se hace honor a cada billete por medio del oro y de la plata, con algún descuento, es verdad. De allí se va entonces a casa del carnicero, del panadero, del tabernero; medio mundo no parece pensar sino en comilonas, mientras que el otro medio se pavonea con vestidos nuevos. El tendero corta, el sastre cose. Al grito de "¡Viva el Emperador!", mana el vino en los bodegones; allí se cuece, se asa y se hace sonsonete con los platos.

MEFISTOFELES

E que solitario se pasea por las terrazas, percibe la más hermosa mujer, ricamente ataviada, oculto un ojo tras el soberbio abanico de plumas de pavo real; nos sonríe, y con la vista sigue un billete como esos, y más presto que con el talento y la oratoria, se logran los más preciados favores del amor. No habrá que molestarse llevando bolso ni escarcela; una pequeña hoja es fácil de llevar en el seno, y se aparea muy bien con un billetito amoroso. El sacerdote la lleva devotamente en su breviario, y el soldado, para volverse más aprisa, aligera con

(1) La gente no necesitará conocer más letras que las que componen la firma del Emperador.

(2) El signo en cuestión es la firma o rúbrica imperial.

presteza el talego que ciñe sus riñones. Perdone vuestra Majestad si en tales menudencias rebajo al parecer la grande obra.

FAUSTO

Los inmensos tesoros que, ateridos, están esperando enterrados profundamente en el suelo de tus dominios, yacen sin utilizarse. El más vasto pensamiento es sobrado estrecho para poder abarcar una riqueza tal, y la fantasía, en su más alto vuelo, se afana sin conseguirlo jamás. Con todo, los espíritus dignos de contemplar profundamente, adquieren una confianza sin límites en lo infinito.

MEFISTOFELES

Un papel así, en lugar de oro y perlas, ¡es tan cómodo! Al menos sabe uno lo que tiene. No hay ya necesidad de regateos ni cambios. A su gusto puede uno embriagarse de amor y de vino. ¿Se quiere metálico? Siempre se encuentra un cambista, y si falta el metal, entonces se cava la tierra un momento. Copas y cadenas se venden a subasta, y el papel, amortizado al instante, deja confuso al incrédulo que con descaro se ríe de nosotros. Una vez se ha acostumbrado uno a esto, ya no quiere otra cosa. Así de hoy más, en todos los dominios imperiales habrá suficiente existencia de alhajas, oro y papel.

EL EMPERADOR

(*A Fausto y Mefistófeles*).—Por ese gran bien os queda obligado nuestro Imperio. En lo posible, sea la recompensa equivalente al servicio. Que se os confíen las entrañas de la tierra del Imperio, pues sois los más dignos custodios de los tesoros. Sabéis dónde están guardadas estas inmensas riquezas, y cuando se practiquen excavaciones, sea por mandato vuestro. Poneos ahora de acuerdo, vosotros, señores de nuestro tesoro; desempeñad

con celo las elevadas funciones de vuestro cargo, donde en feliz maridaje, se unen el mundo superior y el inferior'

EL TESORERO

Entre nosotros, no debe suscitarse en lo venidero la más leve discordia; pláceme tener por colega al hechicero. (*Vase con Fausto.*)

EL EMPERADOR

Si ahora ofrezco dávidas, uno por uno, a todos los de la corte, confiéseme cada cual en qué desea emplearlas.

UN PAJE

(*Recibiendo la dádiva*).—Yo viviré alegre, contento y de buen humor.

OTRO PAJE

(*Lo mismo*).—Yo regalaré luego a mi amada sortijas y cadena.

UN CAMARERO

(*Lo mismo*).—Desde ahora beberé doble y mejores botellas.

OTRO

(*Lo mismo*).—Los dados me están dando ya comezón en el bolsillo.

UN CABALLERO MESNADERO

(*Con circunspección*).—Yo libraré de gravámenes mi castillo y mis tierras.

OTRO

(*Igualmente*).—Es un tesoro que juntaré a otros tesoros.

EL EMPERADOR

Esperaba de vosotros afán y alientos para nuevas empresas; pero quien os conoce, fácilmente os adivinará. Bien lo advierto: en medio del estado floreciente de todos los tesoros, tal como erais antes, os quedáis después.

EL BUFON (1)

(*Llegando*).—Estáis prodigando dádivas; hacedme también merced de algunas.

EL EMPERADOR

¿Y estás vivo otra vez? Pronto las derrocharás bebiendo.

EL BUFON

¡Hojas mágicas! No lo entiendo bien.

EL EMPERADOR

Lo creo perfectamente, porque las emplearás mal.

EL BUFON

Ahí caen otras. No sé qué hacer.

EL EMPERADOR

Cógelas, pues; te han caído en suerte. (*Vase.*)

EL BUFON

¡Cinco mil coronas tendría yo en las manos!

MEFISTOFELES

¿Conque resucitaste, odre con dos piernas?

EL BUFON

Esto me acontece a menudo, pero nunca tan bien como esta vez.

(1) El Loco o Bufón, a quien daban por muerto.

MEFISTOFELES

Tanto te alegras, que esto te hace sudar.

EL BUFON

Fíjate bien aquí: ¿ésto tiene el valor de la moneda?

MEFISTOFELES

Con eso tienes lo que apetecen la garganta y el vientre.

EL BUFON

¿Y puedo comprar tierras, casa y ganado?

MEFISTOFELES

¡Claro que sí! No tienes más que ofrecer, y eso no marra nunca.

EL BUFON

¿Y un palacio con bosque y caza y riachuelo con peces?

MEFISTOFELES

A fe mía, me gustaría verte hecho un señor formal.

EL BUFON

Esta misma noche voy a pavonearme en mi propiedad. (*Vase.*)

MEFISTOFELES

(*Solo*).—¿Quien duda aún de la agudeza de nuestro bufón?

UNA GALERIA OBSCURA

FAUSTO, MEFISTOFELES

MEFISTOFELES

¿Por qué me conduces a esos lóbregos corredores? ¿Acaso no reina allí dentro bastante regocijo, ni se ofrece en la compacta y variada turba cortesana ocasión para chacota y embeleco?

FAUSTO

No digas tal; desde antiguos días lo has gastado hasta la planta de los pies. Ahora, empero, tu ir y venir no es más que para no cumplirme la palabra. Sin embargo, me importunan para emprender la obra; el senescal y el chambelán me están apremiando. El Emperador lo quiere, y hay que hacerlo en seguida; quiere ver ante él a Helena y Paris; quiere contemplar en forma patente el modelo de los hombres y el de las mujeres. ¡Pronto! ¡al avío! No puedo faltar a mi palabra.

MEFISTOFELES

Desatino fué prometer tan de ligero.

FAUSTO

Tú no has considerado, compañero, adonde nos llevan tus artificios. Antes, le hemos enriquecido; ahora nos es preciso divertirle.

MEFISTOFELES

¿Te figuras que eso se arregla en un abrir y cerrar de ojos? Aquí nos hallamos delante de escalones más empinados. Tocas con la mano unos dominios del todo extraños para ti, y, temerario al fin, contraes nuevas deudas.

Piensas evocar a Helena con igual facilidad que a ese fantasma de papel moneda. Para estúpidas farsas de brujas, para tramas de espectros, para enanos con paperas (1), pronto estoy a servirte; pero las queridas del diablo, sin ánimo de ofenderlas, no pueden pasar por heroínas.

FAUSTO

Ya salimos con la canción de todos los días. Contigo se cae siempre en lo incierto. Eres el padre de todas las dificultades; para cada expediente quieres una nueva recompensa. Con mascullar unas pocas palabras, bien lo sé, está hecha la cosa; en un periquete haces que se aparezcan (2).

MEFISTOFELES

El mundo pagano no me concierne a mí; habita su nfierno particular. Sin embargo, hay un medio...

FAUSTO

Habla sin dilación.

MEFISTOFELES

Mal de mi grado descubro el sublime misterio. Hay unas diosas augustas que reinan en la soledad. En torno de ellas no hay espacio y menos aún tiempo. Hablar de ellas es un trabajo. Son las *MADRES* (3).

---

(1) Estos son propiamente los hijos nacidos de la unión del diablo con una bruja (Witkowski).

(2) Helena y Paris.

(3) Las Madres son los principios, las ideas abstractas, los eternos arquetipos de todas las cosas pasadas, presentes y venideras. Así es que están fuera del tiempo y del espacio, en el eterno vacío, en la más absoluta soledad. No tienen existencia por sí mismas, pero sin ellas nada existiría. Las Madres son, pues, las causas del mundo fenomenal, las diosas inmortales, por las que todo sér viene a la existencia.

FAUSTO

(*Sobresaltado*).—¡Las Madres!

MEFISTOFELES

¿Eso te espanta?

FAUSTO

¡Las Madres! ¡las Madres!...¡Suena eso de un modo tan extraño!...

MEFISTOFELES

Y lo es en realidad. Diosas desconocidas para vosotros los mortales, y que nosotros nunca nombramos de buen talante. Para descubrir su morada, puedes cavar hasta lo más profundo. Tú mismo tienes la culpa de que tengamos necesidad de ellas.

FAUSTO

¿Donde está el camino?

MEFISTOFELES

No hay camino alguno, allí donde nadie ha sentado el pie ni puede sentarlo; un camino hacia lo que no es solicitado ni se puede solicitar. ¿Estás dispuesto?...No hay allí cerraduras, ni hay cerrojos que descorrer; irás errante por las soledades. ¿Tienes tú idea del vacío, de la soledad?

FAUSTO

Creí que excusarías tales discursos. Aquí huele eso a cocina de hechicera, a unos tiempos que pasaron mucho tiempo ha. ¿No he debido acaso frecuentar el mundo, aprender el vacío y enseñar el vacío?...Si hablaba de un modo razonable, tal como yo entendía, la contradicción se dejaba oír doblemente ruidosa, y aun fuéme pre-

ciso, ante tales enojosas burlas, huír a la soledad, a sitios desiertos, y por no vivir solo y olvidado por completo, hube al fin de darme al diablo.

MEFISTOFELES

Si atravesaras a nado el océano y contemplaras allí lo infinito, verías al menos venir ola tras ola, y aunque te estremeciese la idea de irte a fondo, al menos verías algo. Verías, sin duda, en las verdes aguas del mar en calma, deslizarse los delfines; verías pasar las nubes, el sol, la luna y las estrellas; mientras que en un alejamiento eternamente vacío, nada verás, no oirás siquiera el rumor de tus pasos, ni hallarás un punto firme donde reposar.

FAUSTO

Hablas como el primero de los mistagogos que hayan jamás engañado a los sinceros neófitos; sólo que es a la inversa. Me envías al vacío para que allí acreciente yo mi arte y mi poder. Me tratas de esta suerte para que, como el gato de la fábula, yo te saque las castañas del fuego. Pero ¡adelante siempre! Profundicemos la cosa; en tu Nada, espero encontrar el Todo.

MEFISTOFELES

Te felicito antes de separarnos. Ya veo bien que conoces al diablo. Toma esta llave.

FAUSTO

¡Esa pequeña cosa!

MEFISTOFELES

Tómala, digo, y no la tengas en poco.

FAUSTO

¡Cómo crece en mi mano! ¡Brilla! ¡Centellea!

MEFISTOFELES

Presto verás lo que con ella se posee. Esa llave descubrirá el verdadero sitio. Síguela hacia abajo, y te conducirá a las Madres.

FAUSTO

¡Las Madres! Eso me hiere cada vez como un golpe. ¿Qué palabra es ésa, que no puedo entender?

MEFISTOFELES

¿Tan apocado eres que así te turba una palabra nueva? ¿No quieres oír sino lo que oíste ya? Nada te turbe, suene como sonare, tú que desde tanto tiempo estás ya habituado a las cosas más estupendas.

FAUSTO

Pero si yo no busco en la apatía mi ventura; el estremecimiento es la mejor parte de la humanidad. Por muy caro que el mundo le haga pagar el sentimiento, en medio de su emoción es cuando el hombre siente profundamente la inmensidad

MEFISTOFELES

Desciende, pues. Podría también decir: Sube. Es igual. Huye de lo que tiene existencia, lánzate a los libres, ilimitados espacios de las imágenes. Deléitate en lo que desde hace mucho tiempo no existe. Cual hileras de nubes, se entrelaza el torbellino. Agita la llave en el aire, y haz por tener las imágenes a distancia del cuerpo.

FAUSTO

(*Con exaltación*).—¡Bien! Empuñándola con fuerza, siento un nuevo vigor; dilátase el pecho para emprender la grande obra.

MEFISTOFELES

Un trípode ardiente (1) te dará a conocer al fin que has llegado al fondo, a lo más profundo de todo. A su resplandor verás las Madres; unas están sentadas, otras en pie y andan vagando al azar. Formación, transformación, eterno juego del Pensamiento eterno. Rodeadas de las flotantes imágenes de toda criatura, ellas no te verán, pues sólo perciben los esquemas (2). Cobra entonces valor, porque es grande el peligro; corre en derechura al trípode, y tócalo con la llave.

(*Fausto con la llave en la mano, toma una resuelta actitud imperativa*).

MEFISTOFELES

(*Contemplándole*).—¡Muy bien! El trípode se arrima a ti y te sigue como fiel criado. Subes tranquilo, la buena fortuna te eleva, y antes que ellas lo adviertan, estás ya de vuelta con el trípode. Y una vez lo hayas traído aquí, evocas del seno de la noche al héroe y la heroína, tú, el primero que ha osado acometer tal empresa; hecha está, y tú la llevaste a cabo. En seguida, mediante una operación mágica, la nube de incienso debe quedar transformada en dioses.

FAUSTO

Y ahora, ¿qué hay que hacer?

MEFISTOFELES

Haz que tu sér se esfuerce por bajar. Húndete golpeando el suelo con el pie, y golpeando el suelo con el pie subes de nuevo.

(*Fausto da con el pie en el suelo y se hunde.*)

---

(1) El trípode y la llave antes mencionada son símbolos.

(2) Ideas.

MEFISTOFELES

¡Con tal que la llave le sirva a más y mejor!...Curiosidad tengo de saber si volverá.

SALAS ESPLENDIDAMENTE ILUMINADAS

EL EMPERADOR *y los* PRINCIPES; LA CORTE *en movimiento*

EL CHAMBELAN

(*A Mefistófeles*).—Aun nos debéis la escena de los aparecidos. ¡Manos a la obra! El Señor está impaciente.

EL SENESCAL

Eso pedía ahora mismo el augusto Soberano. No os detengáis. Eso fuera un ultraje a la Majestad.

MEFISTOFELES

Para ello precisamente ha partido mi compañero. El sabe ya cómo debe hacerlo, y trabaja silencioso encerrado en el misterio. Ha de aplicarse a ello con un esmero muy especial, pues quien pretenda desenterrar tal tesoro, lo Bello, ha menester del supremo arte, la Magia de los sabios.

EL SENESCAL

Poco importan las artes de que os valgáis. Lo que quiere el Emperador, es que todo esté aparejado.

UNA RUBIA

(*A Mefistófeles*).—Una palabra, caballero. Como veis, terso es mi rostro, pero no es siempre así durante el fastidioso verano. Entonces salen cien pecas rojizas que, con harto disgusto mío, cubren esta blanca tez. Dadme un remedio.

MEFISTOFELES

Lástima es que un tesoro tan radiante esté tan moteado en mayo como vuestros gatitos de piel de pantera. Tomad overa de rana y lenguas de sapo, destilad, rectificad con gran cuidado en el plenilunio, y cuando la luna esté en el cuarto menguante, untaos sencillamente con esto. Llega la primavera, y las pecas han desaparecido.

UNA MORENA

La multitud acude a empellones para lisonjearos de un modo servil. Os sulico me deis un remedio. Este pie helado no me deja andar ni bailar, y hasta me muevo con torpeza para hacer una reverencia.

MEFISTOFELES

Permitidme una pisada de mi pie.

LA MORENA

Sea. Entre enamorados, eso es cosa corriente.

MEFISTOFELES

La pisada de mi pie, hija mía, tiene mayor importancia. Para lo semejante, lo semejante (1), cualquiera que sea el mal de que uno adolezca; el pie cura al pie, y lo propio sucede con todos los miembros. Acercaos. Prestad atención. Pero no habéis de responder a ello.

LA MORENA

(*Gritando*).—¡Ay! ¡Ay! Eso quema. Ha sido un pisotón recio, como de un casco de caballo.

MEFISTOFELES

Has logrado la curación. De hoy más puedes bailar a tu gusto, y en la mesa, mientras saboreas exquisitos manjares, podrás hacer juego de pies con tu galán.

(1) Alusión al principio *Similia similibus curantur.*

UNA DAMA

(*Pugnando por acercarse*).—Dejadme pasar. Grandes en demasía son mis cuitas; hirviendo en mi pecho, me taladran hasta lo más hondo del corazón. Ayer mismo aun buscaba él la dicha en mis miradas, y ahora charla con ella (1) y me vuelve la espalda.

MEFISTOFELES

Grave cosa es. Pero escúchame. Es preciso que con tiento te acerques a él; toma este carbón, traza una raya en la manga de su vestido, en la capa o en el hombro, según se ofrezca el caso, y sentirá en el pecho el saludable aguijón del arrepentimiento. Mas tú debes luego tragar el carbón sin llevar vino ni agua a los labios. Esta noche ya estará él suspirando frente a tu puerta.

LA DAMA

Pero ¿no será eso ningún veneno?

MEFISTOFELES

(*Indignado*).—¡Respeto a quien sea debido! Muy lejos habríais de correr para encontrar un carbón como este. Proviene de una hoguera que en otro tiempo atizamos con el mayor afán.

UN PAJE

Yo estoy enamorado, pero me tienen por un niño.

MEFISTOFELES

(*Aparte*).—Ya no sé donde he de atender. (*Al Paje.*) No debéis fundar vuestra dicha en la más joven; las mujeres entraditas en años sabrán apreciaros mejor.

(*Otros están haciendo esfuerzos para acercarse.*)

¿Aun hay más? ¡Qué rudo asalto! Voy por fin a salir

(1) Con un rival o una querida.

del paso con ayuda de la verdad. Es el peor de los recursos; pero, a grandes males...¡Oh Madres! ¡Madres! ¡Dejad a Fausto en libertad! (*Mirando en derredor.*) Las luces arden ya mortecinas en la sala. Toda la corte se pone en movimiento a la vez. Los veo desfilar de una manera ordenada, unos tras otros, por los largos corredores y por las lejanas galerías. Ved, se congregan en el espacioso recinto de la antigua sala de los Caballeros, que apenas puede contenerlos. En las amplias paredes se han prodigado los tapices; con armaduras hanse decorado ángulos y hornacinas. Aquí, entiendo yo, que no hay necesidad de evocación mágica alguna. Los espíritus se presentan por sí mismos en tal sitio.

SALA DE LOS CABALLEROS

Iluminación escasa

EL EMPERADOR *y* LA CORTE *han entrado*

EL HERALDO

Mi antigua función de anunciar el espectáculo, ha padecido mengua por la misteriosa influencia de los fantasmas. En balde se aventura uno a explicar por causas razonables su embrollado proceder. Sitiales, sillas, todo está ya dispuesto. Han colocado al Emperador frontero a la pared; allí puede a su placer contemplar en los tapices las batallas de los tiempos heroicos. Todos, el Soberano y la corte, están ya sentados en círculo; los bancos están apretados unos contra otros en el fondo. El amante, en estas sombrías horas de los fantasmas, ha encontrado también un sitio delicioso al lado de la amada. Y así, toda vez que todos se han instalado en su debido lugar, nosotros estamos dispuestos. Pueden venir los fantasmas.

(*Toque de trompetas*).

EL ASTROLOGO

Empiece al punto el drama su curso: lo manda el Señor. ¡Abríos, paredes! Nada estorbe ya. Aquí tenemos la Magia a nuestra disposición. Desaparecen los tapices, como arrollados por el fuego; hiéndese el muro de arriba abajo, gira sobre sí mismo; parece surgir un gran teatro y alumbrarnos una luz misteriosa. Y yo subo al proscenio.

MEFISTOFELES

(*Sacando la cabeza por la concha del apuntador*).—Desde aquí espero granjearme el favor del público; las sugestiones son la oratoria del diablo. (*Al Astrólogo.*) Tú conoces la regla según la cual se mueven los astros; también comprenderás magistralmente mi susurro.

EL ASTROLOGO

Mediante un poder maravilloso, aparece aquí a la vista un antiguo templo de construcción harto maciza. Semejantes a Atlas, que en pasados tiempos sostenía el Cielo, levántanse aquí en hilera numerosas columnas. Bien pueden bastar para esta pesada mole de piedra, cuando dos solas ya sostendrían un gran edificio.

EL ARQUITECTO

¿Sería eso antiguo? No sabría yo apreciarlo. Burdo y pesado es como debiera llamarse. Denominan noble a lo grosero, grandioso a lo chanflón. Columnas sutiles, atrevidas, sin límite, es lo que me gusta a mí; el cenit ojival eleva el espíritu; una construcción parecida nos edifica más que otra alguna.

EL ASTROLOGO

Acoged con respeto las horas concedidas por los astros (1); que por la mágica palabra quede atada la razón, y

(1) Alusión a nuestro destino señalado por los astros.

que, por el contrario, la soberbia y audaz fantasía emprenda extenso y libre vuelo. Mirad ahora con vuestros propios ojos lo que osadamente anheláis. Imposible cosa es, y por lo mismo, digna de fe.

FAUSTO *surge del suelo en el otro lado del proscenio.*

EL ASTROLOGO

En traje sacerdotal, coronadas las sienes, un hombre prodigioso ahora da cima a lo que con ánimo comenzó. Un trípode sube con él de una honda caverna. Paréceme ya sentir el aroma del incienso que sale del braserillo (1). Se dispone a bendecir la grande obra. En adelante, sólo pueden suceder cosas afortunadas.

FAUSTO

(*Con solemnidad*).—En vuestro nombre, Madres, que reináis en lo infinito y vivís eternamente solitarias, pero a la vez sociables. En torno de vuestra cabeza flotan las imágenes de la vida, móviles aunque sin vida. Lo que un día existió, en su forma y en todo su esplendor se mueve allí, pues intenta existir eternamente. Y vosotras lo distribuís, potestades omnipotentes, en el pabellón del día, en la bóveda de la noche. Unas de ellas son arrastradas por la dulce corriente de la vida; en pos de las otras, va el mago audaz; con rica liberalidad y lleno de confianza, deja ver lo que cada uno desea: lo que es digno de admiración.

EL ASTROLOGO

No bien la llave ardiente toca el braserillo, una niebla vaporosa llena al punto el espacio; se desliza, ondula a manera de nube, se dilata, se redondea, se entrelaza, se divide, se junta. Y ahora observad una obra maravillosa de los espíritus. En cuanto andan, dejan oír una música.

(1) Del trípode.

De los aéreos sonidos se exhala un no sé qué; a su paso, todo se vuelve melodía. Resuena la columnata lo mismo que el triglifo, y aun creo que canta todo el templo. Descienden los vapores; del ligero velo avanza con paso cadencioso un lindo mancebo.

Aparece PARIS

Aquí terminan mis funciones: no necesito nombrarlo. ¿Quién no conocería al gentil Paris?

UNA DAMA

¡Oh! ¡Qué brillantez de floreciente vigor juvenil!

SEGUNDA DAMA

Fresco y jugoso como un albérchigo.

TERCERA DAMA

Los labios dibujados con finura, suavemente abultados.

CUARTA DAMA

Bien quisieras tú beber a pequeños sorbos en esa copa.

QUINTA DAMA

Es muy bello, aunque no precisamente fino.

SEXTA DAMA

Pero podría tener un poquito más de soltura.

UN CABALLERO

Creo oler aquí el zagal; nada de príncipe y nada de los modales de la corte.

OTRO CABALLERO

Vaya, así medio desnudo, no puede negarse que el mocito es hermoso, pero habría que verle antes con la armadura.

UNA DAMA

Se sienta muellemente, con gracia.

UN CABALLERO

Sobre sus rodillas estarías muy a gusto, ¿no es cierto?

OTRA DAMA

¡Apoya de una manera tan delicada el brazo sobre la cabeza!...

EL CHAMBELAN

¡Qué rustiquez! Eso no está permitido.

UNA DAMA

Vosotros, señores, en todo halláis que decir.

EL CHAMBELAN

¡En presencia del Emperador echarse de esa manera!

UNA DAMA

No hace más que representar su papel. Se figura estar solo.

EL CHAMBELAN

El espectáculo mismo aquí ha de ser decoroso.

LA DAMA

El sueño se ha apoderado suavemente del lindo mancebo.

EL CHAMBELAN

Y se pondrá luego a roncar; es lo más natural del mundo.

UNA JOVEN DAMA

(*Embelesada*).—A los vapores del incienso, ¿qué nuevo perfume se mezcla que me refrigera hasta lo más íntimo de mi corazón?

OTRA DAMA DE MAS EDAD

En efecto, penetra profundamente en el alma un hálito que emana de él.

LA DAMA MAS VIEJA

Es la flor del desarrollo, que en el joven es como la ambrosía, y se difunde por la atmósfera en torno suyo.

Aparece HELENA

MEFISTOFELES

¿Sería ella, pues? Ante esa, estaría yo tranquilo. Es bien parecida, no hay duda, pero no es de mi gusto.

EL ASTROLOGO

Esta vez, nada más tengo que hacer. Como hombre de honor, lo confieso y reconozco. La beldad avanza y aunque tuviera yo lenguas de fuego...Sobre la belleza, mucho se ha cantado en todo tiempo. Aquel a quien se aparece, siéntese enajenado; aquel a quien perteneció, fué dichoso en extremo.

FAUSTO

¿Tengo ojos aún? ¿Se muestra en lo más hondo de mi alma la fuente de la belleza vertida a plenos raudales? Mi pavoroso viaje me reporta la más feliz recompensa. ¡Cuán nulo, cuán cerrado estaba el mundo para mí! ¿Y qué no es ahora, desde mi sacerdocio? Por vez primera lo hallo apetecible, cimentado, duradero. ¡Desaparezca de mí la fuerza del aliento de vida si alguna vez me canso de ti! La bella forma que en otro tiempo me seducía y en mágico reflejo (1) me colmaba de dicha, no era más que una sombra de semejante beldad.—¡A ti consagro

(1) La imagen que Fausto vió en el espejo mágico en la Cocina de la Bruja.

el impulso de todas mis fuerzas, mi pasión entera; a ti las inclinaciones mías, amor, adoración, delirio!

MEFISTOFELES

(*Desde la concha del apuntador*).—Reprimíos, pues, y no salgáis de vuestro papel.

LA DAMA MAS VIEJA

Es alta, bien formada; sólo que la cabeza es demasiado pequeña.

LA DAMA MAS JOVEN

Mirad el pie. No puede ser más rústico.

UN DIPLOMATICO

Princesas he visto de esta forma. A mí me parece hermosa desde la cabeza hasta los pies.

UN CORTESANO

Acércase amorosa con disimulo al durmiente.

UNA DAMA

¡Qué fea es al lado de esa imagen de pura juventud!

UN POETA

Ella es quien le ilumina con los rayos de su belleza.

LA DAMA

¡Endimión y la Luna! (1). ¡Es un verdadero cuadro!

---

(1) El bello Endimión, sumido en perpetuo sueño por Júpiter en una gruta del monte Latmos, era visitado todas las noches por la amante Selene (la Luna).

EL POETA

¡Muy bien! La diosa parece bajarse; se inclina sobre él para aspirar su aliento. ¡Qué digno de envidia! ¡Un beso!. . .La medida está colmada.

UNA DUEÑA

¡En presencia de todo el mundo! Eso es sobrado extravagante.

FAUSTO

¡Temible favor para el joven!

MEFISTOFELES

¡Calma! ¡Silencio! ¡Déjale a la sombra hacer lo que le plazca.

EL CORTESANO

Ella se aleja callandito con pie ligero; él se despierta.

LA DAMA

Vuelve ella la cabeza. Bien me lo figuraba yo.

EL CORTESANO

El mocito se asombra. Es un prodigio lo que le acontece.

LA DAMA

Para ella no es ningún prodigio lo que se ofrece a su vista.

EL CORTESANO

Con decoro vuélvese hacia él.

LA DAMA

Ya observo que ella le está enseñando la lección. En casos semejantes, todos los hombres son unos imbéciles. Figúrase también, sin duda, ser el primero.

UN CABALLERO

No me objetéis su valer. Majestuosa, fina...

LA DAMA

¡La meretriz! Eso lo llamo ordinario.

UN PAJE

Yo quisiera hallarme en lugar de él.

EL CORTESANO

¿Quién no quedaría cogido en una red como ésta?

UNA DAMA

La joya ha pasado por tantas manos, que el oro está bastante desgastado.

OTRA DAMA

Desde los diez años no ha valido nada.

EL CABALLERO

Cuando llega la ocasión, cada cual toma para sí lo mejor. Yo me contentaría con esos hermosos restos.

UN PEDANTE

Véola claramente; sin embargo, confieso con toda franqueza que tengo mis dudas sobre si es la verdadera Helena. La presencia nos lleva a la exageración. Yo me atengo ante todo a lo escrito, y allí leo que, en efecto, gustó ella de un modo singular a todas las barbas grises de Troya; y, según imagino, esto se ajusta perfectamente aquí. No soy joven, y a pesar de ello, me gusta.

EL ASTROLOGO

No es ya un mozalbete. Es un héroe audaz que la sujeta sin que pueda ella defenderse, y con brazo vigoroso la levanta en vilo. ¿Intentará robarla?

FAUSTO

¡Loco temerario! ¡Cómo te atreves!...¿No me oyes?... ¡Tente!...¡Eso es demasiado!

MEFISTOFELES

Pero si tú mismo has creado ese juego de fantasmagoría.

EL ASTROLOGO

Una palabra no más. Después de todo cuanto ha ocurrido, yo titulo la pieza: *El Rapto de Helena.*

FAUSTO

¡Qué rapto! ¿No estoy yo para nada aquí? ¿No tengo en la mano esta llave? A través de los horrores, de las ondas y del oleaje de las soledades, ella me ha guiado aquí en sitio firme. Aquí hago pie. Lo de aquí son realidades. Desde aquí el espíritu osa luchar con los espíritus, y asegurarse el vasto y doble imperio (1). Ella, que tan lejos estaba, ¿cómo puede estar más cerca? Yo la salvo, y por lo mismo, es dos veces mía...¡Valor! ¡Madres! ¡Madres! Preciso es que me lo concedáis. Quien la ha conocido no puede vivir sin ella.

EL ASTROLOGO

¿Qué haces, Fausto? ¡Fausto!...La coge con violencia. La figura se torna ya confusa...Vuelve la llave hacia el joven, le toca...¡Ay de nosotros! ¡Ahora! ¡Al instante! (*Explosión. Fausto yace desvanecido en el suelo. Las dos Sombras se disipan en vapor.*)

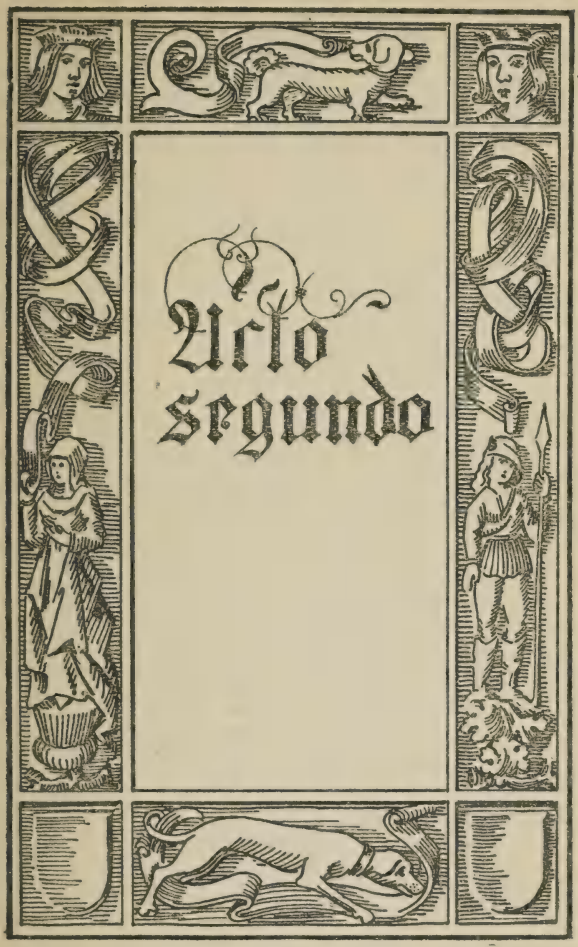
MEFISTOFELES

(*Cargándose a Fausto en hombros*).—¡Eso os habéis ganado! El encargarse de locos acaba por dañar al mismo diablo.

(*Tinieblas, tumulto*).

---

(1) El imperio de la poesía, de lo ideal, y el de la realidad.


Acto
segundo

ACTO SEGUNDO

Aposento gótico, estrecho, de alta bóveda, que en otro tiempo era el de Fausto, sin cambio alguno.

MEFISTOFELES

(*Saliendo de detrás de una cortina. Mientras la levanta y vuelve la cabeza hacia atrás, se ve a* FAUSTO *tendido en un lecho de tiempo antiguo*).—¡Reposa aquí, desdichado, preso en amorosos lazos difíciles de romper! Aquel a quien paralizó Helena, no recobra fácilmente la razón. (*Mirando en derredor.*) Que vuelva yo la vista hacia arriba, aquí o allí, nada veo cambiado, todo está intacto. Los vidrios de colores me parecen más empañados, hanse multiplicado las telarañas, la tinta está seca y el papel se ha puesto amarillento, pero todo permanece en su sitio. Hasta veo aquí aún la pluma con que Fausto firmó su pacto con el diablo. Sí, en el fondo de su cañón se ha cuajado una gotita de sangre que con maña le saqué. Por una pieza tan singular como ésta, yo felicitaría al mayor de los coleccionistas. La vieja pelliza pende también de la antigua percha y me trae a la memoria aquellas chanzas con que una vez aleccionaba yo al mozalbete (1), y con las cuales, joven ya, acaso se nutre todavía. Por cierto, que me entran deseos de cubrirme contigo, tosca y calien-

(1) El joven estudiante que figura en la primera parte de esta obra.

te envoltura, para pavonearme de nuevo dándome aires de profesor, como aquel que se figura en todo tener razón. Los sabios son entendidos en eso de darse tono, pero al diablo se le han quitado las ganas desde hace mucho tiempo.

(*Sacude la pelliza, que ha descolgado, y de ella se escapan cigarras, escarabajos y polillas.*)

CORO DE INSECTOS

¡Bien venido! ¡Bien venido, viejo patrón! Revoloteamos zumbando y te conocemos ya. Uno a uno, en silencio nos sembraste, y a millares, padre, venimos danzando. De un modo tal se oculta el disimulo en el pecho, que más pronto se descubren los piojitos de la pelliza.

MEFISTOFELES

¡Qué grata sorpresa me da esta joven creación! No hay más que sembrar y con el tiempo se recoge. Otra vez sacudo el viejo ropón, y todavía sale algún insecto revoloteando acá y acullá.—¡Arriba! ¡En todos lados! En cien mil rincones apresuraos, amiguitos míos, a esconderos; allí entre aquellas viejas arcas, aquí en el pardusco pergamino, en los polvorientos pedazos de añosas vasijas, en las vacías cuencas de aquellas calaveras. En un fárrago tal y en una mohienta vida como esa, nunca deben faltar grillos (1). (*Se envuelve con la pelliza.*) Ven, cúbreme una vez más las espaldas... Ahora soy de nuevo rector de colegio. Mas ¿de qué me sirve titularme así? ¿Dónde están los que por tal me reconocen?

(*Tira de la campana, que deja oír un sonido agudo, penetrante, por efecto del cual retiemblan las salas y se abren las puertas bruscamente.*)

---

(1) *Grillen*, en el original. Esta palabra tiene aquí el doble sentido de "grillo" y "quimeras."

EL FAMULO (1)

(*Llega vacilante por el largo corredor obscuro*).—¡Qué estrépito! ¡Qué sobresalto! La escalera vacila, tiemblan las paredes; a través de los trémulos vidrios multicoloros de las ventanas, veo la fulguración de la tormenta. Salta y se resquebraja el pavimento, y de lo alto caen, como menudo granizo, cal y cascote desprendidos de la bóveda. Y la puerta, a pesar de sus fuertes cerrojos, se abre con violencia, como empujada por una fuerza prodigiosa... ¡Qué veo allí! ¡Horror! Un gigante está en pie, cubierto con la vieja pelliza de Fausto. A sus miradas, a sus señas, siento doblarse mis rodillas. ¿Debo huír? ¿Debo quedarme? ¡Ay! ¿qué será de mí?

MEFISTOFELES

(*Haciéndole una seña*).—Acercaos, amigo mío. ¿No os llamáis Nicodemus?

EL FAMULO

Tal es mi nombre, respetable señor...*Oremus.*

MEFISTOFELES

Dejemos eso.

EL FAMULO

¡Cuánto me alegro de que me conozcáis!

MEFISTOFELES

Bien lo sé: ¡cargado de años y todavía estudiante, rancio señor! (2). También el hombre sabio sigue estudiando, porque no sabe hacer otra cosa. Así uno se edifica

(1) Este no es Wagner, fámulo de Fausto, que figura en la primera parte, sino el fámulo de Wagner, que ahora es doctor.

(2) Calificativo que en la jerga estudiantil, se aplicaba a aquellos que envejecían en las universidades alemanas.

un regular castillo de naipes, que ni aun el más grande ingenio deja acabado del todo. Pero vuestro amo es un pozo de sabiduría. ¿Quién no conoce al ilustre doctor Wagner, hoy día el primero en el mundo sabio? El solo es quien lo sostiene, él que diariamente enriquece la ciencia. Oyentes y discípulos, ávidos de todo saber, en tropel acuden a reunirse en derredor suyo. Sólo él relumbra desde la cátedra; como San Pedro, dispone de las llaves, y abre lo de abajo lo mismo que lo de arriba. Y por cuanto brilla y resplandece sobre todos, ninguna reputación, ninguna gloria se mantiene firme; hasta el nombre de Fausto queda eclipsado. El es el único que ha inventado.

EL FAMULO

Perdonad, respetable señor, si os digo...si me atrevo a replicaros que no se trata de nada de todo eso. La modestia es la parte que le ha tocado en suerte. No sabe él resignarse a la misteriosa desaparición del hombre insigne (1), de cuyo retorno espera encontrar dicha y consuelo. Como en los días del doctor Fausto, el aposento, intacto aún desde su partida, aguarda a su antiguo dueño. Apenas me atrevo a entrar en él. ¿Qué hora sideral (2) debe ser? Los muros parecían temblar de miedo, estremecíanse los montantes de las puertas, saltaron los cerrojos. De otra suerte, vos mismo no hubierais entrado aquí.

MEFISTOFELES

¿Dónde se ha metido ese hombre? Conducidme a su presencia, o traedle acá.

EL FAMULO

¡Ah! Su prohibición es harto rigurosa, y no sé si puedo atreverme. Atareado en la grande obra, desde algunos

(1) De Fausto.
(2) Hora sideral o astronómica en contraposición a la hora solar.

meses acá vive en el más silencioso retiro, y él, que es el más pulcro de los hombres de ciencia, tiene toda la facha de un carbonero; atezado desde las orejas hasta la nariz, encendidos los ojos a fuerza de soplar en el fuego, y así se consume por momentos con la música que produce el ruidoso chocar de las tenazas.

MEFISTOFELES

¿Me negaría la entrada? Yo soy el hombre que puede adelantar su dicha.

(*Vase el fámulo. Mefistófeles se sienta con gravedad.*)

No bien he tomado sitio aquí, veo moverse allí detrás un huésped que no me es desconocido. Pero esta vez es de los más modernos, y va a dar pruebas de una osadía sin límites.

EL BACHILLER

(*Llegando impetuosamente por el corredor*).—Abiertas hallo de par en par las puertas todas. Es, pues, de esperar al fin que aquel hombre que hasta ahora vivía como un cadáver enmedio de la podredumbre, habrá cesado de languidecer y consumirse y de morir para la vida misma. Esos muros, esos tabiques se inclinan amenazando desplomarse, y si no huímos al punto, nos alcanzará su caída y ruina. Audaz soy como ningún otro, y con todo, nadie me obligará a dar un paso más.—Pero ¿qué debo aprender hoy? ¿No era aquí donde, muchos años ha, llegaba yo temeroso y con el corazón oprimido, como buen estudiante novel, para entregarme confiado en manos de esos barbones e instruirme con su cháchara mentirosa?—Pertrechados con sus rancios libracos, encajábanme tantos embustes como cosas sabían, pues a lo que sabían ni ellos mismos daban fe, robando de esta suerte su vida y la mía. ¡Cómo!...¡Allí detrás, en la celda entreclara, alguien está sentado todavía!—Al acercarme, veo con asombro que está metido aún en la parda pelliza, ni

más ni menos que como le dejé, todavía cubierto con el tosco abrigo de pieles. Cierto es que entonces parecióme hábil de veras cuando yo no le comprendía aún. Pero lo que es esta vez, todo eso no me causará efecto alguno. Abordémosle con resolución. (*A Mefistófeles.*) Viejo señor, si por vuestra cabeza calva y caída de través no pasaron las turbias ondas del Leteo, ved llegar y reconoced en mí al estudiante emancipado ya de académicas férulas. Os encuentro aún tal como os veía; en cuanto a mí, vuelvo hecho otro hombre.

MEFISTOFELES

Huélgome de haberos atraído con el són de la campana. Entonces no os tenía yo en poco: la oruga, la crisálida, anuncian ya la futura mariposa de brillantes colores. Con vuestra cabeza rizada y vuestro cuello de encaje, sentíais un placer infantil. Seguramente no habéis nunca llevado coleta. Hoy os veo con el cabello al estilo sueco. Tenéis el aire del todo arrogante y *resoluto,* pero no os volváis a casa tan *absoluto* (1).

EL BACHILLER

Mi viejo señor, nos hallamos en el mismo sitio que la otra vez. Considerad, sin embargo, la corriente de los tiempos modernos, y excusad palabras de doble sentido. Ahora, al revés de antes, abrimos el ojo. Os burlasteis del bueno e ingenuo muchacho, y eso lo habéis logrado sin arte alguno, cosa a que hoy nadie se atreve.

MEFISTOFELES

Cuando a la juventud se le dice la pura verdad, en modb alguno les acomoda a los mozalbetes; mas, cuando transcurridos varios años, la han duramente experimentado ellos sobre su mismo pellejo, entonces, en su petulancia,

(1) Las palabras *resoluto* y *absoluto* envuelven una ironía, una intención burlona, y encierran una sarcástica alusión a la filosofía de lo Absoluto de Fichte, Hegel y otros.

se figuran que ha salido de su propio caletre, y así van diciendo que el maestro era un imbécil.

EL BACHILLER

Un trapalón tal vez... Y si no, ¿qué profesor nos dice cara a cara la verdad? Cada cual sabe exagerar lo mismo que disminuir, ya en serio, ya en discreta chanza, delante de cándidos niños.

MEFISTOFELES

Ciertamente, hay una edad para aprender; para enseñar, a lo que veo, vos mismo estáis dispuesto. Desde muchas lunas, desde algunos soles (1), habréis, sin duda, adquirido grande experiencia.

EL BACHILLER

¡Experiencia! Espuma y polvo, y no corre parejas con el talento. Confesad que lo que en todo tiempo se ha sabido, no vale absolutamente la pena de saberse.

MEFISTOFELES

(*Después de una pausa*).—Mucho tiempo ha que esa es mi opinión. Yo era un loco, y ahora me parece que soy muy insulso y necio.

EL BACHILLER

Mucho me regocija eso. Al fin oigo alguna cosa razonable. Sois el primer viejo sensato que he conocido.

MEFISTOFELES

Buscaba un tesoro escondido, y en vez de oro, saqué horribles carbones.

EL BACHILLER

Confesad, pues, que vuestra calva cabeza no vale más que esos cráneos vacíos que están ahí.

(1) Lunas, soles; meses, años.

MEFISTOFELES

(*Con aire bonachón*).—¿No sabes tú, amigo mío, lo grosero que eres?

EL BACHILLER

En alemán, miente uno cuando se muestra cortés (1).

MEFISTOFELES

(*Se adelanta cada vez más con su sillón de ruedas hacia el proscenio y se dirige a la gente del patio*).—Aquí arriba me niegan aire y luz. ¿Hallaré acogida entre vosotros?

EL BACHILLER

Encuentro presuntuoso que, hacia el término más ruin, se pretenda ser algo cuando ya no se es nada. La vida del hombre está en la sangre, y ¿dónde bulle la sangre como en el joven? La sangre viva, en fresco vigor, es la que, de la vida, hace brotar una vida nueva. Allí todo se agita, allí se hace algo; lo débil sucumbe, lo fuerte progresa. En tanto que nosotros hemos conquistado medio mundo, ¿qué habéis hecho vosotros, pues? Dar cabezadas, cavilar, soñar, examinar; planes y siempre planes. No hay duda: la vejez es una fiebre fría en medio del calofrío de una impotencia caprichuda. Aquel que ha pasado de los treinta años, está ya lo mismo que muerto. Lo mejor fuera quitaros la vida a tiempo.

MEFISTOFELES

A eso, el diablo nada más tiene que decir.

EL BACHILLER

Si no quiero yo, no puede haber ningún diablo.

---

(1) Goethe tenía formado de sus compatriotas en general un desfavorable concepto. ' Sin duda transcurrirán algunos siglos—decía—para que de ellos pueda decirse: Eran entonces unos bárbaros, pero de eso hace ya mucho tiempo." (*Conversaciones con Eckermann*).

MEFISTOFELES

(*Aparte*).—Y sin embargo, dentro de poco el diablo te echará la zancadilla.

EL BACHILLER

Esta es la más noble misión de la juventud. El mundo no existía antes de haberlo creado yo; yo hice surgir el sol del seno del mar; conmigo la luna empezó el curso de sus fases; el día se engalanó entonces a mi paso; cubrióse de verdor la tierra y floreció a mi llegada. A una seña mía, en aquella primera noche se ostentó el esplendor de todos los astros. ¿Quién, fuera de mí, os libró de todas las trabas de las pedestres ideas que os sujetaban? Yo, empero, libre, según se me antoja, sigo contento y gozoso mi luz interior, y con paso acelerado marcho en medio del más íntimo embeleso, teniendo la claridad ante mí, y detrás las tinieblas. (*Vase.*)

MEFISTOFELES

¡Qué original! Vete en tu jactancia. ¡Cuánto te mortificaría el considerar esto: ¿Quién puede pensar cosa alguna, disparatada o razonable, que no hayan pensado ya nuestros antecesores?... Pero con ése, nada hemos de temer; dentro de pocos años la cosa habrá cambiado. Por muy extravagante que sea la manera de agitarse el mosto, no por eso al fin deja de haber vino. (*A los jóvenes del patio que no aplauden.*) Os quedáis fríos al oír mis palabras; os lo perdono, buenos niños. Tenedlo presente: El diablo es viejo; envejeced, pues, para comprenderlo.

UN LABORATORIO

al estilo de la edad media; complicados y toscos aparatos para fines fantásticos

WAGNER

(*Junto al hornillo*).—Suena la campana; su tañido formidable hace retemblar los muros ennegrecidos por el hollín. No puede durar más tiempo la incertidumbre de la más atenta espera. Acláranse ya las tinieblas; en el fondo de la redoma ya empieza a enrojecerse una cosa cual si fuera carbón encendido, sí, como el más precioso carbunclo, que despide claros destellos a través de la obscuridad. Aparece una viva luz blanca. ¡Ah! ¡que no lo pierda yo esta vez!...¡Oh, Dios! ¿Qué es lo que produce ese ruido en la puerta?

MEFISTOFELES

(*Entrando*).—¡Salve! Es con buena intención.

WAGNER

(*Inquieto*).—¡Salud a la estrella del momento! (*En voz baja*) —Pero retened en la boca palabra y respiro. Está a punto de consumarse una obra grandiosa.

MEFISTOFELES

(*Más bajo*).—¿Qué hay, pues?

WAGNER

(*Más bajo*).—Se está formando un sér humano.

MEFISTOFELES

¿Un sér humano? ¿Y qué amorosa pareja habéis encerrado en el cañón de la chimenea?

WAGNER

¡Dios me libre! La manera de procrear al estilo de antes, la declaramos vana simpleza. El delicado punto de donde brota la vida, la deleitosa fuerza que se lanzaba del interior y recibía y daba, destinada a darse forma a sí misma y asimilarse primero lo que tiene más cerca y luego lo extraño, todo eso se halla ahora destituido de su dignidad. Si el bruto sigue aún hallando placer en ello, el hombre, con sus nobles facultades, ha de tener en lo sucesivo un origen más puro, más elevado. (*Vuelto de cara al hornillo.*) ¡Esto reluce! ¡Ved!...Ahora sí que es realmente de esperar que si con la mezcla de muchos centenares de ingredientes —pues todo consiste en la mezcla—componemos con facilidad la humana substancia, si la encerramos en un alambique y la cohobamos de la manera debida, la obra se lleva así a cabo en silencio. (*Vuelto otra vez de cara al hornillo.*) ¡Eso va marchando! La masa se agita más clara. Cada vez más firme es mi convicción. Lo que se ponderaba como misterioso en la Naturaleza, osamos nosotros experimentarlo de un modo racional, y lo que ella hasta ahora dejaba organizarse, lo hacemos nosotros cristalizar.

MEFISTOFELES

Quien largo tiempo vive, mucho ha aprendido; nada nuevo se le puede ofrecer en este mundo. Yo he visto ya, en mis años de viaje, pueblos enteros cristalizados.

WAGNER

(*Que hasta aquí ha estado siempre mirando con atención la redoma*).—Esto sube, esto centellea, esto se condensa. Dentro de un instante estará hecha la cosa. Un gran proyecto parece insensato al principio, pero de hoy más nos reiremos del azar, y así, un cerebro que deba pensar de un modo perfecto, en lo venidero será también obra de

un pensador. (*Contemplando extasiado la redoma.*) Una fuerza suave hace sonar el vidrio. Esto se enturbia, esto se clarifica; así, pues, la cosa tiene que realizarse. En una graciosa forma, veo moverse un gentil hombrecillo. ¿Qué más queremos? ¿Qué más quiere ahora el mundo? El misterio está en plena luz. Prestad oído a este rumor; se convierte en voz, pasa a ser lenguaje.

HOMUNCULO

(*Dentro de la redoma, a Wagner*) (1).—¡Hola, querido papá! ¿Cómo va eso? De cierto, no era cosa de risa. Ven, estréchame muy tiernamente contra tu corazón. Pero cuidado con apretar mucho, para que no se quiebre el vidrio. Ved ahí lo que son las cosas: para lo natural, apenas basta el universo, mientras que lo artificial sólo requiere un reducido espacio. (*A Mefistófeles.*) ¿Tú por aquí, buena pieza? Mi señor primo, en el momento oportuno te doy las gracias. Un hado feliz te condujo aquí entre nosotros; ya que existo, debo también mostrarme activo. Quisiera disponerme ahora mismo para el trabajo; tú eres hábil para acortarme los caminos.

WAGNER

Una palabra no más. Hasta el presente he debido verme confuso, pues viejos y jóvenes me asediaban con problemas. Por ejemplo: nadie ha podido comprender todavía cómo el alma y el cuerpo, que tan bien se relacionan, se hallan unidos de un modo tan estrecho como si jamás debieran separarse, y no obstante, se amargan sin cesar la vida. Además...

---

(1) Homúnculos son unos hombres en miniatura, que ciertos alquimistas pretenden haber creado artificialmente por medio de procedimientos espagíricos. Tales criaturas son transparentes, incorpóreas pero están dotadas de maravillosa inteligencia, y por sus actos y po eres pueden compararse a los espíritus elementales.

MEFISTOFELES

¡Alto ahí! Yo quisiera mejor preguntar: ¿por qué marido y mujer se llevan tan mal? Eso, amigo mío, no llegarás nunca a ponerlo en claro. Bastante hay que hacer aquí, y eso precisamente es lo que quiere el chiquitín.

HOMUNCULO

¿Qué hay que hacer?

MEFISTOFELES

(*Señalando una puerta lateral*).—Muestra aquí tu talento.

WAGNER

(*Mirando siempre el interior de la redoma*).—¡Eres verdaderamente un chico encantador!

Abrese la puerta lateral y se ve a FAUSTO *tendido en el lecho.*

HOMUNCULO

(*Atónito*).—¡Estupendo! (1)...(*La redoma se escapa de las manos de Wagner, se cierne por encima de Fausto y le ilumina*).—¡Qué bello es cuanto nos rodea!...Aguas cristalinas en el soto umbrío, mujeres que se desnudan. ¡Qué hechiceras! Eso va siendo mejor cada vez. Una de ellas, sin embargo, se distingue por su esplendor; pertenece a la más ilustre raza de héroes y seguramente a la de los dioses. Pone el pie en el diáfano líquido; la suave llama vital de su majestuoso cuerpo se templa en el flexible cristal de la onda...Mas ¿qué rumor de alas vivamente

(1) Fausto está viendo en sueños el mito de Leda (madre de Helena), visitada en las orillas del río Eurotas en donde se bañaba, por el enamorado Júpiter en forma de cisne. Este sueño es el que a continuación describe Homúnculo.

agitadas, qué murmurio, qué susurro altera así el pulido espejo? Las jóvenes huyen azoradas. Sola se queda la Reina mirando tranquila y ve, con vanidoso placer femenil, estrecharse contra sus rodillas al príncipe de los cisnes, manso hasta la impertinencia. Parece familiarizarse... Mas, de pronto, elévase un vapor y cubre con un tupido velo la más deliciosa de todas las escenas.

MEFISTOFELES

¡Qué de cosas no tienes tú que contar! Todo lo que tienes de diminuto, tienes de gran visionario. Yo nada veo...

HOMUNCULO

Lo creo así. Tú, que eres del Norte y naciste en la edad nebulosa, en el caos de la caballería y del poder clerical, ¿cómo estarían expeditos tus ojos aquí? Sólo en medio de las sombras estás en tu elemento. (*Mirando en derredor.*) ¡Mole de piedra negruzca, enmohecida, repugnante, de arcos ojivales, ruin, recargada de adornos de pésimo gusto! Si llega él a despertar, eso le dará nueva pesadumbre, y se quedará muerto al punto aquí mismo. Fuentes en medio de la arboleda, cisnes, desnudas beldades, tal era su sueño lleno de presentimientos; ¿cómo podría habituarse a este sitio? Yo, el más acomodadizo de los seres, apenas puedo sufrirlo. Partamos ahora con él.

MEFISTOFELES

La escapatoria ha de gustarme.

HOMUNCULO

Manda al guerrero al combate; lleva la joven al baile, y así se arregla todo en seguida. Esta es precisamente, ahora lo recuerdo, la clásica noche de Walpurgis. No podía presentarse ocasión mejor para conducirle a su elemento.

MEFISTOFELES

Jamás oí hablar de tal cosa. (1)

HOMUNCULO

¿Y cómo podía eso llegar a vuestros oídos? Vos conocéis tan sólo los fantasmas románticos; el verdadero fantasma debe ser también clásico.

MEFISTOFELES

Entonces, ¿hacia qué lado hay que emprender el viaje? Ya estoy hastiado de mis antiguos colegas.

HOMUNCULO

Al noroeste, Satán, se halla tu región predilecta; pero esta vez hacemos rumbo hacia el sudeste...Por una dilatada planicie corre libre el Peneo (2) formando frescos y apacibles remansos cercados de malezas y árboles; extiéndese la llanura hacia las gargantas de las montañas...y arriba está situada la antigua y moderna Farsalia.

MEFISTOFELES

¡Uf! ¡Quita allá! Y deja a un lado esas luchas entre la tiranía y la esclavitud (3). Eso me causa enfado, pues no bien concluye la cosa, la empiezan ellos de nuevo, sin que nadie se percate de que no está hostigado sino por Asmodeo (4), que permanece detrás. Bátense, a lo que dicen, por los derechos de la libertad, y bien mirado, no son más que esclavos contra esclavos.

---

(1) Esto es, de una Noche de Walpurgis clásica. En la primera parte del poema se describe la Noche de Walpurgis romántica, que tiene por escenario las asperezas del Brocken. La clásica, que pasa en Grecia, es la de que se habla en esta segunda parte.

(2) Río de Tesalia.

(3) Al oír el nombre de Farsalia, recuerda Mefistófeles la batalla librada entre César y Pompeyo, la cual dió por resultado la caída de la República.

(4) El demonio exterminador.

HOMUNCULO

Deja a los hombres su natural indómito; es menester que cada uno se defienda como pueda desde niño; así llega finalmente a ser hombre. Ahora sólo se trata de saber cómo puede sanar este infeliz (1). Si cuentas con algún medio, haz aquí mismo la prueba; si nada puedes hacer, déjalo entonces para mí.

MEFISTOFELES

Más de una pequeña escena del Brocken habría para ensayar, pero encuentro echados los cerrojos del paganismo. El pueblo griego nunca valió gran cosa, pero os deslumbra con su libre sensualismo y seduce el corazón humano con pecados risueños, mientras que los nuestros siempre los encontrarán tenebrosos. Y ahora, ¿qué hay que hacer?

HOMUNCULO

Sin duda, no eres tímido de ordinario, y si yo te hablo de las hechiceras de Tesalia (2), creo haber dicho algo.

MEFISTOFELES

(*Con avidez*).—¡Las hechiceras de Tesalia! ¡Muy bien! Son personas esas de quienes me informé mucho tiempo ha. Pasar con ellas noche tras noche, no creo que sea muy divertido; pero como visita, como ensayo...

HOMUNCULO

Venga el manto y que se extienda alrededor del caballero. Ese guiñapo os llevará, como hasta ahora, al uno y al otro. Yo voy delante para alumbraros.

---

(1) Fausto.

(2) Famosas magas, que con sus hechizos atraían a los hombres y los transformaban en lobos, leones, osos u otras fieras, como hizo la bella Circe con los compañeros de Ulises en la isla de Ea. Apuleyo da a estas hechiceras el nombre de Lamias, y con esta denominación las encontramos en la Noche de Walpurgis clásica, bromeando con Mefistófeles.

WAGNER

(*Con angustia*).—¿Y yo?

HOMUNCULO

¡Bah! Tú te quedas en casa para hacer alguna cosa de mayor importancia. Despliega los viejos pergaminos; junta según las reglas, los elementos vitales y con cuidado combínalos unos con otros. Considera bien el *porqué* y considera más aún el *cómo*. En tanto que yo recorro una pequeña parte del mundo, descubro tal vez el puntito sobre la i (1). Entonces se ha logrado el principal objeto. Un esfuerzo tal, bien merece semejante recompensa: oro, honores, gloria, vida sana y dilatada...y también, quizás, ciencia y virtud. ¡Adiós!

WAGNER

(*Desolado*).—¡Adiós! Esto me oprime el corazón. Temo ya no volver a verte jamás.

MEFISTOFELES

Ahora, ¡resueltamente al Peneo! No hay que desairar al señor primo. (*A los espectadores.*) Al fin dependemos siempre de las criaturas que son obra nuestra.

NOCHE DE WALPURGIS CLASICA

Campos de Farsalia.—Obscuridad

ERICTO (2)

Para la horripilante fiesta de esta noche, llego aquí, como tantas otras veces, yo, la sombría Ericto, no tan espantosa, empero, como en su exageración me difaman los malditos

(1) El remate de la obra, que, para Homúnculo, es la existencia corpórea, la plena y libre vida humana, indispensable a su naturaleza casi completamente espiritual.

(2) Maga de Tesalia.

poetas, que no agotan jamás elogios ni vituperios...A lo lejos, paréceme que el valle está cubierto de blancura por la oleada de las grises tiendas de campaña, cual visión retrospectiva de la noche más azarosa y siniestra. ¡Cuántas veces se ha repetido ya tal espectáculo y se renovará sin cesar eternamente! (1)...Nadie cede el imperio a otro; nadie deja de envidiarlo a quien lo ha conquistado por la fuerza, y por la fuerza domina. Pues no hay uno, incapaz de gobernarse a sí mismo, que no arda en deseos de gobernar la voluntad del vecino según sus propias miras orgullosas...Aquí mismo, con la guerra, se dió un buen ejemplo: vióse cómo al más fuerte se opone la fuerza, cómo se hace trizas la hermosa corona de mil flores de la libertad, cómo en torno de la cabeza del dominador se dobla el rígido laurel. Aquí soñaba Pompeyo el Magno con un día florido de su primera grandeza (2). Allí velaba César observando atento el fiel de la balanza. Van a medirse de nuevo, pero el mundo sabe a quién sonrió la suerte.—Arden los fuegos de la guardia del campo despidiendo rojizas llamas; la tierra exhala, cual reflejo luminoso, el vaho de la sangre derramada, y atraída por el extraño resplandor maravilloso de la noche, congrégase la turba del mito helénico. En derredor de todas las hogueras, flota incierta o se sienta cómodamente la fabulosa creación de antiguos días...La luna no está en su lleno, cierto es; pero, brillante y serena, elévase difundiendo por doquiera su dulce claridad; desaparece la ilusión de las tiendas; los fuegos arden con luz azulada.—Mas, ¿qué inesperado meteoro será ese que sobre mí se cierne? Resplandece e ilumina un globo corpóreo. Husmeo la

---

(1) Existe la supersticiosa creencia de que todos los años, en el aniversario de la batalla, las sombras de los guerreros muertos aparecen en el campo y renuevan la pelea entre sí.

(2) Refiere Luciano que en la víspera de la batalla, Pompeyo soñó que el pueblo le saludaba en el teatro con gritos de júbilo, como otra vez le aclamó por su primer triunfo.

vida. En este caso, no me puede convenir acercarme a un sér viviente, pues soy funesta para él; esto me acarrea un mal nombre y no me reporta el menor provecho. Ya desciende. Después de pensarlo con madurez, yo me esquivo (1). (*Se aleja.*)

LOS VIAJEROS AEREOS, *en lo alto*

HOMUNCULO

Demos una vuelta más por encima de los horrores de las llamas y del espanto, pues el fondo del valle ofrece un aspecto altamente fantástico.

MEFISTOFELES

Cuando, como si fuera por la antigua ventana, en el fango y el horror del Norte, veo espeluznantes fantasmas, lo mismo aquí que allí, siéntome muy a mi gusto.

HOMUNCULO

¡Mira! Por allí se aleja, dando zancadas, una estantigua delante de nosotros.

MEFISTOFELES

Parece que anda despavorida; nos ha visto pasar por los aires.

HOMUNCULO

Deja que se vaya.—Pon en el suelo a tu caballero, y al punto volverá a la vida, pues la busca en el reino de la Fábula.

FAUSTO

(*Tocando el suelo*).—¿Dónde está? (2)

---

(1) Según Lucano, Ericto evita la compañía de los hombres y suele vivir en las tumbas.

(2) Helena.

HOMUNCULO

No sabríamos decírtelo, pero es probable que la encuentres a fuerza de preguntar por ella. Dándote prisa, puedes, antes que amanezca, ir siguiendo su rastro de llama en llama. Para quien ha osado ir hasta las Madres, ya nada hay insuperable.

MEFISTOFELES

También estoy aquí por mi propio interés. Así, opino que lo mejor para nuestro buen éxito, sería que cada cual tentara entre las fogatas sus propias aventuras. Y luego, para reunirnos de nuevo, chiquitín, haz lucir y sonar tu linterna.

HOMUNCULO

Así es como lucirá y sonará. (*El vidrio suena y resplandece de un modo intenso.*) Ahora vamos resueltamente en busca de nuevas maravillas.

Vanse HOMUNCULO *y* MEFISTOFELES

FAUSTO

(*Solo*).—¿Dónde está?...No preguntes más ahora... Si no era ésta la tierra que la sostenía, si no era ésta la onda que se rompía a sus pies, era el aire que hablaba su lengua. ¡Aquí! Por un prodigio, ¡aquí en Grecia! Al punto sentí el suelo que yo pisaba. Desde que, durante mi sueño, un espíritu acaba de enardecerme, soy por mi ánimo un Anteo (1). Y aunque hallara yo reunido aquí lo más peregrino, escudriñaría solícito ese laberinto de llamas. (*Aléjase.*)

---

(1) Famoso gigante, hijo de Neptuno y de la Tierra.

EN EL ALTO PENEO

MEFISTOFELES

(*Huroneando por todas partes*).—Según voy errando a través de esos pequeños fuegos, encuéntrome de todo punto extraño. Todo lo veo casi desnudo, y aquí y allí sólo vestido con camisa. Las descaradas esfinges (1), los impudentes grifos (2) y qué sé yo cuantos otros seres rizados y alados se reflejan en el ojo, por delante y por detrás... Cierto es que nosotros también somos indecentes de corazón, pero encuentro lo antiguo demasiado a lo vivo; habría que sujetarlo al gusto más moderno y revestirlo de diversas maneras, según la moda... ¡Es un pueblo asqueroso! Mas por ello no ha de pesarme el saludarlos de un modo conveniente cual nuevo huesped... ¡Felicidades mil a las hermosas damas (3), a los discretos gofos! (4)

UN GRIFO

(*Con una voz parecida al graznido*).—¡No gofos! ¡Grifos! A nadie le gusta oírse llamar gofo. Cada vocablo suena según el origen del cual deriva: grimoso, grotesco, granuja, grosero, gravoso, gruñón, etimológicamente suenan de un modo parecido, pero son malsonantes para nosotros (5).

---

(1) Esfinge: monstruo fabuloso que tenía la cabeza y el pecho de una hermosa joven, cuerpo y garras de león, alas de águila y una cola como la del dragón, terminada con un dardo.

(2) Grifo: animal fabuloso; águila de medio cuerpo arriba, y león de medio abajo, con dos alas y cuatro pies.

(3) Las Esfinges, por cuanto tienen de mujer el rostro y el pecho.

(4) *Greisen* (viejos), en el texto alemán, en contraposición a *Greifen* (grifos).

(5) Sátira contra ciertos filólogos que inventan las etimologías más disparatadas.

MEFISTOFELES

Y no obstante, sin desviarnos del asunto, la voz *garfa* no se aviene mal con el honroso título de *grifo*.

EL GRIFO

(*Como antes y siempre continuando*).—¡Naturalmente! Bien probada está la filiación. Censurada a menudo, es verdad, pero más a menudo aún, objeto de elogios. No hay más que echar la garra a las chicas, a las coronas, al oro: las más de las veces la fortuna es propicia al rapiñador.

HORMIGAS

(*De una especie colosal*).—Ya que de oro habláis, nosotras habíamos allegado mucho y escondido secretamente en rocas y cavernas. El pueblo de los Arimaspos (1) lo descubrió, y ahora se ríen allí por habérselo llevado.

LOS GRIFOS

Ya haremos nosotros que lo confiesen.

LOS ARIMASPOS

Pero que no sea en esta desenfrenada noche de holgorio. De aquí a mañana, todo se habrá derrochado. Esta vez nos habremos salido con la nuestra.

MEFISTOFELES

(*Que se ha situado entre las Esfinges*).—¡Cuán fácilmente y de buen grado me habitúo aquí! Los voy conociendo uno por uno.

---

(1) Pueblo fabuloso formado de cíclopes, que estaban en lucha con los grifos, disputándoles las arenas de oro que éstos guardaban. (Herodoto, IV, 27).

UNA ESFINGE

Nosotras emitimos nuestros sonidos de espíritu, y vosotros les dais cuerpo en seguida (1). Ahora nómbrate, hasta que te conozcamos mejor.

MEFISTOFELES

Con multitud de nombres cree la gente nombrarme. ¿Hay ingleses aquí? Como suelen viajar tanto en busca de campos de batalla, de saltos de agua, de muros derruidos, de clásicos parajes cubiertos de musgo, este sitio sería para ellos un objeto digno de atención. Atestiguarían también que en las antiguas farsas teatrales se me veía allí desempeñar el papel de *Old Iniquity* (2).

LA ESFINGE

¿Y cómo se pudo llegar a eso?

MEFISTOFELES

¿Cómo? Ni yo mismo lo sé.

LA ESFINGE

Es posible. ¿Tienes algún conocimiento de las estrellas? ¿Qué dices tú de la hora presente?

MEFISTOFELES

(*Mirando al cielo*).—La estrella corre tras la estrella; la luna cercenada brilla con luz clara, y yo me hallo muy bien en este agradable sitio, calentándome junto a tu piel de león. Lástima fuera encumbrarse a tales alturas. Propón algunos enigmas, o cuando menos alguna charada.

---

(1) Este obscuro pasaje alude a la solución del enigma de la Esfinge de Tebas (dada en antiguos tiempos por Edipo).

(2) Grotesco personaje que en los antiguos dramas morales del teatro inglés acompañaba al Diablo, a quien azotaba con un látigo. Era la personificación del vicio, y por esto se le designaba también con el nombre de *Vice* u *Old Vice*.

LA ESFINGE

Defínete solamente a ti mismo. Eso será ya un enigma. Intenta una vez siquiera descifrarte lo más íntimamente posible. "Necesario para el justo, lo mismo que para el pecador; para el uno, es una coraza con que ejercitarse en la esgrima ascética; para el otro, un compañero que le ayuda a cometer locuras, y lo uno y lo otro únicamente para divertir a Júpiter." (1).

EL PRIMER GRIFO

(*Graznando*).—No me gusta ése.

EL SEGUNDO GRIFO

(*Graznando más fuerte*).—¿Qué querrá de nosotros?

LOS DOS

Ese bergante está de más aquí.

MEFISTOFELES

(*Brutalmente*).—¿Crees tú acaso que las uñas del huésped no hacen cosquillas tan bien como tus agudas garfas? Pruébalo una vez.

LA ESFINGE

(*Afable*).—Puedes quedarte siempre, pero tú mismo te apartarás de nuestra compañía. En tu país te diviertes de lo lindo, mientras que, si no me engaño, aquí te aburres.

MEFISTOFELES

Eres muy apetitosa mirada por arriba, pero por abajo la bestia me da miedo.

---

(1) Bien clara es la solución de este enigma: el Diablo. Esto prueba que las Esfinges conocieron en seguida a Mefistófeles.

LA ESFINGE

¡Farsante! Vienes para tu amarga penitencia (1), pues nuestras garras están sanas. En cuanto a ti, con tu encogido pie de caballo, eso no se acomoda a nuestra sociedad.

(LAS SIRENAS (2) *preludian en lo alto.*)

MEFISTOFELES

¿Qué aves son esas que están meciéndose en las ramas de los álamos del río?

LA ESFINGE

¡Andad con cuidado! Ese canto monótono ha vencido ya a los más osados.

LAS SIRENAS

(*Cantando*).—¿Por qué deseáis echaros a perder entre esos monstruos deformes? Oíd, nosotras venimos aquí por legiones y entonando armoniosos cantos, cual corresponde a las Sirenas.

LAS ESFINGES

(*Escarneciéndolas con la misma melodía*).—Obligadlas a descender. En las ramas ocultan sus feas garras de azor para acometeros sin piedad si les prestáis oído.

LAS SIRENAS

¡Fuera odios! ¡Fuera envidias! Juntemos las alegrías más puras esparcidas bajo el cielo. Que en el agua y en la tierra se acoja al bienvenido huésped con el semblante más risueño.

---

(1) Para padecer el suplicio de Tántalo.

(2) Se las representa en figura de aves con cabeza de mujer. Otras veces, aunque impropiamente, se las pinta como monstruos, cuya parte superior es de mujer y la inferior de pez. Acompañan su canto pulsando una lira o tocando una doble flauta u otros instrumentos. Cuéntase de ellas que con su dulce canto atraían a los viajeros para devorarlos después.

MEFISTOFELES

He aquí unas lindas novedades: el sonido de la garganta y el de las cuerdas (1), que se enlazan uno con otro. Para mí se acabaron ya los gorgoritos; son una cosa que me hace cosquillas alrededor de los oídos, pero que no penetra hasta el corazón.

LAS ESFINGES

No hables de corazón. Es inútil. Una arrugada bolsa de cuero es lo que mejor cuadra con tu facha.

FAUSTO

(*Avanzando*).—¡Qué maravilloso! El espectáculo me llena de satisfacción. En medio de lo monstruoso, veo grandes, vigorosos trazos. Presiento ya una suerte favorable. ¿Adónde me transporta esta vista imponente? (*Señalando las Esfinges*). Ante éstas detúvose un día Edipo. (*Señalando las Sirenas*). Ante éstas se retorcía Ulises en sus ataduras de cáñamo. (2) (*Señalando las hormigas*). Por éstas fué acumulado el más rico tesoro. (*Señalando los Grifos*). Por éstos fué guardado fielmente y de un modo irreprochable. Siéntome penetrado de un nuevo espíritu; grandes las figuras, grandes los recuerdos.

MEFISTOFELES

Otras veces los hubieras ahuyentado a fuerza de maldiciones; mas ahora eso parece interesante, pues allí donde se busca a la mujer amada, hasta los monstruos son bien acogidos.

---

(1) Las cuerdas de las liras que pulsan las Sirenas.

(2) Ulises, advertido por Circe de los peligros que le amenazaban al pasar por delante de las Sirenas, hízose atar a un mástil de la nave, prohibiendo a sus compañeros que le desligaran. Pero, seducido por la voz y las halagüeñas promesas de las ninfas del mar, retorcíase desesperado al ver que sus compañeros se resistían a librarle de sus ataduras.

FAUSTO

(*A las Esfinges*).—Vosotras, imágenes de mujeres, preciso es que me respondáis: ¿Alguna de vosotras ha visto a Helena?

LAS ESFINGES

No alcanzamos hasta sus días. Hércules dió muerte a la última de nosotras (1). Podrías informarte de eso por Quirón (2), que anda galopando por estos contornos en la presente noche de fantasmas. Si se detiene por ti, mucho habrás adelantado.

LAS SIRENAS

Pero eso no te haría tampoco falta alguna. . . (3). Cuando Ulises se detuvo entre nosotras sin pasar de prisa lanzando improperios (4), sabía muchas cosas que contar; todo te lo confiaríamos si quisieras venirte a nuestras regiones junto al verde mar.

UNA ESFINGE

No te dejes engañar, noble señor. En vez de hacerte atar como Ulises, deja que te liguen nuestros buenos consejos. Si puedes encontrar al egregio Quirón, sabrás lo que yo te prometí.

(*Fausto se aleja.*)

---

(1) Hércules limpió de monstruos la tierra; pero lo que se dice aquí acerca del exterminio de las Esfinges, es pura invención de Goethe. Sin embargo, Schnetger interpreta este pasaje diciendo que alude al derrocamiento de las monstruosas formas del arte primitivo.

(2) El centauro Quirón vivía en los montes, siempre armado de arco. Adquirió vastos conocimientos en la caza, gimnasia, adivinación, astronomía y medicina, hasta el punto de ser considerado como el mejor médico de su tiempo.

(3) Se sobreentiende: "si te quedaras con nosotras." Las astutas Sirenas dejan la frase sin terminar.

(4) Las Sirenas mienten con la mayor desfachatez, para atraer a Fausto.

MEFISTOFELES

(*Desazonado*).—¿Qué es aquello que pasa graznando y batiendo las alas, tan veloz que no se le puede distinguir, y siempre uno tras otro? Fatigarían al cazador.

LAS ESFINGES

Comparables a los tempestuosos aquilones de invierno y apenas accesibles a las saetas de Alcides (1), son las raudas Estinfálidas (2), con su pico de buitre y sus patas de ánsar. Nos saludan amistosamente con tales graznidos. De buen grado quisieran ellas exhibirse como de una casta igual en nuestros círculos.

MEFISTOFELES

(*Como azorado*).—Otra cosa aun silba por allí.

LA ESFINGE

Ante ellas, no abriguéis temor alguno. Son las cabezas de la Hidra de Lerna (3) que, separadas del tronco, se figuran ser algo. Mas decid: ¿qué os pasa? ¿qué inquietos ademanes son esos? ¿adónde queréis ir? ¡Partid, pues!... Ya lo veo: aquel coro hace de vos un torcecuello (4). No os violentéis; id, y saludad a tanto rostro hechicero. Son las Lamias, (5) refinadas y apetitosas rame-

---

(1) Hércules.

(2) Aves monstruosas que habitaban en las orillas del lago Estinfalo. Tenían la cabeza, las alas y el pico armados de hierro; lanzaban sus plumas, a guisa de dardos, contra sus perseguidores y gustaban mucho de la carne humana. Hércules las exterminó a flechazos.

(3) Monstruo terrible que habitaba en el lago de Lerna. Tenía siete cabezas, las cuales renacían conforme las iban cortando. Su muerte constituyó uno de los doce trabajos de Hércules.

(4) Ave trepadora que, al verse en peligro, eriza las plumas de la cabeza y tuerce el cuello hacia atrás.

(5) Especie de vampiros sedientos de sangre humana. Preséntanse bajo la máscara de agraciadas y seductoras jóvenes, que con sus hechizos y halagos atraen a los hombres mozos para causar su perdición.

ras, de boca risueña y semblante procaz, como les gusta a los sátiros. Un pie de cabrón puede allí atreverse a todo.

MEFISTOFELES

Pero vosotras, ¿os quedáis aquí para que os encuentre yo de nuevo?

LA ESFINGE

Sí. Mézclate con la chusma liviana. Nosotras, que procedemos del Egipto, estamos acostumbradas desde hace mucho tiempo a reinar durante miles de años. Respetad, pues, nuestra posición; regulamos así los días lunares y solares. Sentadas estamos delante de las Pirámides para la suprema justicia de los pueblos, las inundaciones, la guerra y la paz...(1) y nuestro semblante permanece impasible.

EN EL PENEO INFERIOR

PENEO (2) *rodeado de aguas y de Ninfas*

PENEO

Déjate oir, murmurio de los juncos; despedid vuestro suave hálito, cañas hermanas; susurrad blandamente, tiernos sauces; hablad quedito, ramas de álamo temblón, a mis interrumpidos ensueños...Una horrible tormenta, un temblor interno que todo lo conmueve (3), me despierta sacándome de la undosa corriente y del sosiego.

(1) El cuerpo de león y el busto de mujer que tienen las esfinges, simbolizan las constelaciones de *Leo y Virgo*, y señalan la coincidencia de las inundaciones periódicas del Nilo con la posición del sol en los meses de julio y agosto, durante los cuales el astro del día corre las citadas constelaciones.

(2) Peneo es aquí el dios o personificación del río de Tesalia designado con dicho nombre.

(3) Estos son los signos precursores del terremoto que se produce al principio de la escena siguiente.

FAUSTO

(*Acercándose al río*).—Si mal no oigo, debo creer que detrás de esta bóveda de entrelazado ramaje, detrás de estos arbustos, suenan unos acentos que semejan la voz humana. La ondulación del agua parece una parlería, la leve brisa es como... un juego festivo.

LAS NINFAS

(*A Fausto*).—Lo mejor para ti fuera echarte en el suelo, restaurar en el frescor tus fatigados miembros y gozar del reposo que sin cesar huye de ti. Nosotras susurramos, nosotras musitamos, nosotras murmujeamos a tu lado.

FAUSTO

Bien despierto estoy. ¡Oh! Dejad que reinen esas formas incomparables tal como están dispuestas ahí a mi vista. ¡Siéntome penetrado de una impresión tan extraña...! ¿Son sueños? ¿Son recuerdos? Otra vez te viste así colmado de felicidad (1). Deslízanse las aguas a través de la frescura de los espesos matorrales mansamente movidos; no corren con fragor; apenas murmuran. De todos lados cien manantiales vienen a unirse en el límpido y claro seno poco ahondado, propio para el baño. Sanas y juveniles formas de mujer, duplicadas por el húmedo espejo, se ofrecen a la deleitada vista. Báñanse luego juntas con alegría, nadando unas atrevidas, avanzando otras con pie temeroso, y al fin acaban con una gritería y lucha en el agua. La vista de ellas debiera darme contento; mis ojos habrían de recrearse aquí, pero mi pensamiento se lanza cada vez más lejos. Mi penetrante mirada se dirige hacia aquel velo de tupido y verde follaje que oculta a la excelsa reina (2).—¡Cosa

(1) Alusión al sueño de Fausto.
(2) Leda.

admirable! Unos cisnes llegan también a nado desde los remansos moviéndose de una manera majestuosa realzada por su blancor. Balanceándose con suavidad, delicadamente sociables, pero ufanos y satisfechos de sí mismos, ved como mueven la cabeza y el pico...Uno de ellos, sobre todo, pavoneándose audaz, parece estar complacido, y sigue su rumbo veloz por entre los demás; su plumaje se ahueca hinchándose; la onda misma, undulando sobre las ondas, lánzase en dirección del sitio sagrado...Los otros cisnes nadan de una parte a otra con sus plumas de suave brillo, y pronto se empeña entre ellos una viva y aparatosa lucha para que se alejen las asustadizas doncellas y, olvidando su servicio, no piensan más que en su propia seguridad.

LAS NINFAS

(*En coro*).—Aplicad, hermanas, el oído contra el verde subidero de la orilla; si mal no oigo, ello semeja el ruido que produce el casco de un corcel. Quisiera saber quién trae esta noche el rápido mensaje.

FAUSTO

Paréceme como si temblara la tierra resonando bajo el raudo paso de un bridón. ¡Hacia allí, ojos míos! ¿Debe ya llegar a mí una suerte favorable? ¡Oh prodigio sin igual! Viene un jinete al trote; parece dotado de talento y valor, y llevado por un caballo de blancura deslumbradora...No me engaño, le conozco ya: ¡el renombrado hijo de Filira! (1)...¡Tente, Quirón! ¡Alto! Tengo que decirte...

QUIRON

¿Qué ocurre? ¿Qué es ello?

---

(1) Hija del Océano. Fué seducida por Saturno, de quien tuvo al centauro Quirón.

FAUSTO

Modera tu paso.

QUIRON

No me detengo.

FAUSTO

Entonces, por favor, llévame contigo.

QUIRON

Sube. Así puedo a mi talante preguntar: ¿Adónde vas? Te hallas en esta orilla; presto estoy a llevarte al otro lado del río.

FAUSTO

(*Montando en el Centauro*).—Adonde quieras. Por siempre lo agradezco a ti...Al grande hombre, al noble pedagogo que, para su propia gloria, educó una generación de héroes, la lucida falange de los ilustres Argonautas y todos cuantos fundaron el mundo del poeta.

QUIRON

Dejemos eso en su lugar. La misma Palas, en figura de Mentor (1), no llega a los honores; al fin, los discípulos siguen obrando a su manera, como si no se les hubiese educado.

FAUSTO

Al médico que nombra cada planta, que conoce a fondo las raíces, que da salud al paciente y alivio al herido, yo le abrazo aquí estrechamente en alma y cuerpo.

---

(1) La diosa Minerva, conocida también con el nombre de Palas, tomó la figura de Mentor para acompañar a Telémaco y servirle de guía cuando este príncipe iba en busca de su padre.

QUIRON

Cuando a mi lado caía herido un héroe, yo sabía entonces darle auxilio y consejo; mas al fin abandoné mi arte a curanderas y sacerdotes.

FAUSTO

Eres con verdad el grande hombre, que no puede oír palabras de elogio. Procura esquivarse modestamente y hace como si existiera su igual.

QUIRON

Y tú me pareces diestro para fingir, para lisonjear lo mismo al príncipe que al pueblo.

FAUSTO

Con todo eso, no podrás menos de confesar que tú viste los más grandes personajes de tu tiempo, que en proezas rivalizaste con el más ilustre, y que, augusto como un semidiós, pasaste los días de tu vida. Pero, entre las figuras heroicas, ¿a quién tuviste por la más grande?

QUIRON

En la noble falange de los Argonautas (1), cada uno era bravo a su propia manera, y por la fuerza que le animaba, podía bastar allí donde los demás estaban faltos de ella. Los Dióscuros (2) triunfaron siempre allí donde prevalecían la belleza y el vigor de la juventud. Decisión y rapidez en el obrar para el bien ajeno, fueron la hermosa dote de los Boréades (3). Reflexivo, enérgico, prudente,

---

(1) Los cincuenta y cuatro héroes griegos que, al mando de Jasón, fueron a la Cólquida en la nave *Argo*, para conquistar el vellocino de oro.

(2) Con este nombre se designaba en común a Cástor y Pólux, hijos de Júpiter y Leda y hermanos de Helena.

(3) Así se designa a los dos hermanos Calais y Zetes, hijos de Bóreas, que acompañaron a los Argonautas en su expedición.

oportuno en el consejo, así mandaba Jasón, bienquisto de las mujeres. Orfeo, que tierno y siempre plácidamente discreto, no tenía rival cuando pulsaba la lira. Linceo (1), de penetrante vista, que día y noche guió la nave sagrada por entre escollos y bajíos. Sólo en común se corre el peligro; si uno de ellos obra, aplauden todos los demás.

FAUSTO

Y de Hércules, ¿nada quieres decir?

QUIRON

¡Ay dolor! No renueves mis pesares...Nunca había visto a Febo (2) ni tampoco a Ares (3) ni a Hermes (4), como se les llama, cuando vi ante mis ojos al que todos los hombres ensalzan como divino. Era rey por nacimiento; como joven, era delicioso de ver; estaba sometido a su hermano mayor y también a las mujeres más seductoras. Gea (5) no engendrará nunca más un segundo Hércules, ni Hebe le conducirá al empíreo; en balde se fatiga la poesía; en vano se atormenta la piedra.

FAUSTO

Por mucho que cincelen los estatuarios y se envanezcan de él (6), jamás se ofreció tan admirable a la vista. Hablaste del hombre más hermoso; habla ahora también de la más bella mujer.

QUIRON

¡Bah!...La belleza femenil nada significa. Harto a menudo no es más que una imagen yerta y fría. Sólo

(1) Timonel de la nave *Argo*.
(2) Por otro nombre, Apolo, dios del Sol.
(3) Dios de la guerra, entre los griegos.
(4) Mercurio, entre los romanos; el mensajero de los dioses.
(5) La Tierra.
(6) Es decir: de su obra, de la imagen con que se representa a Hércules.

puedo celebrar aquel ser que vierte alegría y gozo de vivir. La belleza cifra su dicha en sí misma; la gracia es lo que hace irresistible, como Helena cuando yo la llevé.

FAUSTO

¿Tú la llevaste?

QUIRON

Sí, sobre este lomo.

FAUSTO

¿No estoy ya asaz turbado para que el ocupar tal sitio deba colmarme de felicidad?

QUIRON

Cogíame así por la cabellera, cual lo haces tú.

FAUSTO

¡Oh! Yo me pierdo por completo. Cuéntame cómo. Ella es mi único anhelo. ¡Ah! ¿de dónde, dó la llevaste?

QUIRON

Fácil es satisfacer a tu pregunta. Los Dióscuros habían a la sazón librado a su tierna hermana de las garras de sus raptores (1). Estos, no acostumbrados a ser vencidos, cobraron aliento y se lanzaron con ímpetu en pos de ellos. Los pantanos de las cercanías de Eleusis atajaron la rápida carrera de los hermanos y de la hermana; ellos los vadearon, y yo, batiendo el agua, nadé hasta la opuesta orilla. Entonces Helena saltó a tierra, y pasando suavemente la mano por mis húmedas crines, me acarició y dió las gracias con discreta amabilidad y sin olvidarse de sí misma. ¡Cuán hechicera estaba aquella niña, delicia del anciano (2)!

(1) Teseo y Piritóo.
(2) Quirón alude a sí mismo.

FAUSTO

¡Diez (1) años apenas!

QUIRON

Veo que los filólogos te han engañado, como se engañaron ellos mismos. Es verdaderamente singular lo que pasa con la mujer mitológica: el poeta la presenta de la manera que le conviene a él; nunca es mayor de edad, nunca envejece; de formas siempre apetitosas, es robada cuando joven, y cuando vieja, es aún galanteada. En una palabra: ningún tiempo liga al poeta.

FAUSTO

Que tampoco ella, pues, sea ligada por tiempo alguno. ¿Acaso no la encontró Aquiles en Feres fuera de todo tiempo (2)? ¡Qué rara dicha el haber conquistado el amor contra el destino! ¿Y no podría yo, por la fuerza del más ardiente anhelo, volver a la vida esa forma tan sin par, esa criatura eterna, igual a los dioses por su condición, tan noble como tierna, tan majestuosa como amable? Tú la viste en otro tiempo; yo la he visto hoy mismo, tan bella como seductora, y tan suspirada como bella. Mi pensamiento, todo mi ser está rigurosamente esclavizado; dejo de vivir si no puedo obtenerla.

QUIRON

Querido extranjero, como hombre estás embelesado; mas, entre los espíritus, diríase que tienes transtornada la cabeza. Por fortuna, todo se concierta aquí para tu bien; pues todos los años, durante breves momentos tan sólo, tengo costumbre de presentarme en la morada de Manto, hija de Esculapio (3). En silenciosa oración,

(1) *Zehen*, en unas ediciones; *sieben* (siete), en otras.

(2) Después de muerto, Aquiles se desposó con Helena, de la cual tuvo un hijo, Euforión, que nació alado.

(3) Dios de la medicina.

implora ella a su padre, con el objeto de que, para gloria suya, ilumine al fin el entendimiento de los médicos y los aparte del homicidio temerario. De todas las sibilas, es ella la que más aprecio; sin grotescas contorsiones, muéstrase afable y benéfica. Quédate aquí algún tiempo, y ella logrará sin duda curarte de raíz por la virtud de las plantas.

FAUSTO

No quiero que me curen. Mi espíritu es poderoso. Entonces sería yo tan vulgar como los demás.

QUIRON

No rehuses la salud que brota de tan rico manantial. Apéate pronto. Hemos llegado ya.

FAUSTO

Dime: ¿a qué país me has conducido, en medio de la tétrica noche, a través de arenosas vertientes?

QUIRON

Aquí, teniendo el Peneo a la derecha y el Olimpo a la izquierda, Roma y Grecia se disputaron en combate el vastísimo reino que se pierde en la arena (1). Huye el rey, triunfa el ciudadano. Levanta la vista. Aquí muy cerca, a la claridad de la luna, elévase grandioso el templo eterno (2).

MANTO

(*Dentro del templo soñando*).—Un casco de caballo hace resonar la gradería sagrada. Hacia aquí llegan unos semidioses.

---

(1) Alusión a la batalla de Pidna, en la cua el cónsul romano Emilio Paulo venció al rey Perseo de Macedonia.

(2) El templo de Apolo.

QUIRON

Cabal. Abre los ojos.

MANTO

(*Despertándose*).—Con bien vengas. Veo que no has dejado de volver.

QUIRON

Y también está en pie todavía ese templo que te sirve de morada.

MANTO

¿Andas errante aún, infatigable, sin cesar?

QUIRON

Mientras tú vives siempre tranquilamente recluida, yo me complazco en ir rodando.

MANTO

Yo sigo siempre así; el tiempo da vueltas en torno mío.—¿Y ése?

QUIRON

La noche de mala fama, en su torbellino, le ha traído aquí. Por Helena suspira él en su desvarío, a Helena ansía poseer, y no sabe cómo ni por dónde empezar. Más que ningún otro, digno es de una cura de Esculapio.

MANTO

Amo a quien desea lo imposible.

(*Quirón se ha alejado ya.*)

MANTO

Entra, temerario. Debes alegrarte. Este lóbrego pasadizo conduce a la mansión de Perséfone (1). En la hueca

(1) Por otro nombre, Proserpina, hija de Júpiter y Ceres. Fué robada por Plutón, y tuvo que permanecer en el infierno en calidad de esposa de su raptor, y de reina del imperio de las sombras.

base del Olimpo (1) está atenta esperando en secreto la prohibida visita. Aquí, en otro tiempo, introduje furtivamente a Orfeo. Aprovéchate mejor que él (2). ¡Ea! ¡Valor!

(*Los dos descienden.*)

EN EL ALTO PENEO

(*Como antes.*)

LAS SIRENAS

Lanzaos en las ondas del Peneo. Hay que nadar batiendo el agua y entonar canción tras canción para el bien de la gente infortunada. Sin agua no hay dicha alguna. Si nos dirigimos presurosas en lucido enjambre hacia el mar Egeo, todo placer nos caerá en suerte.

(*Temblor de tierra.*)

LAS SIRENAS

Cubierta de espuma, retrocede la onda; no corre ya bajando por la pendiente de su lecho; tiembla el fondo del río; refluye el agua; la masa de arena y la orilla se agrietan humeantes. ¡Huyamos! ¡Venid todas, venid! Lo extraordinario a nadie aprovecha. Corred, nobles y joviales huéspedes, a la regocijada fiesta marítima, allí donde, trémulas y centelleantes, las ondas se hinchan suavemente inundando la ribera; allí donde luce doble la luna (3) y nos baña de sagrado rocío. Allí, una vida

---

(1) Célebre montaña cuya cumbre era la morada de los dioses.

(2) Orfeo obtuvo permiso para bajar al infierno y llevarse de allí a su esposa Eurídice, a condición de que no volviera él la cabeza antes de salir de la mansión de las sombras. Sea por descuido, o sea por impaciencia, volvióse Orfeo para ver si lo seguía Eurídice, y así la perdió para siempre.

(3) Esto es: se refleja en las aguas del río.

animada y libre; aquí, un angustioso temblor de tierra. Apresúrense a huir todos los que son prudentes. En este sitio reinan el espanto y el horror.

SEISMOS (1)

(*Gruñendo y causando estrépito en las profundidades*).—Una vez más empujemos con fuerza, levantemos esforzadamente con los hombros. Así llegamos a lo alto, donde todo ha de ceder ante nosotros.

LAS ESFINGES

¡Qué enojoso estremecimiento! ¡qué hórrida y aborrecible tormenta! ¡qué oscilación, qué temblor, qué bamboleo y qué esfuerzos de vaivén! ¡qué insoportable fastidio! A pesar de todo, no cambiaremos de sitio, aunque se desatara todo el infierno.—Elévase ahora una bóveda maravillosa. Es él mismo, aquel viejo encanecido mucho tiempo ha, que erigió la isla de Delos haciéndola surgir del seno de las olas por amor de una mujer acometida de dolores de parto (2). Con esfuerzos, apretones y empujes, rígidos los brazos, doblada la espalda, semejante a un Atlas en la actitud, levanta suelo, césped, tierra, guijarros y pedruscos, arena y arcilla, lechos reposados de nuestra ribera. Así destroza de una parte a otra una extensión de la tranquila alfombra del valle. Esforzándose hasta lo sumo, sin fatigarse jamás, cariátide colosal, y hundido aún en el suelo hasta la cintura, lleva a cuestas un formidable tablado de piedras. Pero la cosa no irá más lejos: las Esfinges han tomado asiento.

SEISMOS

Que yo solo he obrado esto, no se me negará al fin, y si no hubiese sacudido y agitado con violencia, ¿cómo

(1) Uno de los Titanes, personificación del terremoto.

(2) Latona, que en dicha isla dió a luz a Diana y Apolo, fruto de sus amores con Júpiter.

fuera tan bello este mundo?—¿Cómo se erguirían vuestras montañas allá arriba en el magnífico y puro azul del éter, si no las hubiese yo empujado hacia fuera para ofrecer un espectáculo pintoresco y encantador, cuando en presencia de nuestros primeros abuelos, la Noche y el Caos, yo me porté con bravura, y en compañía de los Titanes jugué, cual si fueran pelotas, con el Pelión y el Osa (1)? En nuestro ardor juvenil seguimos haciendo locuras hasta que al fin, cansados ya, con mano impía colocamos, como un doble casquete, los dos montes sobre el Parnaso (2). En esta gosoza mansión reside ahora Apolo con el bienaventurado coro de las Musas, y a Júpiter mismo y a las flechas de sus rayos, yo erigí en lo alto un trono encumbrado. Al presente, con un descomunal esfuerzo, he surgido del fondo del abismo, e invito en alta voz a gozar de una nueva vida a alegres habitantes.

LAS ESFINGES

Habría que confesar que es antiquísima la montaña aquí levantada, a no haber visto nosotras mismas de qué modo se ha esforzado la tierra en vomitarla de su seno. Extiéndese hacia arriba un espeso bosque; aun se oprimen peñas contra peñas al moverse hacia aquí. Pero una Esfinge no hará de ello caso alguno; nosotras no nos dejamos turbar en nuestro asiento sagrado.

LOS GRIFOS

Oro en hojuelas, oro en canutillos veo vibrar a través de las quebrajas. No os dejéis robar un tesoro tal. ¡Al avío, Hormigas! ¡a extraerlo!

---

(1) Estando los Titanes en guerra con los Dioses, pretendieron aquéllos escalar el Olimpo, y a tal efecto colocaron el monte Pelión sobre el Osa.

(2) Alta montaña de la Fócida, donde residen Apolo y las Musas.

CORO DE HORMIGAS

Puesto que los gigantes lo empujaron a lo alto, vosotras, que no os dais punto de reposo, subid presto a la cumbre. Entrad y salid a toda prisa. En tales hendiduras, cada migajita es digna de ser poseída. Con la mayor presteza debéis descubrir la más diminuta partícula en todos los rincones. Muy diligentes habéis de ser vosotras, hormigueantes muchedumbres. Adentro con el oro solamente, y abandonad luego la montaña con las escorias.

LOS GRIFOS

¡Adentro, adentro! No más que oro a montones. Nosotros ponemos encima nuestras garras, que son cerrojos de la mejor especie: bien guardado está así el más rico tesoro.

LOS PIGMEOS (1)

Ocupamos verdaderamente nuestro sitio, y cómo ha sido ello, no lo sabemos. No preguntéis de donde venimos, puesto que al fin y al cabo estamos aquí. Para vivir con alegría, todo país es bueno; aparece una grieta en una roca, ya está el enano allí dispuesto. Enano y enana son activos en la labor; cada pareja es un modelo. No sé si ya sucedía lo propio en el paraíso, pero encontramos esto que no hay más que pedir, y con gratitud bendecimos nuestra estrella; pues, lo mismo en Oriente que en Occidente, la madre Tierra engendra gustosa.

LOS DACTILOS (2)

Si en una sola noche ha dado ella a luz a los pequeños, engendrará a los mínimos, y encontrarán ellos también sus semejantes.

---

(1) Pueblo fabuloso de la Tracia, cuyos individuos no tenían más de un codo de estatura. Eran belicosos y hábiles arqueros, y estaban en guerra constante con las grullas.

(2) Una especie de Pulgarcillos, o sean unos enanos mitológicos del monte Ida, y cuyo tamaño era como el dedo pulgar.

EL MAS VIEJO DE LOS PIGMEOS

Daos prisa en ocupar un sitio cómodo. ¡Pronto! ¡al avío! Rapidez en lugar de fuerza. Hay paz todavía. Labraos la fragua para proveer al ejército de arneses y armas ofensivas.—Vosotras todas, Hormigas, muchedumbre diligente, deparadnos metales. Y vosotros, Dáctilos, minúsculos y tan numerosos, recibid orden de ir en busca de leña. Aglomerad ocultas llamas, suministradnos carbón (1).

EL GENERALISIMO DE LOS PIGMEOS

Con la flecha y el arco, poneos resueltamente en marcha. Junto a aquel estanque tirad a las garzas reales que anidan innumerables pavoneándose con altivez; tirad de un golpe, todos como uno solo, para exhibirnos con yelmo y penacho.

LAS HORMIGAS Y LOS DACTILOS

¿Quién nos libertará? Nosotros aprontamos el hierro; ellos (2) forjan las cadenas. No es tiempo aún de emanciparnos; sed, pues, sumisos.

LAS GRULLAS DE IBICO (3)

—¡Gritos de muerte y lamentos de agonía! ¡Angustioso batir de alas azotando el aire! ¡Qué suspiros, qué gemidos suben hasta nuestras alturas! Todas las garzas reales están ya exterminadas; el lago se ha enrojecido

---

(1) Este pasaje alude al fuego cubierto que sirve para convertir en carbón las pilas de leña.

(2) Los Pigmeos, que tenían a las Hormigas y a los Dáctilos reducidos a la esclavitud.

(3) El poeta griego Ibico, asesinado por unos facinerosos, tomó por testigo del crimen de que fué víctima, a una bandada de grullas que acertaba a pasar. Uno de los asesinos, que estaba en los Juegos Olímpicos, viendo pasar las grullas, exclamó: "He aquí los testigos de Ibico," con lo cual quedaron descubiertos los delincuentes.

con su sangre; una monstruosa codicia roba a la garza real su vistoso adorno, que al fin ondea sobre el yelmo de esos bribones barrigudos y patizambos. A vosotras, aliadas de nuestro ejército, que viajando en hileras cruzáis el mar, os excitamos a la venganza en una causa que tan de cerca nos toca. Que nadie escatime vigor ni sangre. ¡Guerra eterna a esa ralea! (*Las grullas se dispersan gruyendo en los aires.*)

MEFISTOFELES

(*En la llanura*).—Bien sabía yo dominar las brujas del Norte; pero con esos espíritus extranjeros no me hallo muy a gusto. El Blocksberg (1) es un sitio muy cómodo; dondequiera que uno esté se halla como en familia. La señora *Isabelita* vela por nosotros en lo alto de su *roca;* sobre su *eminencia*, estará *Enrique* tan ufano; los *Roncadores*, no puede negarse, tratan con aspereza a la *Miseria* (2), bien que todo está asegurado por miles de años. Pero aquí, ¿quién sabe tan siquiera adónde va y dónde se halla, y si el suelo no se hinchará bajo sus pies? Marcho tan campante por un valle liso e igual, y de golpe, detrás de mí se alza una montaña, que, a decir verdad, apenas merece el nombre de montaña, pero que ya es bastante alta para separarme de mis Esfinges.—Aquí se agita más de un fuego bajando por el valle, y llamea en derredor del prodigio (3)...Aun danza y revolotea el galante coro, que me atrae y retrocede ante mí, chanceándose de una manera picaresca. Pero vámonos con

(1) El monte de las brujas.

(2) Mefistófeles juega con los nombre *Ilsenstein* (roca de Isabelita), *Heinrichshohe* (eminencia o pico de Enrique), *Schnarcher* (roncadores) que son otros tantos picos o rocas del Brocken, y *Elend* (miseria), que es una aldea inmediata.

(3) Alusión al extraordinario fenómeno de la aparición de la montaña de Seismos.

tiento, y adelante. Quien está muy acostumbrado a las golosinas, busca, dondequiera que sea, algo que atrapar.

LAS LAMIAS

(*Atrayendo a Mefistófeles tras ellas*).—¡Aprisa! ¡Más aprisa! ¡Y siempre más lejos! Y después nos detenemos de nuevo charlando como un descosido. ¡Es una cosa tan divertida arrastrar en pos de nosotras al viejo pecador! Por dura penitencia, con el pie envarado, viene cojeando; se acerca dando traspiés y arrastrando la pierna detrás de nosotras, en tanto que huímos de él.

MEFISTOFELES

(*Deteniéndose*).—¡Suerte maldita! ¡Cómo se nos engaña a los hombres! ¡Badulaques seducidos desde Adán! Uno se vuelve viejo, sin duda, pero ¿quién se vuelve juicioso? ¿No tenías tú ya bastante perdida la cabeza? Sabido es que esa ralea no vale nada enteramente; ceñidas de cuerpo, lleno de afeites el rostro, nada sano tienen ellas para dar en cambio; por donde quiera que se las coja, se las encuentra podridas en todos los miembros. Uno lo sabe, uno lo ve, uno puede tocarlo con las manos, y a pesar de todo, uno baila cuando silban (1) esas encarroñadas pellejas.

LAS LAMIAS

(*Deteniéndose*).—¡Alto! Delibera, vacila, detiénese inmóvil. Id a su encuentro para que no se os escape.

MEFISTOFELES

(*Avanzando*).—¡Adelante pues! Y no te dejes prender como un necio en las redes de la duda. Porque, si no hubiese brujas, ¿quién diablos quisiera ser diablo?

---

(1) Las Lamias silbaban de un modo tan agradable que así atraían a los hombres para devorarlos.

LAS LAMIAS

(*En tono muy melifluo*).—Demos vueltas en derredor de ese héroe. El amor se insinuará, sin duda, en su corazón por una de nosotras.

MEFISTOFELES

Ciertamente, a esa claridad dudosa, parecéis unas mozas bonitas, y así, no quisiera yo agraviaros.

EMPUSA (1)

(*Introduciéndose en el corro*).—Ni a mí tampoco. Como una de tantas, dejadme entrar en vuestra compañía.

LAS LAMIAS

Esa está de más en nuestro círculo. Siempre desbarata nuestro juego.

EMPUSA

(*A Mefistófe'es*).—Recibe el saludo de tu primita Empusa, tu amiga de pie de asno. Tú tienes sólo un pie de caballo; y así, te dirijo mi más gracioso saludo, mi señor primo.

MEFISTOFELES

Pensaba no encontrar aquí más que simples desconocidos y, por mi mal, encuentro parientes cercanos. Es un viejo libro que está por hojear: desde el Harz hasta la Hélade (2), siempre primos.

---

(1) Una de las Lamias, que Hécate hacía aparecer, a guisa de espantajo mujeril, para asustar a los hombres. Tenía un pie de asno y otro de bronce (o de pato según otros), y cambiaba de forma a voluntad, pero adoptando siempre las figuras más feas y horrorosas.

(2) Pequeña comarca de la antigua Tesalia, y por extensión, toda la Grecia.

EMPUSA

Yo sé obrar presto y con decisión. Podría transformarme de muchas maneras; pero, en honor vuestro, me he puesto ahora la cabecita de asno.

MEFISTOFELES

Observo que entre esas gentes, el parentesco es cosa de gran monta. Mas, venga lo que venga, de buen grado negaría yo la cabeza de asno.

LAS LAMIAS

Deja a esa fea asquerosa; ella sola ahuyenta todo lo que parece hermoso y agradable. Todo cuanto sería grato y bello deja de existir cuando ella se acerca.

MEFISTOFELES

También esas primitas, tiernas y delicadas, me son sospechosas todas ellas, y detrás de las rosas de sus mejillas temo igualmente algunas metamorfosis.

LAS LAMIAS

Haz la prueba, pues. Somos numerosas. Echa la mano, y si eres afortunado en el juego, atrapa el mejor lote... ¿A qué vienen esas lascivas dilatorias? Eres un mísero galanteador. Te pavoneas ufano y te das tantas ínfulas.. Ahora se mete entre nuestros grupos. Dejad una tras otra las máscaras, y mostradle vuestro ser al descubierto.

MEFISTOFELES

Heme escogido la más bonita. (*Abrazándola.*) ¡Desdichado de mí! ¡Qué escoba seca! (*Echando mano a otra.*) ¿Y ésta?...¡Qué ignominiosa facha!

LAS LAMIAS

¿Mereces tú algo mejor? No creas tal.

MEFISTOFELES

La pequeña quisiera yo asegurarme...¡Un lagarto que se me escurre de las manos! ¡Y la trenza de pelo lisa como una serpiente! En desquite, trabo esa alta... ¡y agarro un tirso, con una piña por cabeza! ¿Cómo acabará eso? Aun queda una rolliza, con la cual me refocilaré quizás. Arriesguémonos por última vez. ¡Adelante! Muy gordinflona, mofletuda...Esto lo pagan a subido precio los orientales. Mas ¡ay! ¡El cuesco del lobo (1) da un estallido!

LAS LAMIAS

Disgregaos, flotad y sosteneos en el aire. Veloces como el rayo, en negra bandada rodead al intruso hijo de bruja. Formad círculos inciertos, espantables, murciélagos de alas silenciosas. Se escapa harto bien librado.

MEFISTOFELES

(*Moviéndose agitado de un lado a otro*).—A lo que parece, no me he vuelto mucho más avisado. Todo es absurdo aquí, absurdo en el Norte. Aquí, lo mismo que allí, estrambóticos fantasmas, pueblo y poetas insípidos; aquí, todo es ni más ni menos que una mascarada, una danza sensual, como en todas partes. He tendido la mano hacia lindas máscaras, y he cogido seres que me han puesto carne de gallina...Bien hubiera querido engañarme si tan sólo durara eso más tiempo. (*Perdiéndose entre las rocas.*) Pero ¿dónde estoy? ¿A dónde va eso a parar? Esto era una senda, y ahora es un montón de piedras. Llegué aquí por caminos llanos, y al presente tropiezo con masas de tierra y rocalla. En vano me fatigo subiendo y bajando; ¿dónde volveré a encontrar mis esfinges? Nunca me hubiera figurado una cosa tan extravagante:

(1) Una especie de hongo venenoso del género *Bovista*. Tiene forma de globo, y su interior está lleno de un polvo acre.

¡una montaña como esa en una sola noche! A eso llamo yo una nueva cabalgata de brujas, que llevan consigo su Blocksberg.

UNA OREADA (1)

(*Desde lo alto de una peña natural*) (2).—Sube aquí. Mi montaña es antigua y se mantiene en su forma primitiva. Honra estos ásperos senderos de rocas escalonadas, últimas estribaciones del Pindo (3). Ya existía yo así inmoble cuando huyó Pompeyo pasando sobre mí. Al lado está el producto de la ilusión (4), que se desvanecerá al cantar el gallo. A menudo veo yo quimeras parecidas nacer y disiparse en un abrir y cerrar de ojos.

MEFISTOFELES

¡Honor a ti, venerable cumbre coronada por las robustas encinas de tus alturas! La purísima claridad de la luna no penetra en tus umbrías. Mas, junto a los matorrales, pasa una luz que brilla muy moderada. ¡Cómo llega todo eso en buena hora! ¡Pardiez! ¡Es Homúnculo! ¿De dónde vienes, compañerito?

HOMUNCULO

Voy así revoloteando de un sitio a otro, y gustoso quisiera nacer, en el mejor sentido de la palabra. Lleno estoy de impaciencia por romper mi vidrio; pero en lo que he visto hasta aquí, no quisiera arriesgarme. Sólo que, para decírtelo en confianza, estoy sobre el rastro de dos filósofos; yo escuchaba, y decían: ¡Naturaleza! ¡Naturaleza! No quiero separarme de ellos. Deben de conocer al menos

(1) Ninfa de las montañas. Aquí se trata de la personificación de la montaña.

(2) Natural en contraposición a la montaña artificial de Seismos.

(3) Célebre montaña consagrada a Apolo y a las Musas.

(4) La fantástica montaña que Seismos ha hecho surgir.

la esencia terrestre, y acabaré sin duda, por saber hacia qué lado es más razonable volverme.

MEFISTOFELES

Eso hazlo a tu propio albedrío. Porque allí donde los fantasmas han tomado sitio, el filósofo es igualmente bien acogido. Para que la gente goce de su arte y favor, crea él al instante una docena de nuevos fantasmas. Si no te descaminas, nunca llegarás a la razón. ¿Quieres nacer? Nace a tu propio arbitrio.

HOMUNCULO

Un buen consejo no es cosa de desdeñar.

MEFISTOFELES

Vete, pues. Ya lo veremos más adelante.

(*Se separan.*)

ANAXAGORAS (1)

(*A Thales*).—Tu espíritu reacio no quiere doblarse. ¿Es menester algo más para convencerte?

THALES (2)

La ola se dobla buenamente a todo viento, pero se mantiene lejos de la escarpada roca.

---

(1) Célebre filósofo griego representante de la teoría geológica llamada vulcanista o plutoniana, según la cual la formación de las principales capas de la corteza terrestre se atribuye a la acción del fuego central, o sea a las "exhalaciones" del fuego subterráneo, como decía Anaxágoras.

(2) Thales de Mileto; otro insigne filósofo griego muy anterior a Anaxágoras. Es el representante de la teoría neptuniana, que atribuye a todos los terrenos del globo un origen sedimentario debido a la acción del agua. Según Thales, del agua dimanan la vida y los fenómenos físicos del globo. Goethe era partidario acérrimo del neptunismo.

ANAXAGORAS

Por la exhalación del fuego, esta roca está aquí.

THALES

En lo húmedo ha nacido lo viviente.

HOMUNCULO

(*Entre los dos*).—Permitidme marchar a vuestro lado. También tengo yo vivos deseos de nacer.

ANAXAGORAS

¿Has hecho salir jamás del légamo, en una sola noche, oh Thales, una montaña como esta?

THALES

La Naturaleza y su flujo viviente nunca estuvieron sujetos al día ni a la noche ni a las horas. Traza ella con regularidad toda forma, y ni aun en lo grande hay violencia alguna.

ANAXAGORAS

Pero aquí la hubo. Un horrible fuego plutónico, la formidable fuerza explosiva de las exhalaciones eólicas (1) rompieron la vieja costra del suelo llano, de suerte que una nueva montaña debió surgir al punto.

THALES

¿Y qué se sigue de eso? Sea en buena hora. Al fin, sea como fuere, la montaña está ahí. Con tales discusiones, pierde uno el tiempo de una manera lastimosa, y no se hace más que llevar del cabestro al paciente pueblo.

---

(1) Los vapores de la antigua Eólida.

ANAXAGORAS

Pronto la montaña es un hervidero de Mirmidones (1), que acuden a habitar las hendiduras de las peñas: Pigmeos, Hormigas, Pulgarcillos y otros minúsculos seres activos. (*A Homúnculo.*) Tú no aspiraste jamás a la grandeza, has vivido confinado en la soledad; si puedes habituarte a la soberanía, yo te hago coronar por rey (2).

HOMUNCULO

¿Qué dice mi Thales?

THALES

No te lo aconsejara yo. Con los pequeños, se obran pequeñas acciones; con los grandes, el pequeño se vuelve grande. Mira allí. La negra nube de grullas amenaza a ese pueblo alborotado y amenazaría asimismo al rey. Con sus afilados picos y sus patas provistas de garfas, se arrojan sobre los pequeños. Brillan ya los relámpagos de la fatalidad. Manos criminosas dieron muerte a las garzas reales que rodeaban al tranquilo y pacífico estanque. Mas aquella lluvia de mortíferas saetas provoca una venganza cruel y sangrienta, excita el furor de los próximos allegados contra la criminal raza de los Pigmeos. ¿De qué sirven ahora escudo, yelmo y lanza? ¿Qué aprovecha a los enanos el brillante plumaje de las garzas reales? ¡Ved cómo se esconden los Dáctilos y las Hormigas! Vacila ya la hueste, huye, se desbanda.

ANAXAGORAS

(*Solemnemente después de una pausa*).—Si hasta aquí he podido celebrar las potencias subterráneas, en esta

(1) Llamábanse Mirmidones los habitantes de la isla de Egina porque, de hormigas que eran, Júpiter los transformó en hombres. El autor emplea dicho término para designar los diversos seres que pululan como un hormiguero mostrando grandísima actividad.

(2) Rey de este pueblo minúsculo.

ocasión me dirijo hacia arriba...¡Tú que estás ahí en lo alto, nunca envejecida, de tres nombres, de trina forma, yo te invoco en la desventura de mi pueblo (1), Diana, Luna, Hécate! ¡Tú que dilatas el pecho, absorta en las más profundas meditaciones, tranquila en apariencia, violenta en secreto, abre el espantoso abismo de tus sombras, y que, sin ayuda de prestigio alguno, se muestre tu antiguo poder (2)! (*Pausa.*)

¿Tan presto ha llegado mi voz a ti? ¿Ha podido mi súplica, remontada a esas alturas, transtornar el orden de la Naturaleza? Y más grande, siempre más grande, acércase ya el trono de la diosa circularmente trazado, colosal, formidable a la vista. Su fuego adquiere un tinte rojo sombrío...No te acerques más, círculo poderoso, amenazador; tú nos conduces a la destrucción, a nosotros, a la tierra y al mar. ¿Sería, pues, cierto que algunas mujeres de Tesalia, en una impía confianza mágica, te habrían hecho bajar de tu vía con sus cantos, y te habrían arrancado tu influjo más dañino (3)? El luminoso disco háse obscurecido; de pronto estalla y fulgura y centellea. ¡Qué crepitación! ¡Qué silbidos mezclados con el fragor del trueno y de la tormenta (4)!...Humildemente me postro ante las gradas del trono...¡Perdón! Yo lo he llamado. (*Se arroja de cara contra el suelo.*)

THALES

¡Qué de cosas no ha visto y oído ese hombre! Yo no sé a punto fijo lo que nos ha pasado. Tampoco he sentido

(1) Los Mirmidones.

(2) El filósofo pide a la luna que se eclipse o se obscurezca, a fin de que, a favor de las tinieblas, los Pigmeos puedan escapar de sus perseguidores.

(3) De las hechiceras de Tesalia cuéntase que con sus conjuros hacían bajar la luna a la tierra.

(4) Según se verá luego, se trata de la caída de un aerolito, lo cual hace creer al filósofo que con sus evocaciones ha desviado de su órbita al satélite, atrayéndole hacia la tierra.

sus impresiones. Confesemos que esos son momentos de locura, y que la luna se mece muy tranquila en su sitio, lo mismo que antes.

HOMUNCULO

Mirad hacia la residencia de los Pigmeos. La montaña era redonda, al presente es puntiaguda. He sentido un choque formidable. Una roca ha caído de la luna, y al punto ha aplastado, ha dejado sin vida indistintamente lo mismo a los amigos que a los enemigos. Con todo eso, no puedo menos de admirar unos artificios creadores, que, en una sola noche, han llevado a cabo, a la vez de abajo y de arriba, esta construcción montañosa.

THALES

¡Sosiégate! ¡No fué más que ilusión! ¡Váyase de aquí la menguada ralea (1) ! Fortuna que no hayas sido su rey. Partamos ahora hacia la alegre fiesta marítima. Allí se espera y se honra a huéspedes prodigiosos.

(*Se alejan.*)

MEFISTOFELES

(*Trepando por el lado opuesto*).—Nada, forzoso es que yo me arrastre por los empinados escalones de las peñas, por las rígidas raíces de las añosas encinas. En mi Harz, las emanaciones resinosas tienen algo de la pez, que es de mi gusto; sobre todo el azufre...Pero aquí, entre esos griegos, apenas si hay vestigios de tales cosas para oler. Curiosidad tendría yo de averiguar con qué atizan los tormentos y las llamas del infierno.

UNA DRIADA (2)

En tu país podrás ser inteligente al estilo de allí, pero en tierra extraña no eres muy listo. No debieras dirigir

(1) De los Mirmidones.
(2) Ninfa errante de las selvas.

el pensamiento hacia tu patria, sino venerar aquí la majestad de las encinas sagradas.

MEFISTOFELES

Se piensa en lo que uno dejó; aquello a lo cual se estaba acostumbrado, es un paraíso. Mas, decidme: ¿Qué es aquello de trina figura que, a la débil claridad de aquel antro, se ve allí acurrucado en su interior.?

LA DRIADA

Son las Fórcidas (1). Atrévete a llegarte a ellas y dirigirles la palabra, si ello no te espanta.

MEFISTOFELES

¿Y por qué no? Veo algo y me asombro. Tan altanero como soy, debo confesarme a mí mismo que no he visto jamás cosa igual. Son por cierto peores que los alrunes (2). ¿Es posible encontrar en los más nefandos pecados la menor fealdad cuando uno ve ese triple monstruo? No le sufriríamos nosotros en los umbrales del más hórrido de nuestros infiernos, ¿y se arraiga aquí en el país de la Belleza? ¡Y a eso se da el pomposo nombre de clásico!... Ellas se agitan, parecen olerme y chirrían silbando, murciélagos vampiros.

---

(1) Fórcidas o Forcíadas, hijas de Forcis, uno de los dioses del mar Se las denomina también *Greas* (viejas) porque nacieron con cabellos blancos. Eran en número de tres: Enio, Pefredo y Dino. Su fealdad era extremada, y entre todas no tenían más que un ojo y un diente disforme, como de caballo, de los cuales se servían ellas alternativamente. Vivían en los confines de la tierra, lejos de la vista del sol y de la luna.

(2) Feos y disformes ídolos a manera de pequeñas figuras, que los antiguos germanos veneraban como dioses lares. Estaban fabricados comúnmente con la raíz de la mandrágora, y de ahí su nombre alemán *Alraune*.

UNA FORCIDA

Dadme el ojo, hermanas mías, para que observe quién se aventura tan cerca de nuestros templos.

MEFISTOFELES

Muy respetables damas. Permitidme que me acerque a vosotras para recibir vuestra triple bendición. Yo me presento como un desconocido todavía, es cierto; mas, si no me engaño, en calidad de pariente lejano. He visto ya dioses de respetable antigüedad; heme inclinado profundamente en presencia de Ope y Rea (1); las Parcas mismas, hermanas del Caos y vuestras, las vi ayer...o anteayer (2); y con todo, jamás he visto vuestras iguales. Ahora me callo, y me siento embelesado.

LAS FORCIDAS

Parece inteligente ese espíritu.

MEFISTOFELES

Lo que me maravilla es que ningún poeta os ensalce... Y decid: ¿de qué proviene y cómo ha sido que yo no os haya visto nunca en estatua, vosotras que más que nadie lo merecéis? Trate, pues, el cincel de reproduciros, y no a Juno, Palas, Venus y otras por el estilo.

LAS FORCIDAS

Sumidas en la soledad y la noche más silenciosa, nuestra tríada no pensó jamás en ello.

MEFISTOFELES

¿Y cómo es posible tal cosa, puesto que, alejadas del mundo, a nadie veis aquí ni nadie os ve? Debierais iros

(1) Ope (*Ops*, en latín): hermana de Saturno y diosa de las riquezas, fertilidad y abundancia. Rea: esposa de Saturno. Una y otra representan la más antigua pre-Olímpica raza de los dioses.

(2) En la mascarada del acto primero.

a vivir en unos parajes donde la magnificencia y el arte estén entronizados en un mismo solio, donde cada día, veloz y con paso redoblado, un bloque de mármol entre en la vida en figura de héroe, donde...

LAS FORCIDAS

Ten la lengua y no nos inspires deseos. ¿Qué nos aprovecharía si lo supiésemos mejor, nosotras que, nacidas en el seno de la noche y emparentadas con las tinieblas, somos casi desconocidas de nosotras mismas y enteramente de todos?

MEFISTOFELES

En tal caso, esto no tiene gran importancia. Se puede también transmitirse uno mismo a otros. A vosotras tres os bastan un solo ojo y un sólo diente. Así, pues, sería posible, y también mitológico, reunir en dos la esencia de las tres y cederme por breve tiempo la figura de la tercera.

UNA DE LAS FORCIDAS

¿Qué os parece? ¿Puede ser eso?

LAS OTRAS

Hagamos la prueba...pero sin ojo y sin diente.

MEFISTOFELES

Pues entonces quitáis precisamente lo mejor. ¿Cómo podría ser perfecta la semejanza?

UNA DE ELLAS

Cierra un ojo: esto es fácil. Deja ver luego el único diente caballino, y visto de perfil, al instante llegarás a parecerte a nosotras por completo, como hermano y hermanas.

MEFISTOFELES

Es mucho honor. Sea en buena hora.

LAS FORCIDAS

Sea, pues.

MEFISTOFELES

(*Como Fórcida de perfil*).—Heme aquí ya, hijo muy amado del Caos.

LAS FORCIDAS

Hijas del Caos somos nosotras sin disputa alguna.

MEFISTOFELES

¡Qué ignominia! Ahora se me tratará de hermafrodita.

LAS FORCIDAS

En la nueva tríada de las hermanas, ¡qué hermosura! Tenemos dos ojos y dos dientes.

MEFISTOFELES

Preciso será que me oculte a los ojos de todo el mundo para ir a asustar a los diablos en el abismo del infierno. (*Vase.*)

BAHIAS ROQUEÑAS DEL MAR EGEO

La luna inmóvil en el cénit (1)

LAS SIRENAS

(*Situadas acá y acullá sobre las rocas, tañendo flautas y cantando*).—Si en otro tiempo las magas de Tesalia, en el pavor de la noche, te atrajeron de un modo sacrílego

(1) Según creencia popular, en las noches de encantamientos la luna suspende su curso y se para en el cielo por efecto de conjuros o influencias mágicas.

hacia la tierra, mira apacible desde tu arco nocturno las trémulas ondas, hormiguero de luz que riela dulcemente e ilumina el tumulto que de las olas se eleva. Prontas siempre a servirte, hermosa Luna, ¡sénos propicia!

NEREIDAS Y TRITONES

(*En forma de monstruos marinos*) (1).—Sonad con fuerza, emitid sonidos más agudos que resuenen a través del anchuroso mar; llamad desde ahora a los habitantes del abismo.—Ante las vorágines horribles de la tormenta, nos retiramos a las profundidades más tranquilas, y desde allí nos atrae un dulce canto. Ved cómo en nuestro arrobamiento nos ataviamos con cadenas de oro, y cómo a las diademas y pedrerías unimos broches y ceñidores. Todo ello es fruto vuestro. Los tesoros tragados aquí por el naufragio, nos los habéis atraído con vuestros cantos, vosotras, genios de nuestra bahía.

LAS SIRENAS

Bien lo sabemos. En la frescura del mar tranquilo, se complacen los peces en una vida vaga y libre de penas; pero vosotros, que en tropel os agitáis para la fiesta, quisiéramos hoy saber si sois más que peces.

NEREIDAS Y TRITONES

Antes de venir aquí lo habíamos pensado ya. Hermanas, hermanos, daos prisa ahora. Hoy bastará el más

(1) Nereidas o Dóridas, así llamadas por ser hijas de Nero y Doris. Estas ninfas del Mediterráneo habitaban en el fondo de las aguas y se complacían en librar a los marinos de los peligros que corrían en el mar. —Tritones: dioses marinos subalternos, que tenían figura humana desde la cabeza hasta la cintura y de pez lo restante del cuerpo. Se les pinta con sendas caracolas, que usaban a guisa de trompeta.

pequeño viaje para demostrar del modo más irrebatible que somos más que peces (1). (*Se alejan.*)

LAS SIRENAS

Se han ido en un abrir y cerrar de ojos. En derechura a Samotracia han desaparecido con viento próspero. ¿Qué piensan hacer en el reino de los excelsos Cabires? Son éstos unos dioses extrañamente singulares, que sin cesar se engendran ellos mismos sin saber nunca lo que son (2). En tus alturas, amorosa Luna, permanece propiciamente inmóvil, a fin de que perdure la noche y no nos ahuyente el día.

THALES

(*En la orilla, a Homúnculo*).—De buen grado te conduciré a la morada del anciano Nereo (3). Verdad es que no estamos lejos de su covacha. Pero tiene dura la cabeza ese ente arisco y avinagrado. La humanidad entera jamás hace cosa alguna a gusto de ese viejo gruñón. No obstante, tiene el don de leer en lo porvenir, y por lo mismo, todos le profesan respeto y le honran en su retiro. Por otra parte, ha hecho bien a más de uno.

HUMUNCULO

Hagamos la prueba y tentemos el vado. No creo que me cueste el vidrio y la llama.

---

(1) Las Nereidas y Tritones, deseosos de probar la divinidad de su naturaleza, y de dar un mentís a las Sirenas, que se obstinan en no querer ver en ellos más que simples peces, parten en dirección de Samotracia para ir a la conquista de los Cabires.

(2) Son los Cabires (del hebreo *Kabir*, grande, poderoso) unas divinidades relacionadas con la religión del fuego y rodeadas del más profundo misterio. Su verdadero número jamás se ha revelado. En Fenicia, Grecia y especialmente en Samotracia (una de las islas del mar Egeo), se les tributaba un culto particular.

(3) Dios marino. Se le representa como un viejo, y estaba dotado del dón de profecía.

NEREO

¿Son voces humanas las que percibe mi oído? ¡Qué coraje me da en lo más hondo del corazón! Criaturas que aspiran a llegar al nivel de los dioses, y condenadas, sin embargo, a semejarse siempre a sí mismas. Desde remotos tiempos podía yo gozar de un reposo divino, y con todo, sentíame impelido a hacer bien a los mejores de entre los hombres; y cuando al fin consideraba los hechos realizados, era exactamente lo mismo que si nada hubiese yo aconsejado.

THALES

Y a pesar de ello, ¡oh Viejo de la mar!, se tiene confianza en ti. Sabio eres, no nos rechaces de este sitio. Mira esta llama, y aunque de humana configuración, se abandona por entero a tu consejo.

NEREO

¡Qué! ¡Un consejo! ¿Ha tenido jamás un consejo valor alguno entre los hombres? Una palabra sensata se embota en el oído duro. Por más que la mayoría de las veces los hechos se condenen de un modo despiadado a sí mismos, la gente sigue por eso tan reacia como antes. ¡Qué de paternales consejos no di a Paris antes de que hiciera caer en las redes de su pasión una mujer extranjera! En la playa griega estaba él a la sazón lleno de audacia; le anuncié lo que yo veía en espíritu: el aire cargado de espesa humareda, un color encendido que se iba extendiendo; las viguerías abrasadas; abajo, la matanza y la muerte: día de la sentencia de Troya, fijado en rimas y tan horrendo como famoso durante millares de años. La palabra del viejo pareció cosa de burla al petulante mozo; obedeció él a los impulsos de su deseo, y cayó Troya...cadáver gigantesco, yerto después de prolongado suplicio; festín muy bien recibido por las águilas del

Pindo (1). Y a Ulises, ¿no le predije también los artificios de Circe, la espantosa ferocidad del Cíclope (2), su propia irresolución, el espíritu liviano de los suyos, y qué sé yo cuantas cosas más? ¿Sacó algún beneficio de esto? Ninguno, hasta que, bien zarandeado, las ondas favorables le llevaron, aunque harto tarde, a una playa hospitalaria.

THALES

Para el hombre sabio, semejante proceder es un tormento; con todo, el bondadoso prueba aún otra vez. Una dracma de agradecimiento pesará más, para llenarle de gozo, que cien veces otro tanto de ingratitud. Porque no es cosa de poca monta lo que hemos de suplicar: este mocito que aquí véis, con buen acuerdo desea nacer.

NEREO

No turbéis uno de mis rarísimos instantes de alegría. Otra cosa muy diversa estoy esperando hoy. Mandé venir aquí a todas mis hijas, las Gracias del mar, las Dóridas. Ni el Olimpo ni vuestro suelo producen un bello conjunto de criaturas que se mueva de tan airosa manera. Con los más graciosos ademanes, lánzanse del dragón acuático a los caballos de Neptuno, tan sutilmente unidas al líquido elemento, que la misma espuma parece aún elevarlas. Llevada en el juego de colores de la concha de Venus (3), viene Galatea (4), actualmente la más bella de todas, quien, desde que Cipris (5) se apartó de nosotros, es a su vez adorada en Pafos como diosa. Y así la agraciada dórida posee, mucho tiempo ha, a título de here-

(1) Los griegos.

(2) El gigante Polifemo, que cuando una tempestad arrojó a Ulises a las costas de Sicilia, devoró a cuatro de sus soldados, y le dejó a él encerrado en una cueva, de la cual consiguió escapar.

(3) Esto es: llevado en la nacarina concha de Venus.

(4) Una de las hijas de Nereo.

(5) Uno de los varios nombres de la diosa Venus.

dera, la ciudad del templo y el carro del trono (1).—Alejaos de aquí. En la hora de los goces paternales, no sienta bien el odio en el corazón ni la invectiva en los labios. Id en busca de Proteo (2). Preguntad a ese hacedor de milagros cómo puede uno nacer y transformarse. (*Aléjase en dirección del mar.*)

THALES

Con este paso, nada hemos adelantado. Si se llega a encontrar a Proteo, al punto se desvanece, y si se detiene por vosotros, no dice al fin sino cosas que le dejan a uno atónito y confuso. Mas tú tienes necesidad de tales consejos; probémoslo y sigamos nuestro camino. (*Se alejan.*)

LAS SIRENAS

(*En lo alto de las rocas*).—¿Qué es aquello que vemos a lo lejos deslizarse por el reino de las ondas? Cual blancas velas que avanzan obedientes al viento, así son esplendorosas a la vista las radiantes hijas del mar. Descendamos de estas peñas abruptas. ¿No oís sus voces?

NEREIDAS Y TRITONES

Lo que llevamos en las manos debe gustar a todos. La gigantesca concha de Quelona (3) refleja severas imágenes: son dioses los que traemos. Debéis entonar sublimes cantos.

LAS SIRENAS

Pequeños de talla, grandes en poder, salvadores de náufragos, dioses adorados desde remota antigüedad.

---

(1) Pafos, ciudad de la isla de Chipre, que tenía un famoso templo consagrado a Venus. El carro del trono es la concha de nácar perteneciente a dicha diosa.

(2) Dios marino, hijo del Océano y Tetis. Como Nereo, conocía el porvenir, pero no lo revelaba sino cuando se veía obligado por la fuerza, y para librarse de los que le asediaban con sus preguntas, se transformaba de muchas maneras, a voluntad suya.

(3) Ninfa transformada en tortuga.

NEREIDAS Y TRITONES

Traemos los Cabires para celebrar una fiesta sosegada, pues allí donde reinan santamente, apacible se mostrará Neptuno.

LAS SIRENAS

Somos inferiores a vosotros. Cuando se estrella un bajel, irresistibles en fuerza, salváis la tripulación.

NEREIDAS Y TRITONES

Tres hemos traído con nosotros; el cuarto no quiso venir. Decía ser el verdadero, el que pensaba por todos ellos.

LAS SIRENAS

Bien puede un dios burlarse de otro dios. En cuanto a vosotros, honrad todos los favores y temed todo mal.

NEREIDAS Y TRITONES

En realidad, son siete.

LAS SIRENAS

¿Dónde quedaron los tres restantes?

NEREIDAS Y TRITONES

No sabríamos decirlo. Habrá que buscarlos en el Olimpo; allí hay también, sin duda, el octavo, en el cual nadie había aún pensado (1). Prontos a hacernos mercedes, pero no dispuestos todavía todos ellos (2). Estos seres

(1) En concepto de Kreutzer, los siete Cabires son los siete planetas conocidos en la antigüedad, los cuales, con su padre el Sol (que otros consideraban como su hermano mayor), componían un poderoso grupo de ocho unidades. El octavo sería probablemente Urano, descubierto por Herschel en 1781.

(2) Para emprender el viaje.

incomparables pretenden ir siempre más lejos, hambrientos, anhelosos de lo inaccesible.

LAS SIRENAS

Nosotras estamos habituadas a elevar preces dondequiera que haya un ser entronizado en el sol y en la luna. Esto reporta provecho.

NEREIDAS Y TRITONES

¡Cómo resplandece en sumo grado nuestra gloria al dirigir la presente fiesta!

LAS SIRENAS

Los héroes de la antigüedad carecían de gloria, donde y como quiera que se ostente. Si ellos conquistaron el vellocino de oro, habéis vosotros conquistado los Cabires.

(*Estribillo en coro.*)

NEREIDAS, TRITONES Y LAS SIRENAS

Si ellos conquistaron el vellocino de oro, habéis vosotros conquistado los Cabires.

(*Pasan las Nereidas y los Tritones.*)

HOMUNCULO

Yo considero esos seres deformes como viejas y ruines vasijas de barro (1); al presente, los sabios topan con ellas y se rompen sus duras testas.

THALES

Eso es precisamente lo que se desea. El robín es lo que hace apreciable la moneda.

---

(1) Estas misteriosas divinidades eran representadas en una forma extravagante y grotesca, como se ve en algunos vasos pelásgicos, que tienen la figura de enanos feos, ventrudos y contrahechos.

PROTEO

(*Sin ser visto*).—Eso me divierte a mí, viejo forjador de ficciones. Cuanto más extraña es una cosa, más respetable es.

TH ALES

¿Dónde estás, Proteo?

PROTEO

(*Con voz de ventrílocuo, tan pronto cercana como distante*). —Aquí y aquí.

THALES

Te perdono esa rancia chocarrería; pero a un amigo, nada de palabras vanas. Sé que hablas desde un falso lugar.

PROTEO

(*Como desde lejos*).—Adiós.

THALES

(*En voz baja a Homúnculo*).—Está muy cerca. Ahora relumbra tú con viveza. Es curioso como un pez, y dondequiera que esté parado en una u otra forma, es atraído por la llama.

HOMUNCULO

Despido al instante un buen golpe de luz; con discreción, sin embargo, para no hacer estallar la redoma.

PROTEO

(*En figura de tortuga gigante*).—¿Qué es eso que luce con tan hermoso brillo?

THALES

(*Ocultando a Homúnculo*).—¡Bueno! Si lo deseas, puedes verlo más de cerca. No te arredre esa pequeña

molestia, y muéstrate sobre dos pies humanos. El que quiera ver lo que ocultamos, consígalo por nuestro favor, por nuestra voluntad.

PROTEO

(*En una figura noble*).—No olvidaste aún las sutilezas filosóficas.

THALES

Y cambiar de forma es todavía tu afán. (*Descubriendo a Homúnculo.*)

PROTEO

(*Admirado*).—¡Un pequeño enano luminoso! ¡Cosa nunca vista!

THALES

Solicita consejo, y de buena gana quisiera nacer. Según lo he sabido por él mismo, vino al mundo de una manera muy extraordinaria, aunque sólo a medias. No carece de facultades mentales, pero tiene suma falta de solidez tangible. Hasta ahora, el vidrio sólo le da peso; mas ante todo, le gustaría estar dotado de cuerpo.

PROTEO

Eres un verdadero hijo de virgen; antes de que hubieras de existir, existes ya.

THALES

(*En voz baja a Proteo*).—Por otra parte, paréceme crítico el caso. Presumo que es hermafrodita.

PROTEO

Entonces, tanto más pronto logramos nuestro objeto. De cualquier modo que ello se presente, la cosa se arre-

glará. Mas no se trata ahora de cavilar mucho; es preciso que tengas tu origen en el dilatado mar. Allí uno empieza primero siendo pequeño y se complace engullendo a los más pequeños; de este modo va creciendo poquito a poco, y se forma para empresas más elevadas.

HOMUNCULO

Aquí sopla un airecillo muy suave; esto enverdece, y la fragancia me deleita.

PROTEO

Lo creo así, niño encantador, y más lejos aún te parecerá mucho más grato; en esa estrecha lengua de tierra cercada por el mar, la atmósfera excede a toda ponderación. Ahí enfrente vemos bastante de cerca la muchedumbre que ahora llega flotando. Venid conmigo allá abajo.

THALES

Os acompaño.

HOMUNCULO

Paseo de espíritus (1) triplemente digno de ver.

Llegan los TELQUINOS DE RODAS (2) *montados en hipocampos* (3) *y dragones marinos, manejando el tridente de Neptuno.*

CORO DE TELQUINOS

Hemos forjado para Neptuno el tridente con que apacigua las olas mas encrespadas. Si el Tonante (4) desplie-

(1) Thales, Proteo y Homúnculo.

(2) Genios o magos llamados "Hijos del Mar," a quienes se atribuye la invención de numerosas artes. Como hábiles metalúrgicos que eran, forjaron el tridente de Neptuno y fundieron en bronce las primeras estatuas de divinidades. Era célebre su culto en Rodas.

(3) Caballos marinos, que tienen dos pies y una cola parecida a la de los peces.

(4) Epíteto de Júpiter.

ga las preñadas nubes, Neptuno responde al pavoroso rumor del trueno, y en tanto que de las alturas se lanza el sinuoso rayo, ola tras ola surge de abajo, y aquello (1) que en medio ha luchado aún entre congojas, por largo tiempo juguete de la tempestad, es tragado por el profundo abismo. Por esto nos ha cedido hoy el cetro... Ahora flotamos con festival pompa, sosegados y libres.

LAS SIRENAS

A vosotros, los consagrados a Helios (2), los benditos de la clara luz del día, ¡salud en esta hora de emociones dulces, que mueve a una profunda adoración a la Luna!

LOS TELQUINOS

¡Diosa la más amable de todas, que estás en la celeste bóveda! Tú oyes con embeleso celebrar a tu hermano (3). A la venturosa Rodas prestas oído; de allí se eleva hacia él un himno eterno. Al principiar el curso del día y al terminarlo, nos contempla con su radiante mirada de fuego. Los montes, las ciudades, las riberas, las olas, placen al dios, son agradables y esplendorosas. Ni una niebla se cierne en torno nuestro, y si acaso se desliza alguna, bastan un rayo de luz y una brisa leve para quedar pura la isla. Allí el dios se contempla en cien formas, como adolescente, como gigante, grandioso, benéfico (4). Nosotros fuimos los primeros en representar el poder de los dioses en una digna forma humana.

PROTEO

(*A Homúnculo*).—Déjalos cantar, déjalos engreírse. Para los sagrados rayos de vida del sol, las obras muertas

(1) La nave y sus tripulantes.

(2) El Sol. El célebre Coloso de Rodas, una de las siete maravillas del mundo, era una gigantesca estatua que representaba al sol.

(3) Apolo (el Sol) era hermano de la Luna.

(4) Alusión a diversas estatuas del dios-sol. Una de ellas era el Coloso de Rodas, que fué derribado por un temblor de tierra.

no son más que una bufonada. Esa laya infatigable funde y moldea, y una vez han vaciado ellos la figura en bronce, piensan entonces haber hecho algo. Pero, ¿qué les pasa al fin a esos soberbios? Majestuosas erguíanse las imágenes de los dioses... Una sacudida terrestre las destruyó y hubo que refundirlas hace mucho tiempo.—La actividad terrestre, sea cual fuere, en todos tiempos no es más que un verdadero tráfago. La onda es más provechosa a la vida. Al seno de las eternas aguas te va a conducir Proteo-delfín. (*Se transforma.*) Ya está hecho. Allá debe esto redundar en el mayor bien para ti. Tómote sobre mi dorso y te caso con el Océano.

THALES

(*A Homúnculo*).—Cede al loable deseo de empezar de nuevo la creación por el principio (1). Apréstate para una acción rápida. Allí (2) te moverás según las reglas eternas, a través de mil y mil formas, y hasta llegar a ser hombre, tienes tiempo (3).

(*Homúnculo monta en el Delfín-Proteo.*)

PROTEO

Acompáñame, ser inmaterial, a la húmeda extensión. En ella, al momento vives a tus anchuras; aquí te mueves a placer. Sólo te encarezco que no aspires a órdenes más elevados, porque, no bien te hayas vuelto hombre, todo enteramente se acabó para ti.

THALES

Eso según y conforme. También es cosa muy grata ser hombre digno en su época.

---

(1) Esto es: empezando por las formas inferiores de la vida orgánica.

(2) En el seno del mar.

(3) Con estas palabras, bosqueja Goethe claramente la teoría de la evolución, de la cual fué uno de los más gloriosos precursores.

PROTEO

(*A Thales*).—Sí, alguno de tu condición, sin duda. Eso dura todavía algún tiempo, puesto que desde hace muchos centenares de años, te veo entre las pálidas legiones de espíritus.

LAS SIRENAS

(*En las rocas*).—¿Qué anillo de pequeñas nubes forma alrededor de la Luna un cerco tan magnífico? Son palomas enardecidas de amor, y cuyas alas son blancas como la luz. Pafos (1) ha enviado aquí su bandada de ardorosas aves. Completa está nuestra fiesta; apacible deleite, colmado y puro.

NEREO

(*Avanzando hacia Thales*).—Un viandante nocturno, sin duda, calificaría de fenómeno atmosférico esta corona lunar; mas nosotros, los espíritus, somos de un parecer totalmente distinto, el único acertado: son palomas que acompañan en su travesía la concha de mi hija, aves de un vuelo maravilloso de índole especial, aprendido desde remotos tiempos.

THALES

También juzgo ser lo mejor lo que bien le parece al digno hombre (2) cuando, en el nido apacible y cálido, se mantiene viva una cosa sagrada (3).

PSILOS Y MARSOS (4)

(*Montados en toros, becerros y carneros marinos*).—En las agrestes y profundas cavernas de Chipre, no cegadas

(1) Antigua ciudad de Chipre consagrada a Venus.

(2) Nereo.

(3) La fe que se mantiene viva en el corazón.

(4) Los Psilos eran un antiguo pueblo de Libia. Tenían la virtud de curar la mordedura de las serpientes y de matar a estos reptiles

por el dios del mar ni destruidas por Seismos, nosotros acariciados por eternas brisas, como en antiquísimos días y sintiendo una satisfacción tranquila, guardamos el carro de Cipris; y en medio del murmurio de la noche, a través del gracioso entretejido de las ondas, hacia aquí conducimos, invisibles para la nueva generación, tu más encantadora hija. Silenciosamente activos, no tememos ni el Aguila ni el León alado ni la Cruz ni la Media Luna (1); poco nos importa cómo viven y gobiernan allá arriba (2), ni cómo de un modo alternado se agitan y mueven, se persiguen y exterminan desolando mieses y ciudades. Siguiendo como hasta ahora, conducimos aquí la más hechicera soberana.

LAS SIRENAS

Con movimiento ligero, con prisa moderada en torno del carro, formando círculo tras círculo, pronto enlazadas fila por fila, dispuestas en hileras de ondulación serpentina, acercaos, vigorosas Nereidas, recias mujeres graciosamente bravías; conducid, tiernas Dóridas (3), a Galatea, imagen de su madre; grave, parecida por su aspecto a los dioses, digna de inmortalidad; pero, como las graciosas mujeres humanas, de una gentileza seductora.

LAS DORIDAS

(*En coro, pasando por delante de Nereo, todas ellas montadas en delfines*).—Danos ¡oh Luna! luz y sombra, presta claridad a este florecimiento de juventud; pues, supli-

---

gracias a una ponzoña natural que tenían en el cuerpo.— Los Marsos era un valeroso pueblo de la Italia antigua; habitaban en las montañas del Samnio y eran asimismo encantadores de serpientes.

(1) La isla de Chipre ha estado alternativamente bajo el yugo de Roma (el Aguila), de Venecia (el León alado), de los cristianos (la Cruz) y de los turcos (la Media luna).

(2) Esto es: sobre la tierra.

(3) Otras hijas de Nereo.

cantes, presentamos a nuestro padre los esposos amados. (*A Nereo.*)—He aquí unos mancebos, a quienes libramos del diente feroz de las rompientes; los tendimos en lechos de juncos y blando musgo, y a fuerza de calor los retornamos a la luz. Ahora deben ellos, con besos ardientes, darnos las gracias más cordiales. Mira propicio a estos agraciados jóvenes.

NEREO

Altamente es de apreciar esa doble ventaja: ser compasivas y deleitarse a un tiempo.

LAS DORIDAS

Si tú, padre, apruebas nuestro proceder, nos das una alegría bien merecida; déjanos estrecharlos inmortales contra nuestro pecho eternamente joven.

NEREO

Podéis gozar de la hermosa presa; formaos del adolescente un hombre. Con todo eso, no podría yo otorgar lo que sólo Zeus (1) puede conferir. La ola que os mece y balancea tampoco permite constancia al amor, y cuando la afición haya cesado de juguetear, plantadlos bonitamente en la orilla.

LAS DORIDAS

Vosotros, gallardos mancebos, sois nuestro amor; mas, por desgracia, debemos separarnos. Ansiábamos nosotras una fidelidad eterna, y los númenes no quieren permitirla.

LOS JOVENES

Con tal que sigáis recreándonos así a nosotros, bravos

(1) Este era el nombre con que los griegos designaban a Júpiter, considerándole como autor de la vida, y por lo mismo, sólo él podía conferir la inmortalidad.

y jóvenes marinos...Nunca lo hemos pasado tan bien, y no deseamos pasarlo mejor

Acércase GALATEA *en la concha.*

NEREO

¿Eres tú, amada mía?

GALATEA

¡Oh padre! ¡qué dicha!—¡Teneos, delfines!—Esa mirada me cautiva.

NEREO

Ya están lejos. Pasan como un torbellino. ¿Qué les importa el íntimo sentimiento del corazón? ¡Ah! ¡si m llevaran consigo! Empero una sola mirada me deleita, resarciéndome por todo el año.

THALES

¡Salve! ¡Salve otra vez! ¡Cómo se dilata de júbilo mi corazón, penetrado de lo bello, de lo verdadero!...Todo dimana del agua, y por el agua todo se mantiene (1). Océano, ¡favorécenos con tu eterna acción soberana! Si no enviaras las nubes; si no prodigaras los ricos arroyos; si no hicieras correr los ríos por aquí y por allí; si no llenaras los torrentes, ¿qué serían las montañas y llanuras, qué sería el mundo? Tú eres quien mantiene la más lozana vida.

ECO

(*Coro de todos los círculos*).—De ti brota la más lozana vida.

NEREO

Se retiran balanceándose a lo lejos. Ya no se encuentran sus miradas con las mías. Dispuestas en cadena,

(1) Tal es el principio que sustentaba la Escuela jónica, fundada por Thales de Mileto.

formando extensos círculos, va serpenteando la innumerable muchedumbre para mostrarse cual requiere la fiesta. Mas yo veo bien todavía la concha en que está entronizada Galatea; a guisa de estrella, reluce por entre la multitud. A través de la turba numerosa, brilla el objeto amado. Por lejos que se halle, resplandece con luz clara y viva, siempre cercano y real.

HOMUNCULO

En este benigno elemento húmedo, todo cuanto ilumino es bello y encantador.

PROTEO

En este húmedo vital, tu linterna empieza a lucir con magnífica resonancia.

NEREO

¿Qué nuevo misterio, en medio de las multitudes, viene a revelarse a nuestros ojos? ¿Qué es aquello que relumbra alrededor de la concha, en torno de los pies de Galatea? Ora arde con violencia, ora de un modo apacible, ora con suavidad, cual si fuera movido por las pulsaciones del amor.

THALES

Es Homúnculo, instigado por Proteo...Estos son los indicios del imperioso anhelo. Presiento el gemido de una sacudida angustiosa; va a estrellarse contra el resplandeciente trono. Ahora despide llamas, ahora centellea...Ya se derrama (1).

---

(1) Homúnculo, impelido por el amor, lánzase hacia el trono de Galatea, contra la cual se quiebra la redoma. Entonces el diminuto sér espiritual se une al agua para nacer en ella, empezando allí el desarrollo de la vida orgánica, su evolución progresiva a través de una dilatada serie de lentas transformaciones, desde el tipo más elemental y rudimentario hasta la forma superior, que es el hombre (Lichtenberger).

LAS SIRENAS

¿Qué ígneo prodigio nos ilumina las olas, que, lanzando chispas, se rompen unas contra otras? Así ello reluce, fluctúa e ilumina extendiéndose; los cuerpos se abrasan en la carrera nocturna, y en todo el contorno hay un desbordamiento de fuego. Reine, pues, así Eros (1), que dió principio a todo. ¡Gloria al mar! ¡Gloria a las ondas envueltas en el fuego sagrado! ¡Gloria al agua! ¡Gloria al fuego! ¡Gloria al singular prodigio!

TODOS JUNTOS

¡Gloria a los vientos suavemente prósperos! ¡Gloria a las cavernas llenas de misterio! ¡Sed altamente celebrados aquí vosotros, los cuatro Elementos! (2).

(1) El dios del amor, entre los griegos.
(2) Los cuatro elementos de los antiguos filósofos: tierra, agua, aire y fuego.

Acto tercero

ACTO TERCERO

ANTE EL PALACIO DE MENELAO EN ESPARTA

Entra HELENA *acompañada de un coro de* TROYANAS *cautivas.* PANTALIS, *corifea.*

HELENA

Muy admirada y muy vituperada, yo, Helena, llego de la playa donde acabamos de saltar en tierra, ebria (1) aún por el vivo balanceo de las olas, que sobre su dorso altamente erizado nos han traído de las frigias llanuras a los ancones patrios, por el favor de Poseidón (2) y la fuerza de Euro (3). Allá abajo, a estas horas, está Menelao celebrando su regreso junto con los más valientes de sus guerreros. Mas tú, dame buena acogida, suntuosa mansión que mi padre Tíndaro, a su retorno (4), edificó para sí, cerca de la falda de la colina de Palas y decoró con mayor magnificencia que todas las casas de Esparta, cuando yo crecía aqui jugando alegre y fraternalmente con Clitemnestra y también con Cástor y Pólux. Os

(1) Esto es: marcada.

(2) Nombre que daban los griegos a Neptuno, dios del mar.

(3) El dios que personifica al viento del Este.

(4) Tíndaro, rey de Esparta, fué restablecido por Hércules en el trono de su padre, del cual había sido arrojado por su hermano.

saludo, batientes de la puerta de bronce. Por vuestra amplia abertura, que invita hospitalaria, un día Menelao, elegido entre un gran número, vino radiante a mi encuentro en calidad de novio. Abrídmelas de nuevo, para que cumpla con fidelidad una orden apremiante del Rey, cual conviene a la esposa. Dejad que entre y que en pos de mí quede todo cuanto de aciago se desencadenó hasta ahora en torno mío. Pues desde que yo, libre de cuidados, abandoné este sitio para visitar el templo de Citerea (1), en cumplimiento de un deber sagrado, y desde que allí un raptor, el frigio, me robó, muchas cosas han acaecido, que los hombres con tanto gusto relatan por doquier, pero que no las oye con agrado aquel cuya historia, a fuerza de exageraciones, se ha tramado hasta convertirse en fábula.

EL CORO

No desdeñes, ¡oh ínclita mujer!, la gloriosa posesión del bien supremo; pues sólo a ti es concedida la mayor dicha: la fama de la belleza, que descuella sobre todas las demás. El héroe va precedido de la resonancia de su nombre, y así anda con la frente altiva; pero el hombre más indómito dobla al punto su voluntad ante la belleza, que todo lo subyuga.

HELENA

¡Basta! Acompañada de mi esposo, hice vela hacia aquí, y ahora me envía delante de él a su ciudad; mas no adivino qué pensamiento puede alimentar. ¿Vengo como esposa? ¿Vengo como Reina? ¿Vengo acaso como víctima expiatoria del amargo dolor del príncipe y de la adversa fortuna tanto tiempo experimentada por los griegos? Conquistada soy; si soy cautiva, no lo sé. Pues, en verdad, los inmortales designaron de un modo ambi-

(1) Sobrenombre de Venus.

guo para mí la celebridad y el destino, compañeros peligrosos de la belleza, que, aun en este umbral, se yerguen a mi lado con su presencia sombría y amenazadora. Ya en el cóncavo bajel, sólo rara vez me miraba mi esposo, sin proferir palabra alguna de consuelo; cual si meditara algún daño, estaba sentado frente a mí. Mas, después de haber remontado la profunda bahía del Eurotas y cuando apenas los espolones de las naves delanteras saludaban la tierra, dijo como inspirado por el numen: "Aquí desembarcan mis guerreros por su orden; yo les paso revista alineados en la ribera del mar; pero tú sigue avanzando, remonta siempre la feraz orilla del Eurotas sagrado (1); guía los corceles sobre el césped de la húmeda pradera hasta que llegues a la amena planicie donde fué edificada Lacedemonia, en otro tiempo vasto campo fértil rodeado de cerca por ásperas montañas. Entra luego en la regia mansión de elevadas torres, y pásame revista a las sirvientas que allí dejé con la anciana y discreta ama de gobierno. Haz que ésta te muestre la rica colección de tesoros, tales como al morir los dejara tu padre y que yo mismo, tanto en la guerra como en la paz, he amontonado acreciéndolos sin cesar. Lo hallarás todo en buen orden, que privilegio es del príncipe encontrarlo todo puntualmente en su casa cuando a ella vuelve, cada cosa en su sitio conforme lo dejara; puesto que, por sí mismo, el servidor no tiene atribuciones para alterar cosa alguna."

EL CORO

Recrea ahora en este magnífico tesoro, siempre acrecentado, los ojos y el corazón. Los arreos de la cadena, la pedrería de la corona reposan allí con altivez pensando ser algo; pero no tienes más que entrar y retarlos, y al

(1) Famoso río de la Laconia. Era objeto de honores divinos porque en sus orillas Júpiter, en figura de cisne, sedujo a Leda, madre de Helena.

punto se aprestarán ellos a la lid. Pláceme ver la belleza en lucha con el oro y las perlas y las piedras preciosas.

HELENA

Luego continuó así la imperiosa palabra del soberano: "Cuando al fin lo hayas todo examinado por orden, toma entonces tantos trípodes como creas necesarios y los diferentes vasos que ha de tener a mano el sacrificador al celebrar la solemne ceremonia sagrada: los calderos, lo mismo que las copas y el plato circular; que en grandes jarros esté prevenida el agua más pura del sagrado manantial; en seguida ten asimismo dispuesta allí leña seca que fácilmente sea pasto de la llama, y que, por último, no falte una bien afilada cuchilla; pero todo lo restante lo fío a tu cuidado." Así dijo, compeliéndome a separarnos. Mas quien tales mandatos dicta, nada me designa dotado de aliento de vida que pretenda él inmolar en honor de las divinidades del Olimpo. Esto da que pensar; con todo, no me inquieto más por ello, y sea lo que dispongan los altos dioses, quienes obran lo que en su dictamen les parece mejor; que sea juzgado bueno o malo por los hombres, nosotros los mortales lo hemos de soportar. No pocas veces el sacrificador en la consagración alzaba ya la pesada cuchilla sobre la cerviz de la res encorvada hacia tierra, y no pudo consumar el acto por impedirlo la proximidad del enemigo o la intervención de la Divinidad.

EL CORO

Lo que puede acontecer, no lo imaginas. ¡Reina! avanza con buen ánimo. El bien y el mal llegan al hombre sin pensarlo; aun vaticinados, no lo creemos. A pesar de ello, ardió Troya; a pesar de ello, vimos la muerte ante nuestros ojos, una muerte afrentosa, por cierto; ¿y no estamos nosotras aquí a tu ladó gozosamente serviciales? ¿No contemplamos el sol deslumbrador del cielo y cuanto

hay de más bello en la tierra, a ti, llena de benevolencia para nosotras, las más dichosas mujeres del mundo?

HELENA

Sea lo que haya de ser. Cualquiera que sea la suerte que me aguarda, conviene que yo suba sin tardanza a la regia mansión, que de nuevo se halla ante mis ojos no sé cómo; mansión que tanto tiempo he echado de menos, por la que tanto suspiré y que yo había casi perdido por ligereza. Los pies no me llevan tan resueltos a lo alto de estas soberbias gradas, que saltando subía yo en mi niñez. (*Vase.*)

EL CORO

Arrojad lejos, ¡oh hermanas!, tristes cautivas, todos los pesares. Compartid la dicha de la Reina, participad de la ventura de Helena, que con tardío pie para regresar, es cierto, pero tanto más firme, gozosa llega al hogar paterno. Glorificad a los númenes santos, que reponen y conducen felizmente a la patria. Quien goza de libertad, se cierne como si tuviera alas sobre los parajes más abruptos, mientras que, lánguido y anheloso, el cautivo se consume tendiendo los brazos por cima de las almenas de su prisión.—Mas ella, la expatriada, cogióla un dios, y de las ruinas de Ilión la ha vuelto aquí, a la antigua casa paterna nuevamente decorada, a fin de que, tras alegrías y tormentos indecibles, ella, ya reanimada, recuerde los primeros tiempos de la juventud.

PANTALIS

(*Como corifea*).—Abandonad ahora la regocijada senda del canto, y dirigid vuestra vista a los batientes de la puerta. ¡Qué veo, hermanas mías! ¿No vuelve la Reina hacia nosotras, agitada y con paso violento? ¿Qué es eso, gran Reina? ¿Qué pudo acontecerte en los recintos de tu morada, en lugar del homenaje de los tuyos, que tal

emoción te causara? No lo disimulas, pues veo en tu frente la indignación, una noble ira que lucha con la sorpresa.

HELENA

(*Aparece emocionada; ha dejado abiertas las hojas de la puerta*).—A la hija de Júpiter (1) no cuadra un temor trivial, y la mano leve y fugaz del miedo no llega a tocarla; pero el espanto que, surgiendo desde el principio de los tiempos del seno de la antigua Noche se revuelve y sube aún bajo numerosas formas, cual nubes ardientes salidas del abismo de fuego de la montaña, estremece también el pecho del héroe. De tan pavorosa manera las estigias potestades marcaron hoy para mí la entrada en la casa que, a semejanza de un huésped despedido, gustosa quisiera yo alejarme de unos umbrales tantas veces hollados y por los cuales tanto tiempo suspiré con afán. Pero ¡no! He retrocedido hasta aquí hacia la luz, y no me obligaréis a dar un paso más, vosotras, Potencias, quienesquiera que seáis. Quiero pensar en la consagración, y luego, una vez purificada, la llama del hogar salude a la esposa lo mismo que al señor.

LA CORIFEA

Descubre, ¡oh noble mujer!, a tus servidoras, que respetuosas te asisten, lo que ha ocurrido.

HELENA

Cuanto he visto, lo veréis vosotras mismas con vuestros ojos si la antigua Noche no ha devorado al instante su obra (2) haciéndola entrar de nuevo en su profundo seno misterioso. Ello no obstante, para que lo sepáis, os

(1) Helena fué el fruto de los amores de Júpiter y Leda, esposa de Tíndaro rey de Esparta.

(2) La visión o imagen fantástica que tanto ha sorprendido a Helena, y que le parece a ella un sueño.

lo expreso con palabras. En el punto en que, pensando en el deber más inmediato, puse el pie con solemnidad en el severo recinto interior de la casa del Rey, quedéme sorprendida a causa del silencio que reinaba en las desiertas galerías. Ningún rumor de personas que corrieran diligentes llegaba al oído, ningún apresuramiento de viva solicitud hería la vista, y no se presentó ninguna doméstica, ningún ama de gobierno, ellas que de ordinario saludaban con agrado a toda persona extraña. Mas, cuando me acerqué al hogar, vi entonces sentada en el suelo, junto a las tibias cenizas, residuos de un fuego extinguido, una mujer alta, cubierta con un velo y que no parecía dormida, sino más bien meditabunda. Con palabra imperativa la llamo al trabajo, tomándola por la mujer de gobierno que tal vez en el ínterin la previsión de mi esposo colocara allí antes de partir; pero ella permanece inmóvil y acurrucada en su asiento. Al fin, sólo después de mis amenazas, mueve el brazo derecho, como para echarme fuera del hogar y de la estancia. Llena de enojo, apártome de ella y corro al punto hacia la gradería sobre la cual se eleva adornado el tálamo cerca de la sala de los tesoros. Mas aquel prodigio se levanta bruscamente del suelo y, cerrándome el paso con imperiosa actitud, se muestra en toda su elevada estatura, cenceña, con la mirada cavernosa, sangrienta, sombría; extraña figura que turba el ojo y el espíritu. Pero estoy hablando al aire, pues en vano se esfuerza la creadora palabra en construir formas. Vedla ahí a ella misma. ¡Y aun osa presentarse en plena luz!—Aquí mandamos nosotras hasta la llegada del Rey y señor. Los horribles engendros de la noche, Febo (1), amante de lo Bello, los rechaza a las cavernas, o bien los domeña.

---

(1) El Sol.

(*Aparece* FORCIDA (1) *en el umbral, entre las jambas de la puerta.*)

EL CORO

Muchas cosas presencié, aunque juveniles rizos ondean en derredor de mis sienes. He visto gran número de horrores: los estragos de la guerra, la noche en que cayó Ilión (2).—A través de las nubes de polvo que levantaba el tumulto de los combatientes en su acometida, escuché el formidable clamor de los dioses; oí la broncínea voz de la Discordia resonar por los campos hacia las murallas.—¡Ay! En pie estaban aún los muros de Troya; mas el ardor de las llamas iba avanzando por momentos, extendiéndose de un lado a otro por el soplo de la propia tormenta, sobre la ciudad sumida en las sombras de la noche. —Al huír, por entre el humo, el incendio y las llamas, que semejaban lenguas de fuego, vi acercarse los dioses terriblemente airados, prodigiosas formas gigantescas que discurrían a través de la obscura y densa humareda, rodeada de la claridad del incendio.—¿Lo he visto, o es que mi espíritu, oprimido de angustia, ha forjado tal embrollo? Nunca sabré decirlo; pero que yo veo aquí con mis propios ojos esa figura horrible, sí, lo sé de cierto. Podría hasta cogerla con las manos si no me contuviera el temor del peligro.—¿Cuál de las hijas de Forcis eres tú? Pues yo te igualo a esa raza. ¿Eres acaso una de las Greas, canosas de nacimiento, partícipes por turno de un ojo único y de un solo diente?—¿Osas tú, monstruo abominable, exhibirte al lado de la Belleza, ante la experta mirada de Febo? Avanza, empero, sin detenerte, pues él no ve la fealdad, de igual manera que su ojo sagrado

(1) Como se habrá adivinado ya, bajo las facciones y el exterior de una de las Gorgonas, hijas de Forcis, se oculta Mefistófeles, que viene a oponer al ideal de la Belleza el de la Fealdad.

(2) Troya.

jamás percibió la sombra.—Mas nosotras, mortales, una triste fatalidad ¡ay! nos condena por desgracia al indecible tormento de los ojos que lo repulsivo, lo siempre funesto, despierta en los amantes de lo bello.—Sí, escucha, pues: si nos replicas con lengua procaz e insolente, oye la maldición, oye todas las invectivas, todas las amenazas proferidas por la execratoria boca de las bienaventuradas que formaron los dioses.

FORCIDA

Antiguo es el dicho, pero el sentido permanece elevado y verdadero, de que la Honestidad y la Belleza no siguen jamás su vía juntas, mano a mano, por el verde sendero de la tierra. Hondamente arraigado, un antiguo rencor habita entre las dos, de su rte que en cualquier punto del camino donde se encuentren, cada una vuelve la espalda a su adversaria, y luego cada cual se apresura más vivamente a seguir de nuevo su ruta, la Honestidad cabizbaja, y la Belleza con aire arrogante, hasta que al fin la envuelve la noche profunda del Orco (1), si antes no la domeñó la vejez. Os encuentro ahora, procaces como sois, descargadas aquí del extranjero, llenas de insolencia, parecidas a la ronca y alborotadora bandada de grullas, que formando larga nube por encima de nuestra cabeza, envía hacia abajo graznadora sus chirridos, que invitan al pacífico viandante a mirar hacia lo alto; pero ellas siguen su camino, y él va el suyo. Otro tanto nos acontecerá a nosotras. ¿Quiénes sois, pues, para que os atreváis, frenéticas cual Ménades (2), semejantes a mujeres ebrias, a mover esa algarabía junto al gran palacio del Rey? ¿Quiénes sois para recibir ladrando al ama de gobierno de la casa, como ladra a la Luna la cuadrilla de

(1) El infierno.

(2) Bacantes, que durante las ceremonias de las fiestas de Baco, entraban en estado de exaltación frenética y corrían con el cabello en desorden y dando espantosos alaridos.

perros? ¿Pensáis que se me oculta de qué casta sois? ¡Tú joven ralea engendrada durante la guerra, criada en medio del combate! ¡Tú, ansiosa de hombres, tan seductora como seducida, que enervas la fuerza del guerrero lo mismo que la del ciudadano! Al veros así agrupadas, diríase que una nube de langosta se precipita sobre el campo cubriendo las verdes mieses. ¡Devoradoras de afanes ajenos! ¡Golosas destructoras de la prosperidad naciente! ¡Conquistadas, vendidas en el mercado, mercancía averiada!

HELENA

Aquel que, en presencia de la señora, riñe a las sirvientas, usurpa temerario el derecho doméstico del ama, pues sólo a ella toca enaltecer lo que es digno de elogio, así como castigar lo reprensible. Por otra parte, muy satisfecha estoy de los servicios que me prestaron ellas cuando la alta fortaleza de Ilión fué sitiada y acabó por sucumbir. No menos satisfecha de ellas quedé cuando en nuestra marcha errante sufrimos las vicisitudes de la angustiosa estrechez, en la que de ordinario cada cual mira primero por sí mismo. También aquí espero algo parecido de esta multitud solícita. El amo no inquiere lo que es el servidor, sino cómo sirve. Sella el labio, pues, y deja de mirarlas con esa irónica sonrisa. Hasta aquí guardaste bien la casa del Rey en ausencia de la señora; eso habla en favor tuyo; pero al presente llega ella en persona. Así, pues, retírate, no sea que la merecida recompensa se trueque en castigo.

FORCIDA

Amenazar a la servidumbre es un noble derecho del cual la augusta esposa del soberano, favorecido de los númenes, se ha hecho muy digna por una acertada dirección durante dilatados años. Y puesto que, ya reconocida, ocupas hoy de nuevo la antigua plaza de Reina

y señora de la casa, empuña las riendas desde tanto tiempo aflojadas; gobierna ahora; toma posesión del tesoro, y por añadidura, de todas nosotras juntas. Pero, ante todo, protégeme a mí, la más anciana, contra esa turba que, al lado de tu belleza de cisne, no es otra cosa que una manada de graznadoras ocas mal aladas.

LA CORIFEA

¡Cuán fea, al lado de la belleza, se muestra la fealdad!

FORCIDA

¡Cuán necia, al lado de la discreción, es la necedad! (*A partir de aquí, responden las coristas saliendo del coro una por una.*)

PRIMERA CORISTA

Haznos saber de tu padre, el Erebo (1); infórmanos de tu madre, la Noche.

FORCIDA

Y tú, habla de Escila (2), tu prima hermana.

SEGUNDA CORISTA

Más de un monstruo figura en tu árbol genealógico.

FORCIDA

Vete al Orco, y busca allí tu parentela.

TERCERA CORISTA

Harto jóvenes para ti son todos cuantos allí habitan.

FORCIDA

Embiste haciéndole el amor al viejo Tiresias (3).

---

(1) Hijo del Caos y de la Noche. Tómase también por el infierno.

(2) Ninfa que fué transformada en monstruo marino; llena el espacio con sus espantosos alaridos, y es causa de numerosos naufragios.

(3) Famoso adivino de Tebas. Júpiter le concedió una vida siete veces más larga que la de los demás mortales.

CUARTA CORISTA

La nodriza de Orión (1) fué tu tataranieta.

FORCIDA

Las Arpías (2), a lo que imagino, te criaron en la basura.

QUINTA CORISTA

¿De qué sustentas esa magrez tan cuidada?

FORCIDA

No es con sangre, de que tan ávida eres.

SEXTA CORISTA

Hambrienta de cadáveres, tú, asqueroso cadáver.

FORCIDA

Dientes de vampiro brillan en tu insolente boca.

LA CORIFEA

La tuya cerraré si digo quien eres.

FORCIDA

Nómbrate primero, y queda resuelto el enigma.

HELENA

No airada pero sí afligida, avanzo entre vosotras para prohibir la violencia de tal querella. Pues nada hay más pernicioso para el señor y soberano que la solapada discordia que, a semejanza de una llaga que supura por dentro se oculta entre los fieles servidores. El eco de sus mandatos ya no retorna entonces a él de un modo armo-

(1) Hijo de Neptuno y de Euriale, según Homero. La Nodriza de Orión se toma aquí como tipo de una antigüedad remota.

(2) Monstruos alados con rostro de vieja, cuerpo de buitre y uñas corvas. Causaban el hambre en los puntos por donde habían pasado, y despedían un hedor tal que infectaba todo cuanto tocaban.

nioso en forma de acto presto llevado a cabo. No; rugiente y voluntarioso, da bramidos en torno de él, que, desorientado, intenta en vano reprender. Y no es sólo eso: en vuestra desenfrenada cólera, evocasteis aquí terroríficas imágenes de siniestras visiones, que me acosan por todas partes de un modo tal, que yo misma me siento arrastrada hacia el Orco, a despecho del país patrio. ¿Es esto un recuerdo? ¿Era por ventura una ilusión que se apoderó de mí? ¿He sido yo todo esto? ¿Lo soy? ¿Lo seré en lo venidero, el fantasma del sueño y espanto de esta destructora de ciudades? (1). Temblorosas están estas jóvenes; pero tú, la más anciana, permaneces impasible. Dime una palabra sensata.

FORCIDA

A aquel que recuerda largos años de dicha variada, el más alto favor de los dioses acaba por parecerle un sueño. Mas tú, altamente favorecida sin tasa ni límite, no has visto en el curso de la vida más que amantes apasionados, rápidamente enardecidos para las empresas más audaces y arriesgadas de todo género. Ya Teseo, hombre fuerte como Heracles (2) y admirablemente bien formado, te arrebató en edad temprana, excitado por vehemente anhelo.

HELENA

Robóme, esbelta gacela de diez años, y el castillo de Afidno en el Atica fué mi encierro.

FORCIDA

Pero, libertada en breve por Cástor y Pólux (3), fuiste luego requerida de amores por multitud de héroes ilustres.

(1) Helena alude a sí misma, por haber sido causa de la ruina de Troya.

(2) Hércules.

(3) Hermanos de Helena.

HELENA

Mas, con preferencia a todos ellos, gustosa lo confieso, obtuvo un secreto favor Patroclo, vivo retrato del hijo de Peleo (1).

FORCIDA

La voluntad paterna, sin embargo, te unió a Menelao, audaz corredor de los mares y guardián asimismo de su casa.

HELENA

Dióle él (2) su hija y le confió igualmente la administración del reino. De esta unión conyugal nació Hermione.

FORCIDA

Pero mientras en lejanas tierras adquiría él (3) con las armas la herencia de Creta, a ti, solitaria esposa, se presentó a la sazón un huésped hermoso en demasía (4).

HELENA

¿Por qué me traes a la memoria aquella viudez a medias y el horrible quebranto que de ello para mí resultó?

FORCIDA

También a mí, cretense nacida libre, aquella expedición me causó el cautiverio y una larga esclavitud.

HELENA

Luego te puso aquí en calidad de ama de gobierno, confiándote buen número de cosas, la morada y el tesoro audazmente adquirido.

---

(1) Patroclo, uno de los numerosos pretendientes de Helena, era íntimo amigo de Aquiles (hijo de Peleo), a quien amó ella como dechado de belleza varonil; y para avivar más el recuerdo del héroe, entregóse más tarde a su amigo.

(2) Tíndaro, padre putativo de Helena.

(3) Menelao.

(4) París, hijo del rey Príamo.

FORCIDA

Que tú abandonaste vuelta hacia Ilión, la ciudad rodeada de torres, y hacia los inagotables goces del amor.

HELENA

No me recuerdes tales goces. La inmensidad de un dolor acerbo en exceso inundó mi pecho y mi cabeza.

FORCIDA

Dícese también que tú apareciste cual doble imagen, vista en Ilión a la vez que en Egipto (1).

HELENA

No acabes de embrollar el desvarío de un espíritu trastornado. Aun ahora mismo no sé quién soy.

FORCIDA

Cuentan, además, que, saliendo del profundo reino de las sombras, apasionado juntóse aún contigo Aquiles, tras haberte amado antes contra todo decreto del Destino.

HELENA

Pero como sombra me uní a él, sombra también. Aquello fué un sueño; bien lo dice la tradición misma. Yo me desvanezco, y hasta para mí vengo a ser una sombra. (*Cae en brazos del semicoro.*)

EL CORO

¡Silencio! ¡Silencio! ¡Tú, de mirada siniestra, tú, maldiciente! De tu horrenda boca provista de un diente único,

---

(1) Según la versión de Eurípides, Paris no condujo a Troya más que el *eidolon* o fantasma de Helena, y la verdadera Helena, a instancias de Juno, fué llevada por Hermes a Egipto, en donde su esposo Menelao la encontró sin mancilla a su regreso de Ilión.

¿qué pueden exhalar tan abominables y espantosas fauces? El màlvado de exterior bondadoso, pero con la ferocidad del lobo bajo la lanuda piel de oveja, es para mí mucho más terrible que la boca del perro de tres cabezas (1).—Con angustioso afán estamos aquí esperando saber cuándo, cómo, de dónde pudo surgir así tal monstruo pérfido y hondamente acechador.—Pues ahora, en vez de cariñosas palabras, ricas en consuelo, muy suavemente lisonjeras, que como el Leteo deparen el olvido, remueves tú de todo lo pasado lo peor con preferencia a lo bueno, y obscureces a la par el brillo de lo presente, así como la suave y centelleante luz de esperanza de lo porvenir.—¡Silencio! ¡Silencio! para que el alma de la Reina, presta ya a escaparse, quede aún aquí detenida y mantenga segura la forma sin igual entre todas las formas que jamás el sol iluminó.

(HELENA *ha vuelto en sí, y de nuevo se mantiene en medio del coro.*)

FORCIDA

Sal de entre las nubes fugitivas, espléndido sol de este día, que, aun velado, ya nos embelesaba, y ahora reina con brillo deslumbrador. Tú misma contemplas con dulce mirada cómo se despliega el mundo ante ti. Por más que ésas me tachen de fea, no dejo de conocer bien lo bello.

HELENA

Vacilante salgo del vacío que me rodeaba durante el vértigo, y con gusto me abandonaría yo de nuevo al reposo: tan fatigados están mis miembros. Con todo, importa a las reinas e importa a los hombres todos dominarse y cobrar alientos, cualquiera que sea el peligro que amenazador les sorprenda.

---

(1) El Cancerbero, guardián del infierno.

FORCIDA

Ahora te muestras ante nosotras en toda tu grandeza y beldad; tu mirada dice que mandas. ¿Qué ordenas? Dilo.

HELENA

Aprestaos a recuperar el tiempo que perdisteis con vuestra vergonzosa rencilla. Daos prisa en preparar un sacrificio, según me lo ordenó el Rey.

FORCIDA

Todo está dispuesto en la casa: copa, trípode, hacha cortante, agua lustral, incienso. Falta sólo que designes lo que se ha de inmolar.

HELENA

El Rey no lo expresó.

FORCIDA

¿No lo dijo? ¡Oh, palabra funesta!

HELENA

¿Qué duelo te coge así de improviso?

FORCIDA

Reina, tú eres la víctima designada.

HELENA

¿Yo?

FORCIDA

Y ésas.

EL CORO

¡Ay dolor! ¡Qué calamidad!

FORCIDA

Tú caerás bajo el hacha.

HELENA

¡Qué horror! Pero lo presentía. ¡Infeliz de mí!

FORCIDA

Eso me parece inevitable.

EL CORO

Y a nosotras, ¿qué suerte nos aguarda?

FORCIDA

Ella morirá de noble muerte; mas allí dentro, en la alta viga que sostiene el coronamiento del techo, vosotras os agitaréis en fila, cual tordos cogidos en el lazo.

(HELENA *y* EL CORO *se quedan en actitud de espanto y horror formando un grupo expresivo bien dispuesto.*)

FORCIDA

¡Fantasmas!.. Como rígidas figuras os estáis ahí, horrorizadas ante la idea de separaros de la luz que no os pertenece ya. Los hombres, todos ellos fantasmas cual vosotras, tampoco renuncian de buen grado a la gloriosa luz del sol; nadie, sin embargo, intercede por ellos ni los salva del fin que les aguarda. Todos lo saben, pero pocos se resignan a ello. No hay más; estáis perdidas. Conque, ¡pronto! ¡al avío!

(*Da unas palmadas, y acto seguido aparecen en la puerta unos* ENANOS ENMASCARADOS, *que ejecutan al punto con rapidez las órdenes expresadas.*)

FORCIDA

Ven acá, monstruo tenebroso, redondo como una bola. Rodad vosotros hacia este lado; aquí hay daño que hacer,

a vuestro gusto. Haced sitio para el altar portátil de cuernos de oro. Que la cuchilla esté colocada reluciente sobre el borde de plata. Llenad las jarras de agua, pues hay que lavar la horrible mancha de sangre negra. Extended aquí sobre el polvo la preciosa alfombra, para que la víctima se arrodille de una manera regia, y envuelta en su mortaja, sin cabeza, por supuesto, reciba luego una sepultura adecuada, digna, pero sepultura al fin.

LA CORIFEA

Ahí a un lado está pensativa la Reina; marchítanse las jóvenes como la hierba segada de los prados. Pero me parece conforme a un deber sagrado, a mí, la más anciana, cambiar unas palabras contigo, la más vieja de las viejas. Experta eres y sabia; pareces bien intencionada para con nosotras, por más que, desconociéndote, te haya ultrajado esa caterva sin seso. Dinos, pues, lo que juzgas que puede aún hacerse para nuestra salvación.

FORCIDA

Pronto está dicho. De la Reina tan sólo depende salvarse ella misma y salvaros a vosotras, sus aditamentos, con ella. Es menester tomar un partido, y el más rápido posible.

EL CORO

Tú, la más venerable de las Parcas, la más sabia de las Sibilas, ten cerradas las áureas tijeras, y anúncianos luego la luz y la salvación. Porque sentimos ya con disgusto nuestros delicados miembros pendientes en el aire, oscilando y bamboleándose, ellos que de mejor gana se recrearían primero en la danza, para reposar después contra el pecho del amado.

HELENA

Déjalas que tiemblen. Aflicción siento, que no temor. Con todo, si sabes un medio de salvación, aceptado sea

con gratitud. Sin duda, al inteligente, al previsor, aun lo imposible se ofrece a menudo como hacedero. Habla e indícalo.

EL CORO

Habla y dinos, dinos presto cómo escaparemos a los horribles, a los repugnantes lazos que amenazan arrollarse alrededor de nuestro cuello, cual pésimas gargantillas. Nosotras, infelices, lo presentimos hasta el punto de ahogarnos y perder el aliento si tú, Rhea, excelsa madre de todos los dioses, no te apiadas de nosotras.

FORCIDA

¿Tendréis paciencia para escuchar silenciosas el extenso hilo de mi relato? Son muchas historias.

EL CORO

Paciencia sobrada. Después de todo, mientras escuchamos, vivimos.

FORCIDA

Aquel que, estándose quieto en casa, guarda un rico tesoro y sabe revocar las paredes de la alta mansión, así como asegurar la techumbre contra el rigor de la lluvia, aquel pasará bien los dilatados días de su vida; pero quien temerario atraviesa a la ligera y con fugitiva planta el sagrado linde de sus umbrales, a su regreso encuentra, sin duda. el antiguo sitio, bien que todo cambiado, si no enteramente destruido.

HELENA

¿A qué vienen ahora tales sentencias harto sabidas? Si quieres narrar, no suscites pesares.

FORCIDA

Es pura historia, no es reproche ni por asomo. Navegando como corsario, Menelao bogó de bahía en bahía;

playas e islas, todo lo tocaba de paso como enemigo, y volvía con un botín, ese mismo que está amontonado ahí dentro. Frente a Ilión pasó diez largos años; mas para el regreso al hogar, no sé cuánto estuvo. Pero, ¿qué ha sido aquí de la noble casa de Tíndaro? ¿Qué ha sido del reino del contorno?

HELENA

¿Tan completamente encarnado en ti está el vituperio, que sin zaherir no puedes mover los labios?

FORCIDA

Otros tantos años abandonada quedó la montañosa región entrecortada de valles, que se eleva al otro lado de Esparta, hacia el norte, adosada al Taijeto (1), de donde baja rodando el Eurotas como alegre arroyo, y luego, ensanchándose, corre en medio de juncales a través de nuestro valle para sustentar vuestros cisnes. Allí detrás, en el valle montuoso, se ha establecido calladamente una osada raza, salida de la noche cimeria (2), y ellos se han erigido una fortaleza inaccesible, desde donde vejan al país y sus habitantes como les place.

HELENA

¿Eso pudieron llevar a cabo? Parece del todo imposible.

FORCIDA

Tiempo han tenido. Hace de esto quizás unos veinte años.

HELENA

¿Hay entre ellos un jefe? ¿Son numerosos esos bandidos? ¿Están coligados?

(1) Cordillera de la Laconia (Peloponeso), que se enlazaba con los montes de la Arcadia.

(2) Alusión a las razas del Norte, y señaladamente a los germanos.

FORCIDA

No son bandidos, pero uno de ellos es su jefe. No le censuro, por más que me haya hecho ya una visita. Bien podía quitármelo todo, pero se contentó con unos pocos *presentes voluntarios*, como los calificaba él, no tributos.

HELENA

¿Qué traza tiene?

FORCIDA

No es mala. A mí me parece bien. Es un hombre listo, audaz, muy instruido, un hombre inteligente como hay pocos entre los griegos. Tildan a ese pueblo de bárbaro; mas no creo que haya uno tan cruel como una porción de héroes, que frente a Ilión dieron muestras de ser unos caníbales. Yo atiendo a su nobleza; a él me confié...¡Y su castillo! Tendríais que verlo con vuestros propios ojos. Es una cosa muy distinta de las chapuceras murallas que vuestros padres hacinaron sin orden ni concierto, ciclópeamente, como Cíclopes, echando de golpe piedra bruta sobre piedra bruta. Allí, por el contrario, allí todo está hecho a plomo, a nivel y según la regla. Vedlo desde fuera. Elévase hacia el cielo tan enhiesto, todo tan bien ajustado, terso y espejeante como bruñido acero. ¡Trepar por allí!...¡Ya! el pensamiento mismo resbala. Y por dentro, los vastos recintos de grandes patios, por todas partes rodeados de construcciones de toda suerte y para todos los fines. Allí veríais columnas y columnitas, arcos y arquitos, balcones, galerías para mirar afuera y adentro, y blasones.

EL CORO

¿Qué son blasones?

FORCIDA

Ayax (1) llevaba ya en su escudo una serpiente enroscada, como visteis vosotras mismas. Cada uno de los Siete (2), allí delante de Tebas, llevaba esculpidas en su broquel figuras ricas en significado. Veíanse allí la luna y las estrellas en el obscuro campo del cielo, y también una diosa, un héroe y una escala, espadas, antorchas y cuanto de opresor y calamitoso amenaza cruelmente a las buenas ciudades. Figuras parecidas, con el brillo de los colores, las lleva asimismo nuestra legión de héroes desde sus tatarabuelos. Veis allí leones, águilas, y además garras y picos, cuernos de búfalo, alas, rosas, colas de pavo real, lo mismo que bandas de oro, negro y plata, azules y rojas. Cosas por el estilo cuelgan en no interrumpida hilera en los salones, unos salones inmensos, tan vastos como el mundo. Allí sí que podríais bailar.

EL CORO

Dinos, ¿hay también danzantes allí?

FORCIDA

Los mejores. Alegre enjambre de frescos mozuelos de rizos de oro, y que exhalan juventud. No exhalaba Paris otro perfume cuando se acercó a la Reina más de lo debido.

HELENA

Te sales enteramente de tu papel. Dime la última palabra.

---

(1) Uno de los príncipes griegos que fueron al sitio de Troya.

(2) Alusión a los *Siete contra Tebas*. Así se llamó la expedición emprendida por Adrasto y los héroes argivos para restablecer a Polinice en el trono de Tebas, usurpado por Eteocles. Los tebanos opusieron siete héroes a los argivos.

FORCIDA

A ti toca decirla. Con formalidad y de un modo bien claro pronuncia: "Sí," y al punto yo te rodeo de ese castillo.

EL CORO

¡Ah! profiere la breve palabra, y sálvate y sálvanos a nosotras a un tiempo.

HELENA

¡Cómo! ¿Debiera temer yo que el rey Menelao cayese en falta de un modo tan cruel para causarme daño?

FORCIDA

¿Olvidaste acaso de qué inaudita manera mutiló al hermano de Paris, que murió luchando, a tu Deifobo que, porfiado, triunfó de ti, siendo viuda, y tuvo la dicha de tenerte por concubina? Le cortó la nariz y las orejas, y siguió mutilándole así. Daba horror el verlo.

HELENA

Eso hizo con él, y lo hizo por causa mía.

FORCIDA

Y por causa de él, otro tanto hará contigo. La belleza es indivisible. Quien la poseyó por entero prefiere antes aniquilarla, maldiciendo toda posesión parcial.

(*Lejano toque de trompetas. El coro se estremece de horror.*)

FORCIDA

Como el agudo y estridente son de la trompeta hace presa desgarrando oído y entrañas, así los celos se aferran al pecho del hombre, que jamás olvida lo que un día poseyó, y perdido ahora, lo ha dejado de poseer.

EL CORO

¿No oyes el són de los clarines? ¿No ves el centelleo de las armas?

FORCIDA

Sé bien venido, señor y Rey. Pronta estoy a dar cuenta de todo.

EL CORO

¿Y nosotras?

FORCIDA

Claro lo sabéis ya. Delante de los ojos veis la muerte de la Reina; y vosotras presentís la vuestra allí dentro. No; no hay remedio para vosotras.

(*Pausa*)

HELENA

He discurrido lo primero que puedo arriesgar. Eres un genio hostil, bien lo advierto, y temo que vuelvas el bien en mal. Mas, ante todo, quiero seguirte a la fortaleza; lo restante ya lo sé. Lo que la Reina pretende además ocultar secretamente en el fondo del pecho, sea impenetrable a todos. Anciana, marcha delante.

EL CORO

¡Oh, cuán de grado vamos allá con pie presuroso, tras nosotras la muerte, y delante, otra vez el muro inaccesible de una encumbrada fortaleza! ¡Protéjanos ella tan bien como la ciudadela de Ilión, que sólo sucumbió al fin gracias a un infame ardid!

(*Levántanse unas nieblas que se extienden velando el fondo y también el proscenio, a voluntad.*)

¡Cómo! ¿Pero cómo? Mirad, hermanas, en torno vuestro. ¿No estaba el día claro? De la corriente sagrada del

Eurotas elévanse nieblas que oscilantes forman estrías. La deliciosa orilla, coronada de juncos, ha desaparecido ya de nuestra vista. Tampoco ¡ay! veo ya los cisnes, que de un modo suave deslizábanse libres, graciosamente ufanos, en el placer de nadar en compañía. Empero oigo aún a lo lejos su voz, un ronco sonido que, según dicen, presagia la muerte. ¡Ah! Con tal que, en lugar de la dicha de salvación prometida, no nos anuncie al fin también la ruina a nosotras, semejantes a cisnes de cuello largo, airoso, blanco, y ¡ay! a nuestra soberana, engendrada de cisne (1). ¡Ay de nosotras! ¡Ay! Todo se ha cubierto ya de niebla en derredor. No nos vemos siquiera unas a otras. ¿Qué acontece? ¿Marchamos? ¿Nos sostenemos en el aire andando con breve paso sin tocar el suelo? ¿Nada ves? ¿No anda acaso el mismo Hermes (2) por el aire delante de nosotras? ¿No reluce su varita de oro imperiosa ordenándonos entrar de nuevo en el tétrico y tenebroso Hades (3), lleno de formas impalpables, atestado y siempre vacío? Sí, de golpe todo se vuelve lóbrego; sin resplandor alguno desaparece la niebla gris obscura, de un tinte pardusco de muralla. Preséntanse a la vista unos muros inmóviles frente a la mirada libre. ¿Es eso un patio? ¿Es un foso profundo? Horrible es en todo caso. ¡Ay! Hermanas, cautivas somos; nunca como ahora fuimos tan cautivas.

PATIO INTERIOR DE UN CASTILLO, *rodeado de ricas y fantásticas construcciones de estilo medioeval.*

LA CORIFEA

¡Atolondradas y locas, en realidad verdaderas mujeres! Esclavas del momento, juguete del tiempo, de la fortuna próspera y de la adversa, a ninguna de las dos sabéis

(1) De Júpiter, que tomó la forma de cisne.

(2) Según leemos en la *Odisea*, Hermes (Mercurio) conducía al infierno las almas de los muertos.

(3) La mansión de las sombras, el infierno.

nunca afrontar con ánimo igual. Una de vosotras contradice sin cesar vivamente a la otra, y las demás le llevan la contra a ella. Sólo en la alegría y en el dolor es cuando reís y gimoteáis en un mismo tono. Ahora callaos, y con atento oído escuchad lo que la magnánima Reina tenga a bien acordar para ella y para nosotras.

HELENA

¿Dónde estás, pitonisa? Cualquiera que sea tu nombre, sal de esas bóvedas del lóbrego castillo. Si acaso fuiste a anunciarme al prodigioso y heroico señor para que me dispusiera una buena acogida, recibe por ello las gracias, y condúceme luego a su presencia. Deseo que termine mi errante carrera; no anhelo sino el reposo.

LA CORIFEA

En vano, Reina, miras a todos lados en derredor tuyo. Ha desaparecido la maldita estantigua; tal vez se quedó allí en la niebla, del seno de la cual hemos venido aquí, no sé cómo, de una manera veloz y sin dar un paso. O quizás, dentro del laberinto del castillo, conjunto de partes que de maravillosa manera forman un todo único, vaga ella al azar en busca del señor para que te rinda un homenaje digno de príncipes. Mas ved, allá arriba bulle ya en gran número por doquiera, en las galerías, en las ventanas, en los portales, moviéndose diligente por aquí y por allí, una crecida servidumbre. Esto anuncia una honrosa recepción de huéspedes bien venidos.

EL CORO

Se me dilata el corazón. ¡Oh! Ved cuán comedida, con paso lento, la más graciosa muchedumbre de donceles desciende gallarda en ordenada comitiva. ¡Cómo! ¿A las órdenes de quién, pues, aparece tan presto alineada y dispuesta esa soberbia multitud de adolescentes? ¿Qué admiro más? ¿Es su marcha airosa, o tal vez la ensorti-

jada cabellera que circunda su tersa frente, o son quizás sus finas mejillas, sonrosadas como melocotones y asimismo cubiertas de un vello suave cual terciopelo? De buena gana mordería en ellas, pero me estremezco al pensarlo, pues en un caso tal la boca, horrible es decirlo, se llena de ceniza (1). Los más agraciados avanzan hacia aquí. ¿Qué traen, pues? Gradas para el trono, alfombra y sitial, cortinaje y arreos para el pabellón. El adorno sobresale por arriba formando coronas de nubes para la cabeza de nuestra Reina; pues, obediente a la invitación, ha subido ya a ocupar el soberbio cojín. Acercaos, grada por grada, ordenaos con seriedad. Digna, ¡oh! digna, tres veces digna, ¡bendita sea una recepción tal!

(*Todo cuanto acaba de decir el Coro, se va ejecutando sucesivamente.*)

Después de bajar en larga hilera los donceles y escuderos, aparece en lo alto de la escalinata FAUSTO *en traje de corte, como el de los caballeros de la Edad media, y desciende lentamente con dignidad.*

LA CORIFEA

(*Observándole con atención*).—Si los dioses, como lo hacen a menudo, no le han prestado de un modo pasajero, por breve tiempo tan sólo, esa admirable figura, ese aire noble, esa presencia atractiva, será afortunado en todo cuanto emprenda, ya en las luchas con los hombres, ya en las pequeñas lides con las más bellas mujeres. En verdad, es muy preferible a muchos otros a quienes, sin embargo, vi con mis ojos gozar de alto aprecio. Con su paso lento, grave, mesurado, digno, en él reconozco al Príncipe. Vuelve allí tus miradas, ¡oh Reina!

---

(1) El Coro, recelando que tales mancebos son seres puramente fantásticos, compara sus sonrosadas mejillas con la fruta llamada *manzana de Sodoma*, que crece en las orillas del Mar muerto, apetitosa a la vista, pero cuando uno va a gustarla, se convierte en polvo y ceniza.

FAUSTO

(*Acércase teniendo junto a él un hombre encadenado*).—En vez del más solemne saludo, como sería del caso, en vez de una respetuosa bienvenida, te presento, cargado de fuertes cadenas, este servidor que, olvidando sus deberes, hizo que faltara yo a los míos... Arrodíllate aquí y haz a esta nobilísima mujer la confesión de tu culpa.—Este es, augusta soberana, el hombre encargado de observar desde lo alto de la torre, con una singular penetración de mirada, todo el contorno, para abarcar con vista perspicaz el espacio celeste y la extensión de la tierra, lo que acá y acullá podría acaso anunciarse, todo cuanto desde el círculo de las colinas en el valle pudiera moverse, hacia el castillo, ya sea la oleada de los rebaños, ya sea quizás el paso de un ejército; a aquéllos los protegemos, a éste le salimos al encuentro. Pero hoy, ¡qué incuria!, llegas tú, y deja él de anunciarlo. Se ha malogrado la recepción más honrosa, la más debida a un huésped tan ilustre. De temerario modo ha perdido el derecho a la vida, y al presente yacería bañado en la sangre de una muerte merecida. Mas tú sola puedes castigar y conceder perdón como bien te plazca.

HELENA

Por muy alta que sea la dignidad que me confieras, como juez, como soberana, y aunque sólo fuera para probarme, según debo presumir, cumplo ahora el primero de los deberes de un juez: oír al acusado. Habla, pues.

LINCEO, *vigía de la torre*

Deja que caiga de hinojos, déjame contemplar, déjame morir, déjame vivir; pues entregado estoy ya a esta mujer por un dios engendrada.

Esperaba yo las delicias de la mañana, y acechando su

curso por la parte de Oriente, vi de súbito salir el sol de un modo prodigioso al Sur (1).

Dirigí la mirada hacia aquel sitio para, en vez de hondonadas, en vez de alturas, en lugar de la extensión de la tierra y del cielo, observarla a ella, la sin igual.

Un rayo de vista se me concedió como al lince subido al árbol más elevado; pero esta vez debí hacer un esfuerzo, como al salir de un sueño profundo y sombrío.

¿Sabía yo dónde me hallaba? ¿Dó estaban las almenas y la torre y la cerrada puerta? La niebla oscila, se desvanece; la diosa avanza.

Con la vista y el corazón hacia ella dirigidos, aspiraba yo el dulce fulgor; esta deslumbradora beldad me deslumbró del todo a mí, infeliz.

Olvidé los deberes de atalaya, olvidé por completo la bocina sobre la cual prestara juramento. Amenaza con aniquilarme; la Belleza aplaca todo enojo.

HELENA

Castigar no puedo el mal que yo causé. ¡Ay de mí! ¿Qué hado fatal me persigue para seducir así en todas partes el corazón de los hombres, hasta el punto de no respetarse ellos mismos ni respetar cosa alguna digna? Por medio del rapto, de la seducción, de la lucha, llevándome de un sitio a otro, semidioses, héroes, dioses y aun demonios hanme arrastrado aquí y allí por extraviadas sendas. Unica, turbé el mundo; doble (2), aun más; y ahora, triple, cuádruple, causo desastre sobre desastre. Aleja a ese buen hombre, déjalo en libertad. Que ningún desdoro alcance a quien deslumbraron los dioses.

FAUSTO

Con asombro, ¡oh Reina!, veo a un tiempo a la que hiere con acierto, y aquí al que fué herido. Veo el arco que

(1) Helena venía de Laconia, situada al Sur del Peloponeso.

(2) Alusión al pretendido hecho de haberse aparecido Helena en Ilión y en Egipto a la vez.

disparó la saeta e hirió a ese hombre. Las flechas suceden a las flechas alcanzándome a mí. De todas partes las presiento, emplumadas, silbando de un lado a otro por el castillo y el espacio. ¿Qué soy ahora? De golpe tornas rebeldes mis más leales servidores e inseguras mis murallas. Y así, temo ya que mi ejército obedezca a la mujer victoriosa jamás vencida. ¿Qué me resta hacer sino entregarme a ti yo mismo y todo cuanto creía ser mío? Deja que a tus plantas, libre y fiel, yo te reconozca por soberana, tú que, con sólo presentarte, adquiriste posesión y trono.

LINCEO

(*Con una arquilla y seguido de algunos hombres que llevan otras.*)—Heme aquí de vuelta ¡oh Reina! El rico mendiga una mirada. Te ve, y al punto siéntese pobre como un mendigo y rico como un príncipe.

¿Qué era yo antes? ¿Qué soy ahora? ¿Qué hay que querer? ¿Qué hay que hacer? ¿De qué sirve el más penetrante rayo de los ojos? Repercute al dar contra tu solio.

Del Oriente llegamos, y sucumbió el Occidente (1); era un largo y extenso alud de pueblos; el primero de ellos nada sabía del último.

Cayó el primero; el segundo permanecía en pie, la lanza del tercero estaba ya en ristre; cada uno estaba reforzado por otros ciento; mil morían ignorados.

Continuábamos empujando, seguíamos embistiendo; quedábamos dueños de un sitio a otro, y allí donde yo como señor mandaba hoy, otro pillaba y saqueaba mañana.

Nosotros observábamos—rápida era la observación; éste asía la más bella mujer; aquél se apoderaba del toro de más firme paso; los caballos debían todos venir con nosotros.

(1) Esto alude a la emigración de los pueblos que, venidos del Oriente se esparcieron por el Occidente y lo dominaron.

Pero yo prefería descubrir lo más raro que se hubiese visto, y cualquier cosa que otro poseyese era para mí hierba marchita.

Iba yo siguiendo la pista de tesoros y obedecía sólo a mis penetrantes miradas; echaba una ojeada en todos los bolsillos; toda arca era transparente para mí.

Y me apropié montones de oro y las más ricas piedras preciosas. La esmeralda, empero, es lo único que merece verdear sobre tu corazón.

Temblequee ahora entre oreja y boca la ovalada gota (1) salida del fondo del mar; los rubíes muy azorados están: el rubor de tus mejillas los vuelve pálidos.

Y de esta suerte, aquí a tu sitial, traigo el mayor de todos los tesoros; que a tus pies sea aportada la cosecha de más de una sangrienta lid.

Por numerosas que sean las arquillas que yo arrastre aquí, quédanme aún más arquillas de hierro; súfreme en tu camino, y yo henchiré tus cuevas de tesoros.

Pues apenas subiste las gradas del trono, se postran, se humillan ya la inteligencia y la riqueza y el poder ante la forma sin igual.

Todo esto lo guardaba yo para mí; mas ahora, suelto, viene a ser tuyo. Lo juzgaba estimable, precioso y de un valor real, y al presente veo que era cosa baladí.

Ha desaparecido lo que yo poseía, hierba segada y mustia. ¡Oh! ¡devuélvele con una mirada risueña todo su valor!

FAUSTO

Aparta presto, sin vituperio, por cierto, pero sin recompensa, el pesado botín audazmente adquirido. Suyo es ya todo cuanto encierra en su seno el castillo; ofrecer a ella alguna cosa aparte, es inútil. Ve a juntar de una manera ordenada tesoros sobre tesoros. Dispón un espec-

(1) La perla.

táculo soberbio de una magnificencia nunca vista. Haz que brillen las bóvedas como un cielo puro; forma paraísos de vida inanimada. Adelántate rápido a sus pasos y desenrolla una tras otra las floridas alfombras. Que su planta encuentre un suelo muelle, y su mirada, que sólo a los dioses no deslumbra, resplandezca con la mayor brillantez.

LINCEO

Fácil cosa es lo que ordena el señor. El siervo lo hace como un juego: sobre los bienes y sobre la vida, reina siempre la arrogancia de esa beldad. Sumiso está ya todo el ejército; embotados e impotentes están todos los aceros; ante esa forma excelsa, el sol mismo está pálido y frío; ante la riqueza de su semblante, todo es vano, todo es nada. (*Vase.*)

HELENA

(*A Fausto*).—Deseo hablarte, pero sube junto a mí. Este sitio desocupado espera a su dueño y me asegura el mío.

FAUSTO

Ante todo, mujer sublime, dígnate aceptar gustosa el fiel homenaje que de hinojos te rindo. Permite que yo bese la mano que a tu lado me encumbra. Afírmame como corregente de tu imperio que no conoce límites; adquiere para ti adorador, custodio, esclavo, todo en uno solo.

HELENA

Veo y escucho multiplicadas maravillas; el asombro se apodera de mí. Quisiera hacer no pocas preguntas. Mas yo desearía saber por qué el lenguaje de aquel hom-

bre (1) me sonaba de un modo singular, singular y halagüeño. Un sonido parecía armonizarse con el otro, y cuando una palabra se ha pegado al oído, viene otra a acariciar la primera.

FAUSTO

Si te place ya el lenguaje de nuestros pueblos, ¡oh!, con seguridad te embelesará asimismo su canto; satisface hasta lo más profundo el oído y el corazón. Pero lo más seguro es que lo practiquemos ahora mismo; el diálogo invita a ello, lo promueve.

HELENA

Dime, pues: ¿cómo hablaría yo también de un modo tan bello?

FAUSTO

Es muy fácil; esto debe salir del corazón.

Cuando el pecho llena ardiente pasión,
busca ansiosa el alma...

HELENA

amante corazón.

FAUSTO

No le turba el pasado ni espera el más allá,
tan sólo ve el presente...

HELENA

que es la felicidad.

FAUSTO

De este bien supremo, logro y garantía,
¿quién de ello responde?

---

(1) De Linceo, que se expresaba en versos *rimados*, mientras que Helena habla en versos *rítmicos*, los únicos usados en la poesía antigua.

HELENA

Mi mano lo fía (1).

EL CORO

¿Quién culparía a nuestra soberana por dar al señor del castillo tales muestras de amistad? Porque, confesadlo, todas nosotras somos realmente cautivas, como tantas veces lo fuimos ya desde la ignominiosa caída de Ilión y el laberíntico viaje lleno de sobresaltos y dolores.—Las mujeres habituadas al amor de los hombres, aunque inteligentes, no son muy delicadas en la elección; y tanto a los zagales de dorados rizos como tal vez a los faunos de negra e hirsuta cabellera, según la ocasión se ofrece, conceden ellas un derecho completo e igual sobre sus túrgidos miembros.—Cada vez más cerca, están ya sentados, apoyándose el uno en el otro, hombro contra hombro, rodilla contra rodilla; mano a mano se mecen sobre los espléndidos cojines del trono. La majestad no rehuye la presuntuosa exhibición de secretos goces ante los ojos del pueblo.

HELENA

¡Siéntome tan lejos, y sin embargo, tan cerca! Y no digo sino asaz gustosa: ¡Heme aquí, aquí!

FAUSTO

Apenas respiro; mi voz tiembla, se me corta. Esto es un sueño; han desaparecido el día y el sitio.

HELENA

Paréceme haber envejecido, y no obstante, ¡soy tan joven, estrechamente unida contigo, fiel al desconocido!

---

(1) Cúmpleme aquí dar las más expresivas gracias a mi ilustrado amigo D. José Comellas Ibern, por habérseme ofrecido a poner en verso este pasaje, y al propio tiempo felicitarle por el acierto con que se ha ajustado fielmente al original.

FAUSTO

No sondees el sin igual destino; la existencia es un deber, aunque no sea más que un instante.

FORCIDA

(*Entrando impetuosamente* .—Deletreáis en el abecedario del amor; devaneando, no sutilizáis sino en ternezas; ociosos, continuáis haciendo el amor con sutilidad; pero el tiempo no es para eso. ¿No sentís una sorda tormenta? Escuchad el estridente sonido del clarín. Vuestra pérdida no está lejos. Con oleadas de guerreros, Menelao avanza contra vosotros. Preveníos para un rudo combate. En medio del hormiguero de tropas victoriosas, tú, mutilado como Deifobo, pagarás caro ese acompañamiento de mujeres. Luego que bambolee en el aire esa liviana mercancía, al punto estará aparejada para ésta (1), junto al altar, una cuchilla recién afilada.

FAUSTO

¡Qué temeraria interrupción! Importuna se introduce ella aquí. Ni aun en los peligros me gusta una impetuosidad desatinada. Un mensaje infausto afea al más bello mensajero, y tú, el sér más disforme, te complaces en traer sólo un mensaje siniestro. Mas esta vez no lograrás tu designio; con hueco aliento conmueves los aires. Aquí no hay peligro alguno, y el peligro mismo no parecería sino vana amenaza.

(*Señales, explosiones procedentes de las torres, toque de clarines y cornetas, música guerrera, desfile de una poderosa fuerza militar.*)

FAUSTO

No. Ahora mismo verás reunida la compacta falange de héroes. Sólo merece el favor de las mujeres aquel que

(1) Señalando a Helena.

sabe protegerlas con denuedo. (*A los caudillos del ejército, que salen de entre filas y se adelantan.*) Con ese furor silencioso y reprimido que os asegura la victoria, avanzad vosotros, floreciente juventud del Norte, vosotros, florido vigor del Oriente.—Cubiertos de acero, rodeados de luminosos destellos, hueste aguerrida que deshizo imperio tras imperio, preséntanse a la vista, tiembla a su paso la tierra y avanzan remedando el fragor del trueno.—Desembarcamos en Pilos (1); el anciano Nestor no existe ya, y el indómito ejército rompe las pequeñas alianzas de reyes (2) —Sin dilación rechazad ahora de estos muros a Menelao hacia el mar. Allí puede errar a la ventura, pillar, estar al acecho, que era en él inclinación y destino.—Debo proclamaros caudillos; la Reina de Esparta lo ordena. Poned ahora a sus pies montes y valles, y vuestra sea la conquista del reino (3).—Tú, Germano, defiende con vallados y baluartes las bahías de Corinto; la Acaya de cien desfiladeros, Godo, la confío luego a tu tesón.—Hacia la Elida diríjanse las huestes de los Francos; sea la Mesenia el lote de los Sajones; limpie el Normando los mares y engrandezca la Argólida.—Entonces cada cual habitará en su casa, dirigirá hacia fuera su pujanza y sus rayos; pero Esparta, antigua residencia de la Reina, debe estar entronizada sobre vosotros.—A todos y a cada uno os ve ella disfrutar del país en donde no falta bien alguno; confiados buscáis a sus pies garantía y derecho y luz.

(*Fausto desciende; los Príncipes forman un círculo alrededor de él para escuchar más de cerca sus órdenes e instrucciones.*)

---

(1) Ciudad de Mesenia (Peloponeso), cuyo trono ocupó el sabio y prudente Nestor, uno de los argonautas, que tanto se distinguió en e sitio de Troya.

(2) De los reyes aliados de Nestor.

(3) Como feudatarios.

EL CORO

Aquel que para sí pretenda la más bella mujer, hábil ante todo, con prudente acuerdo trate de procurarse armas; con halagos ha obtenido lo más sublime que hay en la tierra (1); mas no lo posee tranquilo; no faltan pícaros que se la quitan diestramente con lisonjas, ni raptores que se la arrebatan con osadía. Que esté ojo avizor para impedirlo.—Por esto aplaudo a nuestro Príncipe y le tengo en más alta estima que a los demás, pues, bizarro y prudente, hase aliado de tal modo que los poderosos se mantienen sumisos, atentos a la menor indicación. Ejecutan fielmente sus órdenes, cada uno por su propio interés y también por remuneradora gratitud al soberano, para conseguir la mayor gloria de los dos.—¿Quién, pues, arrebatará ahora Helena al poderoso posesor? Ella le pertenece; séale concedida sin envidia, doblemente concedida por nosotras, a quienes él ha cercado, junto con ella a la vez, con la más sólida muralla por dentro, y el más formidable ejército por fuera.

FAUSTO

Grandes y espléndidos son los dones ofrecidos a estos guerreros, a cada uno de los cuales ha tocado un rico territorio. Que partan, pues. Nosotros nos mantenemos en el centro (2).—Defiéndante ellos a porfía, tú, casi isla (3) que baten las olas por todas partes, unida por una leve cordillera de colinas a la última ramificación de las montañas de Europa.—Que este país, el primero de todos los países que ilumina el sol, sea por siempre feliz y próspero para toda raza, ahora que, atraído a mi Reina, en hora temprana elevó a ella la mirada cuando, al murmurio de

(1) Alusión a Helena.

(2) En la Arcadia.

(3) El Peloponeso.

los juncales del Eurotas, salió radiante de la cáscara (1), obscureciendo la lumbre de los ojos a su augusta madre y sus hermanos.—Este país, vuelto sólo hacia ti, ofrece su más excelso florecimiento; al orbe terrestre que a ti te pertenece, ¡oh!, prefiere tu patria.—Y aunque en el dorso de sus montes la cima dentellada sufre aún los fríos dardos del sol, la peña se muestra verdeante, y la golosa cabra recibe allí una reducida parte del sustento.—Mana la fuente; juntando sus aguas, despéñanse los arroyos, y reverdecen ya barrancos, cuestas y prados. Por la llanura interpolada de cien colinas, ves pasar dispersos lanosos rebaños.—Esparcidas, graves, avanzan con mesurado paso, subiendo hacia el borde abrupto, las cornudas reses bovinas; hay, empero, un abrigo dispuesto para todos, pues, formando cien grutas, está excavado el muro de rocas.—Allí, Pan los protege, y las vivificadoras ninfas habitan en el húmedo y fresco recinto de frondosas hendeduras, y anhelosos de más altas regiones, elevan sus ramas los árboles, que se estrechan unos contra otros. —Son antiguas selvas. Yérguese robusta la encina, y de una manera caprichosa se enlazan las ramas con las ramas; el tierno arce, preñado de dulce savia, elévase pulido y juega con su carga.—Y en la umbría silenciosa, mana de la madre leche tibia aparejada para el infante y el corderillo; a mano está la fruta, sazonado manjar de las llanuras, y del hueco tronco fluye la miel.—Aquí la bienandanza es hereditaria; la mejilla está risueña, lo mismo que la boca; cada uno, en su lugar, es inmortal (2); todos están contentos y sanos.—Y así, bañado de luz pura, se desarrolla el gracioso niño hasta lograr el vigor de padre. Nos admiramos de ello; mas siempre queda en pie la cuestión de si son dioses o si son hombres.

---

(1) Leda, seducida por Júpiter, puso dos huevos, de uno de los cuales salieron Helena y Clitemnestra, y del otro, Cástor y Pólux

(2) Esto es: la raza no se extingue, puesto que se perpetúa en sus descendientes que habitan el mismo lugar.

—Tal semejanza tenía Apolo con los pastores tocante a la disposición del cuerpo, que uno de los más hermosos entre ellos se le parecía; pues allí donde la Naturaleza reina en su pura esfera, se enlazan todos los mundos (1). (*Sentándose al lado de Helena.*) Tanto para ti como para mí, el éxito ha sido lisonjero. Finido quede lo pasado detrás de nosotros. ¡Oh! Siéntete nacida del dios supremo; sólo perteneces al primer mundo.—No debe ceñirte un fuerte castillo. En las cercanías de Esparta, extiéndese aún para nosotros, en una perpetua lozanía juvenil, la Arcadia, ofreciéndonos una mansión llena de delicias. —Llamada a vivir en un suelo venturoso, te refugiaste en el más risueño destino. Los tronos se cambian en enramadas de follaje; a la manera de Arcadia, libre sea nuestra dicha.

(*La escena cambia por completo. Tupidas enramadas se elevan junto a una serie de grutas abiertas en los peñascos. Un bosque umbrío se extiende subiendo hasta las escarpadas rocas dispuestas en círculo. No se ve a Fausto ni a Helena.* EL CORO, *diseminado acá y acullá, yace dormido.*)

FORCIDA

Cuánto tiempo ha que duermen esas jóvenes, no lo sé; si han visto en sueños lo que claro y distinto he visto yo ante mis ojos, lo ignoro también. Por esta razón las despierto. Hay para admirarse la gente joven, lo mismo que vosotros, barbones (2) que, sentados ahí abajo, estáis esperando ver, por fin, el desenredo de unos prodigios dignos de fe.—¡Ea, arriba, arriba! y sacudid pronto vuestros rizos. Quitaos el sueño de los ojos. No pestañeéis así, y escuchadme.

---

(1) El mundo divino y el humano.

(2) Los hombres de la platea (Schroer).

EL CORO

Habla, por favor; cuenta, cuenta lo que ha acontecido de extraño. Con el mayor gusto oiríamos hasta lo que no podemos creer en modo alguno, porque estamos aburridas de contemplar esos peñascos.

FORCIDA

Apenas os habéis estregado los ojos, niñas, ¿y ya os fastidiáis? Sabed, pues, que en estas cavernas, en estas grutas, bajo estas enramadas, han encontrado protección y albergue, cual amorosa pareja de idilio, nuestro soberano y nuestra soberana.

EL CORO

¡Cómo! ¿Ahí dentro?

FORCIDA

Retirados del mundo, no han llamado más que a mí sola para servirles en silencio. Altamente honrada estaba yo cerca de ellos; con todo, según conviene a los confidentes, observaba en derredor alguna otra cosa. Iba de aquí para allí buscando raíces, musgo, cortezas, cual conocedora que soy de todas sus virtudes, y así quedaron solos.

EL CORO

Pero tú hablas como si ahí dentro hubiese mundos enteros, prados y bosques, arroyos y lagos. ¡Qué patrañas estás forjando!

FORCIDA

No os quepa duda alguna, jóvenes inexpertas. Hay allí profundidades no exploradas: salas y más salas, patios y más patios, que yo iba recorriendo pensativa, cuando de golpe resuena una risotada en los recintos de

las grutas. Miro, y veo allí saltar un chiquillo del regazo de la mujer hacia el hombre, y del padre hacia la madre. Las caricias, las jocosidades, los arrumacos de un amor insensato, los gritos de alborozo y las exclamaciones de júbilo me aturden con alternación. Desnudo, un genio sin alas, especie de fauno sin bestialidad, salta sobre el suelo firme; pero el suelo, reaccionando, le lanza a las alturas aéreas, y al segundo, al tercer brinco, toca la alta bóveda. Presa de angustia, dícele a voces la madre: "Salta una y otra vez a tu antojo, mas guárdate de volar; un vuelo libre te está vedado." Y así le previene el afectuoso padre: "Reside en la tierra la fuerza elástica que te lanza hacia arriba; no toques el suelo sino con la punta del pie, y al igual que Anteo, hijo de la Tierra, al punto cobras vigor." Y así el niño va dando brincos sobre la mole de esta peña desde un extremo al otro y a la redonda, de igual modo que salta una pelota. Pero de súbito desaparece en la quiebra de una fragosa torrentera, y le creemos perdido. Laméntase la madre, el padre la consuela, y yo, encogida de hombros, estoy acongojada. Mas ¡qué nueva aparición la de ahora! ¿Habría allí tesoros ocultos? Lleva puestos con dignidad vestidos adornados de flores. Oscilantes flecos cuelgan de sus brazos, revolotean cintas alrededor de su pecho, lleva en la mano la lira de oro, lo mismo que un pequeño Febo, y avanza placentero hacia el borde, hacia el punto más saliente. Nosotros estamos sobrecogidos; y fuera de sí, arrójanse los padres uno en brazos de otro. Mas ¡cómo reluce aquello que ostenta sobre su cabeza! Lo que brilla, difícil es decirlo. ¿Es una diadema de oro? ¿Es la llama de un genio superior? (1) Y en tal guisa se mueve y acciona, anunciándose ya desde niño como futuro maestro de

(1) Euforión (que así se llama este prodigioso niño) es un sér puramente alegórico, fruto de la unión de la belleza griega (representada por Helena) y el romanticismo (representado por Fausto), unión de la cual nace el genio de la poesía moderna, personificado en lord Byron.

todo lo bello, aquel por cuyos miembros bullen las eternas melodías; y así váis a oírle, y así le veréis con admiración sin igual.

EL CORO

¿A eso llamas una maravilla, tú, engendrada en Creta? (1) ¿No has, pues, escuchado jamás la palabra poéticamente instructiva? ¿No has oído nunca de la Jonia, ni aprendiste tampoco de la Hélade la riqueza divina, heroica de las tradiciones primitivas? Todo cuanto se compone hoy día es eco triste de los gloriosos días de nuestros mayores. Tu relato no puede compararse a aquella deleitable ficción, más fidedigna que la verdad, que cantó al hijo de Maya (2). Apenas nacido, la caterva de niñeras parlanchinas, de preocupaciones absurdas, envuelve con la felpa de los más blancos pañales a este crío airoso, aunque robusto, y le aprieta con el arreo de preciosas fajas y mantillas. Pero, robusto y gracioso, ya saca con maña el picarillo los miembros flexibles y elásticos, dejando tranquilamente en su lugar la envoltura purpurina que oprime de angustiosa manera, parecido a la mariposa perfecta, que, salida de la dura estrechez de la crisálida, con alas desplegadas se desliza ágil revoloteando audaz y juguetona por el éter atravesado por los rayos del sol.—Listo en extremo, además, a fin de ser para los ladrones y pícaros y también para todos cuantos van en busca de fortuna un genio eternamente propicio, lo prueba al punto con las más diestras mañas. Con ligereza roba el tridente al soberano del mar (3); a Arés (4) mismo, sí, le quita sutil la espada de la vaina; a Febo (5) le sustrae también arco y flecha, así como las tenazas

(1) Recuérdense las propias palabras de Fórcida.
(2) Hermes (Mercurio), hijo de Júpiter y Maya.
(3) Poseidón (Neptuno).
(4) Marte.
(5) Apolo.

a Hefestos (1); y le quitaría el rayo al mismo Zeus, al padre (2), si no le asustara el fuego; pero vence a Eros (3) en el juego de los luchadores echándole la zancadilla; por añadidura, roba igualmente a Cipris (4) el cinturón de su seno mientras ella le está acariciando.

(*Oyese procedente de la gruta una música de instrumentos de cuerda de sonidos embelesadores, puramente melódicos. Todas las Coristas escuchan con atención y en breve parecen profundamente emocionadas. Desde aquí hasta la pausa indicada más adelante, acompañamiento de música de orquesta completa.*)

FORCIDA

Escuchad esos arrobadores sonidos. Libraos presto de las fábulas; dejad ese viejo revoltillo de vuestros dioses; se acabó ya.—Nadie quiere ya comprenderos. Pedimos un tributo aun más elevado; porque es preciso que del corazón salga lo que ha de obrar sobre los corazones. (*Retírase hacia la roca.*)

EL CORO

Si tú, espantosa criatura, eres afecta a esos halagadores sonidos, nosotras nos sentimos como recién recobradas y enternecidas hasta verter lágrimas de gozo.—Desaparezca en buena hora el esplendor del sol; cuando raya el día en el alma, encontramos en nuestro propio corazón lo que nos niega el mundo entero.

---

(1) El Vulcano de los griegos.

(2) Zeus (Júpiter) era el padre de los dioses; pero cabe también suponer que aquí se alude al hecho de ser Zeus padre, o mejor dicho, abuelo de Euforión, pues, según hemos dicho, Helena era hija de Júpiter.

(3) El Amor.

(4) Venus.

HELENA, FAUSTO *y* EUFORION, *este último con el traje descrito más arriba.*

EUFORION

Si oís entonar cantos infantiles, al punto hacéis de ello vuestra propia fiesta; si me véis saltar a compás, brinca vuestro corazón paternal.

HELENA

El amor, para hacer humanamente feliz, aproxima una digna pareja; mas, para un embeleso divino, forma una deliciosa tríada.

FAUSTO

Entonces ya nada nos falta. Tuyo soy, y tú eres mía, y así estamos unidos. En verdad, no podría ser de otra suerte.

EL CORO

Al grato aspecto de este niño, se acumula sobre esta pareja una dicha de numerosos años. ¡Oh, cuánto me conmueve esta unión!

EUFORION

Dejadme ahora brincar, dejadme ahora saltar. Lanzarme a las más elevadas regiones del aire es mi anhelo, el afán que ya se apodera de mí.

FAUSTO

Con mesura, sobre todo; con mesura. Nada de temeridad, a fin de evitar una caída y un desastre. Que este hijo querido no cause nuestra pérdida.

EUFORION

No quiero estar más tiempo fijo en el suelo. Soltadme las manos, soltad mis rizos, soltad mis vestidos; son míos.

HELENA

¡Oh! Piensa, piensa a quién perteneces. ¡Cuánto nos afligiría si destruyeras el bien mío, el tuyo y el suyo, con tanta fatiga adquirido!

EL CORO

Bien pronto, así lo temo, se deshará esta unión.

HELENA *y* FAUSTO

Reprime, reprime, por el amor de tus padres, esos ímpetus violentos y vivos en demasía. En una calma campestre, sé el ornamento de la llanura.

EUFORION

Sólo por cumplir vuestra voluntad, deténgome. (*Confundiéndose entre el coro y obligándole a bailar.*) Más ligero revoloteo alrededor de las chicas alegres. ¿Son ahora la melodía y el compás lo que deben ser?

HELENA

Sí, todo está bien. Conduce a las bellas jóvenes a una danza artística.

FAUSTO

¡Cuándo acabará todo eso! Ese zangoloteo no puede divertirme lo más mínimo.

(EUFORION *y* EL CORO, *danzando y cantando, se mueven en hileras entrelazadas.*)

EL CORO

Cuando meneas graciosamente los brazos, cuando, sacudiéndola, agitas en su esplendor tu rizada cabellera, cuando tu pie se desliza tan ligero sobre la tierra, cuando acá y acullá otra vez los anillos pasan alrededor de la

cadena, has logrado tu objeto, niño encantador. Todos nuestros corazones se sienten atraídos a ti.

(*Pausa.*)

EUFORION

Vosotras sois otras tantas cervatillas de ligeros pies. Para un nuevo divertimiento, alejaos presto de aquí. Yo soy el cazador, vosotras sois la caza.

EL CORO

Si quieres atraparnos, no te apresures; porque al fin no deseamos más que abrazarte, hermosa criatura.

EUFORION

¡Ea, a través de los sotos! ¡Hacia troncos y piedras! Me repugna lo que se logra con leve esfuerzo; lo que se obtiene por la violencia es casi lo único que me halaga.

HELENA *y* FAUSTO

¡Qué temeridad! ¡Qué delirio! Ninguna moderación hay que esperar. Parece oírse el sonido de cuernos de caza, que resuena por el valle y los bosques. ¡Qué alboroto! ¡Qué vocerío!

(LAS CORISTAS *entran precipitadamente una a una.*)

EL CORO

Ante nosotras ha pasado corriendo y escarneciéndonos con desdén (1). Ahora arrastra hacia aquí la más esquiva de toda la turba.

EUFORION

(*Conduciendo una joven*).—Arrastro aquí esta chica zahareña para un deleite forzado. Para mis delicias,

(1) La explicación de esto se halla en las propias palabras de Euforión: "Me repugna lo que se logra con leve esfuerzo. . . ."

para mi placer, yo ciño ese pecho reacio, beso una boca desdeñosa, hago patentes mi fuerza y voluntad.

LA JOVEN

¡Suéltame! Debajo de mi exterior hay bravura y fuerza de espíritu. Parecida a la tuya, nuestra voluntad no se deja fácilmente arrastrar. ¿Me crees, sin duda, en aprieto? Harto fías en tu brazo. Tenme sujeta, y yo te abrazo, insensato, por divertirme. (*Ella se enciende y, remontándose en el aire, despide llamas*).—Sígueme en los aires leves, sígueme en las heladas grutas, atrapa el objeto desaparecido.

EUFORION

(*Sacudiendo las últimas llamas*).—Aquí, rocas amontonadas entre la maleza del bosque. ¿Por qué he de vivir en esa estrechura siendo joven y alentado? Silban los vientos, braman las olas; pero oigo unos y otras desde lejos, y de buen grado estaría yo cerca. (*Da saltos cada vez más elevados hacia lo alto de la roca.*)

HELENA, FAUSTO Y EL CORO

¿Quisieras parecerte a la gamuza? Temblamos por la caída.

EUFORION

Siempre más alto debo subir, siempre más lejos debo mirar. Ahora sé dónde estoy: en medio de la isla, en el centro del país de Pélope (1), que participa de la tierra y del mar.

EL CORO

Si no puedes morar apacible en el monte y la selva, busquemos al punto vides en hilera, vides en los ribazos

(1) Hijo de Tántalo, rey de Frigia. De él recibió su nombre el Peloponeso.

de la colina, higos y doradas manzanas. ¡Oh! ¡En el plácido país, permanece plácido!

EUFORION

¿Soñáis con el día de la paz? Sueñe quien quiera soñar. ¡Guerra! Tal es la divisa (1). ¡Victoria! y este grito resuena sin cesar.

EL CORO

Aquel que en la paz desea de nuevo la guerra, está privado de la dicha de la esperanza.

EUFORION

A aquellos que este país engendró de peligro en peligro, libres, de un arrojo sin límites, pródigos de su propia sangre, por un sagrado sentimiento (2) que nada puede ahogar, a todos los combatientes reporte ello la victoria.

EL CORO

Mirad hacia arriba, ved cómo se ha elevado, y a pesar de esto, no nos parece pequeño. ¡Cuán radiante aparece bajo el arnés, con el brillo del bronce y del acero, cual si estuviera dispuesto para la victoria!

EUFORION

Nada de vallados, nada de murallas. Conózcase tan sólo cada uno a sí mismo. Para resistir, el broncíneo pecho del hombre es un fuerte castillo. ¿Queréis ser invencibles? Armaos a la ligera y corred al campo; las mujeres se vuelven amazonas, y cada niño llega a ser un héroe.

---

(1) Llegado que hubo a Grecia, lord Byron no pensaba en otra cosa que en la guerra de independencia contra los turcos.

(2) El amor patrio.

EL CORO

¡Remóntese al cielo la santa Poesía! (1) ¡Relumbre la estrella más hermosa lejos y cada vez más lejos! No por eso dejará de llegar siempre hasta nosotras. Se la oye aún; se la escucha con agrado.

EUFORION

No; no he aparecido niño; armado llega el adolescente; aliado con los fuertes, los libres, los audaces, ha obrado ya en espíritu. Partamos ahora, al instante; allí se abre el camino de la gloria.

HELENA *y* FAUSTO

Apenas llamado a la vida, apenas expuesto a la luz del día, desde vertiginosas alturas, suspiras por un sitio fecundo en dolores. ¿Nada enteramente somos, pues, para ti? ¿Es un sueño esta dulce unión?

EUFORION

¿No oís el trueno (2) en el mar? ¿No lo oís repercutir allí de valle en valle, y en el polvo y en las olas chocar un ejército contra otro ejército, en impulso tras impulso, hacia el dolor y el tormento? Y la muerte es la consigna: esto desde luego se comprende.

HELENA, FAUSTO *y* EL CORO

¡Qué espanto! ¡Qué horror! ¿La muerte es, pues, una consigna para ti?

EUFORION

¿Debería yo mirarlo desde lejos? No; yo comparto afanes y riesgos.

---

(1) Representada por Euforión.

(2) El tronar del cañón, el fragor de la guerra.

HELENA, FAUSTO *y* EL CORO

Arrogancia y peligro, ¡suerte fatal!

EUFORION

Pero...¡y se despliega un par de alas! ¡Allí! Debo partir. Es preciso, es preciso. Permitid que yo emprenda el vuelo. (*Se lanza a los aires; los vestidos le llevan un momento; su cabeza se vuelve radiante; en pos de él deja un rastro de luz.*)

EL CORO

¡Icaro! (1) ¡Icaro! ¡Basta de tormentos!

(*Un bello adolescente cae a los pies de sus padres; se cree reconocer en el cadáver una figura conocida* (2)*; pero la parte corporal desaparece al momento; la aureola se remonta hacia el cielo a manera de un cometa. La túnica, el manto y la lira quedan abandonados en el suelo.*)

HELENA *y* FAUSTO

Al regocijo sucede luego un horrible pesar.

EUFORION

(*Voz que sale de lo profundo*).—No me dejes solo, madre, en el reino sombrío.

(*Pausa.*)

EL CORO

(*Canto fúnebre*).—¡Solo! Nunca, doquiera que te halles; pues creemos reconocerte. ¡Ah! Mas que huyas de

(1) Icaro, hijo de Dédalo, huyó con su padre del Laberinto de Creta por medio de unas alas pegadas con cera. Dédalo recomendó encarecidamente a su hijo que no volara muy alto ni muy bajo, pero olvidando Icaro tan prudente lección, remontó de tal modo el vuelo, y tan cerca llegó del sol, que con el calor se derritió la cera, desprendiéndose las alas y el infeliz cayó en el mar.

(2) La de Lord Byron.

la luz del día, ningún corazón se apartará de ti. Con todo, apenas podríamos lamentarnos; con envidia cantamos tu suerte. En días serenos y sombríos, canto y arrojo fueron en ti bellos y grandes.

¡Ay! Nacido para la dicha terrena, descendiente de ilustres abuelos, dotado de gran pujanza, en edad temprana, ¡ay! perdido para ti mismo, segada flor de juventud; mirada penetrante para contemplar el mundo; simpatía por todo impulso del corazón; llama de amor para las más bellas mujeres, y un canto propio, singular.

Mas, sin que nada pudiera atajar tu curso, corriste libre para caer en el lazo inerte. Así rompiste de violenta manera con las costumbres, con las leyes, pero al fin el pensamiento más elevado dió peso a tu noble ardor; pretendiste alcanzar lo sublime, mas no te favoreció la suerte.

¿A quién sonríe la fortuna? Tenebrosa pregunta ante la cual se vela el Destino, cuando en el más aciago día enmudece todo un pueblo ensangrentado (1). Pero entonad nuevos cantos, no estéis más tiempo hondamente abatidos; porque la tierra engendra de nuevo tales seres, como siempre los engendró.

(*Pausa completa. Cesa la música.*)

HELENA

(*A Fausto*).—Por desgracia, una antigua sentencia se confirma también en mí: que la dicha y la belleza no se juntan de un modo duradero. Roto está el lazo de la vida, lo mismo que el del amor. Deplorando uno y otro, despídome llena de congoja, y por vez postrera me echo en tus brazos... ¡Persófone (2), acoge al niño y acógeme a mí!

(1) Alusión a la caída de Misolonghi, que cayó en poder de los turcos, después de una heroica y prolongada resistencia.

(2) Con este nombre designaban los griegos a Proserpina, reina del imperio de las sombras.

(*Helena abraza a Fausto. La forma corporal desaparece; vestidura y velo quedan en los brazos de Fausto.*)

FORCIDA

(*A Fausto*).—Ten firme lo que de todo eso te ha quedado. No sueltes el vestido. Ahí los demonios tiran ya de los cabos, y bien quisieran llevárselo al mundo inferior. Ten firme. No es ya la diosa, a quien perdiste, pero es una cosa divina. Aprovéchate del alto, del inapreciable favor, y remóntate a las alturas. Esto te llevará con rapidez hacia el éter, por cima de todo lo vulgar, todo el tiempo que tú vivas. Volveremos a vernos, lejos, muy lejos de aquí.

(*Los vestidos de Helena se resuelven en nubes, que rodean a Fausto; le elevan en el aire y se lo llevan.*)

FORCIDA

(*Recoge del suelo la túnica, el manto y la lira de Euforión, se adelanta hacia el proscenio y, levantando en el aire estos despojos, dice:*)—Siempre es eso un feliz hallazgo. Ha desaparecido la llama (1), es cierto; mas no lo siento por el mundo. Queda aquí lo bastante para consagrar poetas, para suscitar la emulación de corporaciones y oficios, y si no puedo conferir talentos, a lo menos presto el ropaje. (*Siéntase en el proscenio al pie de una columna.*)

PANTALIS

(*La Corifea*).—¡Aprisa ahora, jóvenes! Libres al fin nos vemos del hechizo, de la vil opresión de ánimo en que nos tenía esa odiosa vieja tesaliana (2), así como del mareo del retintín de sonidos muy confusos que turban el oído, y aun peor que eso, el sentido interno. ¡Abajo, hacia el Hades! La Reina se ha apresurado a bajar con

(1) El genio poético.
(2) Fórcida.

paso majestuoso. Que a las huellas de sus plantas se junte sin dilación el paso de sus fieles servidoras. La encontraremos cabe el trono de la Inescrutable (1).

EL CORO

Las reinas, a decir verdad, se hallan a gusto en todas partes. Aun en el Hades, ocupan un sitio encumbrado, ufanamente acompañadas de sus iguales y en cordial intimidad con Perséfone. Pero nosotras, sumidas en el fondo de bajas praderas de asfodelos (2), entre alineados álamos y sauces estériles, ¿qué solaz tenemos? Piar como murciélagos, murmurio lúgubre, espectral.

LA CORIFEA

Quien no ha conquistado para sí un nombre ni aspira a lo sublime, pertenece a los elementos. Así, pues, partid. Ardo en deseos de estar con mi Reina. No sólo el mérito, la fidelidad también conserva nuestro sér personal. (*Vase.*)

TODAS

Restituidas estamos a la luz del día. No tenemos personalidad, es cierto; lo sentimos, lo sabemos, pero al Hades no volveremos jamás (3). La Naturaleza, siempre viviente, hace valer sobre nosotras, espíritus, y nosotras sobre ella, unos derechos de todo punto legítimos.

---

(1) Perséfone.

(2) Especie de lirios que crecen en los parajes incultos de las regiones meridionales de Europa. Según la mitología griega, son la planta peculiar de los muertos.

(3) El Coro se resiste a bajar al mundo inferior, pero confundiéndose con los elementos en las rientes superficies de la tierra, adquiere una especie de inmortalidad. (*Conversaciones con Eckermann.*)

UNA PARTE DEL CORO (1)

En el tremor susurrante y en el balanceo murmurador de estas mil ramas, estimulamos juguetonas y atraemos con suavidad desde las raíces las fuentes de la vida hacia las ramas; ora con hojas, ora con exuberancia de flores, adornamos la cabellera que ondea libre en el aire para su medro. Cae el sazonado fruto, y al instante se reúnen, gozosos de vivir, gentes y rebaños para cogerlo y saborearlo, llegando en tropel, estrujándose afanosos y, lo mismo que ante los primeros dioses, todo se inclina en derredor nuestro.

OTRA PARTE DEL CORO

Al pulido espejo de estos muros de rocas que resplandece a lo lejos, nos adherimos halagadoras moviéndonos en suaves ondulaciones. Escuchamos, estamos atentas a cada rumor, al canto del ave, al aflautado sonido del cañaveral, y así fuese la formidable voz de Pan, la respuesta (2) no se hace esperar. Si ello murmura, respondemos murmurando; si truena, en seguida se dejan oír nuestros truenos en un redoble que causa un estremecimiento tres veces, diez veces mayor.

UNA TERCERA PARTE

Hermanas, nosotras, de carácter más movedizo, corremos más allá con los arroyuelos, porque desde lejos nos atraen las hileras de colinas ricamente engalanadas. Siempre hacia abajo, siempre más hondo, regamos serpenteando, a modo del Meandro (3), ahora la pradera,

(1) El coro se divide en cuatro grupos. El primero está constituido por las driadas o ninfas de las selvas; el segundo, por las oreadas o ninfas de las montañas; el tercero, por las náyades o ninfas de las fuentes, y el cuarto, por las bacantes o ninfas de las viñas.

(2) El Eco, que era también una ninfa.

(3) Río del Asia Menor, que da grandes rodeos antes de desembocar en el mar.

luego la dehesa, después el jardín que rodea la casa. Allí lo indican las agudas copas de los cipreses, que se elevan hacia el éter, por encima del paisaje, del contorno de la orilla y del espejo de las ondas.

UNA CUARTA PARTE

Marchad ondulando, vosotras, allí donde os plazca; nosotras cercamos la colina en todas partes cultivada, zumbamos en derredor, allí donde junto a la estaca verdea la vid; allí, a todas horas del día, el afán del viñador deja ver el dudoso éxito de la solicitud más amorosa. Ora con el azadón, ora con la laya, ora atetillando, podando, atando, invoca a todos los dioses, y ante todo al dios del sol. Baco, el afeminado (1), se inquieta muy poco por el fiel servidor; descansa bajo las enramadas, se reclina en las cuevas bromeando con el más joven de los faunos. Todo cuanto ha menester para la semiembriaguez de sus desvaríos, siempre está para él guardado por tiempos perdurables en odres, jarras y vasos, a derecha e izquierda de frescas grutas. Mas cuando todos los dioses y sobre todo Helios (2), aireando, humedeciendo, calentando, abrasando, han colmado el cuerno de abundancia de los granos allí donde en silencio laboraba el viñador, allí, de repente todo se anima, y los pámpanos susurran en cada emparrado y se oye un murmurio que va de estaca a estaca. Crujen los cuévanos, rechinan las comportas, gimen las banastas, todo en camino de la gran tina, para la vigorosa danza de los pisauvas. Y así, la santa abundancia de los granos límpidos y jugosos es despachurrada con los pies sin consideración alguna; espumando, chispeando, todo se mezcla ingratamente aplastado. Y ahora taladran el oído los metálicos sones

(1) Considerado como andrógino, Baco recibió el nombre de Ginido (afeminado).

(2) El sol considerado como divinidad.

de címbalos y tímpanos, porque Dionisos (1) se ha despojado de los Misterios; preséntase con caprípedos haciendo dar volteretas a las caprípedas, y en medio de ellos, rebuznando con voz en exceso estridente, el orejudo animal en que cabalga Sileno (2). Nada de miramientos. Los ahorquillados pies huellan toda conveniencia; túrbanse todos los sentidos, presa del vértigo; el oído se aturde horriblemente. Los beodos buscan a tientas el cuenco; cabezas y barrigas están sobrecargadas. Serenos están todavía éste y aquél, pero acrecen el tumulto, puesto que para guardar bien el nuevo mosto, se vacía a toda prisa el odre viejo.

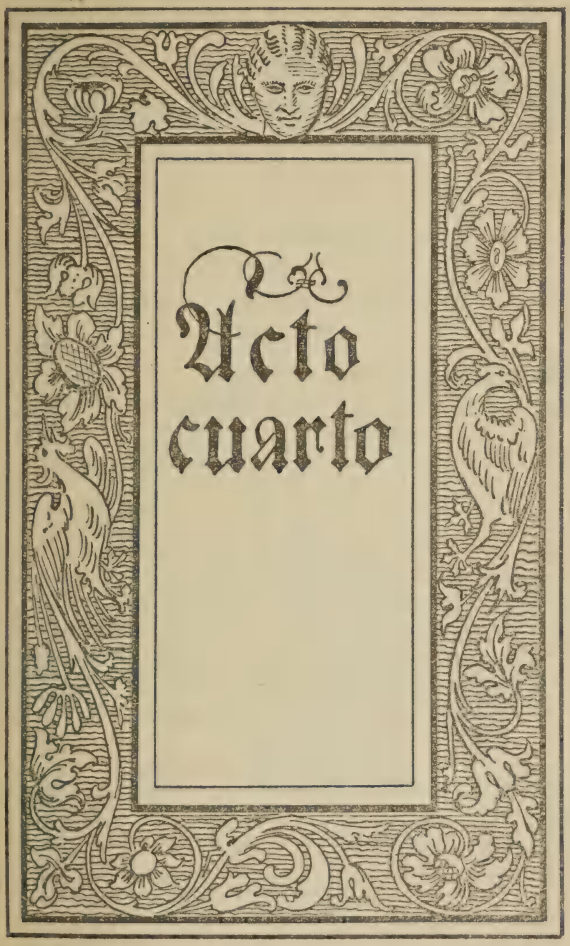
CAE EL TELON

(*En el proscenio, Fórcida se yergue gigantesca; desciende de los coturnos* (3), *échase atrás la máscara y el velo, y se deja ver como Mefistófeles, para comentar, en tanto que fuere necesario, la pieza en el epílogo.*)

(1) Con este nombre designaban los griegos al dios Baco.

(2) Semidiós, hijo de Pan y compañero de Baco. Iba montado en un asno

(3) Calzado de suela de corcho sumamente gruesa, que con objeto de aparecer más altos, usaban en las tragedias los actores antiguos.


Acto
cuarto

ACTO CUARTO

MONTES ELEVADOS. ENHIESTOS PICACHOS DE ROCAS DENTELLADAS

Acércase una nube, se arrima a la montaña y desciende sobre una meseta que forma saliente. Abrese la nube, y aparece FAUSTO.

FAUSTO

(*Adelantándose*).—Al contemplar bajo mis pies la más profunda de las soledades, huello con ánimo deliberado el borde de estas cumbres, abandonando el soporte de mi nube, que blandamente me ha conducido en días serenos por encima de tierra y mar. Sin disiparse, poco a poco va desprendiéndose de mí. Hacia el Oriente dirige su curso la apelotonada masa, y lleno de admiración la sigue el ojo atónito. En su camino, se divide undosa, cambiante; pero va a modelarse.... Sí, no me engaña mi vista.... Soberbiamente tendida sobre almohadones iluminados por el sol, veo gigantesca, es verdad, una imagen de mujer semejante a los dioses (1). Parecida a Juno, a Leda, a Helena, ¡cuán majestuosamente seductora oscila ante mis ojos! ¡Ah! ya se desordena. Informe, ancha y amontonada,

(1) Al parecer se trata aquí de una de esas caprichosas figuras que forman las nubes.

se para en el Oriente semejando apartados montones cubiertos de nieve, y refleja deslumbradora el gran pensamiento de fugitivos días.—Pero una sutil y luminosa franja de niebla fluctúa aún en derredor de mi pecho y de mi frente, serenándome, fresca y halagüeña. En este momento sube, ligera y vacilante, cada vez más alto, y se aglomera. ¿Me engaña una encantadora imagen, como el bien supremo y tanto tiempo llorado de la primera juventud? Surgen los más primitivos, los más íntimos tesoros del corazón. Esto me designa el amor de mi aurora (1), de ligero vuelo, la primera mirada, apenas comprendida, que tan rápida impresión produjo en mí, y que retenida fielmente, superaba en brillo a todos los tesoros. Cual la belleza del alma, agrándase la forma hechicera y, lejos de disiparse, se remonta en el éter llevándose consigo la mejor parte de mi corazón.

Una bota de siete leguas (2) *se asienta pesadamente en el suelo; otra la sigue al momento.* MEFISTOFELES *echa pie a tierra. Las botas se ponen de nuevo en marcha alejándose con rapidez.*

MEFISTOFELES

A eso llamo yo en conclusión adelantar. Pero ahora dime: ¿qué pensamientos te asaltan? ¿Desciendes en medio de tales horrores, en esos peñascales que bostezan de una manera tan espantosa? Bien conozco yo eso, mas no en este sitio, porque eso fué propiamente el fondo del infierno.

FAUSTO

Nunca te faltan leyendas extravagantes. Empiezas otra vez a venirme con tales cosas.

---

(1) Esto recuerda a Fausto su primer amor: Margarita.

(2) Alusión a las botas así llamadas a causa de la extremada rapidez que imprimían a la marcha, y de las cuales se habla en uno de los cuentos de Perrault.

MEFISTOFELES

(*En tono serio*).—Cuando Dios el Señor —y bien sé yo por qué—nos arrojó de las regiones del aire precipitándonos a los más profundos abismos, en el centro de los cuales un ardiente fuego eterno se abría paso por todas partes con sus llamas, nos encontramos, en medio de una claridad excesiva, en una posición muy ahogada e incómoda. Los diablos empezaron todos a la vez a toser y soplar por arriba y por abajo; el infierno se llenó de hedor de azufre y de ácido. ¡Esto produjo un gas....! Aquello llegó a ser monstruoso, en términos que, al cabo de muy poco tiempo, la costra lisa de los continentes, por muy gruesa que fuese, hubo de estallar quebrándose con estrépito. Ahora tenemos la cosa por el extremo opuesto: lo que antes era fondo, es ahora cima (1). En esto se funda aún la justa doctrina de mudar lo más bajo en lo más alto. Así es que, del abrasador subterráneo de esclavitud, nos escapamos al exceso de dominio del aire libre (2). Misterio manifiesto, bien guardado y que no llega sino muy tarde a ser manifestado a los pueblos. (*Efes.*, VI, 12.)

FAUSTO

Una masa de montañas permanece para mí noblemente silenciosa. No pregunto de dónde procede ni cómo.... Cuando la Naturaleza se constituyó en sí misma, redondeó entonces de una manera perfecta el globo terráqueo; complacióse formando picos y barrancos, y dispuso peña tras peña, monte tras monte; trazó luego cómodamente las colinas en declive y suavizó la cuesta en el valle. Allí, todo verdea y crece, y, para recrearse, no tiene ella necesidad alguna de trastrueques insensatos.

---

(1) Con esta sátira el autor ridiculiza la opinión de los geólogos que defienden el sistema vulcanista o plutoniano.

(2) En *Efesios*, II, 2, San Pablo titula al diablo: "príncipe de la potestad del aire."

MEFISTOFELES

Así lo pensáis vos. Eso os parece claro como el sol, pero de diversa manera lo sabe quien estaba presente. Allí estaba yo cuando la masa ígnea del abismo, borbotante aún, se hinchó despidiendo torrentes de llamas; cuando el martillo de Moloch (1), forjando roca sobre roca, arrojaba a gran distancia restos de montes. Todavía está la tierra erizada de masas extrañas de peso enorme. ¿Quién puede explicar semejante fuerza de proyección? El filósofo no puede comprender tal cosa. La roca está allí, y allí hay que dejarla. Hemos cavilado ya hasta perder la cabeza.... El pueblo sencillo es el único que comprende sin dejarse extraviar en sus juicios. Desde hace mucho tiempo, ha madurado en él la sabiduría. ¿Hay una maravilla? A Satán se atribuye el honor. Mi peregrino, cojeando y apoyado en la muleta de su fe, se encamina hacia la Piedra del Diablo o al Puente del Diablo.

FAUSTO

No deja de ser curioso ver y estudiar cómo consideran los diablos la Naturaleza.

MEFISTOFELES

¿Y a mí qué me importa eso? Sea la Naturaleza como ella sea. Esta es una cuestión de puntillo: el diablo estaba allí presente. Somos gente para llegar a grandes cosas; tumulto, violencia y frenesí: he aquí la señal. Pero, en fin, hablando con toda franqueza, ¿nada te ha gustado en nuestra superficie? Abarcaste con la mirada, en inconmensurables extensiones, "los reinos del mundo y su esplendor." (*Mat.* IV, 8). Mas, descontentadizo como eres, ¿no has sentido acaso algún deseo?

---

(1) En la *Mesíada*, aparece Moloch como un espíritu infernal batallador, que amontonaba montañas para defenderse contra Jehová.

FAUSTO

Sí tal. Una gran cosa me ha atraído. Adivínala.

MEFISTOFELES

Pronto está hecho. Yo escogería para mí una capital de este modo: en el centro, el horror de las industrias con que se ganan la vida los ciudadanos; callejuelas estrechas y tortuosas, fachadas puntiagudas, un mercado reducido, coles, nabos, cebollas, tablas de carnicero, donde pululan las moscas para darse un banquete con carnes gordas. Allí, por de contado, encuentras en todo tiempo hediondez y actividad. Luego, plazas espaciosas, anchas calles, para darse uno cierto aire de distinción. Por último, allí donde ninguna puerta sirva de límite a la ciudad, arrabales prolongados hasta perderse de vista. Allí me recrearía con el rodar de los carruajes, con el ruidoso vaivén del tránsito, con el incesante correr de un lado a otro, con el bullir de los hormigueros dispersos. Y cuando pasara en carruaje o montara a caballo, siempre parecería yo su centro, respetado por centenares de miles de personas.

FAUSTO

Eso no podría satisfacerme. Alégrase uno de que el pueblo se multiplique, viva con holgura a su modo, y hasta se eduque, se instruya.... y no se cría más que rebeldes.

MEFISTOFELES

Luego, en un sitio ameno, construiría de una manera grandiosa, como yo me sé, un palacio de recreo. Bosques, colinas, llanuras, praderas, campiña, todo magníficamente dispuesto alrededor en forma de jardín. Frente a verdes faldas de montaña, prados de aterciopelado césped, avenidas tiradas a cordel, umbrías artísticamente dispuestas, cascadas cuyas aguas caigan apareadas de roca en roca, y surtidores de toda especie; allí el agua se eleva majestuosa,

pero por los lados sale murmurante y borbota formando mil variados juegos. Y por último, mandaría edificar para las más lindas mujeres unas casitas íntimamente cómodas; allí pasaría horas sin fin en un retiro deliciosamente acompañado. Y digo mujeres, porque, una vez por todas, quiero yo las beldades en plural.

FAUSTO

¡Ruin y moderno! ¡Sardanápalo!

MEFISTOFELES

¿Se puede adivinar a qué aspirabas? A buen seguro, sería alguna cosa sumamente atrevida. Tú, que te remontaste tan cerca de la luna, tu manía, sin duda, te ha atraído allí.

FAUSTO

Nada de eso. Este globo terrestre ofrece todavía campo para grandes acciones. Han de realizarse cosas dignas de admiración; siéntome con fuerzas para una osada actividad.

MEFISTOFELES

Así, ¿quieres adquirir gloria? Bien se echa de ver que llegas del país de las heroínas.

FAUSTO

Lo que yo ambiciono es el dominio, el señorío. La acción es todo, la gloria nada es.

MEFISTOFELES

Sin embargo, no faltarán poetas que anuncien el lustre de tu nombre a la posteridad para enardecer la locura con la locura.

FAUSTO

Todas estas cosas son extrañas para ti. ¿Qué sabes tú de lo que el hombre desea? Tu natural displicente, acre, mordaz, ¿qué sabe de lo que necesita el sér humano?

MEFISTOFELES

Hágase, pues, según tu voluntad. Confíame todos tus caprichos.

FAUSTO

Mi vista sentíase atraída hacia alta mar. Esta se engrosaba para elevarse sobre sí misma a grande altura; cedía luego y desplegaba sus olas para invadir la extensión de la aplanada orilla. Y esto causóme despecho: así es como el orgullo, por la agitación de una sangre apasionada, promueve un sentimiento de disgusto en el libre espíritu que respeta todos los derechos. Creí que esto era efecto del azar. Agucé la vista; detúvose la ola y rodó luego hacia atrás, alejándose del límite ufanamente alcanzado; y al llegar la hora, repite el juego (1).

MEFISTOFELES

(*A los espectadores*).—En eso no hay para mí nada nuevo que aprender. Ya lo conozco desde hace cien mil años.

FAUSTO

(*Continuando con pasión*).—Avanza deslizándose mansa la onda, estéril como es, para difundir la esterilidad en partes innúmeras. Ahora se hincha y crece y rueda cubriendo el ingrato suelo de la playa desierta. Domina allí, animada por la fuerza, ola sobre ola, y se retira sin haber efectuado cosa alguna, lo cual es capaz de angustiarme hasta la desesperación. ¡Fuerza de indómitos elementos que

(1) Alusión a las marcas, con su incesante flujo y reflujo.

carece de objeto! Entonces mi espíritu osa excederse a sí mismo; aquí yo quisiera luchar; esto lo quisiera vencer. ¡Y es posible!.... Por muy crecida que sea la marea, al pasar la ola, se rinde ante cada eminencia, y por mucho que se agite orgullosa, una insignificante altura se yergue soberbia frente a ella, y una pequeña profundidad la atrae con fuerza. Entonces concebí presto en el espíritu plan sobre plan. Proporciónate, me dije, el goce exquisito de rechazar de la orilla el mar impetuoso, de reducir los límites de la húmeda extensión y hacerla retroceder a lo lejos mar adentro en sí misma. Paso a paso he sabido apurar la cuestión. Tal es mi anhelo; aventúrate a secundarlo. (*Redoble de tambores y música guerrera detrás de los espectadores, en lontananza, viniendo del lado derecho.*)

MEFISTOFELES

¡Cuán fácil es eso!.... ¿Oyes los tambores a lo lejos?

FAUSTO

¡Otra vez ya la guerra! El hombre de buen juicio no oye eso con agrado.

MEFISTOFELES

Guerra o paz, sensato es el afán de sacar partido de cada circunstancia. Se acecha, se observa cada instante propicio. He aquí la ocasión; ahora, Fausto, no la dejes escapar.

FAUSTO

Excúsame tal fárrago de enigmas. Y en resumidas cuentas, ¿qué significa eso? Explícate.

MEFISTOFELES

Durante mi expedición, no se me ocultó que el bueno del Emperador está sumido en grandes cuidados; tú le conoces ya. Cuando nosotros le divertíamos, cuando hacíamos

llover en sus manos una mentida riqueza, entonces para él todo el mundo era vendible. Pues, joven aún, le cupo en suerte el trono, y le plugo concluir erróneamente que eran dos cosas que bien podían ir juntas y que era muy deseable y hermoso el reinar y divertirse a un tiempo.

FAUSTO

¡Craso error! El hombre que debe mandar, ha de sentir en el mando la dicha suprema. Su pecho está lleno de una alta voluntad, pero lo que él quiere no es permitido a ningún sér humano el sondearlo. Lo que ha murmurado al oído de los más fieles, queda hecho, y todo el mundo se asombra. Así, será siempre el más encumbrado, el más digno de todos. El goce avillana.

MEFISTOFELES

No es él así. También ha gozado, ¡y de qué manera! Entre tanto, el imperio se desquiciaba en una anarquía, en la cual grandes y pequeños se hacían la guerra a diestro y siniestro, y los hermanos se perseguían y mataban, castillo contra castillo, ciudad contra ciudad, el pueblo en pugna con la nobleza, el obispo con el cabildo y la comunidad; bastaba mirarse uno a otro para ser enemigos. En las iglesias eran cosas corrientes la muerte y el asesinato; ante las mismas puertas de las ciudades, cada caminante y cada mercader estaban perdidos. Y en todos crecía no poco la audacia, pues vivir era defenderse.... En fin, la cosa marchaba.

FAUSTO

Ello marchaba y cojeaba, vino al suelo, levantóse otra vez; luego cayó de espaldas y fué rodando pesadamente en confuso montón.

MEFISTOFELES

Y nadie tenía derecho a condenar tal estado de cosas. Cada uno podía, cada uno quería valer, el más ínfimo goza-

ba de la mayor consideración; mas, para los mejores, eso acabó por ser insensato en extremo. Los más avisados se levantaron con pujanza y dijeron: "Señor es quien nos depara el sosiego. El Emperador no puede, no quiere hacerlo; elijamos un nuevo Emperador, demos nueva vida al imperio, y mientras él nos resguarda a todos, enlacemos en un mundo regenerado, paz y justicia."

FAUSTO

Eso suena mucho a clerical.

MEFISTOFELES

Clerizontes eran ellos también. Aseguraban su panza bien nutrida, y estaban en el asunto más interesados que los demás. Creció el motín; la revuelta fué santificada, y nuestro Emperador, a quien divertíamos, se encamina hacia aquí, tal vez para la última batalla.

FAUSTO

Lástima me da. ¡Era tan bonachón e ingenuo!

MEFISTOFELES

Ven, observemos. El que vive ha de esperar. Saquémosle de este angosto valle. Salvado una vez, lo está por mil. ¿Quién sabe cómo pueden correr aún los dados? Y si tiene buena suerte, tendrá también vasallos.

(*Suben a la cima de la montaña intermediaria y observan la disposición del ejército acampado en el valle. Desde abajo resuenan tambores y una música marcial.*)

MEFISTOFELES

La posición, a lo que veo, está bien tomada. Intervenimos nosotros, y entonces la victoria es completa.

FAUSTO

¿Qué puede esperarse de eso? ¡Embeleco, ilusión mágica, apariencia vana!

MEFISTOFELES

Ardid de guerra con el fin de ganar batallas. Afírmate en grandes pensamientos mientras consideras tu objeto (1). Si le conservamos al Emperador su trono y sus Estados, no tienes más que doblar la rodilla, y recibes en feudo una playa sin límites.

FAUSTO

Tú llevaste a cabo ya muchas cosas: a ver si ganas también una batalla.

MEFISTOFELES

No; tú la ganarás. Esta vez eres tú el general en jefe.

FAUSTO

Eso fuera para mí el verdadero colmo: mandar allí donde nada entiendo.

MEFISTOFELES

Deja que de ello se cuide el estado mayor, y el feldmariscal queda a salvo. Desde mucho tiempo acá he olido la inmundicia de la guerra, y al momento formé por adelantado el consejo de guerra con la fuerza de los primitivos hombres de las montañas primitivas. ¡Dichoso quien les echa la uña y los junta a toda prisa!

FAUSTO

¿Qué veo allí, pertrechado con armas? ¿Amotinaste acaso la gente de las montañas?

MEFISTOFELES

No; pero, a semejanza de maese Pedro Squenz (2), he extraído la quintaesencia de toda la chusma.

---

(1) La idea que acariciaba Fausto de ganar terreno al mar.

(2) Corrupción de *Peter Quince*, personaje de la comedia de Shakespeare titulada: *Sueño de la noche de San Juan*.

Adelántanse LOS TRES VALIENTES (1)
(*Samuel*, II, 23, 8.)

MEFISTOFELES

He aquí a mis muchachos. Como ves, son de edades muy distintas y llevan vestidos y armamentos diversos. No te hallarás mal con ellos (*A los espectadores.*) A cada chico le gustan ahora el arnés y la gola, y alegóricos como son esos andrajos, tanto mejor parecerán.

MATACHIN (2)

(*Joven, armado a la ligera y con traje abigarrado*).—Si alguno me mira en los ojos, al punto le doy con el puño en los hocicos, y al mandria que huya le agarro por sus últimos cabellos.

RAPIÑADOR (3)

(*Hombre en plena edad viril, bien armado, ricamente vestido*).—Tan vanas palestras son una patarata; con ellas pierde uno el tiempo. Sólo en pillar sé infatigable; de todo lo demás, no hagas caso sino hasta después.

TENAZA (4)

(*Viejo, fuertemente armado, sin vestido*).—Con eso tampoco se ha ganado mucho. Un gran bien es pronto disipado, y baja ruidoso y veloz en el torrente de la vida. Cierto que es muy bueno el pillar, pero mejor aún es guardar. Déjale hacer al canoso compinche, y nadie te quitará cosa alguna.

(*Todos juntos descienden más abajo.*)

---

(1) Alusión a los llamados "Valientes de David."
(2) *Raufebold*, en el texto alemán.
(3) *Habebald.*
(4) *Haltefest* (que tiene firme), en el original.

EN EL ESTRIBO DE LA MONTAÑA

Sonido de tambores y música guerrera que viene de abajo.— Es montada la tienda de campaña del Emperador.

EL EMPERADOR, EL GENERAL EN JEFE Y SOLDADOS *de la guardia imperial*

EL GENERAL EN JEFE

Cada vez más acertado me parece el plan de replegar todo el ejército en masa en este valle tan ventajosamente situado. Abrigo la firme esperanza de que la elección tendrá para nosotros un éxito lisonjero.

EL EMPERADOR

Cómo irá la cosa, ello dirá; pero esa retirada, esa especie de fuga me da que sentir.

EL GENERAL EN JEFE

Echa una mirada aquí, Príncipe mío, sobre nuestro flanco derecho. Una posición como ésta es la que para sí desea la guerrera fantasía. Las alturas, sin ser escarpadas, no son tampoco demasiado accesibles; favorables para los nuestros, peligrosas para el enemigo. Merced a las ondulaciones del terreno, estaremos medio emboscados; la caballería no se arriesgará a acercarse.

EL EMPERADOR

No me queda más que aplaudir. Aquí pueden ponerse a prueba brazo y pecho.

EL GENERAL EN JEFE

Allí, en los espacios llanos de la pradera central, ves la falange muy animada para lidiar. Brillan las picas cen-

telleando en el aire a los rayos del sol, a través de los nebulosos vapores de la mañana. ¡Cuán sombrío ondula el poderoso cuadro! Millares de hombres hay aquí enardecidos para una grande acción. Por esto puedes apreciar el poder de la masa; yo la creo capaz de desbaratar las fuerzas del enemigo.

EL EMPERADOR

Por vez primera se me ofrece tan bello golpe de vista. Un ejército tal bien vale por dos.

EL GENERAL EN JEFE

De nuestra izquierda nada tengo que decir. Valientes héroes ocupan el empinado risco. El peñascal donde ahora relucen las armas, defiende el importante paso del estrecho desfiladero. Presiento ya que aquí se estrellarán de improviso las fuerzas del adversario en la sangrienta empresa.

EL EMPERADOR

Por allí avanzan los falsos parientes, que, apellidándome tío, primo, hermano, se permitían siempre nuevas libertades, restando poder al cetro y acatamiento al trono; más tarde, divididos entre sí, devastaban el Imperio, y ahora, reunidos todos ellos, hanse alzado contra mí. La multitud fluctúa con ánimo indeciso, y al fin sigue como un río allí donde la corriente la arrastra.

EL GENERAL EN JEFE

Un hombre fiel, enviado a la descubierta, baja presuroso por el peñón. ¡Ojalá le haya sido propicia la suerte!

PRIMER EXPLORADOR

Nuestro artificio, hábil y osado, nos ha salido tan felizmente que hemos penetrado acá y acullá; mas poco gratas

son las nuevas que traemos. Muchos te juran perfecto vasallaje, como gran parte de tropa fiel, pero alegan como pretexto de su inacción la efervescencia intestina, el peligro popular.

EL EMPERADOR

Siempre fué doctrina del egoísmo el guardarse a sí propio, y no la gratitud, la simpatía, el deber y el respeto. ¿No consideráis que, cuando esté colmada vuestra medida, os consumirá el incendio de la casa del vecino?

EL GENERAL EN JEFE

Llega el segundo explorador bajando con paso lento. Este hombre está fatigado, y tiembla de pies a cabeza.

SEGUNDO EXPLORADOR

Ante todo, hemos visto con placer el curso errante de un tumulto desordenado. De pronto, cuando menos se esperaba, preséntase un nuevo Emperador, y, por sendas de antemano señaladas, la muchedumbre se pone en marcha a través de los campos, y todos, cual rebaño de carneros, siguen las falsas banderas desplegadas al viento.

EL EMPERADOR

Por mi bien llega un Emperador rival. Ahora, por vez primera, siento que yo soy el Emperador. Solamente como soldado revestíme con el arnés; para más alto fin me lo he puesto ahora. En cada fiesta, por muy lucida que fuese, y aunque no se echara de menos cosa alguna, me faltaba el peligro. Quienesquiera que seáis, vosotros me aconsejabais correr la sortija. Latíame con fuerza el corazón, yo no alentaba sino para los torneos, y si no me hubieseis disuadido de guerrear, ya resplandecería yo ahora por mis brillantes proezas. Sentía en mi pecho el sello de la independencia cuando, como en un espejo, me miré en el reino de

fuego (1); el furioso elemento se desató contra mí. Aquello fué sólo apariencia, pero la apariencia era grandiosa. Confusamente he soñado con triunfos y gloria. Voy a reparar lo que de un modo culpable descuidé.

(*Los Heraldos son despachados para ir a retar al Antiemperador.*)

FAUSTO, *cubierto con la armadura, y medio calada la visera; los* TRES VALIENTES, *armados y vestidos como se indicó antes.*

FAUSTO

Nos presentamos en la confianza de no vernos desairados; aun sin necesidad, la previsión ha tenido bien su valor. Tú sabes que la gente de las montañas piensa y discurre, y que ha estudiado en el libro de la Naturaleza y de las rocas. Los espíritus, retirados mucho tiempo ha del país llano, son más afectos que antes a la montaña peñascosa. Obran en silencio por entre laberínticas quebrajas, en medio del noble gas de las ricas exhalaciones metálicas; en la continua desagregación, experiencia y combinación, su único afán es descubrir algo nuevo. Con el dedo leve de las potencias espirituales, labran ellos formas diáfanas, y luego, en el cristal y su eterno silencio, perciben los acontecimientos del mundo superior (2).

EL EMPERADOR

Tengo noticia de ello y te creo. Mas dime, hombre bizarro, ¿a qué viene eso?

---

(1) Alusión a la mascarada del Acto primero.

(2) Alúdese aquí a la adivinación de sucesos futuros por medio de las imágenes que aparecen en un espejo, globo de cristal u otro objeto brillante.

FAUSTO

El nigromante de Norcia, el Sabino (1), es tu fiel y honrado servidor. ¡Qué horrible suerte le amenazaba cruelmente! Chisporroteaban los ramujos, surgían ya llamas, que se elevaban a modo de lenguas de fuego; entrecruzados alrededor, estaban los áridos leños mezclados con pez y varillas de azufre. Ni hombre ni dios ni diablo podían salvarle. Tu Majestad rompió las encandecidas cadenas. Esto fué en Roma. Por ello te queda altamente obligado, y siempre solícito sigue tus pasos. Desde aquel momento, se olvidó por completo de sí mismo; sólo por ti interroga a los astros y las profundidades. Nos encargó, con el más apremiante empeño, el estar a tu lado. Grandes son las fuerzas de la montaña; la Naturaleza obra allí libre y prepotente. El sentido obtuso de los clérigos califica eso de hechicería.

EL EMPERADOR

En los días de regocijo, cuando saludamos a los huéspedes que risueños acuden para gozar alegremente, nos complacemos viendo allí cómo todos se empujan y oprimen, y uno tras otro van estrechando el recinto de los salones; pero con la más alta consideración debe ser acogido el hombre leal cuando se presenta denodado a nosotros para aportar auxilio en la crítica hora matinal que rige, pues por cima de ella domina la balanza del Destino. Con todo, en estos instantes solemnes, retirad de la dócil espada la diestra vigorosa; respetad el momento en que muchos millares de hombres avanzan para pelear en favor mío o contra mí. El hombre es uno mismo. Quien aspire al trono y a la corona, ha de ser personalmente digno de tales honores. Que el fantasma que se ha alzado contra nosotros titulándose

(1) Jorge Sabelico (*Sabellicus*), que vivía a principios del siglo XVI. Era llamado príncipe de los nigromantes, y como tal, según dice Fausto, fué condenado a morir en la hoguera.

Emperador y señor de nuestros Estados, caudillo del ejército, señor feudal de nuestros magnates, ¡sea precipitado por nuestra propia mano en el reino de los muertos!

FAUSTO

Por muy glorioso que sea dar cima a una empresa tan heroica, no es bien que así expongas tu cabeza. ¿No está el casco adornado con cimera y penacho? El es quien protege la cabeza que exalta nuestro ardimiento. Sin la cabeza, ¿de qué servirían los miembros? Pues si ella está adormecida, todos desfallecen; si recibe daño, al punto son heridos, y renacen sanos cuando ella sana en breve. Con presteza sabe el brazo hacer uso de su firme derecho; levanta el broquel para proteger el cráneo; la espada atiende sin dilación a su deber: desvía con fuerza el golpe y lo devuelve; el sólido pie toma parte en su fortuna sentándose resuelto sobre la cerviz del caído adversario.

EL EMPERADOR

Tal es mi enojo, que así le quisiera yo tratar: hacer de su altiva cabeza un escabel para mis pies.

LOS HERALDOS

(*Volviendo*).—De escaso honor, de poca autoridad hemos gozado allí. Como de una bufonada insulsa, hanse reído de nuestro enérgico y noble mensaje. "Vuestro Emperador —decían—se ha desvanecido como un eco en el estrecho valle. Si en alguna ocasión hemos de acordarnos de él, decimos como el cuento: Erase una vez...."

FAUSTO

Las cosas han sucedido a medida del deseo de los mejores vasallos, que firmes y leales se mantienen a tu lado. Por allí se acerca el enemigo; llenos de ardor, los tuyos aguardan. Ordena el ataque, el momento es propicio.

EL EMPERADOR

Yo resigno aquí el mando. (*Al General en jefe.*) A ti incumbe, príncipe, cumplir tu deber.

EL GENERAL EN JEFE

Entonces, pues, que se ponga en marcha el ala derecha. La izquierda del enemigo, que está subiendo ahora mismo, antes de haber dado el último paso, ha de ceder a la fuerza juvenil de una fidelidad puesta a prueba.

FAUSTO

(*Indicando a la derecha*).—Permite, pues, que sin tardanza tome sitio en tus filas este héroe solícito, que se incorpore estrechamente a ellas, y de esta suerte asociado, dé impulso a su vigorosa naturaleza.

MATACHIN

(*Adelantándose*).—Quien me muestra la cara, no la vuelve sin tener rotas las quijadas. Quien me vuelve la espalda, tendrá al punto desmazalados cuello, cabeza y topete bamboleando horriblemente sobre el cogote. Y si tus hombres hieren luego con la espada y la maza, como yo enfurecidos, cae el enemigo, hombre sobre hombre, ahogado en su propia sangre. (*Vase.*)

EL GENERAL EN JEFE

Que la falange de nuestro centro siga despacio, y con toda su pujanza salga prudentemente al encuentro del enemigo, un poco a la derecha, y allí, encarnizada, la fuerza militar de los nuestros ha desbaratado ya su plan.

FAUSTO

(*Señalando al del medio*).—Que éste, pues, obedezca también a tu palabra. Es muy listo, y todo se lo lleva.

RAPIÑADOR

(*Adelantándose*).—Con el valor heroico de las tropas imperiales debe aparearse la sed de botín. Propóngase por objeto a todos la rica tienda del Antiemperador, y no se pavoneará éste mucho tiempo en su sitial. Yo me pongo a la cabeza de la falange.

URRACA (1)

(*La cantinera, pegándose al Rapiñador*).—Bien que no estoy casada con él, es para mí el amante más querido. Para nosotros ha madurado semejante cosecha. La mujer es atroz cuando agarra, y no tiene miramiento alguno cuando pilla. ¡Adelante, a la victoria! y todo está permitido. (*Vanse los dos.*)

EL GENERAL EN JEFE

Según era de prever, su derecha se arroja con denuedo sobre nuestra izquierda. Hombre tras hombre resistirá a la furiosa tentativa de ganar el estrecho paso del sendero entre los riscos.

FAUSTO

(*Señalando a la izquierda*).—Ruégote asimismo, Señor, que también repares en éste. No es mal que los fuertes se refuercen.

TENAZA

(*Adelantándose*).—Tocante al ala izquierda, no hay el menor cuidado. Allí donde estoy yo, la posesión se halla en seguridad. En ella se acredita el viejo. Ningún rayo parte lo que yo poseo. (*Vase.*)

MEFISTOFELES

(*Descendiendo de la altura*).—Ved ahora cómo, allá en el fondo, de cada boquerón de los dentellados peñascos, salen

(1) *Eilebente*, en el original. Significa: "Apresúrate a la presa."

en tropel gentes armadas para estrechar los angostos senderos. Con sus cascos, armaduras, espadas y broqueles, forman un muro a nuestra espalda, aguardando la señal de ataque. (*En voz baja a los que están en el secreto*) (1). De dónde viene esto, no lo habéis de preguntar. Lo cierto es que no me he dormido; he dejado vacías las salas de armas de todo el contorno. Allí estaban ellos a pie, a caballo, cual si fueran todavía señores de la tierra. En otro tiempo eran caballeros, reyes, emperadores, y al presente no son más que vacías conchas de caracol, con las cuales se ha engalanado mucho más de un fantasma haciendo resurgir vivaz la Edad Media. Quienquiera que sea el diablillo que ahí dentro se ha metido, por esta vez hará su efecto. (*Alto*). Escuchad cómo se enfurecen por adelantado, cómo se empujan y chocan unos contra otros con el triquitraque de la plancha de hierro. Jirones de bandera ondean también junto a los estandartes, que impacientes esperaban frescos airecillos. Considerad que aquí hay dispuesto un pueblo antiguo, que de buen grado tomaría también parte en el moderno combate.

(*Formidable toque de trompetas que viene de arriba. En el ejército enemigo se nota una marcada vacilación.*)

FAUSTO

El horizonte hase obscurecido; tan sólo aquí y allí centellea significativa una luz roja llena de presagios; relucen ya sangrientas las armas. En ello se inmiscuen el peñascal, el bosque, la atmósfera, el cielo entero.

MEFISTOFELES

El flanco derecho se mantiene firme; mas, entre los guerreros, descollando sobre todos, distingo a Juan Matachín, el listo gigante, vivamente atareado a su manera.

---

(1) Esto es: a los espectadores, que le conocen a él como Mefistófeles (Schroer).

EL EMPERADOR

He visto primero levantarse un solo brazo; ahora veo ya agitarse furiosos una docena. Eso no es natural.

FAUSTO

¿No has oído hablar de unas fajas de niebla que vagan sobre las costas de Sicilia? (1). Allí, flotando clara en plena luz del día, elevada hasta la región media del aire, reflejada en ciertos vapores especiales, aparece una singular visión; allí oscilan de un lado a otro las ciudades; allí se ven jardines que suben y bajan conforme una imagen tras otra rasga el éter.

EL EMPERADOR

Pero, ¡cuán sospechoso es eso! Veo centellear todas las puntas de las altas picas; sobre las bruñidas lanzas de nuestra falange veo danzar ligeras pequeñas llamas; eso me parece sobrenatural en extremo (2).

FAUSTO

Perdona, ¡oh Señor! Son vestigios de naturalezas espirituales desaparecidas mucho tiempo ha, un reflejo de los Dióscuros, por quienes juraban todos los navegantes. Aquí reúnen sus últimas fuerzas.

EL EMPERADOR

Mas dime: ¿a quién somos deudores de que la Naturaleza, que vela sobre nosotros junte lo que hay de más extraordinario?

---

(1) Alusión al sorprendente y admirable efecto de espejismo conocido con el nombre de *Fata Morgana*.

(2) Este pasaje hace referencia a las exhalaciones luminosas que aparecen en el extremo de los mástiles o en la punta de las lanzas, y que son designadas con el nombre de *fuego de San Telmo*.

MEFISTOFELES

¿A quién sino al excelso maestro (1) que lleva en su seno tu destino? Las violentas amenazas de tus enemigos le exasperaron hasta lo más profundo de su sér. Su reconocimiento quiere verte salvo, aunque hubiera él de morir en la empresa.

EL EMPERADOR

Gozaba el pueblo paseándome con gran pompa (2). Entonces era yo algo; de ello quise hacer la prueba, y sin pensarlo mucho, juzgué oportuno dar un poco de aire fresco a aquella barba blanca (3). He aguado una fiesta al clero, y ya se ve, no me he atraído con esto su favor. ¿Debería yo ahora, después de tantos años, tocar el resultado de una buena acción?

FAUSTO

Un franco servicio reporta con creces ricos frutos. Dirige la mirada hacia lo alto. Paréceme que quiere enviarnos él (4) un signo. Presta atención; esto se dará a conocer en seguida.

EL EMPERADOR

Ciérnese un águila en las celestes alturas. Un grifo la persigue con saña feroz (5).

FAUSTO

Presta atención. Esto me parece muy favorable. El grifo es un animal fabuloso: ¿cómo puede olvidarse de sí mismo hasta el punto de medirse con una verdadera águila?

(1) Jorge Sabelico.
(2) Cuando fué coronado emperador en Roma.
(3) Al viejo nigromante, a quien arrancó de la hoguera.
(4) El nigromante.
(5) El águila representa al Emperador; el grifo al Antiemperador.

EL EMPERADOR

Ahora dan vueltas alrededor de ellos describiendo círculos muy dilatados... En un mismo instante se arrojan uno contra otro para desgarrarse pecho y cuello.

FAUSTO

Observa ahora cómo el cruel grifo, sacudido, zamarreado, no encuentra sino daño, y con su cola de león entre piernas, desaparece precipitado en la selva que corona la cima del monte.

EL EMPERADOR

Hágase ello como se ha anunciado. Lo acepto con admiración.

MEFISTOFELES

(*Vuelto hacia la derecha*).—A nuestros golpes con insistencia repetidos, han de ceder nuestros adversarios, y empeñados en una lucha incierta, cargan de tropel hacia su derecha, desordenando así en la pelea, el flanco izquierdo de su fuerza principal. La sólida cabeza de nuestra falange se dirige a la derecha, y cae como un rayo sobre el punto débil... Ahora, a semejanza de la ola agitada por la tempestad, echando chispas, arremeten furiosas una contra otra dos fuerzas iguales en un doble combate. Nada puede imaginarse más grandioso. ¡Hemos ganado la batalla!

EL EMPERADOR

(*Vuelto hacia el lado izquierdo a Fausto*).—Mira. Aquel punto de allí me parece comprometido. Nuestra posición es peligrosa. No veo volar piedra alguna; las rocas inferiores son escaladas, las de arriba están abandonadas ya. ¡Ved ahora!... El enemigo, avanzando con ímpetu en masas compactas que se acercan más y más, ha ganado

quizás el desfiladero. Resultado final de un impío esfuerzo (1). Vanos son vuestros artificios.

(*Pausa.*)

MEFISTOFELES

Allí llegan mis dos cuervos (2). ¿Qué mensaje traerán? Mucho temo que eso vaya mal para nosotros.

EL EMPERADOR

¿Qué significan esas aves de mal agüero? Desde la ardiente pelea del peñascal, dirigen hacia aquí sus negras velas.

MEFISTOFELES

(*A los cuervos*).—Colocaos muy cerquita de mis oídos. Aquel a quien favorecéis no está perdido, porque vuestro consejo es razonable.

FAUSTO

(*Al Emperador*).— Sin duda has oído hablar de unas palomas que, desde las tierras más lejanas, vuelven para incubar su nidada y buscar el sustento. Lo propio acontece aquí, pero con notables diferencias: el mensaje de las palomas está al servicio de la paz; la guerra, por el contrario, requiere el mensaje de los cuervos.

MEFISTOFELES

Se anuncia un gran desastre. Ved, obsevad el apuro de nuestros héroes alrededor de la muralla de rocas. Las alturas más próximas son escaladas, y nos hallaríamos en una situación difícil si llegaran los otros a forzar este paso.

---

(1) Esto es: resultado de las artes mágicas a que se ha recurrido. (Schroer).

(2) Véase una de las notas de la escena titulada: *Cocina de Bruja*.

EL EMPERADOR

¡Conque al fin me veo engañado! Habéisme hecho caer en el lazo, y me estremezco de horror desde que estoy preso en él.

MEFISTOFELES

¡Animo sobre todo! Aun no está eso perdido. Paciencia y astucia para el último nudo. De ordinario, al fin es cuando las cosas ofrecen más dificultades. Tengo mis fieles mensajeros. Ordenad que pueda yo mandar.

EL GENERAL EN JEFE

(*Que entretanto se ha acercado*).—Te coligaste con ésos, y ello me ha apenado desde el principio. La hechicería no produce ningún bien duradero. Nada sé yo para cambiar el aspecto de la batalla. Ellos lo empezaron, que lo acaben. Yo depongo mi bastón.

EL EMPERADOR

Guárdalo hasta horas mejores, que tal vez nos deparará la suerte. Me da horror ese bellaco ruin y su intimidad con los cuervos. (*A Mefistófeles.*) No puedo confiarte el bastón de mando; no me pareces el hombre a propósito. Con todo, manda y procura salvarnos. Venga lo que viniere. (*Retírase al interior de la tienda con el General en jefe.*)

MEFISTOFELES

Protéjale ese trozo de palo. A nosotros poco puede servirnos. Había en él algo de la cruz.

FAUSTO

¿Qué hay que hacer?

MEFISTOFELES

Ya está hecho... Ahora, negros primos (1), prontos en el servicio, id al gran lago de la montaña. Saludad de mi parte a las Ondinas (2), y pedidles la apariencia de sus raudales. Mediante femeninos artificios, difíciles de conocer, saben ellas separar la apariencia de la realidad, y todos jurarían que es la realidad misma.

(*Pausa.*)

FAUSTO

Nuestros cuervos deben de haber engatusado por completo a esas señoritas de las aguas. Allí ya empieza aquello a manar. En varios sitios erizados de peñas desnudas y áridas, brota copioso y raudo el manantial. De la victoria de los otros no hay que hablar: es cosa perdida.

MEFISTOFELES

He aquí un saludo singular; los más audaces trepadores están confusos.

FAUSTO

Murmura poderoso ya un arroyo corriendo hacia abajo hasta juntarse a otros arroyos; al salir de las barrancas, doblan su caudal. Un torrente se precipita ahora en forma de cascada; de pronto se extiende en una vasta llanura de rocas, y espuma fragoroso corriendo de aquí para allí y de grado en grado se lanza en el valle. ¿Qué aprovecha una valerosa y heroica resistencia? La potente oleada corre veloz para arrastrarlos; yo mismo me estremezco ante una tan furiosa inundación.

MEFISTOFELES

Nada veo de esos embelecos de aguas. Unicamente los ojos humanos se dejan engañar, y ese lance extraño

(1) Los dos cuervos.
(2) Ninfas o espíritus de las aguas.

me divierte. Ved cómo huyen y en tropel caen vistosas bandas enteras. Esos imbéciles creen ahogarse en tanto que resuellan con desahogo en tierra firme, y corren de una manera grotesca con los movimientos de un nadador. Al presente la confusión es general.

(*Los cuervos han vuelto.*)

MEFISTOFELES

(*A los cuervos*).—Yo haré vuestro elogio ante el alto Maestro (1). Si queréis ahora acreditaros vosotros mismos de maestros, volad presurosos hacia la ardiente fragua en donde el pueblo de pigmeos bate infatigable metal y piedra hasta brotar chispas. Pedidles, engatusándolos con prolijas frases zalameras, un fuego tan luciente, fúlgido, chispeante, como pueda uno concebir. Cierto es que los relampagueos en lontananza o una súbita caída de las más elevadas estrellas pueden acontecer cada noche de verano; pero relampagueos en los enmarañados matorrales, y estrellas que pasan silbando sobre el húmedo suelo, eso no se ha visto tan fácilmente. Así, preciso es que, sin molestaros mucho, pidáis primero y ordenéis después. (*Vanse los cuervos. Esto sucede conforme se ha ordenado.*)

MEFISTOFELES

Para los enemigos, densas tinieblas, y piérdanse en lo incierto sus pasos todos. Visión de centellas errantes por doquiera, un resplandor capaz de cegar de un modo repentino. Todo eso fuera prodigiosamente hermoso, pero todavía es menester ahora un ruido espantable.

FAUSTO

Las vacías armaduras, salidas del sepulcro de los salones, siéntense reanimadas al aire libre. Allá arriba óyese

(1 Satán

un fragor, un estrépito mucho tiempo ha, un prodigioso ruido que no es natural.

MEFISTOFELES

¡Muy bien! Nada puede ya contenerlos. Ya se oyen palizas caballerescas, como en los buenos tiempos de antaño. Brazales, lo mismo que canilleras, cual güelfos y gibelinos, renuevan briosos la eterna lucha. Firmes, asentados en el sentimiento hereditario, muéstranse irreconciliables. La batahola resuena ya en todas direcciones. Al fin y a la postre, en todas las fiestas del diablo el encono de los partidos obra que no hay más que pedir, hasta el horror más extremado. Esto repercute por fuera en pánico desaforadamente enojoso, mezclado con una gritería chillona, estridente, satánica, que siembra el espanto en el valle. (*Tumulto guerrero, en la orquesta, que al fin se convierte en alegre música militar.*)

LA TIENDA DEL ANTIEMPERADOR

Trono rodeado de gran riqueza

RAPIÑADOR, URRACA

URRACA

¿Conque somos aquí los primeros?

RAPIÑADOR

Ningún cuervo vuela tan rápido como nosotros.

URRACA

¡Oh! ¡Qué tesoro hay aquí amontonado! ¿Por dónde empezar? ¿Por dónde concluir?

RAPIÑADOR

¡Todo este sitio está tan lleno!... Yo no sé adónde he de echar la mano.

URRACA

El tapiz ese me vendría de molde.. ¡Es tan mala muchas veces mi cama!...

RAPIÑADOR

Cuelga aquí una maza de acero toda erizada de puntas a modo de estrella. Una como ésta deseaba yo hace mucho tiempo.

URRACA

Este manto rojo ribeteado de oro... Yo había soñado para mí una cosa por el estilo.

RAPIÑADOR

(*Tomando el arma*).—Con esto se concluye muy pronto. Se le deja a uno en el sitio, y adelante. Has cargado ya con tantas cosas, y aun así no has metido en el saco nada que valga la pena. Deja en su lugar esas zarandajas, y llévate una de estas arquillas. Es la paga destinada al ejército. En su vientre hay oro fino.

URRACA

Esto tiene un peso abrumador. No lo puedo levantar; no puedo llevarlo.

RAPIÑADOR

Bájate presto. Tienes que agacharte. Yo te lo cargo sobre tus robustas espaldas.

URRACA

¡Ay! ¡ay! No puedo más. La carga me rompe el espinazo. (*La arquilla cae al suelo y se rompe.*)

RAPIÑADOR

Hay aquí oro bermejo a montones. ¡Aprisa! Cógelo.

URRACA

(*Agachándose*).—Pronto, en la falda. Aun habrá bastante.

RAPIÑADOR

Y aun sobrado. Y ahora, a escape. (*Ella se levanta.*) ¡Mal haya! El delantal tiene un agujero. Dondequiera que vayas, dondequiera que estés, siembras los tesoros a granel.

SOLDADOS DE LA GUARDIA DE NUESTRO EMPERADOR (1)

¿Qué hacéis ahí en este sitio sagrado? ¿Qué estáis revolviendo en el tesoro imperial?

RAPIÑADOR

Hemos puesto a salario nuestros miembros, y venimos a buscar nuestra parte de botín. Es la costumbre en los reales del enemigo, y nosotros, nosotros también somos soldados.

LOS SOLDADOS DE LA GUARDIA

Eso no es cosa corriente entre nosotros: soldado y ladrón en una pieza. Aquel que se acerque a nuestro Emperador, ha de ser un soldado que tenga honradez.

RAPIÑADOR

La honradez es cosa ya bien sabida: se llama contribución. Todos sois lo mismo. ¡Paga! es el saludo del oficio. (*A Urraca.*) Date prisa, y llévate aunque sea a rastras lo que tienes. Aquí no somos huéspedes bien acogidos. (*Vanse los dos.*)

(1) Del verdadero.

PRIMER SOLDADO

Dí, ¿por qué no le atizaste en seguida un bofetón a ese pícaro sinvergüenza?

SEGUNDO SOLDADO

Yo no sé, me faltaban las fuerzas. ¡Tenían ellos tánto de fantasma'...

TERCER SOLDADO

Yo tenía telarañas en los ojos; veía lucecillas, no distinguía claro.

CUARTO SOLDADO

Ha hecho todo el día un calor tan bochornoso, tan pesado, tan sofocante, que no sé cómo expresarlo. El uno estaba de pie, el otro caía, iba uno a tientas y hería a un tiempo; a cada golpe era derribado el adversario; delante de los ojos flotaba como un velo; después todo zumbaba y zurría y silbaba al oído, y así continuó hasta el fin. Ahora estamos aquí sin saber siquiera cómo ello acaeció.

Aparece el EMPERADOR *acompañado de cuatro* PRINCIPES (1).

Los soldados de la Guardia se retiran.

EL EMPERADOR

Sea como fuere, hemos ganado la batalla. En su desordenada fuga, el enemigo ha desaparecido en el campo raso. Aquí está el trono desocupado; un pérfido tesoro, cubierto de tapices, reduce el espacio en contorno. Nos, colmado de honores, protegido por nuestros propios soldados de la guardia, esperamos en calidad de Emperador a los enviados de los pueblos. De todas partes llegan faustos mensajes: que el Imperio está pacificado, que nos es gustosamente adicto. Si en nuestra lucha se mezcló también la hechicería, al fin nos batimos solos. Cierto es que sobrevienen azares

(1) Los Príncipes electores.

en beneficio de los combatientes: cae del cielo una piedra, llueve sangre sobre el enemigo, de las oquedades de las peñas salen potentes, prodigiosos sonidos que dilatan nuestro pecho y oprimen el del adversario. Cae el vencido, cubierto de un baldón siempre renovado; el vencedor, radiante de gloria, ensalza al Dios propicio, y sin necesidad de mandato alguno, todo el mundo une su voz a la suya, y millones de gargantas entonan a coro: *Te Deum laudamus.* Mas yo, para suprema alabanza, vuelvo la piadosa mirada a mi propio pecho, cosa que antes sucedía rara vez. Por más que un príncipe mozo y jovial pierda su tiempo sin provecho, los años le enseñan la importancia del momento. Así, pues, sin dilación alguna, me uno ahora mismo a vosotros cuatro, ilustres próceres, para el gobierno de la Casa, de la Corte y del Imperio. (*Al primero*).—A ti, ¡oh Príncipe!, se debe la sabia organización del ejército; después, en el momento crítico, una dirección heroicamente osada; y ahora, en la paz, obra según lo requiera el tiempo. Yo te nombro Gran Mariscal, y te confiero la espada.

EL GRAN MARISCAL

Cuando tu ejército leal, hasta el presente ocupado en el interior, allá en la frontera confirme tu persona y trono, séanos permitido prepararte el banquete el día de fiesta en que los convidados se apiñan en el salón del espacioso castillo de tus padres. Desnuda llevaré entonces esta espada ante ti; desnuda la tendré a tu lado, para perpetua salvaguardia de la Majestad suprema.

EL EMPERADOR

(*Al segundo*).—Tú, que te muestras como hombre alentado y a la vez afable y servicial, sé Gran Chambelán. El cargo no es fácil. Eres cabeza de toda la servidumbre de la Casa; debido a sus disensiones intestinas, encuentro yo malos servidores. Que de hoy más sea presentada como

un honroso ejemplo tu manera de complacer al Señor, a la Corte y a todos.

EL GRAN CHAMBELAN

El secundar los altos designios del Señor, reporta la gracia de favorecer a los buenos, de no dañar ni aun a los malos, y por añadidura, de ser ingenuo sin artificio y afable sin doblez. Si tu vista penetra hasta lo más íntimo de mi sér, esto es ya bastante para mí. ¿Puede la fantasía elevarse hasta semejante fiesta? Cuando te dirijas a la mesa, yo te presentaré la jofaina de oro y te guardaré las sortijas, a fin de que en tal momento de placer se refresque tu mano, a la par que tu mirada me llena de regocijo.

EL EMPERADOR

Asaz cuidadoso, a decir verdad, me siento para pensar en fiestas. Pero, sea. Un alegre principio es también beneficioso. (*Al tercero*).—A ti te elijo para Trinchante mayor. Desde ahora estén bajo tu dirección caza, corral y alquería; haz aderezar para mí con esmero y en todo tiempo, según los meses, los platos favoritos de mi elección.

EL TRINCHANTE MAYOR

Que un riguroso ayuno sea para mí el más grato deber hasta que, ante ti colocado, te deleite un exquisito manjar. El personal de la cocina ha de unirse a mí para hacer venir lejanos productos y adelantar la estación. A ti no te seduce lo exótico ni lo tempranero con que se engalana la mesa: sencillo y substancioso es lo que tu gusto apetece.

EL EMPERADOR

(*Al cuarto*).—Puesto que, sin poderlo evitar, no se trata aquí sino de fiestas, sé para mí, joven héroe, transmutado en Copero. Cuida ahora, Copero mayor, de que nuestras bodegas estén muy copiosamente abastecidas de buen vino.

Por tu parte, sé sobrio y no te dejes llevar por la tentadora ocasión más allá de la serena alegría.

EL COPERO MAYOR

Príncipe mío, la juventud misma, con sólo tener uno confianza en ella, cuando menos se espera, hállase constituida en hombres. Yo me transporto también a esa gran fiesta. Aderezo de la mejor manera posible el aparador imperial con vasos suntuosos, todos ellos de oro y plata; pero antes elijo para ti la copa más exquisita, un límpido cristal de Venecia, donde está esperando el placer y se refuerza el sabor del vino sin que éste embriague jamás. De este maravilloso tesoro (1), muchas veces se fía uno en demasía, pero más aún guarda tu templanza, altísimo Señor.

EL EMPERADOR

Los cargos que en esta hora solemne os he conferido (2), los habéis con seguridad escuchado de una boca infalible. Sagrada es la palabra del Emperador, y ella garantiza toda merced. Con todo, para la confirmación, es menester el valioso escrito, hace falta la firma. A fin de disponerlo en debida forma, veo llegar el hombre a propósito en la hora oportuna.

Entra el ARZOBISPO-GRAN CANCILLER (3)

EL EMPERADOR

Cuando se confía una bóveda a la clave, está construida con seguridad para un tiempo perpetuo. Aquí ves cuatro

(1) Esto es: la referida copa que previene la embriaguez.

(2) Las cuatro dignidades que el Emperador confiere a los Príncipes son los atributos de los Electores de Alemania. El Elector de Sajonia es Gran Senescal, el de Brandeburgo es Gran Chambelán, el Elector Palatino es Trinchante, y el de Bohemia, Copero mayor.

(3) Este es el quinto príncipe, el Elector de Colonia, que, a partir del año 1246, reúne la doble dignidad de Arzobispo de Maguncia y Gran Canciller.

Príncipes. Ante todo, hemos examinado lo que ayuda en primer lugar a la estabilidad de la Casa y de la Corte. Mas ahora, que lo que encierra el Imperio, sin excepción alguna, con poder y autoridad, descanse sobre el número cinco (1). En tierras, deben ellos sobresalir entre todos los demás, y por este motivo dilato ahora mismo la extensión de sus dominios sobre el patrimonio de aquellos que nos abandonaron. A vosotros, que os mantenéis fieles, adjudico varios hermosos territorios, juntamente con el alto derecho de extenderos más allá, según las circunstancias, por sucesión, compra y permuta. Que os sea además concedido de un modo expreso ejercer sin traba alguna los derechos que a vosotros, Príncipes reinantes, os pertenecen por privilegio. Como jueces, dictaréis las sentencias difinitivas; que no sea válida apelación alguna de las decisiones de vuestro altísimo ministerio. Por otra parte, han de perteneceros impuestos, censos, tributos en especie, feudos, derechos de escolta y peaje, de regalía sobre minas, sal y acuñación de moneda. Pues, para daros una valiosa y plena prueba de mi reconocimiento, os he elevado a la primera jerarquía después de la Majestad.

EL ARZOBISPO

En nombre de todos, recibe la expresión del más profundo agradecimiento. Tú nos haces poderosos y fuertes, y a la vez consolidas tu poderío.

EL EMPERADOR

A vosotros cinco, quiero conferiros aun más altas dignidades. Yo vivo todavía para mi Imperio y tengo afán de vivir; pero una cadena de altos abuelos desvía de la febril ambición la mirada pensativa para fijarla en el fin que nos amenaza. También me separaré yo, en su día, de

(1) Alusión a los cinco Electores.

aquellos que me son queridos. Sea entonces vuestro deber nombrar mi sucesor. Después de coronado, elevadle sobre el santo altar, y que termine entonces de un modo pacífico lo que esta vez tan borrascoso fué.

EL GRAN CANCILLER (1)

Con orgullo en lo más hondo del pecho, con humildad en el semblante, están inclinados ante ti los Príncipes, los primeros de la tierra. En tanto que la sangre fiel agite nuestras repletas venas, somos el cuerpo que tu voluntad mueve sin trabajo.

EL EMPERADOR

Y así, en conclusión, que para todos los tiempos venideros sea confirmado por escrito y rúbrica lo que hemos manifestado hasta aquí. En verdad, como señores, tenéis la posesión plenamente libre, pero a condición de que sea indivisible. Y, de cualquier modo que aumentéis lo que de Nos recibisteis, el hijo primogénito debe adquirirlo en igual medida.

EL GRAN CANCILLER

Desde luego voy gozoso a confiar al pergamino, para el bien del imperio y el nuestro, este importantísimo estatuto. La copia y la selladura deben ocupar la cancillería; con la sagrada firma, tú, Señor, lo confirmarás.

EL EMPERADOR

Y así podéis retiraros, a fin de que cada uno, recogido, pueda considerar este gran día.

(*Los Príncipes seglares se retiran.*)

---

(1) El Arzobispo en su calidad de Gran Canciller.

EL PRINCIPE ECLESIASTICO (1)

(*Se queda y habla con tono patético*).—Se fué el Canciller; quédase el Prelado, impelido a hablarte a solas por un celoso espíritu de admonición. Lleno de inquietud, su corazón paternal tiembla por ti.

EL EMPERADOR

¿Qué temores son los tuyos en estos momentos de júbilo? Habla.

EL ARZOBISPO

¡Con qué amargo dolor veo, a estas horas, tu sacratísima persona en liga con Satán! En verdad, según parece, te hallas asegurado en el trono, mas ¡ay! con escarnio de Dios nuestro Señor y del Santo Padre el Papa. Si llega éste a tener noticia de ello, al punto dispondrá en justo castigo aniquilar tu inicuo Imperio con el sagrado rayo del anatema. Porque no ha echado aún en olvido de qué manera, en el momento supremo, tú salvaste al hechicero (2) el día de tu coronación. El primer rayo de gracia de tu diadema alcanzó aquella cabeza maldita en detrimento de la cristiandad. Mas, hiere tu pecho, y de esa fortuna impía restituye luego al punto un modesto óbolo al santuario. El vasto espacio de las colinas, allí donde se levantaban tus reales, allí donde se congregaron malos espíritus para tu defensa y donde prestaste dócil oído al príncipe de la mentira, conságralo tú, piadosamente instruido, a una santa obra, junto con la montaña y la tupida selva, tan lejos como se extienden, con las alturas que se cubren de verdor para ofrecer un pasto perpetuo, con los cristalinos lagos abundantes en pesca; después los arroyos

(1) El Arzobispo.

(2) Al nigromante Sabelico.

sin cuento, que, serpenteando rápidos, se precipitan en el valle; luego el extenso valle mismo, con sus prados, vegas y hondonadas. Así se mostrará el arrepentimiento, y tú hallarás gracia.

EL EMPERADOR

Tan profundamente aterrado estoy por mi grave culpa, que tú mismo fijarás el límite según tu propia medida.

EL ARZOBISPO

Primero: que el espacio profanado en donde tánto se pecó, sea incontinenti declarado para el sevicio del Altísimo. Ya veo en espíritu alzarse con rapidez sólidos muros; la mirada del sol matutino ilumina el coro; en forma de cruz se desarrolla el creciente edificio; prolóngase la nave y se eleva para júbilo de los fieles, que afluyen ya, llenos de fervor, cruzando el majestuoso portal. La primera llamada de las campanas ha resonado a través del monte y del valle, dejándose oír desde las encumbradas torres que tienden a subir al cielo. Acércase el penitente para empezar una nueva vida. En el gran día de la consagración (¡quiera Dios que llegue pronto!), tu presencia será el más preciado ornamento.

EL EMPERADOR

Que una tan grande obra haga patente el piadoso designio de glorificar a Dios nuestro Señor, así como de purificarme de mis pecados. ¡Basta! Siento ya cómo se exalta mi espíritu.

EL ARZOBISPO

En calidad de Canciller, voy ahora a activar conclusión y formalidades.

EL EMPERADOR

Presentas un documento en debida forma para transferir a la iglesia estos bienes. Gustoso lo firmaré.

EL ARZOBISPO

(*Se ha despedido, pero vuelve en el momento de salir.*)—Al propio tiempo dedicas a la obra, en cuanto vaya a empezarse, todas las rentas del país: diezmos, censos, tributos en especie, a perpetuidad. Mucho es menester para un digno sostenimiento, y una cuidadosa administración crea enormes dispendios. Y a fin de acelerar la construcción, en un sitio tan desierto como éste, nos aprontarás alguna cantidad de oro de las arcas de tu botín. A más de esto, hay también necesidad, no puedo pasarlo en silencio, de madera procedente de parajes lejanos, así como de cal y pizarra y otros materiales por el estilo. Instruido desde el púlpito, el pueblo se encargará del acarreo. La Iglesia bendice a quien lleva carga para su servicio. (*Vase.*)

EL EMPERADOR

Enorme y grave es el pecado que pesa sobre mí. La maldita ralea hechiceresca me sume en rudo quebranto.

EL ARZOBISPO

(*Volviendo otra vez y haciendo la más profunda reverencia.*)—Perdona, ¡oh Señor! A ese hombre de tan pésima fama (1) se le ha cedido el litoral del Imperio; mas sobre él caerá el anatema si tú, arrepentido, no concedes igualmente al elevado ministerio de la Iglesia los diezmos, censos, donaciones y derechos de tales dominios

(1) Fausto, que en pago de sus servicios, ha recibido del Emperador la concesión de ricos y extensos territorios ganados al mar.

EL EMPERADOR

(*Malhumorado*).—Tal territorio no existe aún. Yace en el fondo del mar.

EL ARZOBISPO

A quien tiene derecho y paciencia, le llega también su tiempo. Que para nosotros subsista en su vigor Vuestra palabra. (*Vase.*)

EL EMPERADOR

(*Solo.*)—A este paso, bien podría yo desde luego empeñar todo el Imperio.

Acto
quinto

ACTO QUINTO

SITIO DESPEJADO

UN VIAJERO

EL VIAJERO

Sí, aquellos son los tilos umbrosos en la fuerza de su edad. ¡Y yo debo encontrarlos de nuevo después de tan largo viaje! Así, éste es el antiguo sitio, ésta es aquella choza que me cobijó cuando las olas, agitadas por la tempestad, me arrojaron a aquellas dunas. Quisiera bendecir a mis compasivos huéspedes, pareja excelente que era ya harto entrada en años en aquellos días, para que hoy vuelva yo a encontrarla. ¡Ah! ¡Qué buena gente era! ¿Llamaré a la puerta? ¿Llamaré a voces?... Yo os saludo si, hospitalarios, gozáis aún hoy día de la dicha de hacer bien.

BAUCIS (1)

(*Buena mujer muy viejecita*).—Quedito, quedito, caro advenedizo; silencio. Deja descansar a mi esposo. Un

(1) Según refiere Ovidio, Baucis, pobre viejecita, vivía con su esposo Filemón en una mísera cabaña. Recorriendo Júpiter, en forma humana y acompañado de Mercurio, la Frigia, todos los habitantes del pueblo se negaron a hospedarlos, a excepción de Filemón y Baucis, que ofrecieron a los augustos viajeros franca hospitalidad.

sueño prolongado depara al anciano la pronta actividad de una breve vigilia.

EL VIAJERO

Di, buena mujer: ¿eres tú la misma, para recibir aún mis gracias por lo que en otro tiempo hiciste, junto con tu marido, para salvar la vida de un joven? ¿Eres tú Baucis, aquella que solícita refrigera la casi expirante boca?

Entra el MARIDO

EL VIAJERO

¿Eres tú Filemón, aquel que tan esforzado arrancó mi tesoro a las olas? Las llamas de vuestro fuego vivo, el són argentino de vuestra esquila (1).... Sí, a vosotros estaba confiado el desenlace de aquella horrible aventura. Y ahora, permitid que me adelante, que contemple el mar sin límites; dejad que caiga de hinojos, dejadme orar. ¡Tengo tan oprimido el pecho!.... (*Avanza sobre la duna.*)

FILEMON

(*A Baucis*).—Apresúrate a poner la mesa en el sitio más ameno y florido del pequeño jardín. Déjale que corra, deja que se asombre, pues no cree lo que está viendo. (*Sigue al Viajero y se coloca a su lado.*)—El mar que tan fieramente os maltrató, ola tras ola, espumando bravío, veislo transformado en jardín, en un cuadro paradisíaco. Ya más viejo, no estaba yo en aptitud ni era capaz de prestar ayuda como antes, y cuando decayeron mis fuerzas, la ola estaba ya lejos también. Audaces servidores de hábiles maestros abrieron fosos, levantaron diques, redujeron los derechos del mar para ser señores allí donde antes él dominaba. Mira cómo verdean una pradera tras otra,

(1) En otro tiempo, había en una eminencia un fuego que servía de faro a los navegantes, y una capilla cuya campana se dejaba oír a distancia. (Schroer.)

dehesa, jardín, aldea y bosque... Mas ven ahora a tomar algún alimento, porque el sol va a dejarnos en breve... Allá en el punto más lejano, deslízanse unas velas, que buscan seguro puerto donde pasar la noche—las aves (1) conocen bien su nido—porque ahora el puerto está allí. En lontananza, pues, no percibes más que la franja azul del mar; y a derecha e izquierda, en toda su amplitud, un espacio densamente habitado.

EN EL PEQUEÑO JARDIN

FILEMON, BAUCIS Y EL VIAJERO, *sentados a la mesa*

BAUCIS

(*Al viajero*).—¿Estás silencioso? ¿No llevas ningún bocado a tus sedientos labios?

FILEMON

No; él quisiera enterarse de tal prodigio. Tú, que hablas de buen talante, infórmale de ello.

BAUCIS

Sí. Realmente fué un prodigio. Aun hoy día no me deja en reposo, pues todo ello no se hizo de un modo natural.

FILEMON

¿Acaso pudo cometer un pecado el Emperador, que le (2) ofreció la ribera? ¿No lo pregonó un heraldo a són de trompeta al pasar por aquí? No lejos de nuestras dunas se empezó a tomar pie: tiendas, cabañas... y en medio del verdor levantóse pronto un palacio.

---

(1) Las naves, en sentido metafórico.

(2) A Fausto.

BAUCIS

De día, en vano los servidores hacían mucho ruido con azadón y pala, golpe tras golpe; allí donde de noche revoloteaban pequeñas llamas en crecido número, alzábase un dique al otro día. Debió de correr la sangre en los sacrificios humanos; durante la noche oíanse los gemidos arrancados por el dolor; hacia abajo, en dirección del mar, corrían torrentes de fuego, y a la mañana siguiente aparecía un canal. Ese hombre (1) es un impío. Nuestra cabaña, nuestro soto le tientan, y por más que haga ostentación de ser vecino, debe uno mostrarse sumiso.

FILEMON

Sin embargo, nos ha ofrecido una hermosa hacienda en la nueva tierra.

BAUCIS

No te fíes del suelo de las aguas; mantente firme en tu altura.

FILEMON

Dirijámonos a la capilla para contemplar la postrera mirada del sol. Toquemos la campana, oremos de rodillas y tengamos confianza en el Dios de nuestros padres.

UN PALACIO

Vasto jardín de recreo. Gran canal trazado en línea recta FAUSTO, *en la extrema vejez* (2), *paseándose pensativo*

LINCEO, EL VIGIA

(*Hablando con ayuda de la bocina*).—Declina el sol; ufanas entran en el puerto las últimas embarcaciones. Una

(1) Fausto.

(2) Fausto en este quinto acto— dijo Goethe— debe, según mis cálculos, tener exactamente cien años." (*Conversaciones de Goethe con Eckermann*).

gran nave está a punto de llegar aquí por el canal. Multicolores gallardetes ondean juguetones; los enhiestos mástiles están a la vela; en ti júzgase dichoso el contramaestre. —En este momento supremo te sonríe la fortuna.

(*Suena la esquila en la duna.*)

FAUSTO

(*Exasperado*).—¡Maldito campaneo! Como tiro disparado por mano aleve, hiéreme de un modo harto ignominioso. Ante los ojos, mi reino se extiende sin límites; detrás de mí, el enojo me exaspera. Ese envidioso tañido me recuerda que no es cumplida mi alta posesión: el paraje donde se elevan los tilos, la choza de tinte obscuro, la ruinosa capilla no son míos. Y si quiero descansar allí, las sombras extrañas me estremecen. Es una espina para los ojos, una espina para los pies. ¡Oh! ¡Si estuviera yo muy lejos de aquí!

EL VIGIA

(*Como antes*).—¡Cómo navega placentera hacia acá la vistosa nave impelida por la fresca brisa de la tarde! ¡Cómo se amontonan en su acelerada marcha cofres, cajas y sacos!

(*Aparece una magnífica nave ricamente cargada con variedad de productos de países extranjeros.*)

MEFISTOFELES Y LOS TRES VALIENTES COMPAÑEROS

CORO

Aquí saltamos en tierra; aquí estamos ya. ¡Viva el señor! ¡Viva el patrón!

(*Desembarcan. Las mercancías son transportadas a tierra.*)

MEFISTOFELES

Así nos hemos bien puesto a prueba; contentos estaremos si el patrón lo aplaude. Con dos naves tan sólo partimos; con veinte estamos ahora de regreso en el puerto.

Que grandes cosas hicimos, se ve por nuestro cargamento. El mar libre da libertad al espíritu; ¿quién sabe allí lo que es reflexión? Allí no aprovecha sino una garra pronta; se coge el pez, se apresa una nave, y no bien es uno señor de tres, se atrae con garfios la cuarta; entonces la cosa va mal para la quinta. Quien tiene la fuerza, tiene también el derecho. Tiénese en cuenta el *qué* y no el *cómo*. Preciso fuera que nada supiese yo de navegación: guerra, tráfico y piratería son tres cosas en una, imposibles de separar.

LOS TRES VALIENTES COMPAÑEROS

¡Ni gracias ni saludo! ¡Ni saludo ni gracias! Como si le aportásemos pestilencia al señor. Pone mal gesto; no le halaga este bien regio.

MEFISTOFELES

No esperéis ninguna recompensa más. Habéis tomado ya de aquí vuestra parte.

LOS COMPAÑEROS

Eso fué sólo para no aburrirnos. Todos reclamamos una parte igual.

MEFISTOFELES

Poned primero en orden allá arriba, de sala en sala, todos los objetos preciosos. Y cuando el señor vea de cerca esta rica exposición y lo evalúe todo con mayor exactitud, a buen seguro no se mostrará mezquino, y dará a la flota fiesta tras fiesta. Las aves de variados colores (1) llegan mañana; de ellas cuidaré yo a la perfección.

(Se llevan el cargamento.)

---

(1) Probable alusión a los marinos de la flota (Schroer, etc.). Otros comentadores opinan que tal expresión se refiere a las embarcaciones empavesadas con gallardetes y banderas de varios colores, a verdaderas aves exóticas de vistoso plumaje, a muchachas de vida alegre, etc.

MEFISTOFELES

(*A Fausto*).—Con frente adusta, con mirada sombría, te informas de tu soberbia fortuna. Coronada está la alta sabiduría; la ribera está reconciliada con el mar; de la ribera recibe el mar con agrado las naves para una rápida travesía. Confiesa, pues, que aquí, aquí desde el palacio, ciñe tu brazo el orbe entero. Todo arrancó de este sitio; aquí se erigió la primera casa de tablas; abrióse una pequeña zanja allí donde ahora el remo diligente hace saltar el agua. Tu alto pensamiento, la solicitud de los tuyos, merecieron el galardón del mar y de la tierra. Desde aquí...

FAUSTO

¡Ese *aquí* maldito! Eso justamente es lo que pesa de una manera enojosa sobre mí. Fuerza es que te lo diga, tú que tan diestro eres: eso me da en el corazón golpe tras golpe; eso no lo puedo sufrir. Y me sonrojo al decírtelo. Los viejos de allí arriba debieran marcharse; yo desearía para mi residencia el paraje donde hay los tilos. Aquellos pocos árboles que no son míos me desbaratan la posesión del mundo. Allí, para explayar la vista a lo lejos en todo el contorno, quisiera construir tablados de una rama a otra; quisiera abrir a la mirada un vasto campo para ver todo cuanto hice, y abarcar con una sola ojeada la obra maestra del ingenio humano, que se ha manifestado en la sensata idea de ganar a las aguas una vasta extensión de tierra destinada a habitación de las gentes. Así es que del modo más cruel nos atormenta sentir, en el seno de la opulencia, la falta de una cosa. El sonido de la esquila, el perfume de los tilos, me envuelven como en la iglesia y en la tumba. El arbitrio del hombre todopoderoso (1) se estrella aquí contra esa arena. ¿Cómo alejar eso de mi pensamiento? Suena la campanita, y entro yo en furor.

---

(1) Fausto alude a sí mismo.

MEFISTOFELES

Naturalmente, un disgusto capital debe amargar tu vida. ¿Quién lo niega? A todo oído delicado ese retintín parece odioso. Y ese maldito bim bom de campanco, anublando el sereno cielo del atardecer, se mezcla en cada acontecimiento, desde el primer baño (1) hasta la sepultura, cual si entre bim y bom, la vida fuera un sueño que se desvanece.

FAUSTO

La resistencia, la obstinación menoscaban el logro más soberbio; de suerte que, para más profundo y más horrible tormento, debe uno cansarse de ser justo.

MEFISTOFELES

¿A qué, pues, desazonarte aquí? ¿No debes tú, desde hace mucho tiempo, colonizar?

FAUSTO

Id, pues, y alejádmelos de mi lado. Sabes ya la hermosa hacendita que escogí para esos ancianos.

MEFISTOFELES

Se los saca de allí y se dejan en el suelo. Antes que uno vuelva la cabeza, están otra vez de pie. Después de la violencia padecida, una bella mansión concilia los ánimos. (*Lanza un silbido agudo.*)

Entran los tres COMPAÑEROS

MEFISTOFELES

Venid, según lo ordena el señor, y mañana habrá fiesta naval.

---

(1) El bautismo.

LOS TRES COMPAÑEROS

El viejo señor nos ha recibido de mala manera. Una fiesta espléndida es lo que nos conviene.

MEFISTOFELES

(*A los espectadores*).—Aquí acontece también lo que sucedió hace mucho tiempo, pues hubo ya la viña de Naboth. (*Reyes, I, XXI.*) (1).

NOCHE PROFUNDA

LINCEO

(*El vigía cantando desde la atalaya del palacio*).— Nacido para ver, encargado de observar, sujeto por juramento a la torre, el mundo me encanta. Miro a lo lejos, veo en la cercanía la luna y las estrellas, la selva y el venado. Así, en todo percibo la eterna belleza, y como ello me place, yo me plazco también a mí. Lo que visteis, ojos afortunados, sea lo que fuese, ¡era en verdad tan bello!... (*Pausa*). No estoy colocado tan alto aquí sólo para recrearme. ¡Qué horrible sobresalto me amenaza del mundo envuelto en tinieblas! Veo surgir centelleantes chispas a través de la doble noche (2) de los tilos. Cada vez más violento se aviva un incendio atizado por la corriente de aire. ¡Ay! Arde el interior de la mohosa y húmeda choza. Claman pronto auxilio, y ningún medio de salvación se vislumbra. ¡Ah! ¡los buenos ancianos, en otro tiempo tan cuidadosos del fuego (3), vienen a ser presa de densa humareda! ¡Qué

(1) Por haberse negado Naboth a vender al rey Achab una viña de su propiedad, situada junto al palacio real, fué acusado falsamente y apedreado, por industria de la reina Jezabel.

(2) La doble obscuridad debida a la noche y a la sombra de los árboles.

(3) Aquel fuego de que habla el Viajero, y que servía de faro a los navegantes.

horrible suceso! Resplandece la llama; roja y hecha un ascua, sostiénese la negra armazón enmohecida. ¡Si al menos aquellas buenas gentes se hubiesen salvado de ese infierno furiosamente abrasado! Brillantes fulgores, parecidos a lenguas de fuego, suben por entre las hojas y el ramaje; las ramas secas, que arden chisporroteando, se abrasan presto y se vienen abajo. ¿Por qué, ojos míos, habéis de percibirlo? ¿Por qué debo yo tener una vista tan penetrante? Desplómase la capillita bajo el peso de las ramas caídas; serpenteantes, las voraces llamas prenden ya en la cima de los árboles, y hasta su raíz arden los huecos troncos, convertidos en ascuas rojas como la púrpura. (*Larga pausa.—Canto*).—Lo que se recomendaba poco antes a la vista, ha desaparecido con los siglos.

FAUSTO

(*En el balcón, frente a las dunas*).—¿Qué plañidero canto viene de arriba? Sobrado tardíos son aquí palabra y sonido. Mi vigía prorrumpe en lamentos. En el fondo de mi corazón me da grima este acto impaciente. Pero si desaparecieron los tilos, sin quedar de ellos más que unos horribles troncos medio carbonizados, bien presto queda construida una atalaya para mirar en lo infinito. Desde allí veré también la nueva morada que alberga a esa anciana pareja que, impresionada por mi generosa atención, goza placentera de avanzados días.

MEFISTOFELES *y* LOS TRES COMPAÑEROS

(*Abajo*).—Llegamos al trote largo. Perdonad. Eso no ha ido de buenas a buenas. Hemos llamado a la puerta, la hemos aporreado, y nunca se abría. La empujamos, la sacudimos, continuamos dando recios golpes, y entonces la carcomida puerta se vino abajo. Llamamos a voces y proferimos duras amenazas, pero no encontramos quien nos oyera. Y como ocurre en tales casos, ellos ni oían ni querían oír. Mas nosotros no hemos titubeado, y sin pérdida de tiempo te

hemos desembarazado de ellos. La pareja no se ha dado gran pena, puesto que del susto ha caído exánime. Un extranjero, que estaba allí oculto y pretendía resistir, quedó tendido sin vida en el breve espacio de una lucha encarnizada. Unas ascuas esparcidas en derredor incendiaron la paja, y ahora todo arde libremente, cual hoguera para esos tres.

FAUSTO

¿Fuisteis sordos a mis palabras? Yo quería una permuta, no una expoliación. Ese golpe inconsiderado, salvaje, lo maldigo. Tome su parte cada uno de vosotros.

CORO

Dice la sentencia, la vieja sentencia: Obedece de buen grado al poder. Y si eres osado y resistes, arriesga casa y hacienda y... tu persona (1). (*Vanse.*)

FAUSTO

(*En el balcón*).—Las estrellas ocultan su mirada y su fulgor; el fuego decrece y despide exigua llama; un viento ligero, que da calofríos, le atiza haciendo llegar hasta mí humo y vapor. Pronto ordenado, harto pronto llevado a efecto... ¿Qué es aquello que viene flotando en el aire, parecido a unos fantasmas?

MEDIA NOCHE

Entran CUATRO MUJERES CANOSAS

LA PRIMERA

Yo me llamo la Escasez.

LA SEGUNDA

Yo me llamo la Deuda.

(1) Alusión a los dos infelices ancianos.

LA TERCERA

Yo me llamo la Inquietud.

LA CUARTA

Yo me llamo la Miseria.

TODAS MENOS LA INQUIETUD

Cerrada está la puerta; no podemos entrar. Ahí dentro vive un rico; no queremos entrar.

LA ESCASEZ

Allí me convierto en sombra.

LA DEUDA

Allí me reduzco a la nada.

LA MISERIA

Desvían de mí el semblante estragado.

LA INQUIETUD

Vosotras, hermanas, no podéis ni osáis entrar. La Inquietud, por su parte, se introduce furtivamente por el ojo de la llave. (*La Inquietud desaparece.*)

LA ESCASEZ

Vosotras, canosas hermanas, alejaos de aquí.

LA DEUDA

Yo no me separo ni un ápice de tu lado.

LA MISERIA

Muy cerca de tus talones te acompaña la Miseria, la menguada suerte.

LAS TRES

Pasan las nubes, desaparecen las estrellas. ¡Allí detrás, allí detrás! De lejos, de lejos, allí viene nuestra hermana; allí viene ella... la Muerte.

FAUSTO

(*En el palacio*).—Cuatro he visto venir, y sólo tres veo marchar. No pude comprender el sentido de sus palabras. Ello sonaba cual si dijeran: Miseria, menguada suerte, y seguía un lúgubre consonante: Muerte. Esto producía un sonido cavernoso, ahogado, como la voz de un espectro. Por más que luche, no he logrado aún la libertad. Si de mi camino pudiera yo alejar la magia, si me fuera dado olvidar del todo las fórmulas de encanto; si ante ti, Naturaleza, no fuese más que un simple mortal, entonces valdría la pena de ser hombre. Yo lo fui en otro tiempo, antes de buscar en las sombras, antes de haber maldecido con una impía palabra a mí y al mundo. Ahora está el aire tan lleno de tales fantasmas, que nadie sabe cómo debe huír de ellos. Hasta cuando nos sonríe un día lúcido y razonable, la noche nos enreda en una trama de sueños. Volvemos regocijados de la verde campiña y oímos graznar un ave. ¿Qué presagia tal graznido? Infortunio. Envueltos tarde y temprano en las redes de la superstición, todo son apariciones, avisos, presagios, y de tal suerte atemorizados, nos encontramos solos... Rechina la puerta, y nadie entra. (*Sobresaltado*). —¿Hay aquí alguien?

LA INQUIETUD

La pregunta requiere un sí.

FAUSTO

Y tú, ¿quién eres, pues?

LA INQUIETUD

Aquí estoy ya.

FAUSTO

¡Vete!

LA INQUIETUD

Estoy en el sitio debido.

FAUSTO

(*Primero colérico, después apaciguado. Para sí*).—Andate con tiento y no profieras ninguna palabra mágica.

LA INQUIETUD

Aunque ningún oído me escuchara, debiera esto hallar eco en el corazón; en una forma cambiante, ejerzo un poder terrible. En las sendas de la tierra, en las ondas del mar, soy el compañero eternamente angustioso, a quien se encuentra siempre sin buscarlo jamás, tan lisonjeado como maldecido. ¿No conociste nunca la Inquietud?

FAUSTO

Sólo he atravesado corriendo el mundo. He asido por los cabellos cada deseo; lo que no me satisfacía, lo dejaba, y lo que huía de mí dejábalo correr. No hice más que anhelar y satisfacer mis afanes, y anhelar de nuevo, y así con pujanza he pasado impetuosamente mi vida, grande y poderosa al principio, mas ahora anda ella con tino y prudencia. El globo terrestre me es bastante conocido. Hacia el más allá la vista nos está cerrada. Insensato es quien dirige allí los ojos pestañeando, quien imagina encontrar su igual más arriba de las nubes. Manténgase firme y mire aquí en torno suyo. Este mundo, para el hombre inteligente, no es mudo. ¿Para qué necesita un hombre tal andar errante en la eternidad? Lo que él conoce se deja aprehender. Siga así su vía todo lo largo de la jornada terrena; si se presentan fantasmas, vaya él su camino; en

su avance progresivo encuentre tormentos y dichas, él que ni un solo instante está satisfecho.

LA INQUIETUD

A aquel que está una vez en mi poder, de nada le sirve el mundo entero; para él desciende una eterna lobreguez; para él no sale ni se pone el sol; teniendo sentidos exteriores perfectos, anidan las tinieblas en su interior. De ningún tesoro sabe ponerse en posesión. Felicidad y desdicha resultan quimeras; se muere de hambre en el seno de la abundancia; sean delicias, sean pesares, todo lo remite al día de mañana; sólo está atento a lo porvenir, y así no acaba nunca.

FAUSTO

¡Basta ya! De esta manera no puedes cogerme. No quiero escuchar tales desatinos. ¡Vete! Esa fastidiosa letanía podría engañar aun al hombre más avisado.

LA INQUIETUD

¿Debe ir? ¿Debe venir? Le falta resolución. En medio del camino trillado, vacila y anda a tientas con paso breve. Extravíase cada vez más, todo lo ve a tuertas, y acaba por hacerse odioso a sí mismo y a los demás, respirando y ahogándose, no ahogado y sin vida, ni desesperado ni resignado. Un tan incesante rodar, una abstención dolorosa, un ingrato deber, ora libertad, ora opresión, un sueño a medias, un mal refrigerio le clavan en su sitio y le disponen para el infierno.

FAUSTO

¡Fantasmas funestos! ¡Ved ahí cómo tratáis mil veces al linaje humano! Aun los días indiferentes los transformáis en odioso revoltillo de entrelazados tormentos. De los demonios, bien lo sé, difícilmente uno se libra; no hay

medio de romper el estrecho lazo espiritual; mas tu poder, ¡oh Inquietud!, que se agranda de un modo imperceptible, no lo reconozco.

LA INQUIETUD

Experiméntalo ahora que, maldiciéndote, me alejo de ti. Los hombres son ciegos durante toda la vida. Al presente, ¡oh Fausto!, sélo tú al fin. (*Le sopla en el rostro y desaparece*)

FAUSTO

(*Cegado*).—La noche parece penetrar cada vez más profundamente, pero en mi interior brilla una luz clara. Lo que yo imaginé, me apresuro a ejecutarlo. La palabra del señor es la única que tiene autoridad. ¡Arriba! ¡Fuera de la cama, vosotros mis servidores, uno por uno! Poned felizmente de manifiesto lo que con audacia concebí. Empuñad los útiles, poned en movimiento pala y azadón. El plan diseñado debe llevarse luego a feliz término. De un orden riguroso, de una febril actividad, resulta la más bella recompensa. Para dar cima a la más grande obra, un solo ingenio basta a mil manos.

GRANDE ATRIO DEL PALACIO

Noche obscura. Algunas antorchas iluminan fantásticamente la escena.

MEFISTOFELES

(*Al frente de los otros, como capataz*).—¡Venid, venid acá! Entrad, entrad, desvencijados Lémures (1), medias naturalezas mal forjadas con ligamentos, tendones y huesos.

---

(1) Fantásticos seres parecidos a esqueletos o momias animadas, que entre los romanos eran considerados como larvas, sombras o espectros de los muertos.

LOS LEMURES

(*En coro*).—Nos ponemos desde luego a tus órdenes, y según lo hemos medio entendido, se trata quizás de un vasto terreno que hemos de adquirir. Allí están las estacas puntiagudas, la larga cadena para medir. Porque nos llamaron, lo hemos olvidado.

MEFISTOFELES

Aquí no es cuestión de trabajo artístico. Proceded sólo según vuestra propia medida. Extiéndase en el suelo, tan largo como es, el más talludo de todos, y vosotros excavad el césped en todo el contorno. Cual lo hicieron para nuestros padres, haced un hoyo en forma de cuadro un poco largo. Del palacio hasta la estrecha morada, ved ahí cuán estúpidamente corre todo a su fin.

LOS LEMURES

(*Cavando con ademanes grotescos*).—Cuando era joven, y vivía entregado al amor, paréceme que era muy dulce; allí donde había alegre música y reinaba el jolgorio, allí se agitaban mis pies.—Mas ahora la solapada vejez me ha herido con su muleta, y he dado un trompicón en la puerta de la tumba, porque ¡justamente estaba abierta!

FAUSTO

(*Saliendo del palacio, llega a tientas hasta el quicio de la puerta*).—¡Cuánto me deleita el ruido de las azadas! Es la multitud que trabaja a mi servicio, que reconcilia la tierra consigo misma, que fija su límite a las olas, que ciñe el mar con sólida barrera.

MEFISTOFELES

(*Aparte*).—Al fin y al cabo, te afanas sólo para nosotros, con tus diques y malecones, puesto que preparas ya un gran festín a Neptuno, el demonio de las aguas. De todas

maneras estáis perdidos; los elementos están confabulados con nosotros, y todo eso corre a la destrucción.

FAUSTO

¡Capataz!

MEFISTOFELES

Aquí estoy.

FAUSTO

Por todos los medios posibles reúne masas y masas de obreros, aliéntalos mediante el logro y el rigor; paga, engolosina, engancha. Todos los días quiero tener aviso de cómo adelanta la emprendida obra del foso.

MEFISTOFELES

(*En voz baja*).—Si no estoy mal informado, no se trata de un foso, sino de... una fosa.

FAUSTO

Extiéndese hasta el pie de la montaña una ciénaga que inficiona todo cuanto se ha ganado a fuerza de trabajo; desaguar también esa charca pestilente, fuera el logro supremo. A muchos millones de hombres les abro espacios donde puedan vivir, no seguros, es cierto, pero sí libres y en plena actividad. Verde y fértil es la campiña; hombres y rebaños se han cómodamente instalado desde luego en esta tierra del todo nueva, junto a la fuerte colina levantada por un pueblo audaz y laborioso. Aquí, en el interior, un país paradisíaco; allá fuera desátense en hora buena las olas subiendo hasta el borde, y si a bocados mellan el dique para hacer violenta irrupción, todos, aunando sus esfuerzos, se apresuran a cerrar la brecha. Sí, a esta idea vivo entregado por completo; es el fin supremo de la sabiduría: sólo merece la libertad, lo mismo que la vida, quien se ve obligado a ganarlas todos los días. Y de esta suerte, rodea-

dos de peligros, el niño, el adulto y el viejo pasan bien aquí sus años. Quisiera ver una muchedumbre así en continua actividad, hallarme en un suelo libre en compañía de un pueblo también libre. Entonces podría decir al fugaz momento: "Detente, pues; ¡eres tan bello!" (1). La huella de mis días terrenos no puede borrarse en el transcurso de las edades. En el presentimiento de tan alta felicidad, gozo ahora del momento supremo.

(FAUSTO *cae de espaldas.* LOS LEMURES *le cogen y le tienden en el suelo*).

MEFISTOFELES

Ningún deleite le satisface, ninguna dicha le llena, y así va sin cesar en pos de formas cambiantes. El último, el mísero, el vano momento ansía retenerlo ese infeliz. Aquel que tan tenaz resistencia me opuso, queda dominado por el tiempo: el viejo yace ahí en la arena. Párase el reloj...

EL CORO

¡Se pára! Callado está cual la medianoche. Cae la manecilla.

MEFISTOFELES

Cae; todo está consumado.

EL CORO

Ha finido.

MEFISTOFELES

¡Finido! ¡Necia palabra! ¿Por qué finido? Finido y pura nada son exactamente lo mismo. ¿Para qué nos sirve, pues, el eterno crear? Para reducir a la nada lo creado.

(1) Estas son las mismas palabras que pronunció Fausto al hacer el pacto con Mefistófeles. Aquí se encierra la solución del problema entonces planteado.

¡Conque ha finido! ¿Qué se ha de argüir de eso? Es como si ello no hubiese jamás existido, y sin embargo, circula cual si existiese. En su lugar, prefiriera yo el vacío eterno.

SEPULTURA

UNO DE LOS LEMURES

(*Solo*).—¿Quién construyó tan mal esta casa con palas y azadones?

LOS LEMURES

(*En coro*).—Para ti, rancio huésped vestido de cáñamo (1), es aún demasiado buena.

UNO DE LOS LEMURES

(*Solo*).—¿Quién alhajó tan mal esta sala? ¿Dónde están mesa y sillas?

LOS LEMURES

(*En coro*).—Las habían prestado por breve tiempo. ¡Son tantos los acreedores!... (2)

MEFISTOFELES

El cuerpo yace en tierra, y si el alma quiere escaparse, yo le presento al punto el pacto escrito con sangre. Pero ¡ay! ¡existen ahora tantos medios para substraer las almas al diablo!... En la antigua vía se dan tropezones; en la nueva, no estamos bien recomendados. En otro tiempo, eso lo hubiera hecho yo solo; ahora he de buscar quienes me ayuden.—Todo anda mal para nosotros; práctica consuetudinaria, antiguo derecho, ya no puede uno fiarse de nada

(1) Alusión a la mortaja.

(2) Los herederos. Los mortales no poseen en toda propiedad sus bienes, por cuanto éstos son una herencia que pasa de unos a otros.

absolutamente. Antes, volaba el alma con el último suspiro: poníame yo en acecho, y lo mismo que el gato con el más ágil ratón, ¡zás!, ya la tenía fuertemente cogida en mis garras. Ahora roncea y se resiste a abandonar el lúgubre sitio, la asquerosa morada del ruin cadáver, hasta que a la postre los elementos antagonistas (1) la arrojan con ignominia, y entretanto yo me consumo horas y días haciéndome la fastidiosa pregunta: ¿cuándo? ¿cómo? y ¿dónde? La vieja Muerte ha perdido su rápido poder, y aun es dudoso por mucho tiempo si uno está muerto o si no lo está. ¡Cuántas veces he mirado con afán los rígidos miembros, y no era ello más que apariencia; el cuerpo se movía, se meneaba otra vez! (*Haciendo fantásticos ademanes de conjuro, a modo de cabo de fila.*) ¡Sus! Venid acá. Redoblad el paso. Vosotros, señores del cuerno derecho, señores del cuerno retorcido, diablos chapados a la antigua, aportad con vosotros la boca del infierno. Cierto es que el infierno tiene muchas, muchas bocas y engulle según conviene a la condición y dignidad de cada cual; pero en este último juego tampoco se andará con tantos repulgos de ahora en adelante.

(*Abrese a la izquierda la horrible boca del infierno.*)

Entreabiertas están las mandíbulas; de la cavidad de las fauces brota furioso un torrente de fuego, y en la hirviente humareda del fondo veo la ciudad de las llamas en perpetuo incendio. Lánzase la roja oleada hasta chocar con los dientes; algunos réprobos, esperando salvarse, llegan a nado, pero la hiena colosal los tritura, y angustiosos recorren de nuevo la ardiente vía. En los rincones queda aún mucho por descubrir. ¡Cuántos horrores de los más espeluznantes en tan reducido espacio! Muy bien hacéis en amedrentar a los pecadores; pero ellos tienen eso por mentira, embeleco y sueño.

(*A los diablos gordinflones de cuernos cortos y derechos.*)

---

(1) Aquí se alude a la descomposición del cadáver.

¡Ea, bellacos panzudos de mofletes como fuego! ¡Vosotros, que tan enardecidos y bien cebados estáis por el azufre del infierno, con esos cogotes como una bola, cortos, inmóviles! Acechad aquí abajo y ved si luce alguna cosa a manera del fósforo: es el alma, la Psiquis alada; la desplumáis y queda entonces convertida en un feo gusano. Quiero marcarla con mi sello, y luego os la lleváis al torbellino de fuego.—Vigilad en las regiones inferiores, vosotros, cueros de vino, que tal es vuestro deber. Si se le antojó residir allí, no se sabe a punto fijo. Alójase a gusto en el ombligo; andad alerta, no sea que por allí se os escurra.

(*A los diablos flacuchos, de cuernos largos y retorcidos.*)

Vosotros, truhanes fanfarrones, gigantes cabos de fila, ensayaos sin tregua asiendo en el aire. Estaos con los brazos tendidos y las afiladas garfas al descubierto, a fin de agarrar la voladora fugitiva. A buen seguro, se siente mal en la vieja mansión, y el genio quiere lanzarse pronto arriba. (*Aparece a la derecha* UNA GLORIA *que desciende de lo alto.*)

LA MILICIA CELESTE

(*Canto*).—Seguid con vuelo plácido, mensajeros, hijos del cielo, para perdonar a los pecadores, para reanimar el polvo; producid para todas las naturalezas saludables impresiones en el majestuoso vuelo de vuestra pausada carrera.

MEFISTOFELES

Oigo sonidos discordantes, un sonsonete fastidioso. Eso viene de lo alto acompañado de una claridad importuna. Es esa chapucería, mezcla de galopín y doncella, tal como puede apreciarla un gusto santurrón. Bien sabéis cómo en horas profundamente impías, nosotros maquinamos la destrucción del linaje humano: lo más nefando que hemos inventado se acomoda perfectamente a su piedad. ¡Ved con qué disimulo llegan los boquirrubios! Así nos han birlado a más de uno; nos combaten con nuestras propias

armas; también son ellos diablos, aunque enmascarados. Perder aquí la partida, fuera para nosotros un baldón eterno. (*A los diablos.*) Acercaos a la tumba y teneos firmes en el borde.

CORO DE ANGELES

(*Esparciendo rosas*). (1).—Rosas deslumbradoras, que exhaláis fragancia; vosotras que, vivificando en secreto, revoloteáis flotantes en el aire con alas de ramitas y con entreabiertos capullos, apresuraos a florecer. Haced que surja la verde y purpúrea primavera; aportad el paraíso a aquel que reposa (2).

MEFISTOFELES

(*A los diablos*).—¿A qué agachar la cabeza y estremeceros así? ¿Es eso costumbre en el infierno? Teneos firmes, pues, y dejadles que vayan sembrando. Cada mochuelo a su olivo. Piensan ellos quizás, con tal derroche de flores, cubrir de nieve a los ardientes diablos. Eso se marchita y se arruga ante vuestro hálito. Soplad, pues, ahora, diablos sopladores... ¡Basta, basta! Ante vuestras exhalaciones palidece toda la bandada. No con tanta fuerza. Cerrad hocicos y narices. En verdad, soplasteis demasiado de recio. ¡Que no sepáis nunca la justa medida! Eso no se arruga solamente, se tuesta, se deseca, se inflama. Suspenso en el aire, acércase despidiendo luminosas llamas envenenadas. Hacedles frente, apretaos con fuerza todos juntos... El vigor se apaga. Todos sus bríos se han perdido. Los diablos huelen un extraño fuego acariciador.

CORO DE ANGELES

Las gloriosas flores, las jocundas llamas difunden amor, preparan todas las delicias que anhela el corazón. Las

(1) Las rosas simbolizan el amor celeste, desinteresado y puro.
(2) A Fausto cuya tumba queda cubierta de rosas.

palabras de verdad, en el Eter luminoso, dan en todas partes luz a las eternas falanges.

MEFISTOFELES

¡Maldición! ¡Oprobio a semejantes imbéciles! Los diablos están cabeza abajo. Esos zopencos hacen rueda tras rueda, y a reculones se precipitan en el infierno. Que os aproveche el baño caliente que bien merecido tenéis. En cuanto a mí, yo permanezco en mi sitio... (*Revolviéndose contra la lluvia de rosas.*) ¡Atrás, fuegos fatuos! Tú, por muy vivo que brilles, una vez atrapado, no eres más que un repugnante fango viscoso. ¿Por qué revoloteas así? ¿Quieres largarte? Eso se me aferra al cogote, como si fuera pez y azufre.

CORO DE ANGELES

Aquello que no es propio de vosotros, debéis evitarlo. No habéis de sufrir lo que turba vuestro corazón. Si penetra de un modo violento, es menester mostrarnos fuertes. El amor no deja entrar en el cielo sino a los que aman.

MEFISTOFELES

Me abrasa la cabeza, el corazón, el hígado un elemento más que diabólico, mucho más vivo que el fuego del infierno. Ved ahí porqué os lamentáis de tan atroz manera, infelices amantes desairados, que con el cuello torcido acecháis a la mujer amada. Otro tanto me pasa a mí. ¿Qué es eso que me obliga a volver la cabeza a este lado (1), con el cual, a despecho de todo, estoy en guerra jurada? Esta vista ¡me hería antes de una manera tan odiosa!... ¿Me ha penetrado de parte a parte alguna cosa extraña? Me gusta ver esos chicos encantadores. ¿Qué me contiene, que no me atrevo a soltar reniegos?... Y si yo me dejo embobar, ¿quién será tachado de loco de ahora en adelante?—Esos diablillos,

(1) El lado derecho, donde está la Gloria celeste.

a quienes aborrezco, me parecen, a pesar de todo, harto deliciosos... Decidme, bellos niños: ¿no sois también de la raza de Lucifer? Sois tan lindos que de veras quisiera daros un beso; me parece que llegáis a buen punto. ¡Hállome tan bien, tan a mi gusto como si os hubiese visto ya mil veces, anheloso de un modo tan íntimo, tan gatuno!... Cada vez que os miro, os encuentro más y más bellos. ¡Oh! ¡Acercaos, concededme una mirada tan sólo!

LOS ANGELES

Hénos aquí ya. ¿Por qué retrocedes? Pues nos acercamos, permanece, si puedes, en tu sitio.

(*Los Angeles, diseminándose en derredor, ocupan todo el espacio.*)

MEFISTOFELES

(*Repelido hasta el proscenio*).—Nos calificáis de espíritus réprobos, y sois vosotros por cierto los hechiceros, porque seducís a hombres y mujeres. ¡Qué maldita aventura! ¿Será eso el elemento del amor? Todo mi cuerpo está de tal manera enardecido, que apenas siento eso que me abrasa la nuca.—Estáis oscilando de acá para acullá; bajad, pues, menead los graciosos miembros de un modo algo más mundano. No hay duda que la seriedad os sienta a maravilla, pero me gustaría veros sonreír una vez tan siquiera: esto sería para mí un eterno encanto. Quiero decir como cuando miran sonriendo los enamorados, con un ligero pliegue en la boca y nada más. Tú, mozalbete más crecido, tú me gustas en extremo. Esa facha sacristanesca no te cae nada bien; mírame, pues, de una manera un poco lasciva. También podríais ir un poquito más desnudos sin faltar al decoro. Ese largo camisón de arrugas es sobremanera honesto... Ahora se vuelven del otro lado... A ver por detrás... Esos picaronazos son de veras sobrado apetitosos...

CORO DE ANGELES

Volveos hacia la luz, llamas amorosas. Cure la verdad a aquellos que se condenan, a fin de que gozosos se libren del espíritu maligno y logren la suprema beatitud en la unión universal.

MEFISTOFELES

(*Reanimándose*).—¿Qué me pasa? Cual Job con toda su persona cubierta de llagas, que se da horror a sí mismo, y que al propio tiempo triunfa cuando se mira muy a fondo, cuando tiene confianza en sí y en su linaje; se han salvado las partes nobles del diablo (1). El fantasma del amor se arroja sobre la piel. Hanse ya extinguido las abominables llamas, y como es del caso, os maldigo a todos juntos.

CORO DE ANGELES

¡Llamas benditas! Aquel en torno de quien ellas fluctúan se siente en la vida dichoso con los buenos. Todos unidos, elevaos y entonad loores. Purificado está el aire; respire, pues, el espíritu (2).
(*Se elevan llevándose la parte inmortal de Fausto.*)

MEFISTOFELES

(*Mirando en derredor*).—Mas ¿cómo? ¿Adónde se han ido? Enjambre de menores, tú me pillaste descuidado; han echado a volar hacia el cielo con su presa. Por eso estaban ellos tan engolosinados aquí alrededor de esta fosa. Me han robado un gran tesoro, un tesoro único. El alma sublime se había obligado a mí, y ellos con maña me la han birlado. ¿A quién voy a quejarme ahora? ¿Quién me res-

(1) El amor sensual, grosero, de Mefistófeles, no es una de aquellas pasiones profundas que hieren el corazón u otra parte noble; es un pasajero capricho, un amor superficial, un fantasma, una nonada que sólo llega a tocar la piel, por decirlo así.

(2) El de Fausto.

tituirá lo que de derecho me pertenece? Engañado te ves en tus viejos días; bien merecido te lo tienes. Eso va atrozmente mal para ti. He faltado de una manera indigna. Un gran dispendio—¡qué vergüenza!—se ha malogrado. Un deseo vulgar, una pasión absurda acomete al embreado diablo. Y si el viejo ladino cargado de experiencia se ha entretenido con esa cosa pueril, extravagante, no es pequeña por cierto la locura que al fin se apodera de él.

BARRANCOS, SELVAS, PEÑAS, SOLEDAD

SANTOS ANACORETAS *repartidos de abajo arriba de la montaña, e instalados en las cavidades de las peñas* (1).

CORO Y ECO

La selva, con su balanceo, parece acercarse; las rocas dejan sentir su peso aquí; aférranse al suelo las raíces; los apretados troncos se lanzan a lo alto; onda tras onda sale con ímpetu; la profundísima gruta ofrece albergue; mudos, apacibles alrededor de nosotros, se arrastran los leones respetando el lugar consagrado, santo asilo del amor.

PADRE EXTATICO (2)

(*Sube y baja flotando en el aire*).—Eterno fuego de delicias, férvido lazo de amor, hirviente dolor del pecho, espumante placer divino. Flechas, traspasadme; lanzas, sometedme; mazas, magulladme; rayos, heridme, para que se volatilice

(1) Según dice Schroer, al trazar Goethe esta escena, tenía en el pensamiento la descripción que en 1800 Guillermo de Humboldt le hizo del célebre Monstserrat, con sus innumerables barrancos, sus peñas en forma de sierra y sus monjes y ermitaños. Esta escena representa "una especie de Montserrat ideal."

(2) Representación de un tipo de éxtasis religioso, probablemente San Felipe Neri, de quien Goethe hace grandes elogios en su *Viaje a Italia*. Los tres Padres parecen simbolizar diversas formas, manifestaciones o grados del sentimiento de piadosa devoción.

todo lo vano, para que luzca la estrella perenne (1), foco de eterno amor.

PADRE PROFUNDO (2)

(*Región baja*).—Como el despeñadero que está a mis pies descansa pesado sobre un profundo abismo; como mil arroyuelos corren radiantes hacia el hórrido precipicio del espumoso torrente; como por su propio impulso se yergue vigoroso el tronco en el aire; así es el omnipotente amor, que todo lo forma, todo lo mantiene.—Oyese en torno mío un zumbido agreste, cual si ondulasen la selva y el fondo de rocas, y con todo, benigno en su zurrido, despéñase en el abismo el raudal llamado a regar luego el valle; cayó llameante el rayo para purificar la atmósfera, que llevaba en su seno mefíticos vapores: ¿qué son sino otros tantos mensajeros de amor, que ponen de manifiesto lo que, obrando eternamente, nos rodea por doquier? ¡Así inflame ello también mi pecho, donde el espíritu, conturbado y frío, se atormenta en los límites de los torpes sentidos, en las estrechas cadenas de dolor! ¡Dios mío, acalla mis pensamientos, ilumina mi corazón necesitado!

PADRE SERAFICO (3)

(*Región intermedia*).—¡Qué nubecilla matinal se cierne a través de la oscilante cabellera de los abetos! ¿Presiento acaso lo que vive en lo interior? (4). Es un joven coro de Espíritus.

---

(1) El Espíritu que brilla en todo su esplendor cuando está libre de todas las impurezas terrenas.

(2) Probablemente, Bernardo, primer abad de Clairvaux, doctor de la Iglesia, dotado de una naturaleza mística y contemplativa. En estas indicaciones: *región baja*, *región intermedia*, quizas se ha de ver una alusión a las costumbres de ciertas órdenes religiosas, que se establecen de un modo preferente en los valles o en las alturas.

(3) Este es el nombre que se daba a San Francisco de Asís.

(4) En el seno de la nube.

CORO DE NIÑOS BIENAVENTURADOS (1)

Dinos, Padre, ¿adónde vamos? Dinos, buen Padre, ¿quiénes somos? Somos felices; para todos, para todos ¡es tan apacible la existencia!...

PADRE SERAFICO

Niños nacidos a la medianoche, con el espíritu y los sentidos a medio abrir; perdidos en hora temprana para los padres, en beneficio de los ángeles; habéis sentido bien la presencia de un sér amante. Acercaos, pues. Pero vosootros, bienhadados, no tenéis idea alguna de los ásperos senderos de la tierra. Descended, pues, hasta mis ojos, órganos hechos para el mundo terrestre. Cual si fueran vuestros, podéis serviros de ellos. Contemplad este paisaje. (*Recibiendo a los niños en su interior.*) Esto son árboles; esto son rocas, un torrente que se despeña y que con un rodar formidable abrevia el abrupto camino.

LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS

(*Desde el interior del Padre Seráfico*).—Esto es grandioso a la vista, pero asaz sombrío es el paraje; nos estremece de horror y espanto. Tú, que eres noble y bueno, déjanos partir.

PADRE SERAFICO

Subid a una esfera más elevada; creced siempre de un modo insensible, a medida que, en una pureza eterna, os fortalezca la presencia de Dios. Porque éste es, para los Espíritus, el alimento que domina en el libérrimo Eter: la manifestación del eterno Amor, que se despliega en beatitud.

CORO DE NIÑOS BIENAVENTURADOS

(*Dando vueltas al rededor de las cumbres más elevadas.*)—Enlazad gozosos las manos para formar juntos un círculo;

(1) Son las almas de los infantes que murieron al nacer o en la aurora de la existencia.

moveos y con cánticos expresad sentimientos sagrados. Divinamente instruidos, podéis confiar; Aquel a quien adoráis, vosotros le contemplaréis.

UNOS ANGELES

(*Cerniéndose en la atmósfera más alta y llevando la parte inmortal de Fausto*).—Hase librado del Malo el noble miembro del mundo de los Espíritus. "Aquel que se afana siempre aspirando a un ideal, podemos nosotros salvarle"; y si además, desde las alturas, por él se ha interesado el amor, el coro bienaventurado le acoge con una cordial bienvenida (1).

LOS ANGELES NOVELES

Esas rosas, venidas de las manos de amorosas y santas penitentes, nos ayudaron a obtener la victoria y completar la alta obra, adquirir el tesoro de esta alma. Cuando las esparcíamos, los malignos espíritus se hicieron atrás; cuando los alcanzamos, los diablos emprendieron la fuga. En lugar de las ordinarias penas del infierno, padecieron los malos espíritus el tormento del amor; y hasta el viejo señor de los satanes sintióse penetrado de punzante tortura. Prorrumpid en exclamaciones de júbilo. El éxito ha sido feliz.

LOS ANGELES MAS PERFECTOS

Quédanos un residuo terrestre penoso de llevar, y aunque fuera él de asbesto, no es puro (2). Cuando la gran fuerza del espíritu ha atraído poderosamente hacia sí los elementos, ningún ángel llegaría a disociar la doble naturaleza de

---

(1) "Estos versos encierran la clave de la salvación de Fausto. En Fausto ha vivido hasta el fin una actividad cada vez más elevada, más pura; y el amor eterno ha venido en su auxilio." (*Conversaciones de Goethe con Eckermann.*)

(2) No está libre aún de la escoria terrestre. (K. Alt.) El asbesto o amianto es símbolo de la pureza perfecta.

dos partes íntimamente unidas. Sólo puede separarla el eterno Amor.

LOS ANGELES NOVELES

Cual niebla que envuelve las peñascosas alturas, diviso ahora mismo una animada multitud de Espíritus, que se mueve en las cercanías. Acláranse las nubecillas, y veo un enjambre móvil de niños bienaventurados, libres de la opresora carga terrestre. Unidos en círculo, recréanse en la nueva primavera y en las galas del mundo superior. Que para principiar y para un creciente y pleno beneficio, se una él (1) a estos niños.

LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS

(*Recibiendo de manos de los Angeles noveles la parte inmortal de Fausto*).—Gozosos le recibimos en estado de crisálida. De esta suerte obtenemos una prenda angelical. Desprended las groseras vestiduras que le envuelven. Una vida santa le ha hermoseado y engrandecido.

EL DOCTOR MARIANO (2)

(*Desde la celda más elevada y pura*).—Libre es aquí la vista; el espíritu se sublima. Allí pasan unas mujeres, que, suspensas en el aire, suben a lo alto. En medio, coronada de estrellas, veo resplandecer la gloriosa Reina del cielo. (*Extasiado.*) ¡Excelsa soberana del mundo, déjame contemplar tu misterio (3) en el desplegado pabellón azul del cielo! Aprueba los sentimientos que de un modo tierno y

---

(1) Fausto.

(2) Llamado también el Doctor sutil (*subtilis*). Aunque nacido en Escocia, retiróse a un monasterio alemán, donde pasó la vida entregado al estudio y a las prácticas piadosas.

(3) El de su inmaculada Concepción, de la cual fué sutil apologista.

ferviente agitan el corazón humano y lo elevan hacia ti con un santo anhelo amoroso. Indómito es nuestro valor cuando majestuosa tú mandas; de súbito se aplaca el ardor cuando nos apaciguas. ¡Virgen, pura en el más bello sentido; Madre digna de veneración; Reina elegida para nosotros y de condición igual a los Dioses! En derredor de ella se enlazan leves nubecitas: son las Penitentes, pequeño grupo afectuoso, que en torno de tus rodillas aspira el Eter implorando gracia.—A ti, Inviolable, no te está vedado dejar que esas criaturas, fáciles de seducir, lleguen familiarmente a ti. Caídas en la flaqueza, son difíciles de salvar; pero ¿quién rompe con sus propias fuerzas las cadenas de las concupiscencias? ¡Cuán presto se escurre el pie por una pendiente resbaladiza! ¿A quién no seduce una mirada, un saludo, un aliento acariciador?

(LA MADRE GLORIOSA *avanza suspendida en el aire.*)

CORO DE PENITENTES

Majestuosa vuelas hacia las alturas de los reinos eternos; ¡oye nuestras súplicas, oh Tú sin igual, Tú llena de gracia!

LA GRAN PECADORA (1)

(*San Lucas*, VII, 36).—Por el amor que hizo correr las lágrimas junto con el bálsamo sobre los pies de tu divino Hijo glorificado, a despecho de los sarcasmos del fariseo; por el vaso que tan copiosamente vertió el perfume; por los rizados cabellos que con tanta suavidad secaron los miembros sagrados...

LA MUJER SAMARITANA

(*San Juan*, IV).—Por el pozo hacia el cual, en antiguos tiempos, Abraham hizo conducir los rebaños, por el cántaro

(1) María Magdalena.

que pudo con su contacto refrescar los labios del Salvador; por el puro y rico manantial que ahora desde allí se desborda caudaloso por todas partes corriendo eternamente límpido a través de todos los mundos....

MARIA EGIPCIACA (1)

(*Acta Sanctorum*).—Por el lugar altamente consagrado en el cual depositaron al Señor; por el brazo que por vía de aviso me rechazó de la puerta; por la penitencia de cuarenta años, a la que permanecí fiel en los desiertos; por el bendito adiós postrero que en la arena dejé escrito....

LAS TRES

Tú, que no impides que se acerquen a ti las grandes pecadoras y que acrecientas en las eternidades el fruto del arrepentimiento; a esta buena alma (2) que no se olvidó más que una vez, sin darse cuenta de que faltaba, concede igualmente tu condigno perdón.

UNA DE LAS PENITENTES

en otro tiempo llamada Margarita (juntándose a las demás). —Vuelve, ¡oh Tú sin igual, Tú gloriosa!, vuelve benigna

(1) Llamada también María la Negra. Durante su juventud, llevó en Alejandría una vida disoluta. Un día vió en el puerto multitud de peregrinos que se embarcaban para Jerusalén, con motivo de las fiestas de la Exaltación de la Santa Cruz. María los siguió sin contar con más recursos que los que le proporcionaban los atractivos de su cuerpo. Al llegar a la puerta del templo, sintió un brazo de hierro que le cerraba el paso; pero después de suplicar a la Virgen que se apiadara de ella, pudo penetrar en el santuario, al mismo tiempo que recibía el aviso de retirarse luego al desierto, donde pasó cuarenta años sometida a las mayores privaciones y austeridades. Antes de morir, dejó escrito en la arena su nombre, que había mantenido siempre oculto durante su larga vida de penitencia.

(2) Margarita. El único desliz a que alude el texto es el que, en la primera parte de la Tragedia, canta Mefistófeles debajo de la ventana de la joven.

tu rostro hacia mi felicidad. Libre de su turbación, retorna ya el amado de otro tiempo.

LOS NIÑOS BIENAVENTURADOS

(*Acercándose con un movimiento circular.*) (1).—Nos aventaja él ya por sus poderosos miembros, y dará espléndida recompensa a nuestra fiel solicitud. En tiempo prematuro fuimos separados de los coros de la vida; mas éste aprendió y nos aleccionará.

UNA DE LAS PENITENTES

en otro tiempo llamada Margarita.—Rodeado del noble coro de Espíritus, el recién venido apenas se reconoce él mismo, y no bien presiente la nueva vida, semeja ya la legión sagrada. Mira cómo se arranca a todo lazo terreno de la antigua envoltura, y cómo del etéreo ropaje resurge la primera fuerza juvenil. Permite que yo le instruya; la nueva luz le deslumbra todavía.

LA MADRE GLORIOSA

¡Ven! Elévate a más altas esferas. Si él te presiente, irá en pos de ti.

EL DOCTOR MARIANO

(*Adorando, con el rostro contra el suelo*).—Levantad los ojos hacia la mirada salvadora, vosotras todas, tiernas almas arrepentidas, a fin de transformaros, llenas de agradecimiento, para un venturoso destino. Que cada sentido purificado esté pronto para tu servicio. ¡Virgen, Madre, Reina, Diosa, sé propicia!

---

(1) Estos niños bienaventurados llevan la parte inmortal de Fausto, y a éste se refieren en lo que dicen a continuación.

CORO MISTICO

Todo lo perecedero no es más que figura. Aquí lo Inaccesible (1) se convierte en hecho; aquí se realiza lo Inefable. Lo Eterno-femenino (2) nos atrae a lo alto.

(1) El ideal no alcanzado. (Schroer.)

(2) "Como quiera que el mundo se perdió por la mujer, fuerza es que por ella sea regenerado." Así dice Arnaldo de Villanueva usando el simbólico lenguaje de los alquimistas.—Según dice F. Hartmann, o Eterno-femenino "es el amor, que es la verdadera vida y da vida a todas las formas." (*Die Mystik in Goethes "Faust"*).

INDICE

	Págs.
Dedicatoria.	7
Preludio en el Teatro	11
Prólogo en el Cielo	19
La Tragedia	26
Primera Parte.	27
La Tragedia.—Segunda parte	207
Acto Primero.	211
Acto Segundo.	285
Acto Tercero.	363
Acto Cuarto.	423
Acto Quinto.	467

VNIVERSIDAD·NACIONAL·D·MEXICO
POR·MI·RAZA·HABLARA·EL·ESPIRITU

SE ACABO DE IMPRIMIR EN LOS TALLE-
RES DEL DEPARTAMENTO EDITORIAL
DE LA SECRETARIA DE EDUCA-
CION PUBLICA, EN MEXI-
CO, EL 28 DE MARZO
DE MCMXXIV

THE LIBRARY OF THE
JUN 23 1924
UNIVERSITY OF ILLINOIS

POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPIRITU

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 067579075